

**RESTOS
DE
POBLACIÓN**



ELIZABETH MOON

Durante años y años, todo el mundo se había creído con derecho a decir a Ofelia lo que tenía que hacer: su marido, su hijo, su nuera... todos. Pero, por una vez en la vida, Ofelia se atreve a decidir por sí misma.

A los setenta años, Ofelia no encuentra ninguna razón para abandonar el único planeta al que ha llegado a considerar su hogar. Ante la perspectiva de un destino incierto, Ofelia decide esconderse y no entrar en la naves criogénicas que transportan a los pobladores de una colonia en proceso de ser definitivamente clausurada.

Ofelia se convertirá así en la única habitante humana de un planeta abandonado y descubrirá, en tales circunstancias, a los misteriosos nativos de ese mundo, al tiempo que será descubierto por ellos, por los nuevos niños a quienes podrá enseñar un montón de cosas.

Novela con tintes feministas que además realiza una buena disección del poder entre los humanos.



■ Elizabeth Moon

Restos de población

«Pura satisfacción desde el principio hasta el fin»

— Anne McCaffrey

Lectulandia

Elizabeth Moon

Restos de población

Nova - 115

ePub r1.0

Titivillus 22.03.16

Título original: *Remnant Population*

Elizabeth Moon, 1996 Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Hace ya casi cincuenta años, Fredric Brown sorprendió al público con una insólita novela de ciencia ficción protagonizada por un hombre de edad avanzada. Se trata de POR SENDAS ESTRELLADAS (1953, The Lights in the Sky Are Stars), protagonizada por Max Andrews, quien a sus cincuenta y siete años y con una pierna artificial sigue empeñado en hacer realidad el viaje a Júpiter, un proyecto que se ve amenazado por los conservadores que se oponen al ingente gasto de la conquista del espacio.

De hecho, en 1953 no era habitual que se presentaran protagonistas de edad avanzada en las obras de ciencia ficción. Y, si he de ser sincero, tampoco lo es hoy en día. Por ello esta novela de Elizabeth Moon resulta francamente especial. Su protagonista es una anciana de setenta años, una mujer como tantas otras que, por añadidura a lo que le ocurría al personaje de Brown, pertenece a un sexo tradicionalmente oprimido en nuestra civilización. En realidad, la Ofelia de esta novela de Elizabeth Moon nunca ha tenido oportunidad de decidir libremente.

Y va a ser ese personaje, una anciana que no ha tenido formación ni oportunidades en la vida y que ha ocupado siempre una posición dependiente en el seno de un grupo de trabajadores, quien protagonizará una de las más emotivas novelas en torno a un primer contacto entre seres humanos y una especie alienígena.

Desgraciadamente, la vida de Ofelia es como la de tantas otras mujeres de su edad en nuestra cultura. Durante años, todo el mundo se había creído con derecho a decirle lo que tenía que hacer: su marido, su hijo, su nuera... Todos. Pero, por una vez en la vida, Ofelia se atreve a decidir por sí misma.

A los setenta años, Ofelia no encuentra ninguna razón para abandonar el único planeta que se ha acostumbrado a considerar su hogar. Ante la perspectiva de un destino incierto, Ofelia decide esconderse y no abordar las naves criogénicas que transportan a los pobladores de una colonia que va a ser definitivamente clausurada. Ofelia se convertirá así en la única habitante humana de un planeta abandonado y, con ello, descubrirá y a su vez será descubierta por los misteriosos nativos de ese mundo: los nuevos «niños» a quienes podrá enseñar tantas y tantas cosas.

Ése es el esquema argumental de una novela extraña e insólita que ha sorprendido a muchos de sus lectores. De hecho, con más de un millón de libros vendidos, Elizabeth Moon había cimentado en los últimos diez años una sólida fama como autora de amenas novelas de fantasía épica (la serie de THE DEED OF PARSENARRION), o de una ciencia ficción de aventuras que ridiculiza los clásicos estereotipos machistas desgraciadamente tan habituales (la serie protagonizada por el capitán Heris Serrano y su empleadora, lady Cecilia de Martos).

Pero, con RESTOS DE POBLACIÓN (1996), Moon aborda una nueva modalidad temática en una emotiva novela que los especialistas han saludado como una

inteligente crítica a algunos de los más arraigados prejuicios de la civilización occidental.

Si EL NOMBRE DEL MUNDO ES BOSQUE (1976) de Ursula K. Le Guin ofrecía una dura crítica a ciertas actividades de «colonización» llevadas a cabo por la sociedad occidental, no es menos cierto que se centraba casi exclusivamente en una analogía muy directa al triste papel de los estadounidenses en Vietnam.

Por el contrario, sin el referente inmediato a Vietnam, esta obra de Moon representa un sano ejercicio de desmitificación crítica de esa presunta actividad «colonizadora» de los humanos, y de su repetida incapacidad para reconocer y respetar la realidad de otras culturas.

Y todo esto contemplado desde la perspectiva de una mujer anciana, lo que incluye de forma implícita una revisión crítica, y por cierto nada amable, del desigual reparto de poder entre los sexos en nuestra sociedad.

Tal vez por eso, la misma Ursula K. Le Guin ha saludado con satisfacción esta nueva novela de Elizabeth Moon, de la que ha dicho palabras tan elogiosas como las siguientes:

Esta obra consigue lo que las buenas novelas: tomar una idea improbable y basar en ella una historia que muestre que esa improbabilidad sólo obedecía a prejuicios... La Ofelia de setenta años de Elizabeth Moon (fuerte, amable, sabia y audaz a la vez, amante de la buena mesa y cansada de la necesidad) es uno de los héroes más probables de toda la ciencia ficción. Éste es un libro repleto de placeres.

Y no es el único comentario laudatorio de los muchos que ha recibido RESTOS DE POBLACIÓN. No me resisto a incluir lo que dice el sorprendido crítico de una revista no especializada como es Publishers Weekly:

Moon realiza un espléndido trabajo al llevar a la vida a sus personajes. Ofelia es tan afable como arisca y malhumorada, y los alienígenas son fruto de una enérgica imaginación. Los temas de la independencia personal y el valor de la experiencia constituyen la columna vertebral de esta novela tan original como bien escrita.

Posiblemente por todo ello, RESTOS DE POBLACIÓN ha sido finalista del Premio Hugo de 1997 y, como no podía ser menos, obliga a una revisión de la obra de una autora que hasta hoy parecía encasillada en otro tipo de registros.

En espera de posibles futuras aportaciones de Elizabeth Moon en nuestra colección, disfruten por ahora de la cálida, sensible y emotiva aventura de Ofelia. Vale la pena. De verdad.

*A Betsy, que proporcionó la chispa,
y Mary, Ellen y Carrie
que respondieron con luz y calor.*

AGRADECIMIENTOS

Este libro tuvo varias madrinas, antiguas y nuevas. Sus precedentes literarios incluyen un ensayo de Le Guin, *The Wall* de Marlen Haushofer, y un libro que no había leído aún cuando lo empecé (pero del que había oído hablar), *Two Old Women*, de Velma Wallis, y todos esos relatos populares donde mujeres ancianas y sabias conocen algo que merece la pena aprender. Pero no podría haberlo escrito sin la experiencia viva de mujeres muy parecidas a Ofelia, de las que aprendí mucho menos de lo que debería. Son demasiadas para mencionarlas a todas, pero no deberían ser olvidadas. Lois Parker ayudó en la revisión, sobre todo con su disposición a compartir su propia experiencia de una larga vida.

Colonia Sims Bancorp, Archivo #3245.12

Sentía en los dedos de los pies el frescor de la tierra húmeda, pero el sudor le asomaba ya entre las raíces del pelo. Hoy haría más calor que ayer, y a mediodía las hermosas flores rojas de la parra habrían cerrado sus frágiles corolas y se habrían marchitado. Ofelia apretujó con el pie el estiércol contra los tallos de los tomates. Le gustaba el calor. Si su nuera Rosara no estuviera a la vista, se quitaría el sombrero y dejaría que el sudor se evaporase. Pero a Rosara le preocupaba el cáncer que podía causar el sol, y estaba segura de que no era decente que una anciana estuviera en el exterior sin nada más en la cabeza que sus escasos cabellos grises.

No tan escasos. Ofelia se palpó las sienes, como para colocar en su sitio un rizo errante, aunque en realidad lo hacía para confirmar los gruesos mechones de la trenza que llevaba. Seguía siendo fornida, y de piernas todavía fuertes, y sus manos, aunque retorcidas por la edad y el trabajo, eran aún capaces. Miró a su nuera, que estaba en el otro extremo del huerto. Delgaducha, el pelo del color del papel chamuscado, ojos de estiércol. Pensaba que era bonita, con su estrecha cintura y sus manos pálidas, pero Ofelia sabía que no. Siempre lo había sabido, pero Barto no quiso escuchar la sabiduría de su madre, y ahora tenía a Rosara la del cuerpo estrecho (como una serpiente, había llegado a decir Ofelia una vez), y ningún hijo.

Eso le importaba menos de lo que creían los demás. Habría aceptado a gusto una nuera lo suficientemente independiente para rehusar tener niños. No, era la insistencia de Rosara en obligar a su suegra a cumplir todas las reglas sin importancia destinadas a preservar la virtud de las vírgenes... eso sí que no podía tolerarse.

—Tendríamos que haber plantado más habichuelas —comentó Rosara. Lo había dicho cuando plantaban, sabiendo que Ofelia no podría utilizar todas las habichuelas que cultivaba normalmente. Quería que plantara para vender, además de para consumo propio.

—Tenemos suficientes —dijo Ofelia.

—Si la cosecha no se pierde —contestó Rosara.

—Si la cosecha se pierde, una cosecha mayor sería un fracaso mayor —dijo Ofelia. Rosara hizo una mueca, pero no la contradijo. Tal vez por fin estaba aprendiendo que no era bueno discutir. Ofelia así lo esperaba. Siguió trabajando en los tomates, aplastando la tierra aquí y allá, atando extremos sueltos del emparrado. Rosara decía que las tomateras le daban picor; se mantenía alejada de ellas. Ofelia se agachó para ocultar una sonrisa mientras pensaba en esto, disfrutando del fuerte olor de los tomates verdes.

Se quedó adormilada entre los tomates, y despertó solamente cuando la luz de la tarde se internó entre las hileras. Notar la luz en los ojos siempre la despertaba; estaba segura de que no había dormido nada en los criotanes porque las luces

permanecían encendidas todo el tiempo. Humberto dijo que eso era ridículo, que nadie estaba despierto en crío, que de eso se trataba. Ofelia no discutió, pero estaba segura de recordar aquella luz, siempre apuñalándole los párpados.

Ahora, adormilada sobre la tierra entre las filas de tomates, pensó en lo pacífica que parecía aquella pequeña jungla verde. Y silenciosa también, para variar; Rosara debía de haber vuelto al interior sin advertir que ella estaba dormida. O quizás a la zorra no le importaba. Ofelia saboreó el insulto en la lengua, paladeándolo en silencio. Zorra. Pendona. No conocía muchas palabras similares que aportaran a su escaso vocabulario aquella riqueza, toda la furia que algunas personas esparcían con tantas palabras en muchas ocasiones.

La voz de Bartolomew en la calle interrumpió su ensimismamiento, y se incorporó lo más rápido que pudo, reprimiendo el dolor de la cadera y las rodillas.

—¡Rosara! ¡Rosara, sal! —Parecía agitado, o furioso, o ambas cosas. Solía pasarle. La mayor parte de las veces no era nada, pero nunca quería admitirlo, ni siquiera después. De todos sus hijos, Barto era el que Ofelia había apreciado menos, incluso en la infancia; era ansioso, y tiraba de sus pezones como si nunca tuviera suficiente. Había pasado de ser un bebé ansioso a ser un niño exigente, el hijo a quien nada satisfacía; se peleaba incesantemente con los otros niños, exigiendo una justicia que siempre debía decantarse a su favor. Ahora que era un hombre sucedía lo mismo; tenía las tendencias de Humberto que a ella menos le habían gustado multiplicadas por diez. Pero era su único hijo vivo, y lo comprendía.

—¿Qué? —Rosara fue cortante; o bien estaba durmiendo (algo que Barto y Ofelia desaprobaban), o trabajando con su ordenador.

—Es la Compañía... han perdido la franquicia.

Un alarido de Rosara. Eso podía significar que por una vez Barto estaba preocupado por algo que merecía la pena, o que ella acababa de encontrarle una peca en la barbilla. Con Rosara podía ser cualquiera de las dos cosas, o algo intermedio. Ofelia se puso de rodillas, y luego, apoyando una mano en la tomatara, se incorporó. Su visión se oscureció ligeramente, y esperó a que regresara. La edad. Todo el mundo decía que era la edad, y que empeoraría. Ella no lo encontraba tan malo, excepto cuando la gente quería que se diera prisa y no podía.

—¡Mamá! —gritó Barto, saliendo al huerto por la puerta de la cocina. Ofelia se alegró de estar levantada y obviamente trabajando; eso le daba un poco de ventaja moral.

—¿Sí? —había localizado una gruesa oruga y, cuando él se alzó sobre ella, la cazó al vuelo—. ¿Ves?

—Sí, mamá. Muy bonito. Escucha, es importante...

—Una buena cosecha, este año —dijo Ofelia.

—¡Mamá! —Él se acercó, plantando su cara ante la de ella. Se parecía más a Humberto que ningún otro, aunque los ojos de Humberto eran amables.

—Te estoy escuchando —dijo ella, apoyando otra vez la mano en la tomatara.

—La Compañía ha perdido la franquicia —contestó él, como si eso significara algo.

—La Compañía ha perdido la franquicia —repitió ella, para demostrar que había estado escuchando. A menudo él la acusaba de no prestar atención.

—Ya sabes lo que significa eso —dijo él, impaciente, pero continuó explicando —: Significa que tenemos que marcharnos. Van a desmantelar la colonia.

Rosara había salido tras él; Ofelia notó la rojez de sus mejillas.

—¡No pueden hacer eso! ¡Es nuestro hogar...!

—No seas estúpida, Rosara. —Barto escupió sobre los tomates, como si fueran su cuerpo; Ofelia dio un respingo, y él se la quedó mirando—. Ni tú, mamá. Claro que pueden obligarnos a marcharnos; somos sus empleados.

Empleados que nunca cobraban, se dijo Ofelia. Empleados sin jubilación, ni prestaciones médicas excepto las que se daban mutuamente. Empleados que se suponía que tenían que mantenerse y producir superávit. No habían cumplido con los envíos regulares de maderas tropicales que se les habían asignado... habían tardado años en tener adultos suficientes para continuar talando.

—¡Pero he trabajado tanto! —gimió Rosara. Por una vez, Ofelia estuvo de acuerdo con ella; se sentía igual. Miró de reojo las tomateras, evitando la mirada de Barto, concentrándose en los bordes de las hojas, en los diminutos pelos que brotaban de los tallos. Los primeros capullos colgaban como pequeños candelabros, aún cerrados, dispuestos a abrirse con la luz, arder, y...

—Escúchame —insistió Barto. Su mano se interpuso entre Ofelia y los tomates, la cogió por la barbilla y la obligó a volver la cara—. Todavía tienes voto en el consejo, mamá. Debes acudir a la reunión, votar con nosotros. Tenemos la oportunidad de elegir el lugar al que van a enviarnos.

Una reunión. Odiaba las reuniones. Advirtió que él no se dirigía a Rosara, pero claro, sabía que Rosara iría de todas formas y votaría lo que le dijera.

—Un voto es un voto —insistió, más fuerte, como si fuera sorda—. Incluso el tuyo. —Le soltó la barbilla—. Entra ahora; prepárate.

Ofelia pasó junto a él, sus pies descalzos a salvo de las botas de dura suela.

—¡Y ponte zapatos! —gritó Barto tras ella. Su voz y la de Rosara se hicieron más bajas sin ser más suaves, duros murmullos que no pudo llegar a oír.

Se había bañado, se había lavado el pelo y se había puesto la mejor ropa que tenía. El vestido le quedaba ancho, la cintura caída porque no le quedaba nada arriba para rellenar el cuerpo, el borde levantado por detrás siguiendo la inclinación de su espalda. Los zapatos que no se ponía desde hacía meses le apretaban los dedos y rozaban sus talones. Le saldrían ampollas por culpa de esta reunión, y ¿de qué serviría? Había pegado la oreja a la puerta de la cocina y había oído a Barto decirle a Rosara que, en otro mundo, sin duda obligarían a su madre a vestir otra vez

decentemente. Eso significaba llevar zapatos y un vestido oscuro como aquél todo el tiempo.

Se sentó en silencio en el banco, junto a Rosara, y escuchó los sonidos de pesar y furia que llenaban la sala. Sólo unos pocos veían esto como una oportunidad: unos cuantos hombres, unas cuantas mujeres, casi la mitad de los jóvenes. El resto sólo veía años malgastados, pérdida, miseria. Habían trabajado tan duro, ¿y para qué? ¿Cómo empezar de nuevo, enfrentarse otra vez al mismo duro trabajo? Aquí al menos ya tenían sus casas construidas, los huertos plantados.

Carl y Gervaise interrumpieron las quejas y presentaron las alternativas a votar, aunque no dijeron cómo se habían enterado de ellas. Ofelia no creía que la Compañía fuera a darles elección; estaba segura de que la votación no valdría para nada. Con todo, cuando Barto se inclinó hacia Rosara para darle un codazo en las costillas y susurrarle algo, ella se levantó cuando él lo hizo, votando a favor de Neubreit en vez de Olcrano. Los demás votaron por Neubreit, casi dos tercios, y sólo los más testarudos, como Walter y Sara, insistieron en que no irían allí.

Sólo al final de la reunión, cuando se levantó y se dio la vuelta, advirtió Ofelia al representante de la Compañía, que se encontraba en la puerta. Tenía el aspecto estilizado y juvenil de un navegante, uno de esos cuya piel nunca veía la luz de las estrellas más que a través de una escotilla. Ningún sol lo había bañado, ningún invierno lo había helado, ninguna lluvia lo había mojado, ni los vientos lo habían secado. Con su ropa limpia y nueva, con sus zapatos pulcros, parecía un alienígena. No dijo nada. Antes de que nadie llegara a hablarle se dio la vuelta y se perdió en la oscuridad. Ofelia se preguntó si vería el barro, pero naturalmente tendría ojos de astronave; vería lo que los colonos no podían ver.

A la mañana siguiente, Ofelia se levantó con las primeras luces del amanecer y salió al huerto, descalza como siempre y llevando su camisa de trabajo más vieja. Hasta que salía el sol, se negaba a ponerse el sombrero, y por eso vio el movimiento. Eran los representantes de la Compañía, muy bien vestidos. Muchos. Todos llevaban el mismo uniforme gris azulado del color de la niebla matutina, con el logotipo de Sims Bancorp.

Uno de ellos se detuvo para mirarla.

—Señora —dijo, sin sonreír, pero amable.

Lo que más amaba del amanecer era su silencio, su vacío. El hombre estaba allí, como si tuviera derecho a estropear su soledad matutina. Iba a hacerle preguntas, y por cortesía ella tendría que responderlas. Suspiró y desvió la mirada, esperando que la considerara demasiado vieja y chocha para que mereciera la pena invertir en ella su tiempo.

—Señora, ¿votó usted anoche?

No iba a marcharse. Ella lo miró, viendo la juventud, la extrañeza... la piel intacta, los ojos que la miraban como si tuvieran derecho...

—Sí —dijo simplemente. Y luego, porque la cortesía no le permitía ser tan

brusca, se encontró diciendo—: No sé cómo llamarlo... no pretendo ser ruda.

Él sonrió, sinceramente divertido. ¿Tan rara era la cortesía entre la gente de las naves?

—No me ha ofendido —dijo. Se acercó más—. ¿Son tomateras de verdad?

No había respondido a su pregunta. Tendría que ser más directa.

—No puedo hablar con una persona si no sé cómo dirigirme a ella —dijo—. Me llamo Sera Ofelia.

—Oh... Yo soy Jorge. Lo siento. Me recuerda usted a mi abuela; ella me llama Ajo. Pero... ¿de verdad crecen así, al descubierto... contaminados?

Ofelia acarició las hojas con la mano, liberando el fuerte olor.

—Sí, son tomateras y, sí, crecen al aire libre. Ahora no tienen tomates, claro; están creciendo.

Volvió varias hojas para mostrarle los puñados de frutos.

—Lástima —dijo él, con el tono de alguien que lamenta amablemente alguna inconveniencia que no va a soportar—. Tiene usted un huerto tan grande, y se echará a perder...

—No hay nada echado a perder —dijo Ofelia.

—Pero se marcharán dentro de treinta días —contestó el joven. Ella recordó que su nombre era Jorge y que tenía una abuela que lo amaba. Eso parecía imposible; podría haber salido de un paquete envuelto en celofán como los regalos de su infancia, todo suave y de brillantes colores. Seguro que no había nacido con sangre y dolor como los niños de verdad—. Ya no tiene que trabajar más en el huerto. Tendría que estar preparando las maletas.

—Me gusta trabajar en el huerto —dijo Ofelia. Quería que se marchase. Quería averiguar qué acababa de cambiar en ella, en algún lugar de su interior, cuando él dijo «pero se marcharán». Bajó la cabeza. En el suelo, encima de la tierra, un baboso se arrastraba buscando algo que pinchar con su única parte dura: su pequeña concha cilíndrica y hueca. Ofelia lo cogió por la suave parte trasera y lo miró estirarse hasta que alcanzó al menos diez centímetros de longitud, fino como un hilo. Entonces lo volteó con un rápido giro de muñeca y rompió su concha con el otro pulgar. Le picó un instante, pero mereció la pena por la expresión de asombrado horror en el rostro del joven.

—¿Qué era eso? —preguntó. Por su cara, esperaba oír algo horrible. Ofelia así lo hizo.

—Los llamamos babosos. Y la parte afilada es como una aguja médica, hueca, para sorber...

No tuvo que decir más. El joven retrocedió.

—¿Puede atravesar los... zapatos?

Miraba los pies de ella, descalzos. Ofelia sonrió para sí, y se tomó la molestia de rascarse el dorso de una pierna con el otro pie.

—Depende de los zapatos —dijo. Se suponía que era capaz de atravesar un par de

zapatos finos de lona que ya tuvieran agujeros. Y no atravesaba la piel humana (no sabía por qué), pero no lo dijo. Principalmente atravesaba los tallos de las plantas, no encontraba lo que quería y dejaba heridas en cuya reparación las plantas invertían preciosas calorías. Pero si servía para que el joven se impresionara lo bastante para marcharse, Ofelia estaba dispuesta a exagerar los horrores.

—Supongo que se alegrará de marcharse —dijo el joven.

—Discúlpeme —contestó Ofelia—. Tengo que usar el...

Indicó el cobertizo situado al fondo del huerto. Eso sirvió; él se ruborizó y se volvió bruscamente. Ella casi se echó a reír. Tendría que haber sabido que tenían instalaciones interiores; lo primero que habían hecho los colonos era montar sus recicladores de residuos. Pero se alegró de verlo marchar. Por si volvía, recorrió el resto del camino hasta el cobertizo de las herramientas y entró.

Ofelia se había mudado con anterioridad. Sabía que hacían falta más de treinta días, si tratabas de llevarte cosas contigo. Los representantes de la Compañía les habían dicho que no tenían que llevarse nada: se les proporcionaría de todo. Pero cuarenta años son cuarenta años, toda una vida para algunos, más que eso para otros. Quedaban pocos de los primeros colonos; Ofelia era la más vieja de ellos. Tenía el recuerdo más claro de otros lugares, y a veces despertaba con vívidos destellos de aquellos sitios. El olor a gachas de maíz sazonadas con *mezul*... una especia que no podía cultivarse aquí. Recordó el día en que usó lo que le quedaba, después de la muerte de Humberto. El aspecto de la calle ante su apartamento en Visiazh, con los toldos chillones de los vendedores sobre montones de frutas y verduras maduras, montículos de ropa pintoresca, ristras de sartenes y utensilios de alfarería. Había llegado a pensar que no podría vivir sin tanto color, tanto ruido y tanta gente; aquí se había pasado abatida todo un año, hasta que encontró la única clase de flor chillona que crecía en los límites del huerto.

Tenía poco que empaquetar. No había pedido mucha ropa a la comunidad en los últimos diez años. Sus antiguas pertenencias habían ido desapareciendo, una tras otra, la mayoría abandonadas cuando se convirtieron en colonos, el resto rotas por los hijos, comidas por los insectos, disueltas en una u otra de las dos grandes riadas o podridas por los hongos. Todavía tenía una chipic de Humberto y ella en su boda, y otra de los dos primeros niños, y un lazo que había ganado en la escuela primaria en un concurso de ortografía, ahora descolorido y de un ajado gris perla. Eso y el plato frutero que su suegra le había regalado, un cacharro feo que había sobrevivido a su intencionado descuido cuando cosas más hermosas habían perecido. No le costaría estar preparada en menos de treinta días. Pero... apoyó la cabeza contra el mango de la azada que colgaba de la pared del cobertizo. En algún lugar interior, en el momento en que el joven le dijo que iba a marcharse, las cosas cambiaron. Buscó ese cambio, como habría tanteado en la casa a oscuras buscando su ganchillo en la bolsa de

arpillera.

No iba a marcharse. Ofelia parpadeó, súbitamente más despierta de lo que recordaba desde hacía muchísimo tiempo. Un recuerdo la asaltó, claro como el rocío de la mañana que reflejaba diminutas imágenes curvas del mundo. Antes de casarse con Humberto, antes de relacionarse con aquel idiota de Caitano, cuando acababa de terminar la primaria, había agitado aquel lazo del premio ante la cara de su padre y había insistido en que no iba, en modo alguno, a renunciar al colegio para trabajar en la sucursal local de Sims Bancorp limpiando suelos por la noche.

Su mente retrocedió ante el recuerdo de lo que había seguido a aquel desafío; con los hechos bastaba, incluso sin la emoción. En la miseria de ser sólo una limpiadora (ella, que había ganado una beca para la escuela secundaria, una beca que había aprovechado Lucía), se engañó a sí misma con una relación con Caitano.

Pero... se retiró de todo aquello a la fría sombra del cobertizo en el amanecer. Pero estaba aquí, y no iba a marcharse. De pronto se sintió liviana, como si estuviera cayendo, como si el suelo hubiera desaparecido bajo sus pies y fuera a caer hasta encontrar el centro del planeta. ¿Era alegría, o temor? No podía decirlo. Sólo sabía que con cada latido de su corazón su sangre transmitía el mismo mensaje a los huesos y los músculos: no iba a marcharse.

—¡Mamá!

Barto, en la puerta de la cocina. Ofelia agarró la primera herramienta en la que posó la mano y salió del cobertizo. Tijeras de podar. ¿Por qué tijeras de podar? No hacía falta podar nada. Se dio la vuelta, y buscó las palabras.

—No puedo encontrar las tijeritas pequeñas, las de las tomateras.

—Mamá, olvida las tomateras. No estaremos aquí para la cosecha. Escucha... vamos a celebrar otra reunión. La Compañía dice que no le importa nuestra votación.

Claro que no le importaba. Para eso estaban bajo contrato. Ella comprendía eso, aunque no comprendiera nada más; comprendía lo que significaba haber firmado, estar entregado a los amos. No escucharían más a los colonos de lo que Humberto la había escuchado a ella. No le dijo nada a Barto. Sólo provocaría otra discusión. Y no le gustaban las discusiones, sobre todo, en su momento especial, a primeras horas de la mañana.

—Barto, soy demasiado vieja para estas reuniones —dijo.

—Lo sé. —Él parecía impaciente, como siempre—. Rosara y yo nos vamos; queremos que empieces el inventario.

—Sí, Barto.

Era más fácil así. Rosara y él se marcharían. Ella podría volver y oler el huerto por la mañana, en su mejor momento.

—Y necesitamos desayunar —dijo él. Ofelia suspiró y colgó las tijeras de podar de su gancho. El sol quemaba ya la bruma matutina; notaba el calor en la cabeza. Y oía voces en las otras casas, los otros huertos. Rosara podría haberse encargado del desayuno; solía hacerlo siempre. No le gustaba la forma en que cocinaba Ofelia.

Una vez dentro, Ofelia mezcló harina y aceite y agua para hacer la pasta, la amasó, y colocó las piezas redondas sobre la parrilla. Cuando se tostaron, cortó cebollas y hierbas, sobras de salchicha, patatas cocidas frías. Cuando las galletas estuvieron hechas, las rellenoó con destreza y añadió una pizca de vinagre y aceite. A Barto le gustaban; Rosara quería que el relleno estuviera caliente. A Ofelia no le importaba. Esa mañana habría podido comer virutas de metal, o nada. No prestó atención a las quejas habituales de su nuera, ni a los cumplidos rituales de Barto. Mientras terminaban de vestirse, vació los restos en el cubo del huerto.

Cuando se marcharon, Ofelia sacó el cubo y lo vació en la zanja. Cubrió con el pie las mondas de patata, las hojas de zanahoria y nabo, los trocitos de cebolla y hierbas. El sol posaba una mano cálida sobre su nuca; advirtió que había vuelto a salir sin sombrero.

De quedarse atrás, eso sería una ventaja. Nadie la obligaría a llevar sombrero.

2

Barto y Rosara regresaron de la reunión exactamente con el estado de ánimo que Ofelia esperaba: furiosos y deprimidos y dispuestos a tomarla con ella. Por suerte, la reunión había durado más de lo que esperaban (debían haber discutido ferozmente), así que tenía el inventario terminado.

—No necesitamos esas cosas —dijo Barto de la primera categoría—. Te lo dije... todas estas cosas hechas aquí... no tienen valor.

Entró en el dormitorio, y por los ruidos que hacía, Ofelia supo que estaba tirando toda la ropa al suelo.

—Dicen que no tenemos derecho a elegir dónde queremos ir —dijo Rosara. Se movió inquieta por la cocina, cogiendo y soltando un utensilio tras otro—. Dicen que tenemos que estar preparados para marcharnos dentro de veintinueve días y que todo lo que podemos llevar son veinte kilos por persona. Tendremos que ir en crío, y no sabremos adónde vamos hasta que lleguemos...

—¡Bárbaros! —Barto se encontraba en el umbral de la puerta, los brazos cargados de ropa. Ofelia advirtió que toda la ropa era suya—. Cuanto hemos hecho todos estos años...

Ofelia no le recordó que al principio no era más que un bebé; la mayor parte del tiempo había disfrutado del trabajo de otros.

—¿Qué harán con la colonia? —preguntó.

—¿Y a mí qué me importa? Que la destruyan, que la dejen pudrirse, qué más da. —Volvió a retirarse al dormitorio; Ofelia oyó la ropa golpear la cama con un suave *bum*—. ¡Mamá! ¿Dónde están las maletas?

Ofelia reprimió la risa y trató de responder con calma.

—No hay maletas, Barto.

¿Por qué pensaba que tenían? Nunca las habían necesitado.

—Papá y tú tuvisteis que traer vuestras cosas dentro de algo.

—La Compañía nos dio una caja.

La caja había pasado a la estructura del reciclador, como todas las cajas. Habían dado uso a todo lo que tenían a mano.

—Dijeron que no nos darán nada. Dijeron que tendríamos que empaquetar nosotros mismos, en algo que aguante en la bodega. —La miró como si eso fuera culpa suya, como si ella tuviera que resolver el problema.

—Podemos coser algo —dijo—. Hay un montón de tela en el cuarto de suministros. Si no vamos a necesitarla para hacer ropa, podemos coser algo para llevar el equipaje.

Ella no iba a marcharse, se recordó, pero esto era un problema interesante. Siempre le había gustado resolver problemas. Su mente repasaba ya lo que podía recordar de las maletas que había visto hacía tantos años, antes de que emigraran. Maletas de otras personas (Humberto y ella nunca habían viajado) hechas de tela, en

forma de caja o tubo, algunas moldeadas a partir de plástico. En treinta días sería fácil coserlas. Pensó en los que usaban las máquinas, los que eran más rápidos, los que podrían hacer los modelos.

—Encárgate de eso —dijo Barto—. Y ya que estás en ello, arregla todas estas cosas.

Hizo un gesto que englobaba el montón de ropa esparcida por la cama y el suelo.

Sería más sencillo coger las prendas y llevarlas a las costureras del centro que discutir que casi ninguna necesitaba ser remendada. O que no serían adecuadas dondequiera que fueran a enviarlos. Ofelia cogió un puñado y se volvió para marcharse.

—¡Espera! ¿Y lo demás?

—No puedo llevar más que esto, Barto —dijo Ofelia. No lo miró a los ojos. Después de un instante, él dejó escapar el aire con un bufido, y ella supo que lo peor había pasado. Llevó la ropa al centro, donde encontró un grupito de mujeres charlando en el pasillo ante las salas de costura. Guardaron silencio al verla. Finalmente, Ariane habló.

—Sera Ofelia... ¿puedo ayudarla con eso?

A Ofelia siempre le había gustado Ariane, que era amiga de Adelia. Las dos niñas pequeñas... por un momento el recuerdo la inundó: una visión de las dos susurrándose cabeza contra cabeza, bajo el primer naranjo. Cuando Adelia murió, Ariane vino a sentarse a su lado todos los días; le había pedido a Ofelia que fuera la madrina de su primer bebé. Ahora Ofelia sonrió a la mujer más joven.

—Simplemente, Barto quiere asegurarse de que su ropa está zurcida... y no espero tener que hacer mucho.

¿Debería contarle a Ariane su idea de coser maletas con la tela almacenada? Sin duda se le ocurriría a alguien más.

—No tenemos cajas, Sera Ofelia —dijo Linda. Siempre la primera en confiar un problema—. Sé que nuestros padres vinieron con cajas de la Compañía, pero algo les pasó... y ahora no quieren darnos otras.

—Las cajas se convirtieron en las paredes del reciclador —dijo Ofelia. Les habían enseñado eso a los niños en la escuela, al menos cuando ella ayudaba allí. Linda tendría que haberlo sabido.

—Pero ¿qué haremos, Sera Ofelia?

Varias mujeres parecían tan molestas como la propia Ofelia. Sabían que no era la persona adecuada a quien preguntar; no esperaban que tuviera ninguna respuesta.

Se le ocurrió una travesura; respuestas imposibles corrieron por su cabeza como niños ruidosos, haciendo que su mente resbalara y luchara por recuperar el equilibrio. No es mi problema, se imaginó diciendo. No voy a marcharme.

—Es muy sencillo —se oyó decir en voz alta—. Coseremos contenedores, maletas, con las telas que no harán falta para confeccionar ropa este año.

—¿Sabe cómo hacerlo? —preguntó Linda. Su expresión denotaba una sorpresa

indecente. Ofelia sonrió a las otras mujeres, un rostro tras otro, forzando su atención.

—Sé lo bien que las mejores de nuestras costureras saben diseñar cosas nuevas y hacerlas —dijo—. Yo no podría hacerlo sola...

La negativa ritual; no era educado declararse experto en algo, sobre todo en algo exclusivo.

—Como una mochila —dijo Kata. Parecía más alegre.

—Más bien como una caja, pero de tela —dijo Ariane.

—¿Hay tela suficiente? —preguntó Linda.

—Ve a mirar —repuso Ariane—. Vuelve y dinos cuántas piezas.

—Si tenemos que pedir más a las máquinas, deberíamos hacerlo hoy —dijo Kata—. Y debe ser asignado justamente.

Ofelia no añadió nada. Entró en la primera sala de costura. Depositó las prendas de Barto sobre una de las largas mesas y empezó a examinarlas. Una a una, las otras mujeres entraron tras ella, hablando ahora de cómo harían cajas de tela en las que cupieran todas sus pertenencias. Ofelia encontró un cuello gastado en una camisa y un pequeño siete en la pernera de un pantalón. Encendió una de las potentes lámparas de trabajo, acercó la lupa, y se puso a coser el roto. Apenas necesitaba verlo; sus dedos apreciaban los bordes de la tela rasgada mejor que sus ojos. Pero le gustaba la forma en que la lupa hacía que los hilos parecieran gordos estambres.

Cuando regresó a casa, con la ropa doblada en sus brazos, Rosara se encontraba en medio de un montón de pertenencias, en el salón. Tenía los ojos colorados; parecía a punto de vomitar. Ofelia la saludó con un gesto y se dispuso a guardar la ropa que traía. El dormitorio estaba otra vez arreglado; Rosara debía de haber guardado lo que Barto había esparcido. Sobre la cama había un puñado de prendas que necesitaban un remiendo. Ofelia las recogió y regresó al centro, para así no tener que conversar con Rosara.

Ahora el centro estaba lleno de mujeres atareadas. Se oía el fabricante zumbando y chasqueando; alguien habría decidido que necesitaban más tela. Las largas mesas de ambas salas de costura estaban cubiertas de tiras de tela. Dos mujeres, Dorotea y Ariane, trabajaban en los patrones de tela finísima, respunteando la primera caja. Unos cuantos niños deambulaban por allí, con aspecto preocupado.

—Es demasiado fino —dijo alguien, arrancando de la mesa un paño verde—. Necesitamos un material más fuerte.

—Pero no demasiado pesado —dijo alguien más. Ariane alzó la vista de su propio trabajo y vio a Ofelia.

—Ofelia, toma, mira esto. ¿Funcionará?

Ofelia se abrió paso entre las mujeres que charlaban.

—Queremos que sea fácil de fabricar —dijo Dorotea—. Que haya que coser lo menos posible, ya que debemos ser muy rápidas. Y que sin embargo sea fuerte. Que se cierre bien. Que haya algún modo de marcarlo para cada familia...

Ofelia miró el flácido trozo de tela rosa cogido con alfileres y soltó su montón de

ropa para zurcir.

—¿Podéis meter esto dentro? —preguntó.

Las dos mujeres más jóvenes dispusieron la tela rosa alrededor del bulto. Ahora se parecía más a lo que Ofelia recordaba (una forma plana parecida a una caja), pero la tela flácida se cerró sobre el contenido.

—Esto servirá —dijo Ariane—. Pero necesitamos un modo de cerrarlo.

—Tiras adhesivas —propuso Dorotea—. La máquina las fabrica rápidamente; nosotras podemos coserlas en la pieza larga que envuelve... hacerla más ancha, para que se solape.

Sera Ofelia se marchó a la otra sala de costura. Aquí, Josepha y Aurelia dirigían el equipo de diseño; su solución tenía la forma básica de caja, pero se cerraba con un inteligente pliegue que requería solamente una tira adhesiva larga. Hacía falta más tela, sin embargo, y se necesitaba precisión para coser todos los pliegues.

Ariane la siguió, con el puñado de ropa para zurcir.

—Lo hice por usted —dijo—. No tiene que forzar la vista con cosas tan pequeñas, Sera Ofelia. Su idea de fabricar cajas de tela...

—No ha sido nada —respondió Ofelia automáticamente—. Gracias por el zurcido, Ariane.

—Con mucho gusto, Sera Ofelia. Y si necesita ayuda con algo...

—No, gracias. Rosara y yo podemos hacerlo.

Ariane, después de todo, tenía hijos y nietos. Además, admitir que necesitaba ayuda sería admitir que Rosara y ella no cooperaban, algo que todo el mundo sabía pero nadie reconocía.

—Me gustaría ayudar con las cajas —dijo Ofelia—. Aunque no soy tan rápida como antes, tenemos tan poco que empaquetar...

—Si le queda tiempo, claro que nos alegrará contar con su ayuda —respondió Ariane.

—Barto lo ha sugerido —dijo Ofelia. Ariane se mordió los labios; comprendía exactamente a qué se refería.

—Tal vez podría hacer usted la primera —dijo—. Necesitamos un modelo para las demás.

Ofelia colocó la tela sobre la máquina, cuidando de mantener igualada la tensión. Antes era muy buena cosiendo, pero últimamente tenía problemas para mantenerse concentrada en la tarea una vez alineada la tela. Barto se había quejado de los pespuntos irregulares de la última camisa que le había hecho. Había cosido tantas camisas a lo largo de los años que estaba cansada de costuras rectas. Pero esta caja era algo nuevo, algo que nunca había hecho. Tenía que pensar cómo doblar tantas esquinas. Se detuvo y llamó a Ariane.

—¿Las esquinas tienen que ser cuadradas? Si las redondeamos, podríamos poner ese cordón aquí; sería un refuerzo.

Ariane se llevó la muestra para hablar con Dorotea.

Ofelia se quedó sentada donde estaba y cerró los ojos. Se sentía dividida por dentro. Una vocecita seguía diciendo: «No voy a marcharme, no voy a marcharme.» Pero la voz que estaba acostumbrada a oír seguía hablando de los problemas de la fabricación de cajas. Sabía cómo planear el trabajo con las demás; sabía cómo escuchar la voz que hablaba por ella cuando lo hacía. Esa otra voz le resultaba extraña.

Ariane regresó con Dorotea.

—Redondearemos las esquinas, añadiremos el cordón... ¿Algo más?

—No... Sólo pensaba.

Ofelia volvió al trabajo. Pespunteó siguiendo las curvas, empujando automáticamente con los dedos la tela en la máquina. Casi había terminado la caja cuando se dio cuenta de lo difícil que iba a ser coser tiras adhesivas en el borde ahora que los lados estaban cosidos.

—Les diremos a las demás que cosan primero las tiras adhesivas —dijo Ariane—. Debería descansar usted ahora. Ya ha pasado la hora del almuerzo.

No se había dado cuenta. Siempre le gustaba imaginar maneras de hacer cosas, aunque normalmente le daban indicaciones. Ella las obedecía; ahora siguió a Ariane, despacio, consciente del dolor en sus hombros por haber estado encogida sobre la máquina.

—¿Comerá con nosotras? —preguntó Ariane. Ofelia sacudió la cabeza.

—Debo ir a casa; Barto me necesitará. Pero volveré más tarde.

Ariane le dio un pequeño abrazo; por primera vez, Ofelia notó los huesos bajo la carne de la otra mujer. Miró a la amiga de su hija. Ariane envejecía; hasta entonces no lo había advertido, pero tenía mechones grises de cabello. En la mente de Ofelia, siempre tenía la edad de Adelia... que murió antes de cumplir los veinte años.

Barto y Rosara habían salido a alguna parte. Sin ellos, la casa parecía tranquila y fría. Ofelia soltó el montón de ropa zurcida sobre la cama y se dirigió a su propio cuarto. Alguien había arrojado todas sus prendas sobre la cama en un desordenado montón. Ropa interior, camisas, faldas, el único vestido. Odiaba verlas así. La ropa interior siempre parecía vagamente indecente, aunque fuera sencilla y vieja como la suya. Formas flácidas y poco atractivas beige y blancas, diseñadas sólo para cubrir dos veces lo que sus anchos ropajes habrían cubierto de todas formas.

No iba a marcharse. No tendría que llevar ropa interior cuando no hubiera nadie para escandalizarse. Sintió su corazón latir; una deliciosa sensación de travesura se alzó desde sus pies hasta su coronilla, bañándola de calor. Regresó al salón y se asomó al camino. Nada. Estarían comiendo en el centro, lo más probable.

Ofelia volvió a su cuarto y cerró la puerta. No tenía ventana. A escondidas, se desnudó. A plena luz del día, su voz pública la reprendía. Por ninguna razón. Su nueva voz, la que decía que no iba a marcharse, no dijo nada. Por un momento permaneció desnuda en su cuarto, respirando entrecortadamente. Luego volvió a ponerse las prendas de calle y dejó un montón de ropa interior en el suelo.

«¡Indecente! —chilló su voz pública—. ¡Desvergonzada! ¡Asquerosa!»

Tocando la tela de su falda se notaba la piel del vientre, de las caderas, de los muslos. Dio un pasito, luego otro. Una pequeña corriente de aire entre sus piernas, fresco donde estaba acostumbrada al calor.

«¡No! —le dijo su voz pública—. No puedes hacer eso.»

La nueva voz privada no dijo nada. No tenía que decirlo. No podía hacerlo ahora, no mientras hubiera otra gente para condenarla. Pero más tarde... más tarde sólo llevaría lo que le apeteciera. Fuera lo que fuese.

Rápidamente, sin prestarse atención a sí misma ni a su sentimiento de disgusto, se desnudó y volvió a vestirse como correspondía. La ropa interior, toda ella. Las prendas exteriores, todas. Por ahora. Durante veintinueve días más.

Acababa de vestirse y había vuelto a doblar sus vestidos para colocarlos en montones más ordenados cuando regresaron Barto y Rosara. Tenían un nuevo problema.

—Dicen que eres demasiado vieja —dijo Barto, mirándola con mala cara, como si ella hubiera elegido esa edad ese día.

—Jubilada —apuntó Rosara—. Demasiado vieja para trabajar.

Ridículo. Ella había trabajado siempre; trabajaría hasta que muriera. Eso era lo que hacía la gente.

—Setenta años —dijo Barto—. Ya no estás bajo contrato. Dicen que les costará enviarte a cualquier otra parte y que no serás de ninguna utilidad a la colonia de todas formas.

Eso no la sorprendió, pero la enfureció. ¿Inútil? ¿Creían que no era de ninguna utilidad ahora, porque no tenía ningún trabajo formal y sólo mantenía el huerto y la casa y preparaba la mayoría de las comidas?

—Van a cobrarnos —dijo Rosara—. Tendremos que pagar por tu pasaje.

—Había una garantía de jubilación en el contrato pero, como no volviste a casarte ni tuviste más hijos, perdiste una parte.

No le habían dicho eso. Habían dicho que perdería su bonificación productiva aunque siguiera trabajando a tiempo completo. No habían hablado de jubilación. Pero, naturalmente, ellos hacían las reglas. Y con esta regla quizá le facilitaban el quedarse atrás.

—Podría quedarme aquí —dijo Ofelia—. Entonces no os cobrarían...

—¡Por supuesto que no puedes quedarte aquí! —Barto dio un puñetazo sobre la mesa, y los platos se sacudieron—. Una anciana sola... te morirías.

—Me moriré de todas formas. Eso es lo que pretenden. Y si me quedara, no os costaría nada.

—¡Pero mamá! ¿No pensarás que voy a dejarte aquí para que te mueras sola? Sabes que te quiero. —Barto parecía a punto de echarse a llorar, con su gran cara roja arrugada por el esfuerzo de proyectar devoción filial.

—Podría morirme sola de todas formas, en crío. Se supone que es más peligroso

para la gente mayor, ¿no? —Por la expresión de su rostro ya lo sabía; probablemente acababan de decírselo.

—Eso sería mejor que morir aquí, la única persona en todo el planeta.

—Estaría con tu padre —dijo Ofelia. Era un argumento que podría funcionar con Barto, que recordaba a su padre como una especie de dios incapaz de ningún mal. Pero se odió a sí misma por la mentira, incluso mientras la decía.

—¡Mamá, no seas sentimental! Papá está muerto. Lleva muerto... —Barto tuvo que detenerse y calcularlo. Ofelia lo sabía. Treinta y seis años.

—No quiero dejar su tumba —dijo Ofelia. Una vez puesta, no pudo parar—. Y los demás...

Los otros dos niños, la niña que había muerto siendo muy pequeña, Adelia... Sobre aquellas tumbas había vertido lágrimas sinceras y podría llorar de nuevo ahora.

—¡Mamá! —Barto avanzó, pero Rosara se interpuso entre ellos.

—Barto. Déjala en paz. Claro que le importan sus propios hijos, tu padre... —Al menos Rosara lo dijo en el orden adecuado—. Y además...

Pero seguro que Rosara estropearía el efecto; iba a explicar que, después de todo, sería una solución aunque no pudieran aceptarla.

—Si se quedara —continuó Rosara, cumpliendo las expectativas de Ofelia—, entonces no tendríamos que pagar...

—¡No!

Barto la abofeteó; Ofelia se había retirado prudentemente y, cuando Rosara retrocedió tambaleándose, no le hizo daño.

—Es mi madre. No voy a dejarla aquí.

—Voy al centro a coser las cajas de tela —dijo Ofelia. Barto no la seguiría al aire libre, nunca lo hacía. Podría pensar que su observación era una rendición.

Esa noche, ni Barto ni Rosara mencionaron el incidente. Ofelia dijo que había terminado la caja de tela y que haría más al día siguiente.

—Si las máquinas producen tela suficiente, conseguiremos una caja para cada persona de la colonia. Será difícil, con tan poco tiempo, pero...

—Rosara ayudará mañana —dijo Barto.

Rosara era lenta y torpe cosiendo.

—Las máquinas están todas ocupadas —contestó Ofelia—. Yo puedo hacer las cajas para nuestra familia.

—Y se supone que mañana tengo que presentarme para una prueba vocacional —dijo Rosara.

—Es ridículo que te presentes antes que yo —respondió Barto. Eso inició una diatriba contra la Compañía. Ofelia no escuchó. Después de comer, vació los platos y llevó los restos al huerto. No había estado allí desde el amanecer; inspiró profundamente para sentir los olores de la noche. Había suficiente luz para ver la tela de un bichorreptor entre las hileras y evitarla. Cuando volvió a la puerta de la cocina, se asomó. Vacía. La puerta de la habitación de Rosara y Barto estaba cerrada. Eso le

pareció bien. Fregó los platos y los puso a secar.

Por la mañana, su primer pensamiento fue «Veintiocho días». Su segundo pensamiento fue: «No voy a marcharme. Seré libre dentro de veintiocho días.»

Se había despertado temprano, como siempre y, cuando salió al huerto, las brumas del amanecer aún le impedían ver el sendero. Examinó el huerto planta por planta: las habichuelas, con sus diminutas flores fragantes; los tomates; las jóvenes hojas de maíz; las exuberantes enredaderas de los calabacines. Algunas de las flores de las tomateras se habían abierto, rizando sus pétalos como diminutos lirios.

Oyó pasos animados por el camino y se agachó. Pasó un representante de la Compañía, que apenas miró por encima de la valla del huerto. Después de eso continuó trabajando, eliminando los comedores de hojas y los chupadores de tallos. Sabía que Barto le reñiría si la encontraba trabajando en el huerto ahora que el trabajo era ya inútil. Incluso podría enfadarse y destruir las plantas. Cuando Barto y Rosara salieron de su dormitorio, ella tenía el desayuno en la mesa. Les sonrió.

—Me voy al centro. Estaré allí todo el día, espero, cosiendo.

Todo el día, cosiendo con las demás, en las habitaciones llenas de máquinas y mujeres y niños, convirtiendo en cajas las telas brillantes. Cuando sus hombros se cansaban, alguien siempre se daba cuenta y acudía a frotárselos y a sustituirla ante la máquina. Ofelia permaneció sentada un rato en una mecedora acolchada del pasillo, narrando historias a los niños pequeños. No eran sus nietos, pero llevaba tanto tiempo contando cuentos a los niños pequeños que no importaba.

Aquí, con todo el mundo hablando mientras trabajaban, especulando sobre el lugar al que podrían enviarlos, y cómo sería, casi ni recordaba que ella no iba a marcharse. Todas las mujeres la llamaban Sera Ofelia, y le pedían consejo. Empezó a pensar que estaría con ellas siempre, que siempre tendría a aquellos bebés en su regazo, que siempre habría alguna mujer más joven confiándole un problema con su marido o una pelea con una vecina.

Pero esa noche, en la cama, su piel recordó el contacto de las prendas sin la ropa interior. Con las manos se acarició el vientre, los costados. Era vieja... su voz pública lo dijo, la voz que sabía qué decir en el centro a las otras mujeres. Era vieja y arrugada y había dejado atrás cualquier sentimiento que hubiera experimentado en su juventud, cuando se enamoró de Caitano y después de Humberto. Eso fue lo que dijo la voz pública. Pero la voz privada, la nueva voz, dijo: «No voy a marcharme. Ellos se marcharán, y yo me quedaré aquí. Sola. Libre.»

A la mañana siguiente despertó recordando que ya sólo quedaban veintisiete días. Y ese día, y el siguiente, y el otro, se repitió la misma rutina. Se pasaba los días en el centro, ayudando a las demás a fabricar las cajas de tela, ayudándolas a decidir qué llevarse y qué dejar, abrazando a los niños pequeños cuando se asustaban, contando historias a los niños mayores. Durante el día era una de ellos, un miembro del grupo

que iba a ser despojado de todo lo que habían construido durante cuarenta años, indefenso y desesperanzado, pero todavía resistiendo. Por las noches, era ella misma, una persona extraña que no conocía, una persona a la que tal vez sólo recordaba de la infancia.

Todavía quedaban cinco días, pero la Compañía había vuelto a mentir, y la lanzadera ya iba camino de la órbita con los primeros pasajeros: treinta días para despejar el planeta, no hasta que se marcharan los primeros. Cada colono tenía un número para la evacuación. Las madres y los niños primero, porque los niños eran problemáticos hasta que se los quitaba de en medio. Los adultos solteros al final. Ofelia dio un último abrazo a los niños que la consideraban su abuela y los despidió mientras los conducían a la lanzadera.

Otra lanzadera aterrizó una hora después. Los representantes de la Compañía habían explicado cómo sería, la perfección de lo planificado. Para cuando cada nueva lanzadera llegara a la nave, la anterior habría marcado y almacenado sus posesiones, y estaría ya en los criotanks. Diez lanzaderas al día durante cinco días; la última despejaría a tiempo de cumplir el plazo legal.

A Ofelia no se le había ocurrido lo rápidamente que la colonia parecería vacía. Al final del primer día recordó el terror que siguió a la primera gran inundación, cuando murieron tantos. Al final del segundo día, ella y los demás se miraron con ojos de espanto. Los representantes de la Compañía deambulaban entre ellos, manteniéndolos ocupados, impidiendo el pánico. Ofelia todavía tenía comidas que cocinar y platos que fregar: iría en la última lanzadera, le recordaron los representantes. Rosara y Barto, protestaban por su separación; tenían que partir en la primera lanzadera del último día. Los oyó tratar de explicarles que no era de fiar, que era vieja, que se olvidaba de las cosas. Los representantes de la Compañía miraron hacia ella y Ofelia bajó la cabeza, como si no hubiera oído. Sabía que no les importaba.

El último día, el despertador los levantó mucho más temprano que de costumbre. Todavía estaba oscuro. Ella sintió contra su piel húmeda y fría la bruma de la mañana mientras caminaba con Barto y Rosara hasta el campo de aterrizaje. Se pusieron a la cola. Una lanzadera aterrizó; sus luces brillaron difusas en la oscuridad. La cola se puso en movimiento. Llegó el momento. Rosara la abrazó, ferozmente.

—Mamá... —susurró Barto inseguro, con la voz de un niño.

—Os quiero —dijo Ofelia, y los empujó—. No lleguéis tarde. Se enfadarán con vosotros si llegáis tarde.

—No llegues tarde tú —le recordó Barto. La miró como si intentara ver el interior de su cabeza, oír la nueva vocecita que clamaba libertad.

—No pasará nada, Barto —respondió Ofelia. Para cuando descubriera que no había sido así, sería demasiado tarde. Cuando despegara esa lanzadera, tendría todo el día por delante hasta que le tocara el turno a la suya... la lanzadera que no iba a tomar. Volvió atrás, rebasó la cola que esperaba la siguiente nave y entró en la casa. Su casa, ahora. La nueva voz era más fuerte, más insistente. Tendría que encontrar un

sitio donde esconderse: los representantes de la Compañía harían al menos un simulacro de buscarla. No la dejarían detrás sin más; si la encontraban, la obligarían a subir a la lanzadera.

Tras la casa, tras el huerto, había un pequeño prado. Más allá, las plantas delgaduchas que asomaban de los matorrales nativos para echar un pulso con las bacterias terraformadoras. Más allá, el muro de plantas nativas... primero matojos hasta la altura de la cabeza, luego la enorme muralla del bosque. Si pudiera cruzar el prado sin ser vista, no la encontrarían. No buscarían mucho tiempo. Maldecirían y la llamarían... y luego se marcharían.

Con las primeras luces grises del amanecer, con la niebla matutina, Ofelia partió llevándose en una almohada el suministro de comida necesario para varios días, y un paquetito de semillas. Si destruían su huerto, podría replantar... No pensaba más allá de eso.

Notó el pasto mullido bajo sus pies. La hierba húmeda le rozaba las piernas, mojando su falda. Advirtió que, si alguien miraba demasiado pronto, vería el rastro oscuro que dejaba contra la hierba plateada de rocío. Quizá pensarán que se trataba de un animal. En la distancia, oyó balar a una de las ovejas y se preguntó si las dejarían con vida. Eso esperaba. Le gustaba tricotar y hacer ganchillo. Los altos matorrales tras el pasto la acariciaron con sus rudas hojas húmedas, empapando su falda hasta la cintura. A su espalda oyó voces de llamada... no era a ella, sino una advertencia para aquellos que debían tomar la siguiente lanzadera. Luego la oscuridad se alzó de la niebla, y se internó entre los primeros arbustos.

Se sentó a descansar cuando se encontró entre los árboles; de todas formas, estaba demasiado oscuro para caminar y ya había tropezado con suficientes ramas y raíces. La luz se filtraba a través de las copas de los árboles, revelando más formas y colores a medida que el sol se alzaba. Algo muy alto se movió entre las ramas, sacudiéndose y trinando. Ofelia se estremeció, pero no se movió.

Pronto el sol empezó a dispersar la niebla. Cuando consiguió ver con suficiente claridad, Ofelia se levantó y continuó caminando, despacio, eligiendo el camino para evitar más arañosos. Había estado antes en el bosque, después de la muerte de Humberto; había descubierto que siempre encontraba el camino de vuelta. Nadie más la había creído; se preocuparon y le insistieron hasta que finalmente renunció a aquellos viajes. Pero ahora no temía perderse.

Cuando sintió hambre, se sentó y comió lo que llevaba en el saco. Cavó un pequeño agujero y, después de evacuar, lo cubrió con hojas. Cuando por la tarde la luz se hizo más tenue, acumuló ramas y hojas y se preparó un lecho para pasar la noche. Se suponía que su lanzadera tenía que despegar justo después de la puesta de sol. Esperaba que otra bajara a recoger a los representantes de la Compañía. No iba a volver a casa hasta pasados dos días.

3

Si la llamaron, no los oyó. Si la buscaron, no vinieron a su encuentro. Permaneció despierta hasta mucho después de oscurecer, esperando, y no oyó ningún ruido humano aparte de los rugidos de la lanzadera al partir. Más cerca, advertía el roce de las hojas, algo que caía entre las ramas chocando repetidamente hasta que golpeó el suelo a una distancia indeterminada. Un suave zumbido, como una alarma ahogada. Un sonido hueco como el de una piedra que golpea contra otra, repitiéndose a intervalos. Su corazón se disparaba y frenaba mientras el cansancio quemaba sus ojos y agotaba su temor. Cuando por fin se quedó dormida, no tenía ni idea de cuánto tiempo duraría la noche.

Antes del amanecer, despertó helada y húmeda con el sonido de otra lanzadera aterrizando; no pudo volver a dormir, aunque se obligó a cerrar los ojos. Cuando llegó la primera luz, no estaba segura de que fuera real; casi creyó que sus ojos, cansados de la oscuridad, se la estaban inventando. Lentamente los árboles cercanos tomaron forma, figuras oscuras alzándose en lo alto, oscuridad contra luz sin color. Cuando la luz de la mañana fue lo bastante fuerte para que pudiera ver el naranja oxidado y el verde pálido de las hojas del árbol que tenía más cerca, oyó la lanzadera despegar y su rugido desvanecerse en el cielo, sobre los árboles.

Tenía que ser la última. Pero no estaba segura. Si habían mentido a la gente, si querían coger más cosas de los edificios (equipo, máquinas, no podía saberlo), entonces tendrían que enviar más lanzaderas. No tenía ni idea de cuánto tiempo tardarían en poner en marcha la nave espacial. Tendría que esconderse al menos durante otro día más.

Deseó haber traído ropa seca; no había pensado en lo mojada que acabaría, ni en lo aterida. No se sentía libre después de haber dormido sobre el suelo, al raso; se sentía pegajosa y miserable, y las articulaciones le dolían terriblemente. Cuando al fin se le ocurrió que podía quitarse las prendas mojadas que se le pegaban a la piel, se rió en voz alta; luego se detuvo bruscamente, cubriéndose la boca con una mano. A Barto no le gustaba que se riera sin motivo. Esperó, atenta; cuando ninguna voz la reprendió, su cuerpo se relajó y retiró la mano de la boca. Estaba a salvo, al menos de eso. Se despojó de la ropa, mirando en derredor para asegurarse de que no la veía nadie.

A la tenue luz, su piel brillaba, más pálida que nada de cuanto la rodeaba. Si alguien se hubiera quedado atrás, si alguien estuviera mirando, sabría de inmediato que iba desnuda. No se miró el cuerpo; miró la ropa mientras se desprendía de ella.

Tal vez podría colgarla en alguna parte. Dio un respingo cuando una gota de agua cayó sobre su hombro desnudo. Luego le pareció gracioso y se rió de sí misma, incapaz de detenerse, hasta que le dolieron los costados.

Eso la había calentado. Se sentía extraña, más consciente del aire que la tocaba que de ninguna otra cosa, pero ni acalorada ni fría. Cuando otra gota de agua la

golpeó entre los hombros y corrió por su espalda, se estremeció. Lo encontró agradable. Colgó la camisa y la ropa interior de una liana; luego hizo una pelota con la falda para sentarse encima. Seguía estando desagradablemente húmeda, pero sólo la tocaba en parte y el calor de su cuerpo la calentaba. Sacó el pan del día anterior, el trozo de embutido, y comió vorazmente. Sabía distinto, como si fuera una comida extraña, algo nuevo. El agua de su cantimplora sabía también diferente, de una manera que no podía definir.

Después de comer, cavó otro agujerito y lo usó. Tal vez no necesitaba hacerlo (si ahora era la única persona en el mundo, ¿a quién iba a ofenderle su basura?) pero, según la costumbre de toda una vida, la gente debía hacer algo con sus desechos. Cuando estuviera segura de que los demás se habían marchado (marchado de verdad, para siempre), vería si el reciclador funcionaba para ella. Por ahora cubrió el agujero con la tierra rojiza y las hojas de extraños colores.

Cuando el sol empezó a calentar, Ofelia se cansó de estar sentada inmóvil; echaba de menos la rutina familiar de su vida, el huerto y la cocina, las tareas que había realizado durante tanto tiempo. Hubiera sido agradable tener una hoguera y cocinar, pero no tenía forma de encender un fuego y no estaba dispuesta a arriesgarse a que la detectaran por el humo. A falta de otra cosa, empezó a recoger ramas y a prepararlas, casi sin pensar. Construyó una pequeña plataforma de palos entrecruzados, para mantener sus cosas a salvo del húmedo suelo del bosque. Allí, una rama caída más grande con la corteza casi podrida... sería una cómoda protección para la espalda en el próximo agujero que cavara. Ordenó el pequeño espacio en el que se había aposentado, preparándolo a su gusto. Fue adquiriendo poco a poco la forma y el aspecto de una habitación, de un lugar seguro.

A mediodía, cuando los pocos rayos de sol cayeron directamente sobre su cabeza, se detuvo para volver a comer y miró alrededor. Su cantimplora descansaba en un hueco entre dos raíces; había escogido unas grandes hojas planas para ponerla a la sombra. Otra hoja plana le servía de plato. Había fabricado un cómodo asiento, después de varios intentos, apoyando ramas contra un tronco de árbol acolchado con su falda doblada. Su desnudez aún la molestaba; sentía cada movimiento del aire, incluso los suyos propios. Finalmente se había puesto la ropa interior, con una muela, un poco avergonzada de necesitar intimidad por nada más que su consciencia; se puso la camisa encima. Pero los pies descalzos le parecían bien.

Por la tarde cayó una tormenta. En la colonia, se las veía venir. Pero bajo el dosel del bosque, Ofelia no tenía otra advertencia que la sombra y el rugir del viento que precedía un aguacero. Había estado bajo la lluvia antes; no tenía miedo de mojarse. Cuando se acabara, volvería a secarse.

Pero no había estado bajo una tormenta en medio del bosque. Al principio, sólo oyó el viento y, supuso, el agua, mientras las copas absorbían las primeras lluvias. Luego el dosel saturado empezó a filtrar. Justo cuando pensaba que la lluvia iba a acabar (la luz regresó, los truenos rugían ya en la distancia), la alcanzó esta otra lluvia

inferior, gota a gota, hilillo a hilillo, hasta que quedó empapada, y la noche se acercaba. Como se había encogido en su asiento improvisado, la falda que tenía debajo no estaba más húmeda que antes, pero tampoco más seca. Su saco de comida, cubierto por grandes hojas, aún parecía mojado; el pan, rancio y empapado. No quería tumbarse en el suelo del bosque para dormir; tampoco quería pasarse la noche entera allí sentada y despierta. Finalmente apoyó la cabeza contra el tronco del árbol y durmió a ratos, despertándose con cada sonido desconocido.

Al amanecer había decidido que no soportaría otra noche de humedad en el bosque. No sin suministros que no había traído. Quería quejarse a alguien, insistir en que no era culpa suya. Nunca se había escapado hasta entonces; no podía esperarse que lo hiciera todo bien a la primera.

Hasta ese momento la ausencia de voces no la había molestado. Le habían dicho que estaba perdiendo el oído... o la cabeza; Barto no decidía qué. Normalmente podía oír lo que quería oír; a menudo deseaba el silencio. En las raras noches en que Barto no roncaba, y Rosara no se levantaba tres o cuatro veces para dirigirse a trampicones al cuarto de baño, ella permanecía despierta saboreando el silencio.

Y el silencio de aquel primer día no la había molestado porque no lo consideraba tal. En su interior tenía las voces en pugna: la voz pública que decía cosas predecibles y la nueva voz privada que decía cosas inimaginables. En la lejanía se escuchaba la progresión del estruendo de las lanzaderas en vuelo, una tras otra. El segundo día, el sonido de sus propias acciones (los ruidos que hacía arrastrando troncos, recogiendo ramas, respirando y comiendo y bebiendo) la reconfortó sin que se diera cuenta, mezclado como estaba con las voces interiores.

Hasta que no buscó una respuesta no advirtió el silencio.

Era una muralla. Era una presencia, no una ausencia... una presión en sus oídos que la hizo deglutir con nerviosismo, como si eso pudiera despejarlo. Se llevó las manos a la cabeza para ahogar y mitigar el silencio.

Cuando el pánico remitió, se encontró rígida, con la boca abierta, jadeando en busca de aire... no recordaba qué pregunta pretendía plantear, qué respuesta necesitaba del otro. Sus oídos le decían que había sonidos suficientes: el rumor de las hojas, el goteo del agua, aquel *plonk* resonante, como el de una piedra. Pero esos sonidos no transmitían ningún significado, y las voces de su cabeza, tanto la familiar como la nueva, guardaban silencio en su temor. Finalmente, una de ellas (no advirtió cuál), dijo: «Ahora ve a casa.» Lo dijo con firmeza, sin dudar.

Ofelia contempló su habitáculo y recogió la falda doblada. La sacudió y se la puso sin pensar. Cogió el saco de suministros. Era hora de volver a casa, aunque fuera a plena luz del día. Sus pies conocían el camino, a través de los jirones de niebla que oscurecían su visión, por encima de raíces retorcidas, rodeando árboles y piedras. La luz crecía a su alrededor cuando llegó a la linde del bosque, donde crecían los matorrales más bajos, y para cuando llegó al borde del terreno despejado, empapada una vez más por el rocío matutino, apenas consiguió ver las formas oscuras de los

edificios del poblado a través de la bruma.

Se detuvo ante aquella extensión abierta, ya más tranquila, y recordó por qué no debía regresar caminando sin más a casa. Aquí el silencio era mucho mayor que en el bosque. Un soplo de aire pasó a su lado trayendo el olor de ovejas a su derecha. Ningún sonido humano. Ninguna voz. Ninguna máquina. ¿Estarían esperando su regreso? ¿Había alguien en las casas, en el centro, conteniendo la respiración, observándola a través de alguna máquina especial y aguardando a que se pusiera a su alcance?

Sintió calor en la mejilla derecha y en el cuello: el sol que dispersaba la bruma. El frío de la humedad y el calor se alternaron; luego el sol ganó, y la brillante luz dominó la ciudad. Su casa se encontraba delante: había rehecho el camino con tanta exactitud que, si sus marcas en el rocío de dos mañanas atrás hubieran permanecido aún, podría haberlas pisado como si fueran calcetines familiares. Pero nada turbaba la extensión de sombría plata.

Se internó en la hierba mojada. Quería llegar a casa y quitarse la ropa húmeda.

Primero se cambió de ropa y usó el cuarto de baño para darse una ducha caliente. Después de eso, pensó en su vestuario. ¿Qué le apetecía ponerse? De puertas adentro... nada. Pero quería salir al huerto, y todavía no estaba preparada para hacerlo desnuda. Se puso una camisa. Además quería llevar pantalones cortos, como los que utilizaba de niña, los que había hecho para Barto. En la habitación de («no su habitación, la mía», se dijo), encontró un par de pantalones largos que su hijo no se había llevado. Buscó las tijeras y cortó las perneras, pero no se entretuvo en coserles el dobladillo. Se los probó; le quedaban demasiado grandes de cintura, pero no le importó mientras se le aguantaran en las caderas. Mejor eso que la ropa interior o la falda.

Los comedores de hojas se habían cebado en el huerto durante aquellos dos días, pero todas las flores de las tomateras se habían abierto. Ofelia caminó de planta en planta, capturando las orugas, rompiendo los tres babosos que encontró entre la tierra, aplastando los pulgones de las habichuelas. Apenas prestó atención a la hora hasta que su estómago gruñó y se dio cuenta de que tenía hambre.

Comió un plato frío del frigorífico. En sólo dos días las cosas no se habían estropeado, aunque la luz no se encendió. Probó con el interruptor de la cocina: nada. Pero el agua estaba caliente... se quedó sorprendida hasta que recordó que los tanques de agua tenían el mismo aislamiento que los refrigeradores. Si el frigorífico podía permanecer frío, el agua caliente podía permanecer caliente. Entonces salió a averiguar qué había pasado en el resto de la colonia.

Parecía extraño, casi indecente, asomarse a las ventanas y abrir las puertas cuando la gente que vivía en aquellas casas no estaba allí para decir «Bienvenida, Sera Ofelia» o «Nuestra casa es su casa, Sera Ofelia». Nadie había cerrado las puertas con

llave: no tenían cerrojo, de todas formas, sólo pestillos para impedir que los niños pequeños entraran o salieran. Las dos o tres primeras veces que las empujó para abrirlas se sintió cohibida. Más tarde aquello se convirtió en un juego; se sentía deliciosamente traviesa, igual que cuando se quitó la ropa y pensó en no volver a ponérsela. Ahora pudo mirar bajo la cama de los Senyagin. Ahora pudo abrir los armarios de Linda y ver si su casa estaba tan desordenada como su mente. (Lo estaba: encontró, cubiertos por ropa sucia, artículos que Linda lamentaría no haberse llevado cuando despertara en otro mundo.) Corrió de casa en casa, abriendo puertas cerradas, dejando entrar la luz, entrando ella misma. Todos los huertos parecían igual que dos días antes. Las hojas escarlata de las parras abiertas, tomates y habichuelas y calabazas y guisantes y alcachofas... todas las plantas que quisiera, más de las que podría comer, produciendo más semillas de las que necesitaría jamás. Tomó nota de algunas: la habichuela azul especial que los Senyagin habían desarrollado por su cuenta, que no formaba parte de las semillas de la colonia y que vendían a un alto precio. La tendría en su propio huerto por fin. Los melones de aquí... la calabaza gigante de allá; nunca había cultivado melones ni calabazas gigantes, pero las había intercambiado. Especies... hierbas... siempre había cultivado un poco de cilantro y pimienta, pero no estragón ni albahaca ni perejil ni eneldo. Tendría que prestar atención al huerto de las hierbas; la colonia sólo tenía uno.

También el centro se encontraba abierto. Las largas mesas de costura estaban cubiertas con trozos de tela. Todas las máquinas habían sido desconectadas, y no se encendieron cuando pulsó los botones. Se acercó a la puerta de la sala de control de la central de energía. Estaba cerrada, pero no con llave; la abrió de un empujón. Una claraboya dejaba entrar suficiente luz. Se acercó a los grandes interruptores, todos desconectados, y los conectó. Más luz brotó a su alrededor. El panel de control se había iluminado y todos los marcadores estaban en verde. Sabía lo que significaba eso; todos lo sabían. Cada adulto había aprendido a manejar la central de energía. Era demasiado importante para dejarlo en manos de unos cuantos especialistas.

Ahora las máquinas del centro funcionarían, y el frigorífico y las luces de casa. Ya que estaba allí, Ofelia comprobó los niveles del reciclador de desperdicios. Quizá necesitara recargar los tanques en alguna ocasión; una persona sola podría no producir suficientes desechos para mantener en funcionamiento la central de energía. Pero hasta ahora los niveles no habían caído lo suficiente para poder medirlos.

Del centro, Ofelia se dirigió cautelosamente al campo de aterrizaje de las lanzaderas. Si los de la Compañía aún esperaban para atraparla, podría ser allí donde se encontrarán. Se mantuvo al borde del camino hasta los últimos edificios. Desde ahí podía ver el campo, su superficie arañada y magullada por el denso tráfico de la pasada semana pero, por lo demás, vacía. No se movía ningún vehículo. No vio ni oyó a nadie. La brisa voló hacia ella; no olió nada fresco en el leve aroma de aceites y combustibles. Un hedor más cercano de podredumbre la atrajo. Lo siguió hasta los restos de una hoguera donde supuso que los representantes de la Compañía habían

celebrado un festín con las ovejas de la colonia, o al menos algunas de ellas. Ocho o nueve cadáveres mal sacrificados yacían pudriéndose, la lana en un montón separado, tiesa y sanguinolenta. Ofelia frunció el ceño. Dejarlos así era un desperdicio de buena lana y cuero.

Sin embargo, eso le proporcionaba una carga para el reciclador... y no sería más fácil si esperaba. El olor mantenía el apetito a raya, aunque fuera mediodía. Primero volvió al reciclador en busca de los largos guantes protectores que le habían enseñado a utilizar cuando manejara residuos animales. Lenta, laboriosamente, arrastró los cadáveres de las ovejas y los amontonó. Luego contempló de nuevo los escasos vehículos, los viejos camiones de troncos y las carretillas cercanas al campo de aterrizaje. ¿Funcionarían? Hacía años que no conducía ninguna máquina, pero sabía cómo hacerlo.

Quizá todavía estuvieran en órbita. Podían darse cuenta si ponía en marcha un motor; podrían haberse dado cuenta cuando puso en marcha de nuevo la central de energía. ¿Volverían? Siempre le quedaba la posibilidad de volver a esconderse en el bosque, llevándose esta vez su capote para la lluvia y ropa seca... pero ¿para qué querrían regresar?

Con todo, volvió a la tercera casa de aquel lado del poblado y encontró el carrito del huerto de los Arramandy en su cobertizo. Tardó el resto de la tarde en trasladar los cadáveres de las ovejas al reciclador. En el carrito cabían dos por viaje, y encontró cubos para las viscosas y sanguinolentas tripas y los órganos. A pesar de su cuidado, se manchó la ropa. Cuando terminó, lavó los guantes, los metió en desinfectante, y luego se quitó la ropa, sin tocar las manchas. Tendría que desinfectarla también.

Podía hacer algo mejor. Sonriendo, recogió las prendas con un palo y las arrojó también al reciclador. Luego se duchó en las instalaciones y se secó con las grandes toallas grises que colgaban allí para quien las necesitara. Pensó en envolverse en una de ellas para regresar a casa... o podía meterse en casa de alguien y buscar ropa de verdad.

O... o podía caminar desnuda por la calle donde había vivido, donde ahora no vivía nadie para ir con el chisme. Se acercó a la puerta abierta y se asomó. Atardecía; el sol se había ocultado tras el lejano bosque. Nadie en la calle, nadie en las casas. Su vientre se hinchó de emoción, de desafío. ¿Podría? Lo haría algún día, lo sabía, lo había sabido desde que aquella nueva voz habló por primera vez en su interior. Y si algún día lo haría, ¿por qué no ahora, esta noche, cuando aún sería un desafío?

Dejó caer la toalla y avanzó un paso. No. Se dio la vuelta, recogió la toalla y la colgó en su sitio. Si iba caminar por la calle sin nada encima, empezaría aquí, en la ducha. Dentro del edificio, oscurecido ya por el atardecer, se sentía segura. En la puerta volvió a detenerse. ¿No? ¿Sí? No tenía que apresurarse. Podía quedarse aquí mucho tiempo, hasta que fuera de noche si quería. Hasta que nadie viese nada aunque hubiera habido alguien.

Pero ella lo sabría. Y quería saberlo. Un paso y salió por la puerta. Otro paso

hasta encontrarse a la sombra del alero. Otro y otro, fuera del edificio, y al camino, sendero abajo... y ningún ojo asomaba por las ventanas oscuras, ninguna voz se alzó para reprenderla. El frío aire del crepúsculo la acariciaba por todas partes, en la espalda y los costados, en los pechos y el vientre, a lo largo de brazos y piernas, entre ellas. Cuando se calmó lo suficiente para advertirlo, lo encontró muy agradable.

Entonces vio las luces del centro brillar cálidas contra el crepúsculo azul. El miedo la dejó helada; apenas pudo respirar. «¡Idiota!» ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Si había alguien en la órbita, si estaban vigilando, sin duda la verían. Lo sabrían; quizá regresaran.

Se apresuró, sin dar importancia ya a su piel desnuda, y corrió para encontrar los interruptores de la luz y apagarlos. Luego a casa, donde extendió la mano y sintió el interruptor entre sus dedos antes de recordar. Se quedó allí un instante, los músculos temblando por el esfuerzo de detener un movimiento familiar, antes de conseguir retirar la mano sin tocarlo. Su corazón redoblaba. Podía sentir el latido de su miedo por todo el cuerpo. Mientras su corazón se apaciguaba, mientras se calmaba, se reprendió. «Idiota, idiota.» No podía permitirse olvidar cosas; ya no había nadie para recordárselas.

Tomó una cena fría en la oscuridad de la casa. Al menos ahora estaba a cubierto, y si llovía no se mojaría. Cerró los postigos, haciendo que la oscuridad fuera aún mayor, y se dirigió a tientas hacia la cama. Su habitación parecía diminuta, sin aire. Mañana se mudaría al cuarto de Barto y Rosara, la habitación que había compartido con su marido hasta que murió. Pero esta noche... esta noche no vagaría en la oscuridad. Retiró las mantas a tientas, y casi se había quedado dormida cuando recordó.

No había estado sola así desde... en toda su vida. Sintió un rato de extrañeza por no estar asustada, sola en la oscuridad, la única persona en todo el planeta. No estaba asustada en absoluto. Se sentía a salvo, más segura de lo que podía recordar. Se quedó dormida y su cuerpo encontró los huecos familiares de la cama.

Por la mañana, al despertar en su propia cama, en su propia casa, con los olores familiares a su alrededor, no recordó lo sucedido. Se levantó como de costumbre y avanzó dando tumbos hasta el interruptor de la luz; sólo cuando se encendió advirtió que estaba desnuda, y por qué. Los últimos días parecían un sueño, irreales. Cogió la bata que colgaba de su percha y se la puso antes de abrir la puerta, medio esperando oír los ronquidos desde el cuarto de Barto y Rosara.

El silencio la saludó, el silencio absoluto de una casa donde no habita nadie. Se asomó de todas formas. Su dormitorio parecía ya diferente, una habitación donde no había vivido nadie desde hacía algún tiempo. Barto no había querido desperdiciar su espacio de embarque con sábanas, así que la cama todavía tenía la colcha color crema con la ancha franja roja y las almohadas con sus fundas del mismo color. La puerta

del armario estaba abierta, una boca ciega con un calcetín arrugado por lengua; Ofelia sonrió, pensando en cómo se quejaría Barto cuando deshiciera las maletas y descubriera que le faltaba un calcetín. Lo recogió, cerró la puerta del armario y le echó el pestillo. Nunca se quedaba cerrado sin ayuda. La habitación seguía pareciéndole extraña, y no sabía decir por qué. Una película de rocío se filtraba por el alféizar de la ventana. Al asomarse, un baboso cayó del techo, colgando de su tela.

En la cocina, el frigorífico zumbaba suavemente. Ofelia lo ignoró y salió al huerto. Aquí todo parecía igual: las plantas respondían a la luz y el calor con otro día de crecimiento. Se abrió paso entre las hileras, disfrutando del silencio. En alguna parte baló una oveja, y otras respondieron. Muy lejos, al otro lado del asentamiento, una vaca mugió. Esos sonidos nunca la habían molestado; no turbaron su paz. Pensó que debía encontrar las ovejas y las vacas, y ver si alguna necesitaba algo. Pero mientras tanto sentía el calor del sol sobre la cabeza y olía las hojas de las habichuelas, las tomateras, las flores de las parras. Cuando sintió demasiado calor, se abrió la bata; acabó por sacársela y dejarla colgada de un gancho en el cobertizo de las herramientas. El sol semejava una enorme mano cálida que acariciara su cuerpo; los viejos dolores parecieron desvanecerse. Cuando volvió dentro, se notó un poco febril. Insolación, se recordó, mientras abría el frigorífico. Tendría que tener cuidado, al menos al principio.

Después de desayunar, limpió el frigorífico y arrojó la comida pasada a la zanja. Repasaría los frigoríficos de los demás. La mayoría de ellos podían quedar desenchufados; los utilizaría de repuesto cuando los necesitara. Sería conveniente tener uno en el centro y quizás al otro lado del poblado para cuando fuera a atender el ganado.

Casi todos los frigoríficos contenían algo de comida. Ofelia los limpió metódicamente y recogió todo lo que estuviera pasado o podrido para convertirlo en abono. Llevó a su casa la comida buena: embutidos, carne ahumada, quesos y verduras escogidas. Ya planeaba qué huertos mantener, cuáles abandonar, cuáles replantar para obtener grano para las ovejas y las vacas. Se pasó todo el día con esto, incómodamente consciente de que la comida se estropeaba en alguna parte. Era posible que no encontrara algo a tiempo. Hasta última hora de la tarde no se dio cuenta de que, aunque no encontrara más, seguiría siendo suficiente. Sería una molestia tener que limpiar todos los frigoríficos apestosos más adelante, pero no había por qué apresurarse.

Con ese pensamiento, paró de trabajar; dejó abierto el frigorífico de los Falares, a medio limpiar. Ya lo había desenchufado. Entró en el cuarto de baño que todavía consideraba ajeno y se dio una ducha. Seguía pareciéndole un desafío usar las instalaciones de la casa de otra persona, aunque los Falares nunca fueran a enterarse. Todavía con aquel estado de ánimo desafiante, dejó huellas mojadas por todo el suelo de loza y recorrió el camino, obligándose a caminar despacio.

Al este se formaba una tormenta: una alta torre de nubes muy blancas arriba y

azul grisáceo oscuro abajo. Esa noche llovería; tormentas como aquélla se movían tierra adentro desde la costa todos los días a principios de verano. Al oeste las tierras altas se alzaban hasta unirse con las montañas lejanas, pero no podía ver más allá de la muralla del bosque. Había oído hablar de ellas: el mapa de la pared del centro mostraba el fotomosaico compuesto por los satélites de observación antes de que crearan la colonia.

Cuando entró en su casa, las primeras ráfagas de viento que precedían la tormenta le cosquillearon entre las piernas. Se volvió a mirar. Las nubes oscurecían más de la mitad del cielo. Sin duda la nave, si todavía estaba allí, no podría ver sus luces. No quería pasarse otra noche en la oscuridad; pretendía prepararse una buena cena. Encendió las luces con la misma sensación de desafío que la había impulsado a utilizar la ducha de los Falares.

La tormenta rugía, acercándose. Ofelia cerró los postigos del dormitorio y dejó abiertos los de la cocina. Cocinó con un ojo puesto en el exterior, esperando la lluvia y el viento. Cuando llegó, sus salchichas hervían con cebollas y pimientos y rodajas de patatas; metió la mezcla caliente en una hogaza fresca de pan y se sentó junto a la puerta de la cocina, escuchando la lluvia en el huerto.

Pronto la oscura tarde se llenó de los sonidos del agua: el rumor de la propia lluvia, el melodioso goteo de las hojas sobre los portales, el borboteo del agua pasando por las zanjas de la casa hasta la alcantarilla exterior. Mucho mejor que en el bosque. Ofelia terminó su cena y apoyó la cabeza contra el quicio de la puerta. Un fino chorro de agua le mojó la cara y los brazos cuando la lluvia rebotó en el suelo. Se lamió los labios: más refrescante que ninguna ducha.

La lluvia continuó hasta después de oscurecer. Ofelia finalmente se levantó, gruñendo por el dolor de su espalda entumecida y sus piernas, y trasladó su almohada al otro dormitorio. El baboso se había pasado el día tejiendo una tela en el rincón; lo aplastó con el zapato (el único buen uso de un zapato, se dijo alegre) y rompió la tela. Los babosos no eran venenosos, pero sus patas picaban, y no tenía ningún deseo de que la despertara en la oscuridad.

Cuando se tendió, encontró la cama extraña. Había dormido en aquella cama en vida de Humberto, pero se la había cedido a Barto y Stefan un año o dos después. Cuando Stefan murió, Barto consideró suya la habitación e invitó a su primera esposa, Elise, a vivir allí. Ofelia no se quejó: le gustaba Elise, que murió en la segunda gran riada. Luego Barto se casó con Rosara... así que habían pasado veinte años o más desde la última vez que durmiera en la cama grande. Su cuerpo se había acostumbrado a la estrecha. Pasó algún tiempo agitándose y sacudiéndose y estirándose hasta encontrar el equilibrio en el espacio mayor.

Al despertarse con la luz que se filtraba a través de los postigos se desperezó, regodeándose en el gesto. La piel le picaba un poco y, cuando se la miró, vio que tenía un leve tono rojizo. Tendría que volver a ponerse una camisa hoy. Pero cuando las miró, ninguna le agradó. Se acordó de las casas en las que había estado, de las

cosas abandonadas. En la de Linda había un chal ajado. Por allí cerca, alguien (su mente rehusaba recordar el nombre) había dejado una suave camisa azul. También podría hacerse una con la tela sobrante del centro.

Hoy no. Hoy rapiñaría otra vez, porque quería vaciar más frigoríficos y encontrar qué otras cosas útiles habían dejado. Salió al frescor de la mañana y la bruma provocada por la lluvia, sin preocuparse ya de que alguien pudiera verla y criticarla. La humedad consoló sus quemaduras; cuando encontró la camisa azul que recordaba, bordada con florecillas rosa, incluso vaciló en ponérsela. A cubierto, no la necesitaba. Se la puso a modo de capa ese día: se la colocaba sobre los hombros cuando iba de casa en casa y se la quitaba en el interior.

Por la tarde recordó otra vez que necesitaba buscar el ganado situado al otro lado del asentamiento, cerca del río. De paso comprobaría las bombas. Cogió un sombrero que alguien había dejado abandonado y se pasó la camisa por los hombros.

El ganado pastaba entre el poblado y el río, donde las hierbas terraformadoras crecían libremente en el suelo húmedo. No se había relacionado con los animales desde hacía años y no sabía que habían construido un corral para encerrar el ganado. Nadie se había acordado de sacarlo de allí, pero dos vacas habían saltado la valla. Una tercera pastaba cerca. Dentro del corral había dos terneros sanos y uno de aspecto flaco y huesudo. Mientras lo observaba trató de mamar de una de las vacas, que lo espantó. Ofelia miró la vaca que estaba fuera del corral. No era ganadera, pero le pareció que tenía las ubres más llenas que las del interior. Más lejos, junto al río, vio los lomos marrones de las otras vacas que pastaban. Quizá fuera buena idea. Ofelia no quería preocuparse al respecto.

Abrió la cerca y se quedó detrás de ella cuando las hambrientas vacas se abalanzaron hacia fuera guiando sus terneros hacia el pasto. La otra vaca se acercó a su cría y se puso a lamerla de arriba abajo. El ternero agarró una ubre y empezó a mamar, pero Ofelia no vio la espuma lechosa en su hocico que indicaba que estaba alimentándose.

Su conciencia la reprendió. «Es culpa tuya, Ofelia. Si te hubieras molestado en mirar, aunque fuese ayer. Esto pasa porque eres egoísta. Caprichosa. Vana.» Se acercó a comprobar el agua del corral, aunque no pretendía volver a encerrar allí a los animales. Advirtió que la voz de su conciencia se parecía menos a la suya propia y más a... ¿a la de quién? ¿Barto? ¿Humberto? No, porque era de alguien mayor y no del todo masculina. Tenía también un matiz femenino de ira. Estaba demasiado cansada para preocuparse; sólo sabía que había desaparecido durante varios días, y que ahora había vuelto.

Esa noche, en el frío crepúsculo, se sentó en el suelo de la cocina oliendo los aromas de su huerto. La nueva voz murmuró, feliz, con una cantinela parecida a la del agua que corría por la zanja de la casa. La antigua voz permaneció en silencio, como un gato dormido. La nueva voz decía para sí: «Libre, libre, libre... tranquila... preciosa, libre, libre.»

Soñó. Llevaba un vestido amarillo con volantes en los hombros, y calcetines amarillos a juego. Llevaba dos lazos amarillos en el pelo. Una mochila de cuadros... era su primer día de colegio. Su madre se había quedado levantada hasta tarde terminando el vestido y los lazos. Se sentía impaciente, ansiosa. El año anterior Paulo había empezado el colegio; ahora le tocaba a ella.

La habitación olía a niños y vapor; estaba en el sótano de la abigarrada escuela y, a mediodía, los volantes de su vestido amarillo colgaban flácidos. No le importaba. Aquí tenían ordenadores, de verdad, y los niños podían tocarlos. Paulo se lo había dicho, pero ella no le había creído. Ahora se encontraba delante del ordenador, con los dedos extendidos sobre el teclado de contacto, riéndose con los colores de la pantalla. El maestro quería que tocaran los cuadrados de colores por orden, pero Ofelia había descubierto que podía hacer que los colores se movieran y mezclaran; ante ella, la pantalla era un tumulto.

Naturalmente, aquello estuvo mal. El maestro había dicho qué había que hacer y ella había hecho otra cosa. Estaba mal. Ahora lo comprendía. Pero en su sueño, los intensos colores escapaban de la pantalla y teñían la habitación, más vívidos en su recuerdo de lo que fueron en realidad. En las otras pantallas, un cuadrado de color seguía a otro puro y predecible: rojo, verde, amarillo, azul. En la suya... un lío, había dicho el maestro, pero ella ya había oído a los otros niños soltar exclamaciones al ver aquello. Magnificencia, gloria, todos lo que se suponía que no podían tener.

Despertó con las mejillas todavía mojadas por las lágrimas, y parpadeó para espantarlas de sus ojos. Algo de un rojo encendido asomaba intermitentemente por la ventana. Las flores de la parra, con la brisa... la parra de ese lado de la casa debía de haber crecido un palmo de la noche a la mañana. Barto había insistido en mantener la casa libre de enredaderas; ella se quedó allí y sintió una profunda felicidad ante la visión de aquellas flores bailando al sol.

Memorándum Interno: Gaai Olaani, representante de Sims Bancorp a bordo de la nave subluz *Diang Zhi*, a la Jefatura de División, Operaciones Coloniales.

«De acuerdo con las instrucciones, la Colonia 3245.12 fue evacuada según las reglas. Ver apéndices adjuntos: A, para lista de personal; B, para equipo abandonado como recuperación no económica; C, para evidencia de inhibición biológica indígena de bioquímica terraformadora estándar (quizás explicación del fracaso de la colonia, incluido el inadecuado ritmo reproductivo). Nuevas investigaciones sobre el efecto de la biología local sobre el proceso terraformador debieran preceder a cualquier intento de recolonización. Quienquiera que reclame la franquicia podría demandarnos si no registramos esto.»

Memorándum interno: Moussi Shar, vicepresidente de Xenoexploración a Guillermo Anсад, Director de Proyecto.

«No me importa lo digno de confianza que sea su agente; esto es algo que prepararon para preocuparnos. Sabemos que Sims no dio apoyo adecuado de material ni personal y que plantaron a su gente en una llanura inundable en el camino de tormentas tropicales. Si las vacas y ovejas siguen vivas, la terraformación no fracasará. Cíñase al calendario previsto.»

Ofelia ni siquiera estaba segura de qué día perdió la cuenta del cómputo del tiempo. Había estado tan atareada aquellos primeros días... ¿cuatro? ¿Cinco? Y luego, cuando tuvo limpios y desconectados todos los frigoríficos, cuando comprobó las posibilidades de incendio de cada edificio, cuando estableció una rutina cómoda, pasó más días en una bruma de placer.

Día tras día, hacía lo que se le antojaba. Ninguna interrupción. Ninguna voz airada. Ninguna exigencia de que dejara esto y empezara lo otro. Día a día los tomates iban creciendo y convirtiéndose en gruesos globos verdes. Las habichuelas brotaban de las flores arrugadas y secas, convertidas en gordas cuentas verdes. Las primeras calabazas se formaron bajo las exuberantes flores y se hincharon como balones. Trabajaba en los huertos cada mañana, quitando chupadores y comehojas, quebrando babosos, casi sin detenerse a pensar.

Por las tardes, realizaba una comprobación rutinaria de las máquinas: el reciclador de residuos, la central de energía, las bombas y filtros. Aunque hacía años que no era su deber, no tuvo problemas para recordar la tarea. Hasta ahora los calibradores e indicadores estaban en zona verde. La energía nunca menguaba; el agua nunca salía amarilla o sucia de los grifos. Después de esa comprobación diaria, continuaba recogiendo lo que quería de los diversos edificios, almacenando las cosas principalmente en las salas de costura del centro. Se sentía cómoda allí. Dormitaba a veces, al final de la tarde; despertaba cuando el sol se hundía tras los árboles, alerta y preparada para buscar los animales.

Eso la molestaba un poco; no quería que los animales fueran como niños que esperaban sus cuidados. Pero suponía que los necesitaba. Querría carne aparte de la que había congelada en los grandes contenedores del centro. Querría lana nueva para tejer. No le apetecía lavarla y cardarla. Pero las ovejas ya habían sido esquiladas; no tendría que preocuparse por eso hasta la primavera siguiente.

Mientras tanto, se aseguraba cada día de saber dónde se encontraban los animales. Ni las ovejas ni las vacas se alejaban de los pastos; no podían comer las plantas nativas. Las ovejas se habían comportado con nerviosismo durante días después de su vuelta; Ofelia suponía que los representantes de la Compañía habían sido torpes y ruidosos al cazar a las que mataron para darse aquel festín. Pero volvieron a su antigua confianza ciega en ella; sabía cómo tratarlas, y sus pastores se habían marchado. Las vacas, en principio más retraídas, la observaban fijamente con las orejas estiradas cuando atravesaba los riachuelos, pero no echaban a correr.

Cuando pensaba en el asunto, se enfadaba de nuevo con los representantes de la Compañía. Si querían carne fresca, podían haberla cogido de los frigoríficos de la comunidad, no tenían que asustar a las ovejas y dejar que ella solucionara el lío. Aunque no supieran que iba a quedarse aquí para hacer el trabajo, no deberían haber causado semejante estropicio.

Por las noches, antes de sentirse lo suficientemente cansada para echarse a dormir, se fabricaba prendas cómodas con los restos de otras. Como nadie la miraba, descubrió que sus dedos acariciaban colores más vivos que los utilizados durante años. El rojo parra, el recordado amarillo de aquel vestido de la infancia, el fiero verde de las jóvenes hojas de los tomates, el frío verde perlado de los globos hinchados. Los gastados pantalones de Barto fueron a parar al reciclador; ella tenía ahora sus propios pantalones cortos, gastados por detrás.

Los primeros tomates que cambiaron de color la sorprendieron, haciéndole comprender que el tiempo pasaba. ¿Cuánto había sido? Trató de contar, pero no tenía ningún acontecimiento para dar indicaciones a su memoria después de los primeros días. Tras el pánico inicial, cayó en la cuenta de que las máquinas se lo dirían. Tenían una función calendario imposible de borrar. Y ella podía introducir cosas en el diario, si se le antojaba.

En realidad, no le importaba. Necesitaría saber cuándo plantar, aunque en este clima algunas plantas crecían todo el año, y las máquinas podrían decírselo. Nadie leería su informe si lo escribía, y estaba segura de que no querría leer sus propias palabras.

Finalmente, abrió el archivo y echó un vistazo. Habían pasado treinta y dos días. Le pareció demasiado. Dio un golpecito receloso a la pantalla. Los números no cambiaron. Volvió atrás, al último informe regular, contando los días con los dedos para asegurarse. Si, la última entrada databa de treinta y dos días atrás; un simple

comentario: «Archivo copiado en cubo para su transporte; colonia abandonada; personal superviviente evacuado.» Retrocedió otros treinta días, hasta las entradas anteriores a la llegada de los representantes de la Compañía. Nunca había sido de las que perdían el tiempo leyendo los archivos, y mucho menos escribiéndolos, pero una vez que empezó las entradas la fascinaron. Alguien se había molestado en comprobar las máquinas cuatro veces al día y en introducir todas las lecturas de los calibradores; alguien había comprobado el nivel del río, la temperatura, la lluvia, la velocidad del viento. Había breves menciones a los animales («Otro ternero nacido hoy») y a las plantas («No hay moho azul en las cepas de maíz esta estación»).

Sin embargo, se habían dejado muchas cosas. Siguió pasando pantallas, buscando los acontecimientos que recordaba. Había nacimientos y muertes, traslados familiares, enfermedades serias, traumas... pero ninguna mención a lo que había tras ellos. Por «C. Herodis trasladada de K. Botha a R. Stephanos» podía entenderse que alguien había cogido un saco de pertenencias personales y se había mudado al otro lado de la calle. Ofelia recordaba los años de peleas que habían precedido la marcha de Cara de la casa Botha. El niño recién nacido, la forma en que Kostan la acusó de brujería, la manera en que ella acusó a Kostan de retener su semilla para beneficio de «esa puta de Linda»... y la subsiguiente venganza de Linda sobre Cara, que costó a la colonia sus últimos pollos. Reynaldo fue el único hombre que se atrevió a aceptar a Cara después de que Kostan la expulsara... Ella murió medio año más tarde y nadie quiso investigar demasiado cómo una persona podía caerse de bruces y golpearse la nuca con una piedra lo suficientemente dura para matarla.

No tenía sentido llevar un diario que no contuviera nada más que números y fechas. Ofelia vaciló. A todos les habían insistido en que eso era el archivo oficial, que nadie tenía que introducir nada excepto quienes tuvieran asignado ese deber, formados para ello. Nadie vería lo que ella escribiera, pero... pero estaría bien. Ella sabía que estaba bien.

Escrutó los controles. La máquina tal vez no aceptara los cambios. Pero encontró la combinación adecuada; la pantalla cambió para mostrar solamente la entrada de un día. Una flecha indicaba un espacio donde ella podía insertar algo.

Tardó casi todo el día en narrar la historia de Cara y Kostan tal como quería. Sabía contar historias; sabía cómo darles la forma necesaria. Pero poner las palabras con las manos, verlas aparecer en la pantalla, eso era mucho más difícil. No paraba de volver atrás para explicar: a la madre de Kostan nunca le había gustado Cara. A su padre sí. Su hermano se había liado con Linda. Todo conectado, todo tenía que estar en la historia. Pero cosas que podría haber dado a entender con un guiño, ladeando la cabeza, cambiando el tono de voz, parecían torpes e incluso increíbles puestas por escrito.

Cuando lo dejó, era de noche. Había pasado treinta y dos días sola en el planeta sin darse cuenta, y hoy no había contribuido en nada a su mantenimiento. Le dolía la espalda; le dolían tanto las caderas que tardó un buen rato en ponerse en pie. ¿Cómo

lo soportaba la gente que trabajaba allí todo el día? No cometería ese error otra vez. Se fue a casa atravesando una noche que parecía aún más oscura, aunque cuando alzó la cabeza pudo ver claramente las estrellas. No habría tormentas esta noche; sentía el aire suave y húmedo alrededor de su cuerpo.

Su pie se posó sobre un rastro de baba y gruñó. Odiaba resbalar y caer, y además eso haría que le picara el pie. En casa se duchó y se frotó el pie, apoyándose en la pared para no caer. Era consciente de que antes no se había preocupado de eso. Durante la cena se dio cuenta de que mantenía algo a raya, de que no se permitía pensar en algo. Vació el plato, lo fregó y cerró los postigos. Aunque dentro hacía casi demasiado calor, quería sentirse rodeada.

En la cama, en la oscuridad, relajó su presa sobre los pensamientos y los dejó deambular. Treinta y dos días. Un gran temor se alzó como una montaña en los recovecos de su mente. ¿Se acercaba? No... lo extraño era que ya la había escalado, sin advertir siquiera su forma o su tamaño. Lo mismo le había sucedido antes con otros temores. La primera vez que Caitano y ella hicieron el amor... cuando se casó con Humberto... cuando nació su primer bebé... Cada una de esas veces, después, fue consciente de un gran temor que no había sido afrontado sino ignorado; un temor que había pasado de largo sin que lo advirtiera, sin que lo reconociera. Igual que ahora.

Tenía miedo. Recordó aquel grito silencioso, alojado en el fondo de su garganta como si se hubiera tragado a un niño a medio parir. Ahora, en el recuerdo, habría explorado aquella montaña de su miedo, pero no podía recordarlo. Se alzaba allí, vago y ominoso, eternamente desconocido, al fondo de su visión.

Era mejor así. No sientas melancolía por nada, le había dicho siempre su madre. No pierdas el tiempo con el pasado; ya se ha ido, es papel al viento. Se refería a los malos momentos; también predicaba el valor de recordar todo lo bueno.

En medio de la oscuridad, Ofelia se estiró en la cama y consideró lo que estaba sintiendo. La cadera izquierda le dolía más que la derecha y se notaba los hombros envarados. Le habría gustado que alguien le diera un masaje. Pero ¿tenía miedo? No, ya no. Las máquinas funcionaban. Los animales no habían muerto todos, y aunque lo hicieran tendría suficiente comida para años y años. Tampoco estaba sola, no como lo entendía la mayor parte de la gente. No se había cansado aún de ser libre de las exigencias de los demás. Sin embargo, a la mañana siguiente, en el huerto, sintió lágrimas en el rostro. ¿Por qué? No podía decirlo. El propio huerto la consoló. Los tomates, madurando día a día; podría comer uno esa misma tarde. Los verdes tallos de habichuela, el alto maíz que siempre le recordaba el cuerpo de Caitano. No es que quisiera a alguien para charlar, pero le habría gustado tener a alguien que escuchara... y esa idea la devolvió a la máquina del centro, con su archivo tan lleno de datos y tan vacío de historias.

Era demasiado duro contar las historias en su totalidad. Habría tardado lo que le quedaba de vida, y no habría terminado. Anotó puntos clave para sí misma: los

terribles dolores de cabeza de Eva; el cumpleaños de la hermana de Rosara, cuando se rompió el cántaro; cómo se había sentido cuando la segunda inundación destruyó sus últimos botes y nadie pudo aventurarse al otro lado del río, ni siquiera en la estación seca.

A partir de estos elementos completaría la historia (la historia de verdad) algún día. No escribía a diario, sino cuando quería: cuando los recuerdos picaban más que la baba de un baboso, cuando tenía que expulsarlos para asegurarse de que tenían un final. Otros días sólo redactaba la entrada oficial: apuntaba las lecturas de los calibradores de las máquinas, la temperatura, las lluvias, las cosechas.

Estaba sentada en la puerta comiendo otro tomate maduro. Este año tendría más de los que podría comer. El sol de mediodía le calentaba los pies; no los puso a la sombra, pero los movió adelante y atrás hasta que sintió exactamente el sol como si fuera unos calcetines calientes que cubrían sólo los dedos y el empeine. Ahora que pasaba muchas horas al aire libre, tenía los pies, brazos y piernas más morenos. Extendió una mano al sol, admirando el brazaletes que había entretejido con las semillas de la parra. Repiquetearon como diminutas castañuelas. Algo le picó en la espalda; cogió la pala matamoscas que se había hecho con una vara y trozos de tela y se frotó con ella.

Sabía que éstos eran los días tranquilos. No sería tan fácil al cabo de medio año. Pero no podía creerlo. Siempre sería fácil, gracias a las máquinas. Si seguían funcionando. Las había comprobado todos los días y siempre funcionaban; todos los indicadores brillaban en verde. Debía ser más fácil para ellas, con sólo una persona que mantener.

Al este, un banco de nubes se alzaba en resplandecientes torres demasiado brillantes para poder mirarlas, pero su parte inferior tenía un aspecto sucio, manchado. Tormentas marinas, las grandes tempestades del verano; podría llover durante días. Algunos años respetaban la colonia; otros caían dos o tres seguidas y perdían casi toda la cosecha.

Aunque normalmente Ofelia dormía en el calor de la tarde, se obligó a ponerse en pie, suspirando, y recogió la cesta. Recolectaría hoy todo lo que estuviera maduro y comprobaría las máquinas una vez más antes de que llegara la tormenta.

Esa tarde, ráfagas intermitentes de viento dieron la vuelta a las hojas de las plantas del huerto mostrando sus pálidos enveses. Ofelia recolectó rápidamente, moviéndose de casa en casa. En cada una comprobó que los postigos y puertas estuvieran cerrados y atrancados, que los cobertizos estuvieran adecuadamente asegurados. Una capa de nubes cruzó el cielo, muy arriba, cambiando el cálido amarillo del sol por un tono lechoso. El aire se espesó; Ofelia se sintió inquieta, sofocada aunque temblaba de vez en cuando con un extraño escalofrío. La casa se llenó de cestas de tomates, habichuelas, pimientos, calabazas, melones; su rico olor

fluía en oleadas. Cuando cayeron las primeras gotas de lluvia, Ofelia dejó de recolectar y se dirigió al centro.

El barómetro indicaba la bajada de presión, como esperaba, y la alarma climática zumbaba. La desconectó y pidió la imagen del satélite. No se había dado cuenta de que funcionaba todavía, de que la compañía había dejado un satélite en órbita. Ahora la pantalla mostró la espiral de nubes mar adentro cuyo borde tocaba la tierra. Miró los números que aparecían en los márgenes de la pantalla y se preguntó qué querían decir. Estaba claro que se trataba de una tormenta grande, y estaba a punto de envolverla. Sería mejor que trajera los animales al poblado, si podía... con esas tormentas el río se desbordaba y era capaz de llevarse el ganado por delante.

Cuando volvió a la puerta exterior, la lluvia arrastrada por el viento cubría el camino y una fina bruma la bañó al asomarse. Casi estaba oscuro; apenas podía distinguir las formas de los edificios. No iba a salir en medio de la oscuridad y la lluvia para encontrar aquel estúpido ganado que debería tener suficiente sentido común para buscar un terreno elevado. Iba a irse a casa, cuando pasara el chaparrón.

Entre ráfagas de lluvia, el aire gravitaba pesadamente a su alrededor, húmedo y entrometido como un amante molesto. Avanzó chapoteando entre los charcos, consciente de extraños ruidos en la distancia. ¿Era el viento en el bosque? ¿Eran los chillidos y gruñidos de los troncos zarandeados por el viento, o eran los animales?

En su casa, el olor de todas aquellas frutas y verduras saturaba el ambiente cálido y húmedo. Encontró una linterna y recorrió la vivienda comprobando los postigos, asegurándolos con las pesadas barras necesarias en las tormentas. Luego la puerta de la cocina: la exterior de persiana y la interior, más sólida. Salió y cerró la de persiana firmemente con el pestillo. Dejaría abierta la puerta interior hasta más tarde, cuando el viento viniera por ahí.

Tuvo tiempo de hacer más pan, freír cebollas y verduras frescas y tomarse una cena tranquila antes de que el siguiente chaparrón viniera acompañado de una ráfaga de viento que se abrió paso por la puerta de la cocina. «Inténtalo», le dijo a la tormenta. Humberto y ella habían construido sólidamente la casa, y la reparaban de continuo. Había soportado vientos peores que éste.

Se acostó y se quedó dormida, sin despertarse siquiera cuando las descargas de lluvia se sucedían con terribles pausas intermedias. Por la mañana ninguna luz se filtró a través de los postigos dobles. No necesitaba mirar para saber que la tormenta principal descargaba ahora sobre el poblado.

Podía oír el aullido del viento entre los edificios, sentir las corrientes de aire apretujadas contra todas las grietas por aquella inmensa fuerza. Encendió las luces, contenta porque aún funcionaban. Habían funcionado en otras tormentas, pero recordaba de su infancia en otro mundo que las centrales de energía solían fallar en esas situaciones.

Era extraño sentirse tan acalorada y sin aliento, con todo aquel viento fuera y aquellas pequeñas corrientes haciéndole cosquillas en los pies como ratones. Se

preparó un desayuno rápido que realmente no le apetecía: uno de los melones dorados del huerto de otra gente. Esperaba que oliera menos una vez comido, pero el pesado aroma gravitó en el aire. Podría abrir una ventana a sotavento. Entró en el dormitorio y abrió los postigos interiores. El olor a melón la siguió hasta salir por la ventana. Se situó en un rincón del cuarto, y dio un salto cuando un relámpago cayó cerca y la luz blanca se extendió por las persianas; el estruendo del trueno sonó como si alguien le hubiera golpeado la cabeza con una pala.

Ahora el pesado olor del melón era más soportable. Recuperado el aliento, cerró los postigos interiores y se tumbó en la cama. No le parecía lo suficientemente segura. Se levantó y quitó las mantas y las almohadas. En el armario tendría poco aire pero estaría a salvo de los rayos. Se hizo un hueco allí y se enroscó.

El ruido aumentó; el viento empezó a parecer un ser vivo, un demonio decidido a cogerla y hacerla pedazos. Ofelia se acurrucó en su nido de sábanas y almohadas, tratando de obligarse a dormir. No funcionó; nunca funcionaba. Cada trueno la ponía alerta, la dejaba sin aliento. Cada nuevo sonido significaba algo malo: algo suelto que volaba contra las puertas y ventanas, algo inseguro que podía romperse y dejar entrar la tormenta.

Acudieron a su mente frases que no había dicho en años, oraciones que le había enseñado su abuela o que ella misma había dicho. En la tormenta era fácil creer en poderes y espíritus. Había renunciado a todo eso cuando se casó con Humberto; no había prohibido, sino ignorado aquellos conceptos. Más tarde, cuando trataban de solicitar una plaza en la colonia, él había escrito «ninguna» en el hueco correspondiente a su religión. Ofelia no había discutido. Lejos de su familia, junto a otra gente que no expresaba ninguna creencia, si es que creía, sin ninguna estructura para apoyarla, los restos de la fe de su infancia se habían visto reducidos a la nada.

Ahora murmuró las frases, tropezando con las palabras olvidadas pero reconfortada de todas formas. Dormitaba y despertaba en sobresaltada alternancia, sintiéndose miserable en el abarrotado espacio del armario, hasta que por fin se quedó dormida; despertó en medio de un silencio sepulcral.

Nunca salgas en mitad de la tormenta.

Lo sabía; siempre había obedecido esa norma. También había obligado a sus hijos a obedecerla, aunque había oído, a través de las ventanas fuertemente cerradas, los gritos de angustia de otra gente y sus hijos, y las voces increpantes de aquellos que les ordenaban volver a entrar en casa.

¿Era de día o de noche? ¿Era el centro de la tormenta o el final? Se asomó desde el armario y sólo vio las habitaciones silenciosas, iluminadas como de costumbre por la electricidad. Lentamente, gruñendo por el dolor de sus articulaciones (siempre peor en estas tormentas), salió del armario y se puso en pie.

Si era el centro de la tormenta, volvería desde el otro lado. Eso significaba que no debería abrir los postigos de la habitación, sino más bien la puerta que daba al camino... Dio un paso y luego otro, cruzando el suelo húmedo y helado, los oídos

atentos al regreso de cualquier amenaza. A lo lejos murmuraban los truenos. Eso no significaba nada, de todas formas.

Abrió la puerta interior. La lluvia que se había filtrado por la puerta de persiana exterior la había empapado. Goteó en el suelo, dejando un rastro de agua. Ahora Ofelia pudo ver que fuera estaba más claro. Descorrió el cerrojo y empujó la puerta exterior. Hinchada por la lluvia, no cedió hasta que la golpeó con la cadera derecha. Incluso así, tuvo que empujar con fuerza para abrirla; el arbolito situado ante la puerta había caído contra ella.

En el exterior, una pálida luz llenaba la calle, mostrando las zanjas rebosantes de agua en movimiento y vetas de fango por toda la calle. Ofelia alzó la cabeza. Muy lejos, en las alturas, un círculo celeste... y todo alrededor la muralla de nubes, sus copas teñidas de oro por el sol. Igual que le habían dicho, igual que en las fotos. Pero distinto: ella estaba aquí en medio, los pies metidos en el barro, y no había nadie a quien contárselo.

Podía dirigirse al centro para pasar la segunda mitad de la tormenta; allí estaría igual de segura, o incluso más. Pero quería verla venir quería ver lo rápida que sería. «Peligrosa.» Lo dijo la antigua voz con el tono de advertencia de su infancia. Podría matarla, tan fácilmente como ella aplastaba los comehojas o quebraba los babosos. Debería regresar al interior, ocultarse de nuevo en el armario.

Se apartó de la casa, contemplando la nube al este. No parecía acercarse. Unos cuantos pasos más y se plantó en el camino, desde donde podía mirar hacia oriente sin obstáculos, y vio que todas las casas seguían en pie. La valla de su huerto se había desplomado, llevándose consigo todos los tomates. Las mazorcas de maíz yacían por el suelo, apuntando hacia el bosque. En la distancia, oyó a los animales.

La pared de nubes parecía más cercana, pero era difícil asegurarlo. Le habría gustado esperar a que alcanzara el campo de aterrizaje de las lanzaderas, incluso las últimas casas del final del camino. Sin duda podría volver corriendo a su casa. El viento vendría desde detrás del edificio esta vez; la misma casa la protegería.

Avanzó unos cuantos pasos hacia el este, sintiéndose casi tan traviesa como la primera vez que caminó desnuda. Luego retrocedió. Sería una estupidez enfrentarse de esa forma a una tormenta marina, al descubierto. Los relámpagos destellaron en la pared de nubes; cuando miró, pudo ver que el extremo lejano del espacio abierto estaba decididamente más lejos y el lado este más cercano.

Era tan hermoso. Siempre le habían gustado las imágenes de aquellas tormentas tomadas desde el espacio, las graciosas espirales de nubes blancas sobre el agua azul, pero no había imaginado lo hermoso que era desde dentro. Cada tono de azul y gris y púrpura en aquellas murallas de nubes, las copas doradas ahora blancas a medida que el día se iluminaba, el claro azul profundo de encima. No tenía palabras para lo que sentía. Mientras la belleza luchaba con el miedo, dio unos cuantos pasos adelante y luego retrocedió otra vez en el frío barro que empapaba sus pies.

Entonces la pared de nubes se alzó sobre ella. El fondo del camino desapareció en

un aullido de agua y viento. Ella voló hacia la casa luchando con las ramas retorcidas del árbol caído, mientras la primera ráfaga golpeaba el otro lado de la casa. Aquella visión de silencioso oro y blanco y azul se convirtió en un instante en lluvia gris, viento y ruido intolerable.

Permaneció junto a la puerta, manteniendo abierta una rendija para ver. Podía sentir la casa estremecerse con los embates del viento, pero ahora no tenía ningún deseo de retirarse a su armario seguro. Hora tras hora contempló la lluvia pasar, la vio sacudir las casas de enfrente. Cuando los pies le dolieron ya demasiado, acercó una silla a la puerta y se sentó. Todo el día el viento y la lluvia... pero gradualmente remitió, el viento soplaba cada vez con menos fuerza, las ráfagas estaban más distanciadas unas de otras. Al anochecer, los chubascos se sucedieron de nuevo, intercalados con un firme viento.

La lluvia continuó, un chaparrón continuo. Ofelia durmió esa noche en la cama. Dejó una luz encendida en la cocina por ningún motivo que pudiera definir, excepto que la hacía sentirse mejor. La habitación parecía de nuevo asfixiante, demasiado llena de los olores de la cosecha, mustia ya por la humedad. No podía abrir los postigos con aquella lluvia, pero dejó entornada la puerta principal. Su descanso fue interrumpido por sueños de agua: cascadas, ríos, lágrimas corriendo por rostros de piedra, grietas en el tejado, tuberías reventadas. Cada vez que despertaba, segura de que el sueño era real, se encontraba a salvo en la cama y no más mojada de lo que permitía el aire que la rodeaba.

Por la mañana las nubes grises siguieron descargando lluvia, firme como la tristeza pero sin violencia. Ocasionales chubascos pasaban veloces, un ejército de nubes más bajas y oscuras y vientos racheados, pero al este Ofelia alcanzó a ver zonas de cielo azul. El calor la envolvía, y la humedad. Se abrió paso hasta el camino por entre el árbol caído y dejó que la lluvia limpiara el sudor de su cuerpo. Era cálida, apenas más fría que su sangre, y echó atrás la cabeza y bebió.

No pudo ver ningún daño considerable en ninguno de los edificios, aunque no los comprobó todos ese día. Primero se dirigió al centro, donde las máquinas esenciales habían continuado funcionando como si la tormenta no significara nada. Tal vez así fuera con las máquinas. El aire olía levemente a aceite de engrasar y, más fuertemente, a humedad y moho. Ofelia conectó los extractores para hacer circular el aire en las salas de costura. Recordó la última gran tormenta marina, cuando las agujas se oxidaron y tuvieron que volver a pulirlas. Con las últimas luces, llevó al centro los restos de la cosecha que más fuerte olían. No estaba dispuesta a pasarse de nuevo la noche oliendo los melones.

Cuando un último chubasco sacudió los postigos y una brillante luz asomó detrás, Ofelia se tendió en la cama y se preguntó por qué había temido la tormenta. Sentía el cuerpo pesado pero nuevo, limpio por la lluvia. Cuando retumbó el trueno, lo sintió en el pecho y en el vientre; estremeció sus huesos. Le recordó a Caitano.

Era una vieja pícara y se merecía morir. La antigua voz la reprendió, reprendió su

piel desnuda y sus descubrimientos de sí misma. «Hermoso», dijo la nueva voz. No tenía más palabras que ésa, pero las visiones destellaron, una tras otra: la oscura lluvia, los vientos, las altas nubes alzándose a la luz.

Soñó con castillos y estrellas y las montañas que nunca había visto.

Los tomates y el maíz se habían perdido por completo; la mayor parte de las habichuelas se volvieron amarillentas y murieron: se habían ahogado. A lo largo del borde del huerto, las enredaderas de los calabacines se alzaban arrugadas como hojas de abanico, ilesas tras el asalto del agua y el viento. Ofelia quitó el cieno de las tomateras del camino, sacó las mazorcas de maíz del compuesto y se marchó a comprobar el estado de los otros huertos. Todo lo que era alto se había perdido; todo lo que era bajo y con hojas había sobrevivido. Algunos árboles frutales todavía seguían en pie; otros habían sido arrancados.

Comprobar cómo estaban los animales le supuso un fangoso viaje hasta los pastos. Las ovejas habían escapado antes del primer asalto de la tormenta al borde boscoso entre los pastos y el bosque; encontró su rastro en el barro. Lo siguió y encontró a la mayoría, la lana empapada por el agua, mordisqueando sin ganas la vegetación nativa. Las hizo volver a los pastos con un palo, preguntándose de nuevo por qué los geningenieros no habían hecho nada respecto a la estupidez de las ovejas. Sin duda un animal tan estúpido que mordisqueaba una hierba que no podía digerir, en vez de seguir su propio rastro hasta los pastos buenos, necesitaba alguna mejora.

Las vacas pastaban más cerca del poblado que de costumbre ya que el río había empezado a desbordarse. Ofelia tendría que haberlas acercado aún más: podían meterse en aguas demasiado profundas para ellas. Pero, cuando trató de moverlas, un grupito huyó chapoteando hasta el agua; dos de ellas perdieron pie y fueron arrastradas corriente abajo, mugiendo miserablemente.

Ofelia miró a las vacas. Se merecían ahogarse, ser devoradas por monstruos, quedarse atrapadas en un banco de arena sin hierba. Ella sólo había intentado ayudarlas. Se parecían demasiado a las personas, ése era su problema. Huían de la ayuda, de cabeza al peligro. Sacó los pies del lodo con la determinación de no arriesgarse de nuevo por bestias tan desagradecidas, y volvió chapoteando al poblado.

Al día siguiente, más lluvias, alternándose con sol caliente y abrasador. Pensó en escribir en el archivo sus impresiones sobre la tormenta, pero no quería pugnar con las palabras. Sin embargo, quería hacer algo; se sentía inquieta. En el centro, los brillantes retales de las salas de costura la atrajeron. Nadie se había molestado en decorar las cajas de tela para el viaje; encontró los cajones llenos de trenzas decorativas, cuentas, flecos y retales del fabricante que, probablemente, no habían sido aprobados por los supervisores.

No encontró lo que quería. Buscó en el manual del fabricante. Quería lluvia y viento y relámpagos, nubes y sol sobre ellas. Ruido. Belleza. Destrucción. Pulsó los

botones y conectó los calibradores. El fabricante gimió, como hacía siempre al arrancar, y escupió una arrugada veta de gris plata seguida de un material púrpura y crujiente. Ofelia lo sacó del depósito del fabricante y lo puso sobre la mesa con los otros retales. Sus dedos acariciaron esta forma y la otra, este color y aquél, comprobando textura contra textura, mate contra brillo.

Al atardecer tenía... algo. Se vistió con aquello, insegura. Parecía bien. Pesado aquí, liviano allá. Largos flecos que ondulaban y le hacían cosquillas en los pies. Le había cosido formas de metal, anillos y arcos, para que sonaran entre sí. Se miró en los espejos. No era una vestimenta conocida, pero se parecía a lo que había visto mentalmente. Se lo llevó a casa, en medio de la densa y húmeda oscuridad, y durmió vestida.

Ésa fue la única tormenta marina del verano. Ofelia añadió una comprobación de la pantalla meteorológica a sus tareas diarias. Día a día siguió otras dos tormentas que llegaron a tierra a cientos de kilómetros de distancia. El clima regresó al habitual calor de finales de verano, con una o dos tardes lluviosas a la semana. Despejó los huertos de restos de la tormenta, y planeó cuáles emplear como huertos de invierno ese año. Cortó y secó los tomates que había recolectado, mondó y congeló las habichuelas. Algunas de las calabazas podían almacenarse en los congeladores del centro; cortó otras en tiras para ponerlas a secar. Los pimientos, cebollas y ajos colgaron en ristras en las habitaciones más frías y aireadas del centro.

Entonces llegó el momento de plantar. Por primera vez, Ofelia realmente echó de menos a los demás mientras se esforzaba con los arados más pequeños. Nunca lo había hecho ella sola; uno de los colonos más fuertes normalmente se encargaba de arar para toda la comunidad y cambiaba ese trabajo por créditos de los otros. Sacó el pequeño arado del cobertizo, pero llevarlo rodando por la pequeña cuesta hasta su casa la dejó sin aliento y sudorosa; ya le dolían los hombros y la cadera.

Cuando conectó la máquina, el estentóreo ruido le lastimó los oídos y la máquina se atascó en un hoyo. Tuvo que apoyar todo su peso en las asas para sacar los dientes giratorios, y luego no consiguió ponerla derecha. Había hecho surcos irregulares y agujeros en un tercio del huerto cuando lo dejó, disgustada. Le picaban las manos; le dolía todo el cuerpo. Los oídos todavía le zumbaban debido al ruido.

Cuando hubo descansado devolvió el arado al cobertizo. No lo dejaría fuera para que se oxidara; tenía ese sentido de la justicia. Pero, de haber podido encontrar a los diseñadores de aquellas máquinas, les habría dicho unas palabritas. ¿Por qué no hacer una máquina que pudiera utilizar la gente pequeña, una máquina silenciosa? Al día siguiente, cogió el rastrillo y la pala del cobertizo y empezó a remover el suelo a mano. No era tan difícil, si iba despacio. No trataría de preparar todos los huertos; necesitaba mucho menos espacio. Luego cogió la carretilla y salió a los pastos para recoger estiércol. A pesar de la lluvia, no todo se había disuelto en el suelo; encontró suficiente para mezclarlo con la tierra, añadiendo la bacteria y los hongos terrestres que las plantas necesitaban.

En las cosechas de invierno había más raíces y tubérculos: otra vez cebollas, pero también zanahorias, rábanos, remolacha, patatas. Boniatos, puerros. Verduras de hoja que no soportaban el caluroso sol del verano. Y las legumbres que eran incompatibles con el calor. Teniendo todas las semillas de la colonia a su disposición, Ofelia plantó sobre todo las que más le gustaban: los guisantes de Tina y las lechugas de Barque, largos rábanos blancos, patatas amarillas, chirivías. Plantó también las otras, para renovar los semilleros, pero en menos abundancia.

Cuando acabó de plantar, pasó más tiempo en el centro leyendo y revisando de nuevo los viejos archivos. Casi se había olvidado de Molly Suppert cuando se topó con la noticia de su muerte. La pobre Molly no había formado parte de la colonia original; era una técnico especialista asignada. Durante cinco años, Molly había dirigido la clínica ella sola, mientras entrenaba a sus sustitutos entre los colonos. Se suponía que la evacuarían a los cinco años pero, cuando llegó la nave, estaba muerta.

Ofelia nunca había sabido de qué mundo procedía Molly, pero todos eran conscientes de que se trataba de algún lugar extraño si sus habitantes eran todos como ella: piel color hueso, ojos verdiamarillos, pelo rizado naranja. Y su actitud... Fue Molly quien sugirió que las muchachas no tenían por qué casarse tan jóvenes, que no había que abofetear a los niños para que obedecieran. Si se hubiera contentado con suministrar vacunas, realizar pruebas de embarazo y enseñar a las matronas a utilizar las máquinas de diagnóstico, no la habrían encontrado con un cuchillo en el cuello detrás del centro.

Había hecho falta un trabajo considerable para que pareciera que se había caído sobre una guadaña mientras perseguía al ganado cerca del río, y Ofelia se preguntaba si la Compañía se lo había creído de verdad. Le gustaba Molly, aunque no había sido tan tonta como para confiarse a ella como las muchachas más jóvenes. Estaba muy bien decir aquellas cosas que decía Molly, pero el mundo era como era; siempre lo había sido, con niños abofeteados y todo lo demás.

Añadió al archivo lo que recordaba de Molly. Nunca supo con seguridad quién la había asesinado, y no estaba dispuesta a acusar a nadie sin la certeza. Pero el sol en su pelo rizado, que llevaba suelto, el modo en que formaba un halo alrededor de su cabeza como si fuera una santa... y no lo era, porque maldecía vivamente en dos idiomas. Ofelia lo suponía por el tono y el vigor con el que hablaba en su lengua nativa, fuera cual fuese. No recordaba ninguna palabra; realmente nunca había comprendido.

Había pasado tanto tiempo que, cuando oyó las voces, no supo qué eran. Parecían tan extrañas como los chirridos y alaridos que surgían del lejano bosque. Se quedó inmóvil en la calle, con el corazón redoblando. ¿Qué? ¿Dónde?

Sus oídos la condujeron al centro, a las salas de control, donde una de las cajas grises emitía un murmullo que finalmente su cerebro distinguió como palabras. Se quedó mirando la caja durante un rato antes de advertir que no le estaba hablando a ella, y que no eran las máquinas hablando a los cuidadores humanos que esperaban.

—Corrija su curso, dieciocho-seis-cuarenta y uno.

Quien hablaba tenía un acento tan distinto que tuvo que esforzarse para seguirlo, pero era el idioma que ella conocía. Una voz masculina. Una voz que, lo notó, estaba acostumbrada a dar órdenes.

—Hecho —dijo otra voz—. Lanzadera *Uno Zafiro*, corrigiendo. Configure un seis-cero-dos y un treinta-doce.

Un siseo y un chasquido. Luego:

—¿Alguna señal de la otra colonia?

—Brilla en infrarrojos como una maldita bengala —dijo la primera voz—. El límite entre lo terraformado y la vegetación indígena parece estable. Campo de aterrizaje para lanzaderas. Algunos edificios. ¿Por qué? No vamos a acercarnos.

—Sólo me lo preguntaba. Ellos...

Siseo, chisporroteo.

Una pausa más larga, luego:

—Bueno, no hemos cometido ese error —era la primera voz—. Fueron idiotas al elegir una zona tropical. He oído que retiraron a menos colonos de los que insertaron.

Una pausa, como si alguien hubiera hecho una pregunta, aunque Ofelia no oyó más que el suave siseo.

—No, no renegados. Tantas bajas. Pobres diablos. No como los nuestros.

Ofelia se sentó, apenas consciente del sudor frío que corría de pronto por sus costillas. ¿Lanzadera? ¿Bajando? ¿Diablos? ¿Colonos?

La encontrarían. La encontrarían y la expulsarían, de vuelta al espacio, a algún criotank... o, casi igual de malo, esperarían que se uniera a ellos. Esperarían que cumpliera sus órdenes, que hiciera lo que le decían.

Tenía palpitaciones, temblores y frío. No quería eso; no quería ser capturada, enjaulada, manipulada aquí y allá. Trató de pensar qué podía hacer. ¿Trasladarse de nuevo al bosque? Aunque tuviera tiempo para reunir más cosas, no sería capaz de vivir en el bosque; no podía comer nada que creciera allí.

Salió al exterior y miró al cielo. Naturalmente, no vio nada. El cielo era una cúpula celeste veteada de nubes blancas. Si había una nave en la órbita, no pudo verla. ¿La veían ellos? Era improbable, a plena luz del día. Pero ¿y de noche?

No podía encender las luces. Aunque había decidido pasarse sin ellas muchas

noches de verano, ahora se sentía rodeada por la oscuridad. Tenía cosas que hacer, si iba a escapar, y necesitaba la luz. Permaneció sentada a oscuras aquella noche, contemplando las estrellas. ¿La verían incluso sin luz? Los infrarrojos... eso detectaba el calor, recordó; los colonos habían usado gafas antiguamente para ver a los animales en la oscuridad, pero a lo largo de los años se habían estropeado. Así que la nave espacial de allí arriba la detectaría de todas formas: distinguiría la columna de calor del reciclador de desperdicios. ¿Creerían que había funcionado por su cuenta desde la marcha de los otros colonos, que alguien se había olvidado simplemente de desconectar el automático?

Después de tantos meses sola, le resultaba difícil dar forma a sus pensamientos para que se asemejaran a los de otra persona. Si Barto estuviera allí arriba, ¿qué pensaría? ¿Cuánto tiempo falta para que se acabe mi turno..., cuándo me toca a mí..., está preparada la cena?

El amanecer la despertó; se había quedado dormida contra la pared, sentada, y le dolía el cuello. Sentía los ojos cargados. Se despertó lenta, dolorosamente; por fin se incorporó apoyándose en la pared. Dentro del centro apenas había luz suficiente para encontrar el camino de una habitación a otra. Entró en las oficinas y contempló la caja gris, de la que no surgió ninguna voz. Justo cuando empezaba a preguntarse si lo había soñado, volvió a chisporrotear y las voces regresaron.

—Amanecer local —dijo otra voz masculina. Ofelia se preguntó dónde estaban; para que el sol saliera donde ella estaba faltaba una hora. ¿Al este? Sólo el mar se extendía en aquella dirección, a menos que viajaras muy al norte. Encendió la pantalla climatológica, que generó un mapa del continente con la línea del amanecer. En algún lugar a lo largo de aquella línea estaba el lugar donde habían aterrizado. Tenía que hallarse a más de mil kilómetros de distancia.

Quizá nunca la encontrarán. Estarían demasiado ocupados. En los cuarenta años de existencia de la colonia, nadie se había aventurado a más de unos pocos kilómetros de la base. Habían planeado ir más lejos, pero sucedieron cosas imprevisibles. Tal vez estuviera todavía a salvo.

—Ocho-ocho lanzará los pesados en dos.

—De acuerdo.

Ofelia pasó todo el día encogida junto al receptor, siguiendo la invasión (no podía dejar de considerarla así) gracias a los comentarios entendidos a medias. Recordaba lo suficiente de su propio aterrizaje para reconocer las etapas necesarias. Las primeras lanzaderas eran capaces de aterrizar sin un terreno preparado; llevaban los mecbots que allanaban un campo de aterrizaje. Luego podrían aterrizar las principales lanzaderas de carga, con los equipos de construcción que emplazaban rápidamente las estructuras provisionales para almacén y cubrían la franja de tierra. Finalmente, las lanzaderas de pasajeros, con los colonos recién despertados que trataban de consolar a sus hijos mientras eran revividos y procuraban mantener la calma mientras los conducían como ovejas a una lanzadera... Ellos habían aterrizado en medio de la

lluvia, recordó, y Barto había gritado y hundido la dura cabeza redonda contra su pecho.

Pero eso sería más tarde. Hoy, al noreste, las duras lanzaderas descargaban mecbots y las grandes máquinas de construcción arrancaban las plantas nativas (se preguntó si allí habría bosque o matorrales) para construir una pista de aterrizaje más larga.

Esa noche volvió a su casa para dormir; confiaba en que oiría cualquier lanzadera que aterrizara en el campo cercano. No encendió ninguna luz; eso sería una estupidez, mientras supiera que había una nave allá arriba, observando. Pero acabaría por marcharse, y los colonos tendrían un duro trabajo que hacer en su propia zona. Entonces podría volver a conectar las luces. Empezaba a estar segura de que no la encontrarían. Les había oído decir que el emplazamiento tropical había sido una elección estúpida; eso significaba que no querían explorar en esa dirección. Y para cuando lo hicieran (dentro de diez o veinte años, dentro de treinta o cuarenta) ella estaría a salvo, muerta.

Podrían leer los archivos de la colonia, y también sus escritos. Sonrió, tendida allí en la oscuridad, al pensar en ellos leyendo la verdad, las historias de la gente real, en vez de la versión oficial, todo fechas y nombres.

—Fase seis. En curso.

Como todas las demás, pensó Ofelia. Cinco lanzaderas de pasajeros habían aterrizado ya; había estado escuchando con menos tensión que antes. Estaba claro que nadie iba a prestar atención al emplazamiento de una colonia abandonada que no era de ninguna utilidad. Incluso se atrevía a dejar el centro para atender los huertos, cocinar y comer, dormir en su propia cama. Aunque había empezado a llenar una bolsa de supervivencia para llevársela al bosque, no había terminado. Ahora estaba relajada en una silla en la sala de costura, con la radio a todo volumen mientras ensartaba las cuentas que había pintado.

—Todo listo para el aterrizaje.

Una nueva voz, sin duda una de los colonos con formación especializada, de las primeras en ser despertadas y puesta a trabajar en cuanto aterrizara. Ofelia trató de imaginarse a la mujer. Joven, por supuesto. ¿Tenía hijos? Parecía segura, alguien muy serio en su trabajo. Si tenía hijos, su ropa sería siempre bonita. Ofelia miró las cuentas que estaba ensartando y decidió poner otra azul entre las verdes. Eso significaba correr una amarilla y una verde. Observó el hilo.

—Tenemos problemas —oyó. La mujer trataba de permanecer tranquila, pero no lo conseguía. Ofelia alzó la cabeza, medio esperando ver a alguien en la puerta hablándole. No. La voz estaba aún dentro de la caja gris, en otra parte, fuera donde fuese.

—¿Qué? —Una respuesta aburrida y despreocupada de la nave en órbita.

—Hay una especie de... se supone que no debe haber vida inteligente, pero eso...

—Aclárate, ¿quieres?

—Hay un centenar de enormes... animales marrones. Se dirigen hacia nosotros. En formación. Tienen dibujos brillantes y una especie de...

Un ruido que Ofelia no reconoció, aunque parecía peligroso; un ruido que su cuerpo comprendió antes de que su cerebro pudiera analizarlo.

—Están tratando de matarnos...

Incredulidad en aquella voz. Ofelia se sentía igual. Algo, algunos animales... ¿trataban de matarlos? ¡Ridículo! Tormentas, sí, inundaciones y sequías y fiebres, pero no animales. Nada capaz de causar verdadero daño había atacado la colonia original en cuarenta años; el planeta había sido explorado. Estaban locos allá arriba.

Soltó las cuentas y entró en la sala de control. Si aquella gente estaba transmitiendo video además de audio, podría verlos. Probó un canal tras otro, pero no encontró ninguna imagen. Tendría que escuchar. Ni siquiera conseguía imaginárselo. Nadie parecía saber qué eran las criaturas. Más de una voz, a lo largo de las siguientes horas, dijo que eran grandes. Más de uno hizo comentarios sobre su velocidad. ¿Cómo de grandes? ¿Cómo de rápidas? Ofelia, como quienes las veían, no sabía si eran mamíferos o reptiles, si eran inteligentes o no.

Por inteligentes que fueran, las criaturas parecían decididas a matar a los colonos. Ofelia se acurrucó junto a los altavoces, escuchando los sonidos ahora familiares: las voces habían ido diciendo que esto era un explosivo y aquello otro el impacto de piedras lanzadas por una especie de máquina. Ya había gente muriendo por la caída de las piedras, por las explosiones. Sólo unos cuantos tenían armas. Algunos se habían retirado a la lanzadera; el piloto pedía permiso para regresar al espacio.

—Estáis demasiado sobrecargados para regresar... soltad la carga ahora mismo...

—No podemos. No nos dejan salir... podemos conseguirlo.

—Eso es marginal. Tenéis que...

—Si abren un agujero en la pista, no tendremos oportunidad. Debemos irnos ahora.

No hubo respuesta, pero Ofelia oyó murmurar al piloto:

—Malditos idiotas... Vamos, Tig, pon en marcha ese motor. Vamos a necesitar hasta la última...

Entonces una explosión lastimó los oídos de Ofelia, incluso atenuada por la distancia y los reguladores de los altavoces. Unos segundos de silencio, luego una llamada de la nave.

—... Adelante... ¡Carver, responde!

—¡Demasiado tarde, hijos de puta... se han cargado la lanzadera y la pista! —respondió una de las otras voces locales. Ofelia sintió una presión en el pecho. ¿Las criaturas habían volado una lanzadera?—. ¡Sacadnos de aquí!

—Faltan tres horas para que otra lanzadera lo logre —una nueva voz desde la nave, más vieja, con más autoridad—. El sol se habrá puesto para entonces...

necesitarán luces para aterrizar. Hemos puesto a bordo a todas las personas con experiencia...

—¡Dentro de tres horas no estaremos aquí para que nos salven! Luces, ¿cómo vamos...? ¡Maldición, haced algo ahora! Esas cosas se acercan, no podemos...

Ofelia sintió la humedad en su rostro y la saboreó. Lágrimas. Lloraba por ellos, por los desesperados e indefensos colonos despertados de crío para morir en un planeta que ni siquiera habían llegado a conocer. Era un destino mucho peor que el suyo, mucho peor que trabajar cuarenta años para nada. Sabía, como ellos lo harían pronto, que las naves de la Compañía que gravitaban a salvo en el espacio nunca se arriesgaban a internarse en la sucia atmósfera por unos simples colonos. Era más barato perder unos cuantos hombres que un transporte de espacio profundo.

—No tenemos armas espacio-a-superficie —dijo la voz de la nave—. Os recomiendo que delimitéis un perímetro defensivo...

—¿Con qué? —La amargura de la respuesta hizo que Ofelia diera un respingo—. Dejaré esto transmitiendo y tendréis vuestro precioso registro... decidle a quien exploró este lugar que estaba ciego, sordo y loco...

Ofelia apenas respiró cuando los lejanos sonidos dejaron claro lo que sucedía. Las criaturas arrasaron la zona de aterrizaje; Ofelia oyó gritos, la mayoría incoherentes, y sonidos que supuso producidos por las propias criaturas. El último sonido emitido fue un golpe seguido de un chasquido: algo derribaba y aplastaba el transmisor. Ofelia salió fuera. Era el atardecer, el atardecer del mismo día. Oyó un rugido distante, luego un estrépito: una lanzadera descendía veloz, sin seguir el curso de las demás.

Volvió al interior para escuchar. La tripulación de la lanzadera informaba a la nave en órbita.

—Luz visible, sí. El perfil térmico sugiere restos de incendios; ninguna fuente de luz civilizada. Muchas imágenes infrarrojas... cientos, miles de lo que demonios sean. Grabando en todas las frecuencias. Es... ¡Dioses, mirad eso! ¡Remonta el vuelo, Shin!

Y, por encima de un galimatías de preguntas por parte de la nave:

—... no hay duda de que son inteligentes. Emplean herramientas, está claro. No es viable aterrizar allí en la oscuridad. Por la mañana...

—Haced un informe completo para el Ministerio —dijo la voz tranquila de la nave—. Una exploración a plena luz del día, desde las alturas. No tiene sentido arriesgar más vidas. La Compañía recuperará su inversión, estoy seguro, sobre la base de falta de información por parte del antiguo propietario de la franquicia. Que los políticos decidan si quieren enviar una expedición diplomática. No es problema nuestro.

—¿Y el emplazamiento de la antigua colonia?

—No. Si hay una especie indígena inteligente, las reglas han cambiado. No tocaremos nada, informaremos. Si vuestros datos son lo bastante buenos, ni siquiera nos molestaremos en realizar la exploración diurna. De todas formas tenemos las

transmisiones directas del lugar de aterrizaje.

—Me gustaría saber cómo pasaron por alto esos... esos lo que sea.

—No es nuestro problema.

Ofelia había oído hablar en ese tono antes. Quienquiera que estuviera allá arriba en la seguridad de la nave espacial, nunca consideraba su problema que hubiese gente muriendo en otra parte. Hizo una mueca. Le gustaría decirle lo que pensaba. El interruptor de transmisión llamó de repente su atención; ni siquiera lo había considerado antes. Pero ahora sí. Si ella los oía, la oirían. Si hablaba.

No serviría de nada. Sólo le acarrearía problemas.

Durante aproximadamente un día siguió creyendo que nada había cambiado. La amenaza había desaparecido; la nueva colonia no existía. Si las criaturas no la habían encontrado en más de cuarenta años, ¿por qué iban a hacerlo ahora? Podía continuar como antes, viviendo pacíficamente en el poblado desierto, ensartando cuentas, jugando con pinturas, atendiendo los pequeños huertos necesarios para cultivar su propia comida.

Decidida, caminó entre los animales y recorrió las inmediaciones de los pastizales. Con aquel sol, con la bruma de polen que brotaba de las flores, podía fingir que no había sucedido nada. El sol le calentaba los hombros; las ovejas olían a oveja, y las vacas... las vacas meneaban las orejas al verla, la olisqueaban con sus negros morros húmedos y se marchaban. El toro mugía, moviendo la cabeza adelante y atrás. Pero no a ella. A algo del otro lado del río.

No estaban más nerviosos que de costumbre. Ofelia se lo repitió a pesar de que su respiración era entrecortada y notaba la nuca erizada. Regresó con las ovejas, diciéndose que eran más tranquilas; luego todas ellas volvieron la cabeza al mismo tiempo, contemplando un punto del bosque en el que Ofelia no vio ni oyó nada.

Las ovejas eran estúpidas. Las vacas eran nerviosas. Ofelia escrutó el bosque y regresó a su huerto. Sólo fue casualidad que no se alejara del rincón cercano a la cocina para ocuparse del mismo pedazo de tierra y contemplar a través de la maraña de enredaderas y la cerca que nunca había acabado de reparar los pastos y los matorrales de más allá.

Quizás lo hubiera soñado todo. Había oído, en el colegio, que nadie podía vivir solo mucho tiempo sin volverse loco, sin imaginar que oía y veía a otras personas. Nunca lo había creído, pero así se lo habían contado. De modo que, si se había vuelto loca sin advertirlo, podría haberse imaginado todo el asunto. La otra nave nunca había venido realmente, y no le había sucedido nada. No sabía por qué había imaginado un destino tan terrible para los colonos; debía de tener alguna vena maligna, probablemente la misma que la hizo decidirse a quedarse allí a solas.

Esa idea, una vez arraigada, resultó una fruta tentadora: sería fácil averiguar la verdad. Las máquinas habrían grabado las transmisiones, si las había habido. No tenía

más que volver a reproducirlas. O ver que no había nada, y descubrir que se lo había inventado todo.

Sabía lo que sabía; no necesitaba ninguna máquina que le dijera la verdad. Día tras día iba al centro a comprobar los niveles, el clima, a grabar las cosas necesarias en el archivo. Día tras día, miraba los registros de las máquinas y no los reproducía.

Al final, fue un accidente. Pretendía comprobar la fecha en que había plantado zanahorias el año anterior. Algo la interrumpió; su dedo resbaló por el control que invertía la búsqueda del calendario.

—¿Con qué? —preguntó una voz furiosa y asustada que no era la suya propia.

Era real. Había sucedido. Las máquinas no mentían, no podían hacerlo, y eso significaba que la voz de la cinta pertenecía a una persona real, verdaderamente asustada y dolorida. Y que ahora estaba muerta. Ofelia empezó a temblar sin darse cuenta; sus manos y luego sus brazos, sus pies y luego sus piernas, todo su cuerpo, temblando con el mismo miedo, con la misma sorpresa. Habían sido seres humanos (gente que podría haber conocido, con la que podría haber hablado), y ahora todos estaban muertos.

Con manos temblorosas, tanteó los controles hasta que desconectó la grabación. El silencio se precipitó sobre ella, el silencio al que se había acostumbrado y había considerado pacífico. Ninguna voz. Nunca más.

Despacio, muy despacio, su respiración se estabilizó. Se notaba cansada. Quería irse a dormir. Cuando se miró las manos de nudillos hinchados y rojos, venas retorcidas y manchadas por la edad, le parecieron más frágiles que las flores. Bajó la mirada y vio el vestido de flecos que se había hecho. Parecía más indecente que su cuerpo; se lo arrancó, hizo una pelota con él y lo arrojó al suelo.

—¡Están muertos! —dijo con fuerza, con una voz que apenas recordaba haber usado. Su mente se dividió como agua que cae por una pendiente: se preguntó por qué estaba furiosa, se preguntó por qué tenía miedo, por qué ya no lo tenía. Ella no habría matado a aquellos desconocidos, aunque no los quisiera allí.

Salió otra vez, a un nuevo día que insistía en ser como cualquier otro. Volvía a hacer calor, humedad. El cielo estaba cubierto de nubes que se movían lentamente con el viento. ¿Qué importaba si todos estaban muertos? Habían venido; se habían marchado; ella volvía a estar sola, y eso era lo que quería.

No era igual.

Nunca sería igual.

Algo... No, alguien, unas criaturas, vivían en aquel mundo y querían matarla. Habían matado a los humanos sin que supiera que existía un peligro semejante. Y ahora no podía dejar de saberlo, por mucho que se esforzara.

El aire apestaba a humo extraño; un incendio ardía en la distancia, su columna de humo velando los nidos. Aunque la hierba regresaría y cubriría la desnudez de la

tierra con su manto, el Pueblo siempre sabría dónde estaban las cicatrices. Este olor duraría.

Derrota, tamborileaba la mano derecha. No derrota, victoria: se han ido y nosotros estamos aquí, tamborileó la mano izquierda. Una a una, la mano derecha cambió de sitio, hasta que el tambor de la mano izquierda ejecutó todo el poder del Pueblo.

Muy lejos en las alturas, una sinuosa veta blanca había dejado una cicatriz en el aire por donde había huido el monstruo. La mano derecha recordó que generaciones atrás se habían visto vetas iguales muy lejos, al sur. La mano izquierda continuó batiendo. Victoria, victoria, seguridad, refugio, retorno.

La cicatriz en el cielo se convirtió en nada. No más ruidos monstruosos desde el aire, no más malos olores. El Pueblo bailó, revolviéndose alrededor de la tierra quemada, enviando una larga espiral de bailarines a encontrar tallos vivos de hierba y pasarlos de uno a otro hacia dentro, hasta que el lugar fue replantado. Siguieron bailando, tamborileando y danzando, hasta que los tambores del viento contestaron, hasta que el pueblo del cielo se reunió para bailar con sus propias vueltas y espirales, llorando sobre las huellas del monstruo, cubriéndolas de dulces lágrimas que nutrieron la tierra.

En movimiento de nuevo después de la lluvia, siguiendo los tambores del viento sobre la hierba, cargados con las calabazas para hacer-luz-del-cielo y batir-el-tambor, los más jóvenes soldados del Pueblo se hicieron preguntas. ¿Por qué cicatrices en el cielo? ¿Por qué monstruos grises y verdes? ¿Por qué caras planas? ¿Por qué sin alas, sin dedos...?

Sin dedos no, dijo uno. Con dedos cortos, pies-vestidos con ropa sin dedos.

¿Vestidos, no conchas?

No conchas, vestidos.

Ninguno sin ellas... conchas.

No unidas-carne. Vestidos.

Entonces..., ¿las criaturas del cielo también vestidos? Siguió un animado debate para decidir si los cadáveres apestosos de los grandes voladores habían sido conchas o vestidos o criaturas separadas, aliadas de los monstruos. Uno dijo que eran máquinas, simples mecanismos complicados como los lanzadores de piedras. Los demás se rieron, despectivos. Un cuento de ciudad, algo que los habitantes de la costa inventaban cuando sus cerebros estaban llenos de humo. Las máquinas no podían volar... ¿quién sería capaz de tensar tanto las cuerdas para que las alas batieran?

Esas alas no batían.

Ya lo vimos.

Podría funcionar. El mismo entusiasta; conocían su ansiedad por las máquinas. El Pueblo tenía buenas máquinas; estaban orgullosos de su entusiasta. Podría funcionar, pero necesitarían una nueva idea. Siguieron avanzando, ahora en silencio. Nunca se distrae a alguien que persigue una nueva idea; es como distraer a un cazador que sigue una presa: supone perderse un festín.

El entusiasta se quedó atrás. Sabían lo que eso significaba. Tiempo de sentarse, tiempo de buscar otros entusiastas, tiempo de jugar con palos y pequeñas piedras y correas; al final habría una máquina nueva, algo nunca visto. No era cosa de los demás hasta entonces.

Si hay otros..., habló alguien, libre ya de hacerlo.

¿Otros? ¿Dónde?

Las leyendas. Las cicatrices del cielo. Al sur. Otros. Aliados de los aliados, aliados de los monstruos.

Todos en guardia, se agruparon. ¿Más monstruos? ¿Más quemadores de nidos, destructores de nidos? ¿Más ladrones e hijos de ladrones? Sería estación de incubar antes de que los nidos recién plantados estuvieran listos para los jóvenes; mientras tanto tendrían que anidar en otra parte, lo que significaba estaciones desagradables luchando por sitios marginales con los otros que recorrían las praderas. ¿Y volverían, ansiosos para la gran reunión, sólo para encontrar más monstruos?

Un soldado viejo oyó sus dudas y los reprendió. No se habían visto más monstruos después de aquella primera cicatriz del cielo. Era posible que sólo fuera una incursión de exploradores, nada más.

Nadie lo miró siquiera.

Muchas estaciones de incubar. Los monstruos son impacientes. No hay necesidad. Nadie lo miró siquiera. Era un joven tan entusiasta como el amante de las máquinas. Todos lo sabían, lo sabían todo unos de otros.

Demasiado lejos. El desierto. Los espinos. Luego demasiado húmedo, y árboles demasiado altos. Peor que ciudades. El insulto final, bastante fuerte para desanimar a cualquiera menos a aquel joven, que tenía la determinación del cazador por seguir cualquier pista hasta su fin.

Apestosa pista, dijo por fin uno de los más viejos. No sirve de nada al final. Vientre vacío que no puede comer monstruos.

Lo habían intentado, sólo para enfermar espectacularmente en la hierba quemada.

Reunión de nidos, dijo uno de los tímidos jóvenes. Muchos gruñeron. Si los tímidos empezaban, todo el Pueblo podría separarse en un momento en que los nuevos nidos debían ser lo primero.

Id... batió la mano izquierda; el tamborileo pasó de soldado en soldado en ese flanco y luego a través del centro. Id, id, id. Buscad, buscad. Llevad suficientes, pero no demasiados.

¿Después de anidar? Los jóvenes soldados no tenían ganas de deambular en la sequedad y la sal y los espinos y luego el pantano y los altos árboles en busca de monstruos incomedibles.

Id ahora, tamborileó la mano izquierda. Ahora, ahora, ahora. ID.

Los jóvenes se dividieron, y volvieron a dividirse. Los entusiastas, no tan entusiastas ahora, pero como cualquier cazador atraídos por una nueva presa. Los tímidos jóvenes, sólo a una estación de necesitar un nido. Unos cuantos más del tipo

bronco que los soldados mayores se alegraron de ver marchar. Y los viejos que, tras pensarlo una o dos veces, decidieron que podía ser una aventura, que habían oído hablar de la caza en aquella costa al sur, que tenían un pariente que había visto la cicatriz del aire. Con ellos, en los cuencos y sacos y bolsas de un Pueblo nómada, iban sus conocimientos, sus habilidades. Por lejos que fueran, por mucho que tardaran, al Pueblo le gustaba viajar, le gustaba la posibilidad de aprender, el sabor y la textura de la novedad.

Mientras avanzaban discutieron sobre los monstruos, recordándose unos a otros hasta el último detalle todo lo que habían visto oído, olido, saboreado (¡ugh! aquel sabor repugnante que revolvió el estómago), supuesto. ¿Consanguíneos de los comedores de hierba que buscaban? Probablemente. Doble formados, unos con palos y otros con agujeros. Doble de todo, excepto donde en los extremos de brazos y piernas las pequeñas barritas se convertían en cinco. Extraño número, cinco. Sagrado para alguien, probablemente los comedores de pescado. ¿Cómo podían ver con aquellos dos ojos en la cara plana? Lo bastante bien para apuntar con los tubos de fuego, eso sí lo habían advertido. Aletas en los lados de la cabeza: quizá fueran orejas. O saboreadores. Los pequeños de cabeza grande, por lo demás similares. Sólo unos cuantos pequeños, la mayoría grandes. Los grandes todos de pelo oscuro en lo alto, tonos de color tierra. Pasaron las imágenes una y otra vez. Sí. Todos reconocerían a un monstruo si volvían a ver a uno.

La cuestión de la sensatez tardó más tiempo. Los monstruos tenían la suficiente para reconocer la amenaza. Pero eso sucedía con la mayoría de las criaturas, incluso con las muy estúpidas. Una respuesta rápida no significaba nada; el Pueblo sabía que los Llevadores tenían poco sentido aunque respondían rápidamente a cualquier cosa, incluso al entrenamiento. Algunas de aquellas cosas eran máquinas, unas máquinas muy grandes, pero ¿cuánto costaba construir una máquina que transportara porquería? Cualquier niño podía hacer eso.

Se movía sola.

No. Era un hechizo.

No. Un monstruo la guiaba.

¿Quién lo vio? La respuesta a eso provocó dudas en todos; un monstruo guiaba la máquina que movía la tierra (¡y los nidos! ¡Sucios ladrones!). Aunque nadie había visto las cuerdas retorcidas o los tendones, debían estar en alguna parte.

Tendríamos que haber mirado con más atención.

Los amantes de las máquinas miran las máquinas.

Ellos también lo harían. La distracción pasó y volvieron a considerar si los monstruos tenían sentido común. ¿No sabían que estaban robando nidos? ¿Cómo podían no saberlo con las marcas del Pueblo a plena vista, las trenzas y nudos de hierba que advertían de la nidada y nombraban a los guardianes del nido? Si no eran ciegos, deberían haberlo visto. Si eran sensatos, tendrían que haberlo comprendido.

Los argumentos se repitieron una y otra vez hasta que alguien olió una presa y

tamborileó una corta señal.

6

La soledad pesaba sobre Ofelia como una losa. Se debatía cada día, obligándose a trabajar en los huertos, a cuidar los animales. Demasiadas veces salía de su ensimismamiento y advertía que había interrumpido lo que estaba haciendo para quedarse boquiabierta, rígida, a la escucha de sonidos que sabía no podía oír.

No lo comprendía. No había sido así cuando los demás se marcharon: su propio hijo y su nuera, gente que había conocido la mayor parte de su vida. Entonces se había sentido libre. Las calles vacías y las casas silenciosas le habían proporcionado oportunidades que nunca había tenido. No oír voz alguna le había parecido un alivio; con el correr de los días incluso los recuerdos habían desaparecido, dejando su mente en paz.

Ahora se sentía atrapada, confinada en un espacio más estrecho de lo que recordaba. Las calles vacías podían estar llenas de enemigos; las casas silenciosas proporcionaban escondite a sus miedos. No conseguía olvidar las extrañas voces, voces de gente que nunca había visto, pidiendo ayuda, gritando llenas de temor y pánico. Y muerte.

No había llorado cuando murió Humberto, ni los niños. No había llorado ante la idea de su propia muerte; la muerte era la muerte, y venía para todos, y no había nada que hacer. Pero ahora lloró, sintiendo la hinchazón de su cara, las lágrimas húmedas, la nariz moqueante, la saliva que le corría por la barbilla (las feas lágrimas de los viejos), por gente que nunca había visto ni querido ver. Habían venido de tan lejos para morir, y ella no los quería.

No tenía sentido. Cuando las lágrimas finalmente se agotaron se secó la cara con un trapo (era un trozo de tela del centro que se había llevado a casa sin darse cuenta) y escrutó la calle. Nada. El día anterior y el otro y el anterior a ése, nada. Tampoco habría nada mañana o pasado o dentro de dos días más. Vivía en el centro de la nada, en un momento suspendido siempre entre la eternidad anterior y la eternidad posterior. Nunca le había molestado, pero ahora lo hacía.

Lentamente, tan lentamente como la desaparición del dolor producido por una herida grave, la soledad se agotó. El miedo permaneció. Algo había matado a aquella gente y la mataría a ella si la encontraba. Cuando decidió quedarse, estaba dispuesta a morir sola en este mundo. Pero pensaba que la mataría la edad, o un accidente. No la malicia.

Se sentía frágil, desprotegida, indefensa. Había unas cuantas armas en los almacenes, pero sabía que no la salvarían. Nadie conseguía estar en guardia todo el tiempo; era humana, tenía que comer y dormir y usar el cuarto de baño. Una persona sola, incluso con la ayuda de todas las máquinas, no era una presencia humana. Si aquellas cosas la encontraban, no les costaría matarla. No tenía dudas de que lo harían, tan rápidamente como habían matado a docenas de personas más jóvenes y más fuertes.

Pero también el miedo se agotó, más lentamente que la soledad. Había momentos del día en que conseguía olvidar, no porque lo intentara sino porque se sumergía en los irregulares quehaceres de su vida. No la habían encontrado aún. No la habían matado todavía. Seguía disfrutando de las cosas, y quería más.

Recogió las cuentas que había dejado caer bajo las mesas de costura y las volvió a engarzar. Hizo y pintó más cuentas, añadió las conchas de baboso que había secado, las vainas de una planta, mechones trenzados de crines de las colas de las vacas... No estaba segura de lo que hacía, simplemente le gustaban las combinaciones de cosas gruesas y delgadas, colores y texturas y líneas. Cuando se puso la vestimenta sobre su cuerpo advirtió que necesitaba un poquito más aquí (otro palmo de cuentas) y algo más para equilibrar el peso e impedir que le resbalara de los hombros.

Se miró en el espejo. Era extraño lo poco que lo había hecho desde el otro aterrizaje. No había querido ver su expresión; temía asustarse de sí misma. Pero ahora la imagen del espejo apenas parecía humana.

Se quedó mirando. Se sentía igual (casi igual en su totalidad) y en el espejo su propio rostro la miró con desdén, ceñudo como siempre había recibido su imagen. Sus cejas eran más delgadas y más blancas; su pelo tenía pinceladas de plata. Pero el yo interior que se había concentrado tanto engarzando cuentas y plumas y lana y crines de vaca y semillas, que había estado tan seguro de cómo enlazar este cordón con aquel otro y de cómo colgar los abalorios... ese yo no había imaginado qué aspecto tendría sin la ropa vieja de trabajo y las camisas y los sombreros de antaño.

«Indecente», dijo la antigua voz. «Sorprendente», aprobó la voz nueva. Su cuerpo era viejo y estaba arrugado, cansado, manchado por el deterioro de casi ochenta años... pero sobre él, como una telaraña, llevaba los profundos colores y texturas de su imaginación. Cuando descargó su peso de la cadera lastimada, toda la masa onduló como si la moviera la brisa. Las grandes cuentas posteriores rodaron en el hueco de su espalda, reconfortantes. Las fibras vegetales que había usado para los hombros le rascaban picores siempre difíciles de alcanzar.

Permaneció mirándose un buen rato; luego se quitó cuidadosamente el vestido. No sería cómodo para muchas de las cosas que necesitaba hacer, pero le gustaba cómo se sentía con él. Sabía que lo llevaría a menudo. De momento se contentó con los harapos que ahora vestía la mayor parte del tiempo, y se obligó a sonreírse en el espejo. Rosara no habría aprobado que dejara sus piernas al descubierto, que no llevara debajo más que su piel ajada.

Desafiante al pensar en Rosara, metió un dedo en la lata de pintura roja que había usado con las cuentas y se lo pasó por el pecho. Pintura negra: manchas en las mejillas, en la frente, en los lados de sus muslos. Azul: una estrecha línea cruzándole la nariz. Empezó a reírse; no había imaginado lo divertido que sería usar su cuerpo como un material artístico. Con las palmas dejó marcas verdes en su vientre, en la parte delantera de sus muslos, en cada glúteo. Se pintó de amarillo manos y pies. Luego, dejando pisadas amarillas, caminó hasta la calle, sin sentir temor, sin pensar,

por primera vez.

Lloviznaba, un aguacero cálido que casi no tocaba el suelo, Ofelia caminó arriba y abajo de la calle, palpando las puertas de las casas, dejando marcas amarillas y verdes. De repente quiso marcarlas todas; corrió de vuelta al centro, cogió la lata de pintura amarilla, y caminó de casa en casa tocando cada puerta.

A la mitad, su acción se convirtió en algo más que un juego. El miedo regresó acuciante exigiendo que terminara, insistiendo en que algo extraño ocurriría si se detenía, si era interrumpida, si la pintura se acababa antes de que la última puerta quedara marcada con su emblema. Sin aliento, con las piernas doloridas, corrió de puerta en puerta, de casa en casa. Incluso marcó los cobertizos, las casetas de herramientas, el reciclador de residuos; de vuelta al centro, cada puerta de éste... El pánico remitió. Los truenos retumbaban a lo lejos y la llovizna se convirtió en un chaparrón. Ofelia recordó otras ocasiones en que tuvo sentimientos extraños antes de una tormenta, presagios, ideas descabelladas, reacciones alocadas. Era sólo la tormenta. Cuando acabara, se sentiría mejor.

El viento golpeaba con fuerza las ventanas del centro. Ofelia miró su cuerpo pintado y se echó a reír. Qué desastre. No podía acostarse de aquella manera. La lluvia borraría la pintura. Salió y dejó que la cálida lluvia la empapara. Se frotó las manchas y franjas con las manos amarillas hasta que estuvo en medio de un charco que parecía el arco iris. Qué extraño que los colores no se mezclaran en una mancha fangosa... durante un momento su mente captó esta rareza, mientras los colores se evitaban unos a otros y dibujaban anillas y parches en el suelo.

Luego un trueno más cercano la hizo volver corriendo a su puerta. Aunque la lluvia fuese cálida, sintió frío.

Dentro, se secó y empezó a canturrear. Recuerdos de travesuras infantiles acudieron a su mente. Pasteles de barro, destrozos en la cocina... la vez que había usado tiza de colores para hacer que el pie de su hermana pareciera hinchado e infectado. Las dos lo encontraban gracioso, pero su madre se asustó al principio y luego se puso furiosa. Sintió las mejillas encendidas incluso ahora al recordar la paliza que le dieron por eso. Tonta, tonta, tonta... había sido una niña tonta, y era una vieja tonta; pero había sido divertido. Pintarse había sido divertido y lo haría de nuevo. ¿Por qué no? Si iban a matarla unos animales extraños, bien podía tener primero la diversión que se le antojase.

Después de la tormenta el ganado se dispersó. Ofelia contempló el prado hasta el río tratando de contar a los inquietos animales. Catorce... no, trece, había contado dos veces a la roja de la cara negra... no, catorce, porque allá estaba la negra con la mancha blanca. Y el toro. No podía ver a los terneros porque la hierba era alta. El sol había salido; ella se había puesto un sombrero ancho atado con una larga cinta rosa y una capa azul salpicada de flores amarillas y verdes. No le gustaba mucho; eso quería decir que no le importaba ensuciarse mientras recuperaba el ganado.

Una de las vacas se asustó y echó a correr alejándose del río; dos más la

siguieron, moviéndose más rápido. Ofelia divisó la cabeza de un ternero entre las vacas. Luego el resto de la pequeña manada se apartó del río, gruñendo. El toro se dio la vuelta para enfrentarse a lo que las había asustado. Ofelia no vio nada. A medio camino de los edificios, las vacas redujeron el paso y se pusieron a dar vueltas, inquietas. Ofelia dejó atrás los corrales de los terneros, situándose río arriba donde no había tanto polvo. Las vacas la observaban con las orejas abiertas; el toro se apartó del río para reunirse con la manada.

Ofelia volvió a contar: la vaca roja de la cara negra, la vaca roja, la negra zaina, la de las motas con la mancha blanca, la de las motas claras, la roja y blanca, la negra de la mancha blanca... catorce vacas, un toro, al menos un ternero. Desde lo lejos oyó más animales, probablemente los toros más jóvenes que corrían en tropel.

Realmente necesitaba saber cuántos terneros había. Se acercó en ángulo a la manada, no directamente. Un ternero rojo oscuro emparejado con la vaca roja de la cara negra. Y allá, otro manchado, de patas blancas, al lado de una de las vacas moteadas. Las vacas sacudieron la cabeza; ella se mantuvo a distancia, tratando de ver entre los cuerpos y patas y orejas. ¿Era eso otro? Sí, un ternero rojo claro, en medio. Ofelia volvió a la aldea con un ojo puesto en las vacas para asegurarse de que ninguna la atacaba. La vaca roja de la cara negra tenía malas pulgas.

Al otro lado de los edificios, las ovejas pastaban tranquilamente, los corderos esparcidos como puñaditos de lana, tomando el sol. Ofelia caminó entre ellos, acariciando las duras cabecitas y advirtiéndoles que no había desaparecido ninguno de ellos en los últimos días. En el bosque algo gritó: el habitual chillido de mediodía que ella había aprendido a ignorar. Incluso las ovejas lo ignoraron sin apenas sacudir las orejas. Uno de los corderos despertó y levantó la cabeza. Miró alrededor, sacudió las orejas y se giró; luego cruzó y descruzó las patas rápidamente y se levantó, con un leve balido. Una de las ovejas alzó la cabeza y replicó; el cordero se acercó a su madre y empezó a mamar. En cuestión de un minuto o dos, los otros corderos se levantaron y se amamantaron también.

De vuelta entre los edificios, Ofelia advirtió que la lluvia no había borrado todas sus descabelladas marcas en las puertas. Algunas estaban aún intactas; otras casi se habían borrado, disueltas por el agua. Una parecía corrida. Ofelia se la quedó mirando. ¿Cómo había sucedido? ¿La había frotado algo? Era casi como si otra mano hubiera querido borrarla...

Una ráfaga de viento hinchó su capa y Ofelia se rió de sí misma. Se había vuelto salvaje y loca bailando; se había mojado. Sin duda lo había hecho ella con las prisas. Había resbalado y apoyado su propia mano... Lentamente, alzó la mano hasta la mancha. La altura adecuada. Tal vez, si había resbalado... Si se había apoyado allí, no lo recordaba; pero sabía que había trastabillado y dado trompicones mientras corría de casa en casa, desesperada por marcar todas las puertas.

Sintió frío de todas formas. Anheló el sol sobre sus hombros. Se quitó la capa azul y se la colgó del brazo, se desató el sombrero y lo sostuvo en la mano. El calor

del sol la alivió, la tranquilizó. No pasaba nada. Los animales estaban bien y ella estaba a salvo; echaría una buena siesta esa tarde. De hecho... miró alrededor. Hacía tiempo que no dormía más que en la cama que consideraba la «suya propia». En un día como aquél, con el viento soplando de ese lado, su propio dormitorio sería caluroso y desagradable. Sin embargo, las casas calle abajo... Conocía un dormitorio encarado al este con dos ventanas. Como ella sólo abría las casas cuando entraba en ellas, habría permanecido a la sombra y fresco toda la mañana.

En esa puerta la huella amarilla de la mano se había corrido sólo un poco. Ofelia la abrió y entró, dejándola abierta tras de sí. Una tenue luz se filtraba por las persianas; olía levemente a humedad. Tendría que airear las casas más a menudo, se dijo.

Abrió los postigos del dormitorio y palpó el colchón de la cama. No estaba húmedo; otra cosa debía estarlo. Posiblemente ropa abandonada en algún armario. Trató de recordar a quién había pertenecido la casa, pero no estaba segura. En aquel lado de la colonia se habían perdido algunas casas durante las dos grandes inundaciones; los supervivientes insistieron en mudarse a la zona más elevada, y los más jóvenes reconstruyeron las casas y las habitaron.

No es que importase ya. Ofelia se tumbó en la cama y se desperezó. Aunque le gustaban los huecos y bultos familiares de su colchón, a veces era agradable dormir en uno diferente. Sentía las caderas un poco demasiado altas, los hombros un poco demasiado bajos, pero estaba lo suficientemente cansada para quedarse dormida de todas formas.

Cuando despertó, la luz de fuera tenía un matiz coralino; el sol debía de haberse puesto. Fue consciente de que había estado soñando un vívido sueño de colores y música y movimiento, pero desapareció tan rápido que no recordó nada más. Volvió a desperezarse y se levantó despacio. Otra vez aquel olor a humedad; arrugó la nariz. Tal vez debería dejar encendidas las luces de la casa para que se secase.

Cerró los postigos, encendió las luces, salió y ajustó la puerta tras de sí. En el crepúsculo, los colores y las formas parecían flotar, sin ninguna relación con la geometría diurna. Ofelia parpadeó, se encogió de hombros y regresó a casa. Tras haber echado aquella siesta, esa noche tendría energías para trabajar en sus cuentas. O incluso en el archivo...

Se sintió un poco culpable cuando se dio cuenta del tiempo pasado desde la última vez que añadiera algo interesante.

La fecha actual volvió a sorprenderla. ¿Había pasado tanto tiempo desde que los otros colonos llegaron... y murieron? Ofelia permaneció sentada un buen rato preguntándose qué escribir. Se había sentido sola, se había sentido asustada, seguía sin querer pensar en lo sucedido.

«No eran mi gente —escribió finalmente—. Pero lo siento; lo siento aún más

porque no quería que vinieran. Y sus familias piensan que murieron solos; no saben que aquí hay alguien para llorar por ellos.»

Luego revisó el calendario y añadió acotaciones cuando algo llamaba su atención. Le dolía la espalda; la cadera le molestaba. Por fin apagó el ordenador y se levantó. ¡Cómo le dolía moverse cuando había permanecido tanto tiempo quieta! Parecía imposible que pudiera hacerse más vieja, sentirse más vieja. Sin embargo, estaba decididamente menos ágil que al partir Barto.

En la sala de costura miró con disgusto sus cuentas. Si volvía a sentarse, se quedaría entumecida. Pero todavía no tenía sueño. Se apoyó sobre la mesa, revolviendo las perlas, absorta. Cuando era joven, tenía un collar de brillantes cuentas azules salpicadas de plata y cobre. Se las había dejado a su hermana cuando se casó con Humberto. A él nunca le había gustado aquel collar; sospechaba que era un regalo de Caitano. Tenía razón, aunque ella nunca lo admitió. Deseó saber cómo crear aquel hermoso color. El fabricante tenía modelos de colores, pero su versión del azul oscuro era un tono apagado y soso nada parecido al color que recordaba.

Tocó las hojas secas de maíz; crujieron bajo sus dedos. Retorcidas en gruesas cuerdas, las perfollas serían el borde que quería para su nueva capa. Si las teñía... se detuvo, la piel erizada súbitamente con una sensación de alarma. ¿Qué...? No había ningún sonido, aunque sus oídos se esforzaron por oír más allá del latido de su propia sangre. Nada vio cuando se giró lentamente, escrutando cuanto la rodeaba. Nada. Nada, pero... continuó alerta, aún segura del peligro.

Aquel olor. El mismo olor que en la otra casa. Humedad, había pensado. Sin embargo, ahora que lo pensaba, no era olor de moho. Era un olor más denso que el del moho. El corazón le martilleó en el pecho; cuando acercó la mano no se sorprendió al sentir el rápido latido en la pared de su pecho. Tuvo que tragar saliva, aunque su boca estaba seca.

—Estoy aquí —dijo a la oscuridad exterior, al silencio, al vacío. Su voz sonaba extraña, crepitaba como una mala transmisión—. Salid si estáis ahí.

No tenía idea de a quiénes o a qué estaba hablando. ¿Espectros de la masacre? No creía exactamente en fantasmas aunque había visto a Humberto una vez, seis meses después de su muerte. Llevaba una camisa blanca y un sombrero azul; le sonreía a otra mujer y, cuando ella pronunció su nombre, se desvaneció. ¿Pero olían los fantasmas? Humberto no había olido, siendo espíritu; simplemente se había deslizado ante su visión aquella única vez. Una imagen inmaculada y sin dimensión.

Ofelia contuvo la respiración un instante, luego tomó aire sin olisquear. Sí, fuera lo que fuese aquello olía, y olía diferente. Nuevo. Se trataba probablemente de un animal del bosque que se había atrevido a aventurarse en el poblado, aunque las criaturas salvajes nunca habían hecho algo semejante.

Con toda la confianza de la que pudo hacer acopio, Ofelia salió de la sala de costura y llegó a la puerta principal del centro. La luz brotaba de la puerta a su espalda; su sombra se estiraba alejándose de sus pies. No podía ver más que manchas

de luz a cada lado de la sombra. En la puerta estaban los interruptores de las luces exteriores, rara vez utilizados incluso cuando la colonia existía. Ahora los encendió. Sólo dos de las bombillas funcionaban; las otras debían de haber resultado dañadas por las tormentas. Pero con aquella luz vio algo moverse calle abajo.

Un monstruo. Un animal. Un extraterrestre.

Un extraterrestre mortífero que ya había matado a seres humanos.

Ofelia no consiguió salir a la calle ni volver al centro. Ni siquiera pudo apagar las luces. Miró hacia otro lado. Otra cosa se movió allí: una forma oscura recortada contra la noche. Se acercaba una masa enorme de muchas patas, con los ojos brillando a la luz...

Vacas. Ofelia se desplomó contra el marco de la puerta mientras varias vacas corrían calleja arriba. Entre ellas bailaba un ternero. Uno de los animales, con una sacudida de la cola, rozó la huella de una puerta. Así que habían sido las vacas. Y el olor... ¿era de vaca? Resultaba difícil de decir, pero las vacas añadieron un olor complejo y extraño a la calle.

—Vacas —dijo Ofelia en voz alta. Las vacas se sobresaltaron, las orejas retiradas, y parecieron huir de su voz. Quiso reír; quiso matarlas por asustarla así—. ¡AAOOH! —gritó, sin saber que lo hacía. Fue un grito surgido de su vientre que le lastimó la garganta. Las vacas temblaron, se dieron la vuelta y se marcharon al galope por la calle con un estruendo sordo de pezuñas.

—¡Vacas estúpidas! —les chilló Ofelia. Llena de indignación, apagó las luces del centro y regresó a su propia casa. Ahora que había hablado descubrió que quería seguir haciéndolo, sentir de nuevo las palabras en su garganta, oír su voz no sólo mentalmente—. Tonta de mí por asustarme de las vacas. Tendría que saber que vendrían al poblado de noche... no hay cerca, después de todo.

Pero incluso mientras lo decía, dudó. Nunca había encontrado bostas entre las casas y, ¿por qué iban a venir? De pastar regularmente en los huertos, habría encontrado los daños producidos por eso.

Enmudeció de pronto, como si sólo hubiera tenido un número limitado de palabras que decir y las hubiese agotado. Las vacas venían al poblado. Las vacas venían y no venían y venían porque... porque... porque querían, porque algo las espantaba del río.

Resultaba angustioso estar de nuevo tan asustada la misma noche. Las costillas le dolían por los latidos de su corazón, por la tenaza de su respiración. Se quedó en la cocina, incapaz de moverse en ninguna dirección, hasta que un calambre en el pie le dolió tanto que olvidó el simple terror. Apoyó el peso en el pie dolorido y tomó aire y lo expulsó, y por fin el calambre pasó. Estaba cansada y con todo el cuerpo resentido. Si los alienígenas querían matarla, podían hacerlo cuando estuviera dormida.

Volvió a tener otro calambre en el pie cuando ya estaba acostada, y se giró torpemente para levantarse. Era demasiado vieja para esto. Una furia familiar la inundó. Era demasiado vieja, el pie le dolía demasiado, las cosas eran demasiado

difíciles y no era culpa suya. Cuando el calambre cesó, volvió a la cama y se cubrió con las sábanas. Entonces recordó que no había echado el cerrojo a la puerta que daba al callejón. Nunca lo hacía, pero ahora... si había alienígenas... Suspirando, murmurando una maldición que se sorprendió de recordar, se levantó otra vez y salió a cerrar la puerta inútil.

Tuvo que asomarse. En la oscuridad oyó el sonido lejano del ganado pastando, el rítmico movimiento de la hierba. Una brisa suave se movía entre las casas y le acarició el cuerpo. No veía nada, nada en absoluto, excepto las chispas que, lo sabía, procedían de dentro de sus ojos. Se quedó allí de pie hasta que empezó a tiritar; luego cerró la puerta, corrió con cuidado el cerrojo y regresó a la cama. Por el camino tropezó con algo que estaba fuera de sitio (no tenía intención de encender otra vez la luz esa noche) y llegó a la cama con un humor capaz de espantar los malos sueños.

Sin embargo, tuvo sueños agradables. No los recordaba, pero sí que eran buenos. Durmió hasta tarde; la luz del sol bañaba la puerta de la cocina desde la del huerto. Ofelia frunció el ceño. ¿La puerta del huerto? ¿Se había dado un golpe en la oscuridad por echar el cerrojo a la puerta principal y se había olvidado de la puerta de la cocina que daba al huerto? Seguro que estaba cerrada también.

No podía recordarlo. Ya le había pasado antes pensar que había cerrado algo que después estaba abierto, o abierto algo que luego estaba cerrado. Y no era nuevo; aquello había empezado incluso antes de que Barto se marchara. Odiaba no recordar; la hacía sentirse como una tonta. Se levantó y buscó el objeto que le había lastimado el pie la noche anterior. Al menos lo quitaría de enmedio mientras se acordaba.

No encontró nada, entre la puerta principal (aún con el cerrojo echado, no se había equivocado en eso) y la del dormitorio, que hubiera podido producirle a su pie aquel desagradable golpe. Las sillas estaban perfectamente colocadas bajo la mesa de la cocina. Nada... a menos que se hubiera perdido en la oscuridad y hubiera tropezado con el marco de la puerta de su viejo dormitorio. Pero en ese caso sin duda habría palpado la pared con las manos.

Buscó desde la puerta abierta de la cocina hasta la del dormitorio, de ventana en ventana, otra vez junto a las sillas y la mesa. No había nada fuera de su sitio. Bajo la intensa luz de la mañana, con los ricos olores del huerto que traía la brisa, no quiso creer que hubiera pasado nada extraño la noche anterior. Olisqueó. No había olores extraños, aunque el hedor de las vacas era muy fuerte. Cuando abrió la puerta del callejón, vio bostas de vaca como pedruscos en el camino.

Cogió la carretilla y la pala; se pasó toda la mañana recogiendo bostas de vaca para la zanja. Las vacas habían vuelto al prado y pastaban pacíficamente como si nada las hubiera molestado jamás. Era mucho más fácil recoger el estiércol de las calles que de la hierba; Ofelia se dijo que si las vacas vinieran al poblado cada noche podría atender todos los huertos durante todas las estaciones y mantener el reciclador a tope. Naturalmente, no quería pasarse los días recogiendo bostas; no le gustaba su perfume.

Cuando la zanja estuvo llena, metió el resto de las bostas en el reciclador; luego se duchó para quitarse el olor. En el centro, anotó en el archivo que las vacas habían corrido por las calles de noche. Probablemente no significaba nada, pero era un cambio. Al comprobar el clima vio una de las grandes tormentas marinas (la primera del año) formándose océano adentro. Eso era más peligroso que ningún alienígena imaginario. Preparó una lista de actividades. Quería terminarlas antes de que llegara la tormenta... si lo hacía. Reparar postigos, puertas, asegurarse de que no quedaba nada suelto que pudieran arrastrar las ráfagas. Pensó que esta vez podría pasar la tormenta en el centro si trasladaba un colchón a las salas de costura. El de su viejo dormitorio serviría, y estaba cerca.

Resultó ser demasiado pesado para cargarlo ella sola, y la calle estaba mojada, con restos de las bostas de vaca. Ofelia miró las manchas. No estaba dispuesta a arrastrar su cama por la mierda de vaca y luego dormir encima, ni siquiera días después. Y la carretilla todavía olía a estiércol.

En los almacenes del reciclador había carros más grandes y pesados que se utilizaban para transporte; Ofelia cogió uno. No cabía por la puerta principal. Arrastró el colchón hasta allí y lo metió como pudo en el carro. Luego empujó el carro hasta el centro, cuya puerta era más grande. El carro cupo por ella... pero no por la interior de la sala de costura. Ofelia sacó el colchón del carro y lo dejó allí mismo. Ya estaba demasiado cansada para arrastrarlo hasta la sala de costura.

Cuando hubo devuelto el carro al almacén del reciclador, había atardecido y se sentía malhumorada y exhausta. Estúpida tormenta, estúpidas vacas, estúpido colchón, estúpido carro y, los más estúpidos de todos, quienes construían puertas demasiado estrechas para entrar los carros por ellas. Y estúpida Ofelia, porque no había cuidado el huerto aquel día y los babosos probablemente se habían comido la mitad de las tomatas.

Salió corriendo. No encontró ningún daño, pero sí un baboso aplastado entre los tomates. Uno reciente; aún brillaba. Recogió todos los tomates maduros que pudo encontrar en la oscuridad y se los llevó dentro. No quería pensar en aquel baboso. Quizás había entrado una vaca. Quizás una oveja. Quizás un alienígena asesino planeaba cortarle la cabeza... pero en ese momento no iba a preocuparse por aquello.

Se dio una ducha. El agua corriente relajó su irritación además de sus músculos. Cuando terminó de secarse le apeteció ponerse algunas cuentas. Blancas, rojas, marrones. Entonces recordó que no había amasado pasta ese día; tendría que prepararse la cena entera. Un puñado de harina, un poco de manteca, una pizca de sal, un poco de agua. Entre sus manos, la pasta se convirtió en una pelota firme y blanda de la que fue pellizcando trozos más pequeños. Extendió una mano hasta el horno y puso la parrilla a calentar. Luego aplastó los trozos pequeños con su segundo mejor rodillo (Rosara se había llevado el mejor, y aún lo lamentaba; aunque su nuera estaba probablemente en crío camino de algún sitio que no le gustaría... peor castigo que el que Ofelia le habría dado, en cualquier caso).

Puso salchichas en una sartén, cortó cebollas, y las puso a freír. No le quedarían salchichas de cerdo mucho más tiempo; ya casi se había comido todas las que había en los refrigeradores del centro. Tarde o temprano, tendría que sacrificar una de las vacas o una oveja. Debía hacerlo mientras estuviera aún fuerte, se dijo. Se había propuesto lo mismo el invierno anterior y luego había seguido comiendo carne congelada con la excusa de que si se estropeaba sería un desperdicio. La verdad era que le gustaban las salchichas de cerdo. Si al menos los cerdos no hubieran desaparecido... los colonos habían acabado sacrificando los últimos cuando quedó claro que, al contrario que las ovejas y las vacas, los cerdos no se quedarían en la zona terraformada próxima al asentamiento.

Cuando las salchichas y las cebollas estuvieron a medio hacer, Ofelia colocó la masa en la parrilla caliente. Luego se sirvió las tortas en el plato tras darles la vuelta con una rama. Otro par de minutos para las salchichas y las cebollas; cortó tomates frescos mientras dejaba reposar la carne y les añadió una pizca de menta y albahaca.

Nunca se cansaba de la buena comida. Alguna gente lo hacía; recordaba que se quejaban de la falta de sabor, o simplemente no comían, pero ella era distinta. Un bocado de tomate, otro de salchicha caliente y cebolla en la torta de pan, un trocito de menta... sí. Y al día siguiente terminaría los preparativos para la tormenta, si venía. Volvería a revisar las máquinas; hacía varios días que no inspeccionaba las bombas. Se aseguraría de que todo estaba preparado para la tormenta. Incluso arrastraría aquel maldito colchón hasta la sala de costura.

Por la mañana, la tormenta marina se había acercado. El monitor climatológico proyectó su rumbo; si no se desviaba, asolaría la colonia al cabo de cuatro o cinco días. No era tan grande como la tormenta de hacía dos años, pero crecería mientras avanzaba hacia la costa. Ofelia se acercó a su colchón. Lo arrastraría hasta la sala de costura más tarde; si se detenía a hacer eso ahora, podría distraerse en su trabajo con las cuentas.

Fuera, el día era claro y despejado. Reinaba la calma espúrea que Ofelia había descubierto que precedía las tempestades. Miró su lista. Primero las bombas y luego las otras máquinas. Se llevaría una libreta para anotar qué edificios necesitaban ser reparados. Las enredaderas habían crecido hasta cubrir la puerta de la sala de bombas; sus brillantes flores rojas y sus delicadas vainas colgaban elegantemente del techo, sobre la entrada. Ofelia las apartó y empujó la puerta con dificultad.

Dentro, las bombas latían con el mismo ritmo regular al que estaba acostumbrada. Todos los niveles eran normales. Se preguntó cuánto subiría el río con las lluvias. Si subía demasiado, tendría que desconectar las bombas, pero podría hacerlo desde el centro en caso necesario.

La puerta se atascó de nuevo con las enredaderas cuando intentó cerrarla. Gruñendo, Ofelia cortó los duros tallos y despejó la puerta; luego la cerró y le echó el cerrojo. Odiaba cortar las enredaderas; las flores se marchitarían en cuestión de minutos, aunque las regara. De todas formas, por los pocos instantes de belleza, se puso al cuello y en los brazos los tallos cortados. Los tiraría al reciclador cuando llegara a él.

Las vacas estaban pastando tranquilamente esa mañana, como si previeran la necesidad de acumular reservas antes de la tormenta. Ofelia recordó que se habían perdido algunas con la última riada. ¿Debería tratar de conducir las al poblado, incluso encerrarlas en alguno de los edificios? ¿Aguantarían las puertas y las cercas de los huertos, aunque pudiera hacerlas entrar en alguno de los pocos patios vallados? No. Se ceñiría a su lista.

Todas las máquinas funcionaban perfectamente, pero sabía que algunas bombillas se habían fundido. Ésa era una de las cosas que no podría reemplazar cuando los suministros se hubieran agotado. Sus intentos de conseguir que el fabricante hiciera bombillas (estaban en el menú) nunca habían funcionado, y no comprendía lo suficientemente bien la máquina para saber por qué no. En vez de sustituir las bombillas, quitó las que podrían resultar dañadas con la inminente tormenta. Eso dejó el centro y el reciclador sin luces externas, pero de todas formas apenas las usaba.

Después de un rápido almuerzo cogió sus herramientas y empezó a reparar postigos y puertas que podían romperse con el viento, al igual que los tejados agrietados y los alares combados. Encontró más de los que esperaba. Trató de recordar cuándo había sido la última vez que trabajó en ellos, combatiendo la

sensación de culpabilidad de que tendría que haber comprobado todas las casas, puertas y postigos a diario. Sabía que eso habría sido imposible. No habría tenido tiempo para atender los huertos, coser, ni nada más. Pese a todo, en medio del opresivo clima que precede una tormenta importante, su antigua voz la acosó hablando de deberes y señalando que en realidad no tenía ninguna necesidad de haber hecho todos aquellos bonitos collares.

Sí, lo había necesitado. Había necesitado algo toda la vida, sin saber qué era exactamente. La alegría de la creación, del juego; el vacío que su familia y sus deberes sociales no habían conseguido llenar. Habría amado más a sus hijos, pensó ahora, si hubiera advertido cuánto necesitaba jugar ella misma, seguir su propio deseo infantil de manejar cosas hermosas y crear más belleza.

Con esta discusión pasó la tarde, reparando media docena de postigos sueltos y colocando de nuevo el pestillo de una puerta que se había aflojado. Hasta ese momento no se detuvo a pensar en cuántas de las cosas que había arreglado parecían más dañadas que gastadas. Aquel pestillo, por ejemplo. Los colonos habían empleado los árboles nativos para producir una madera dura, resistente, compacta. Era capaz de retener los clavos y los tornillos por igual; requería herramientas afiladas. En cuarenta años, la mayoría de los accesorios originales no se habían soltado. Los goznes y pestillos de su propia casa aún aguantaban. Lo que normalmente se rompía era una persiana, cuando algo pesado la golpeaba, o los metales a causa del óxido.

Allí... allí algo había soltado el pestillo. Cuando lo estudió, vio los agujeritos en la dura madera que dejaban al descubierto una superficie fresca junto al resto, más ajado. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Trató de recuperarse de ese pánico. Algún animal lo había hecho. Algún animal del bosque, alguno de los trepadores listos. Había visto cómo asían y tiraban de las cosas, cómo hurgaban con sus dedos de largas uñas. Habían tardado en venir al poblado después de que se marcharan los colonos, pero lo habían hecho por fin. Eso explicaría todos los pequeños misterios de los últimos días.

Si fueran las criaturas que habían matado a los otros colonos, ya la habrían matado a ella también. No estaban allí, pero los trepadores sí. No los había visto porque eran tímidos. No lo eran tanto en el bosque, pero ése era su hábitat natural. Claro que se portarían con timidez allí, y tendrían mejor sentido del oído que ella y, tal vez, mejor vista. Podrían mantenerse ocultos fácilmente.

Apretó los tornillos que sujetaban el pestillo y comprobó el cierre. Encajaba bien. Luego se obligó a entrar en la casa. Vacía, como esperaba. El polvo removido en el suelo encajaba con su idea de los animales del bosque; quizás incluso lo había arrastrado ella misma la última vez que vino. Salió, cerró la puerta con el cerrojo, y se dijo que no cedería a la tentación de volver más tarde y ver si lo habían forzado. Ya habría tiempo mañana, cuando tuviera que reparar los postigos de la casa de al lado. Una hoja se había soltado por completo; veía que la rama de un árbol frutal la tocaba aunque no había viento.

Mientras regresaba al centro se preguntó por qué se molestaba en mantener los otros edificios. No los necesitaba para nada; hacía tiempo que había superado el placer semiculpable de dormir en las casas de otras personas, de usar sus cuartos de baño. Utilizaba cuatro o cinco casas de forma regular, dependiendo del clima, pero las demás eran sólo otra cosa que cuidar. Era la antigua culpa que insistía en que fuera responsable de todo, en que las cosas debían conservarse por si eran necesarias más adelante.

No perdería los días venideros arreglando casas que no le importaban. Se ocuparía de la suya y las pocas que eran especialmente frescas con el calor, excepcionalmente cálidas en los raros momentos de frío, o que le venían bien para darse una ducha si estaba trabajando cerca. Dejaría pasar las demás.

El pánico la atenazó durante un segundo. Si dejaba que el viento y la lluvia empezaran a erosionar los edificios, ella misma podría acabar vieja y débil, indefensa y expuesta a la tormenta.

Si se caía de un tejado o una escalera mientras trataba de repararlo todo, acabaría herida, indefensa y expuesta mientras los edificios permanecían sanos. La nueva voz (seguía pareciéndole nueva después de todos aquellos años) que la había instado a vestir lo que le apeteciera la instaba ahora a conservar sus fuerzas y su salud con el mismo cuidado que dedicaba a los edificios. Existían para ella. No les debía nada excepto lo que hacía que la sirvieran mejor.

Se sintió incómoda con este tema. Si se extendía a los seres vivos, no le gustaba. Pero ¿herramientas y edificios? Una suave brisa cosquilleó en sus piernas; cuando alzó la cabeza, las nubes la advirtieron de la llegada de la tormenta. La brisa no cesó, sino que continuó presionando firmemente. Ofelia se imaginó en un tejado al día siguiente, o incluso en una escalera... no. Lo dejaría pasar. Su propio tejado, al amanecer. El tejado del centro, tal vez.

Por la mañana, a pesar de la densa humedad, un leve movimiento de aire pesado indicó la presencia de la tormenta al sureste. Ofelia colocó la escalera con cuidado y subió a comprobar su tejado. El fabricante había producido tejas de algún material compuesto, más ligero que el yeso pero duro y resistente. Los colonos habían reparado los tejados sólo cinco años antes de marcharse, tanto por prudencia como por necesidad. Como Ofelia esperaba, las tejas se hallaban en buen estado, sin grietas. Unas cuantas se habían soltado; las puso en su sitio con puntas nuevas.

Desde el tejado era fácil ver el bosque y los arbustos situados más allá del prado de las ovejas. Éstas se encontraban al otro lado, cerca del campo de aterrizaje de las lanzaderas: una masa gris sucia. No podía ver la mayor parte del prado próximo al río porque estaba oculto por otros edificios. Pero veía un trozo del campo de aterrizaje, ahora casi cubierto por las hierbas terraformadoras.

Bajó del tejado. Arrastró la escalera hasta el centro y volvió a subir. El tejado del centro era más complejo, ya que cubría un edificio mayor y había sido diseñado también para recoger agua de lluvia. En los primeros días, los colonos no sabían lo

fácil que sería purificar el agua del río y dependieron del agua de lluvia almacenada en sus cisternas.

Ofelia odiaba subir al tejado del centro. Tenía trozos empinados; las hendiduras donde los ángulos se unían eran resbaladizas y difíciles. El tejado no había cedido en la otra tormenta; probablemente lo dejaría pasar esta vez. Un testarudo sentido del deber la llevó hasta el primer alero. Le pareció más difícil de escalar que la última vez. Puso una rodilla en el alero y se detuvo a descansar. El corazón le martilleaba, respiraba con dificultad, no veía tan bien como quería.

Cuando miró al prado desde el tejado, percibió movimiento en los matorrales. Se quedó quieta; no podría haberse movido aunque alguien la hubiera empujado. De los matorrales salió un trío de animales rojizos más pequeños que las ovejas. Las colas en alto, atravesaron la hierba y desaparecieron tras la casa.

Escaladores. Resopló al reconocerlos. Escaladores de los bosques, como había pensado. Uno apareció en el tejado de su casa, los largos brazos ocupados... ¿estaba soltando las tejas? Se llevó una larga zarpa a la boca: se estaba comiendo algo que había anidado allí. Ofelia respiró aliviada, sudorosa. Los escaladores nunca habían sido una amenaza. No tenía que preocuparse a menos que soltaran las tejas, e incluso eso no podía ser considerado una amenaza seria.

Agitó los brazos, y el escalador se detuvo, la cola alzada.

—¡Buuu! —gritó. El escalador huyó como si le hubieran disparado, saltó del tejado y desapareció. Unos momentos después los tres volvieron a aparecer, corriendo en dirección a los matorrales. Ofelia atisbó sus cuerpos rojos moviéndose entre los arbustos, hasta que los perdió de vista.

Había algo que decir en favor de subirse a los tejados, después de todo. Se sentía mareada, como una niña otra vez, y tuvo que recordarse firmemente que no podía hacer cabriolas allí arriba. Miró alrededor y no vio nada más de interés. Las tejas del centro estaban todas en su sitio; no había ninguna resquebrajada. El único peligro real sería un atasco en los sistemas que impidiera la evacuación de la cisterna. Lenta, cuidadosamente, bajó del tejado y de la escalera. Podría comprobar los sumideros de las cisternas desde el suelo.

La pantalla climática mostraba el rastro de la tormenta y su posible dirección. Las primeras lluvias llegarían al día siguiente y la tormenta principal al otro. Ofelia arrastró el colchón hasta la sala de costura y lo colocó bajo una de las mesas. Se sentía inquieta; no pudo dedicarse a fabricar cuentas ni a ninguna otra actividad. Había recogido comida: haría al menos un par de rondas por los huertos hasta que llegara la tormenta, ya que las verduras continuarían madurando. Pero por lo demás... contempló las nubes surcar el cielo en un gran arco que hora tras hora se cernía sobre su mundo como una tapa, primero blanca y luego más oscura y después gris.

Los primeros chaparrones fueron un alivio. Ofelia permanecía en el centro; se quedó junto a la puerta de la calle y contempló el viento empujar la lluvia. Deseó que el centro tuviera una primera planta, un sitio desde donde ver más lejos, quizás hasta el bosque. Se preguntó si los grandes árboles se bambolearían y temblarían como los más pequeños del poblado. Se preguntó cómo los escaladores sobrevivían a ese tipo de tormentas... ¿se quedaban en los árboles, que debían estar balanceándose de un lado a otro, o se acurrucaban en el suelo?

Las lluvias continuaron todo el día; las pausas entre ellas se fueron acortando y el viento nunca se calmó del todo. Ofelia trazo su plan de trabajo. Entre chaparrones volvió a su casa a recoger las cosas que había olvidado: semillas, trozos de hilo de antiguos proyectos, su aguja favorita, su mejor dedal.

Iba a hacer otro de aquellos atuendos... éste más festivo que el anterior. Se puso el primero, para recordarse dónde hacer cambios. Quería algo que la hiciera sentirse como las tormentas, algo que evocara el viento y la lluvia y los rayos y los truenos.

Dar forma de campana a los trozos de metal fue lo más duro. Podría haber hecho que el replicador moldeara las formas, pero entonces no las habría escuchado para decidirse por la que más encajara con el sonido que quería. En los rincones de su memoria guardaba una visita a un museo de disfraces; el guía (el docente, dijo su mente, convocando la antigua palabra junto con el recuerdo del sonido) había sacudido los vestidos hechos para carnaval, y ella pensó en que eran como la lluvia al caer sobre alguien. Ahora había cosido pequeños cilindros finos al borde... tintineaban estupendamente. Sí. Formas más grandes y redondas de cobre emitían un sonido más dulce, el del agua que fluía para reunirse con charcos mayores.

La pantalla climática hizo sonar su advertencia de que se acercaba una tormenta de importancia mientras ella estaba aún jugando con los sonidos, todavía haciendo flecos tintineantes e hilos para colgar de sus hombros. Entró y apagó la señal. La tormenta golpearía con todas sus fuerzas a la mañana siguiente. Debía dormir mientras pudiera.

Le resultó sorprendentemente difícil. Aunque había echado una siestecita en algunas casas, no había pasado la noche entera en ninguna de ellas después de los primeros meses sola. Se había acostumbrado a la cama grande, al colchón ancho. El centro tenía sus propios ruidos nocturnos, y en el exterior los chaparrones rugían fuertes y tumultuosos.

Finalmente se quedó dormida a su pesar y se despertó tarde para escuchar un firme rugido sostenido. Todavía estaba oscuro; comprobó el monitor climático y descubrió que la tormenta había acelerado un poco y llegado a la costa con varias horas de adelanto sobre lo previsto.

Amaneció lentamente bajo aquel sudario de nubes y agua. Ofelia no tenía en realidad muchas ganas de desayunar; volvió a su proyecto, tratando de ignorar el ruido de fuera. Pero el rugido del viento se hizo más y más intenso, incluso el centro se estremecía de vez en cuando con sus ráfagas. ¿Estaba bien su casa? Resultaba

tentador abrir la puerta y mirar, pero sabía que no debía hacerlo. Dejó de trabajar con los trocitos de metal (no conseguía oír sus diversos tonos) y volvió a pintar y ensartar cuentas.

Los oídos empezaron a dolerle un poco a medida que la presión disminuía. Se sentía cansada, y finalmente se acostó de nuevo a media mañana. El silencio la despertó. Fue a abrir la puerta. Allí estaba de nuevo el extraño centro de la tormenta, con la brillante luz resplandeciendo en un profundo cielo azul. Más avanzado el día que la última vez; era por la tarde.

Ofelia se dirigió a su casa. La lluvia empujada por el viento se había abierto paso a través de las rendijas de la puerta y dejado una mancha húmeda en el suelo, pero no encontró ningún otro daño.

Volvió a salir. Era tan hermoso como las otras veces que lo había visto. Al este, la luz del sol convertía toda la superficie de las nubes en una escultura de nieve, plata y azul, tan decorativa como una montaña de merengue. Ofelia avanzó chapoteando por el camino, sin dejar de vigilar aquella muralla al este. Esta tormenta parecía ligeramente más fuerte que la otra. Eso significaba que tenía poco tiempo más para deambular, pero pretendía estar a cubierto de nuevo antes de que golpease.

A la derecha de la calle vio un montículo de escombros, una maraña de lodo gris y marrón con vetas blancas. ¿De dónde habían salido? Se dirigió hacia allí, disfrutando del roce del barro entre sus dedos.

Unos ojos la miraron, unos grandes ojos marrón dorado cuyas pupilas se dilataron enormemente. El montículo se agitó; un ruido como el arrullo de toda una bandada de palomos surgió de él. Ofelia se quedó inmóvil; apenas podía respirar. Aquella masa empapada de... no podía decir de qué... tenía ojos, era grande, era...

Desde la distancia llegó un tamborileo rítmico que sólo podía ser intencionado. El montículo produjo un tamborileo propio, más débil. Comunicación. Ofelia supo lo que tenía que ser aquello: los alienígenas, los monstruos que habían matado a toda aquella gente. La habían encontrado por fin; sólo la tormenta la salvaría, y únicamente si los mataba. Esta vez, al menos, podría regresar corriendo al centro. Esperaba. Tal vez la tormenta los matara a todos. Se dio la vuelta. Al fondo de la calle se movieron unas formas. Erectas, más altas que ella, se acercaron danzando, dando zancadas como las vacas en aguas poco profundas. No se parecían a nada que ella hubiera visto o imaginado. Eran del color de la tierra, con franjas beige, marrones, pálidas y grises. Ofelia no podía decir si era piel o pelaje corto. Tenían caras (si eran caras) picudas de ave, pero ni plumas ni alas. Como ella, poseían dos miembros inferiores y superiores, pero... pero era un error. Ofelia se apoyó contra la pared. No podría correr más que ellos. Un miedo elemental se clavó en sus entrañas. De pronto la boca le supo amarga y su visión se nubló.

Fueran lo que fuesen la miraron directamente como mira la gente, no los animales. Ojos grandes, rodeados de largas pestañas. Tres de ellos se detuvieron a contemplarla. Otros cuatro se acercaron al ser caído y, con un ruidoso parloteo

parecido al de los pájaros lo ayudaron a levantarse. Parecía débil; se apoyó en ellos. Ofelia vio ahora que tenía algo parecido a dedos, aunque componían una mano de aspecto muy extraño.

Devolvió la mirada a los que la observaban. No se parecían a las criaturas del bosque que había visto. Más altos, de patas largas, dedos largos rematados con duras uñas negriazules. Sobre sus cuerpos, unas tiras de cuentas sostenían sacos y cantimploras de un modo que Ofelia asoció con imágenes de soldados. Una falda corta de cuero colgaba de lo que debían de ser sus caderas. Pero, aparte de unos largos cuchillos envainados, no llevaban nada que reconociera como armas.

Ofelia cambió de postura. Uno de los que la vigilaban emitió un ruido estrepitoso que llamó la atención del resto. Todos la miraron; a ella le pareció fundirse ante todos aquellos ojos.

La luz remitió súbitamente cuando se interpuso la muralla de nubes. Ofelia miró hacia arriba. Estaba cerca, tendría que regresar al centro inmediatamente. Las criaturas también alzaron la mirada hacia el fragor de los truenos. Ella dio un paso de lado. Instantáneamente sus cabezas giraron para mirarla, y varios de ellos emitieron aquel sonido estentóreo. Ofelia se preguntó si entendían que la tormenta iba a volver, que golpearía con plena fuerza cuando lo hiciera. Si al menos consiguiera ponerse a cubierto y dejarlos fuera, la tormenta se los llevaría a todos.

El herido tosió con un sonido tan parecido al humano que Ofelia tuvo que mirar. Quienes lo sostenían le dieron golpecitos en la espalda, exactamente igual que los seres humanos. El herido tosió y escupió una baba arenosa. Ofelia miró de reojo. Apenas tendría tiempo de llegar al centro si se marchaba ahora... pero sólo había unos cuantos metros hasta la puerta de otra de las casas. Si llegara hasta allí... dio un nuevo paso cauteloso. Otra vez la rápida respuesta, pero las criaturas no se movieron. Era como si simplemente estuvieran comentando entre sí lo que ella hacía.

Armada de valor, dio otro paso, y otro. Los truenos se hicieron más fuertes; uno de los seres volvió a tamborilear. Otros dos respondieron, y luego el grupo entero. Sus pupilas se contrajeron mientras tamborileaban.

Ofelia se movió como un cangrejo, observándolos. Al parecer ahora la ignoraban. Una fina llovizna refrescó su piel: la tormenta estaría sobre ellos al cabo de unos segundos.

Llegó a la puerta; se esforzó por alzar la barra, por abrirla, por arrastrarla al interior. Echó una última mirada al grupito de la calle. Todos contemplaban el cielo, como preocupados. Estúpidos. Saldrían volando calle abajo para chocar con cualquier cosa si se quedaban allí.

Asesinos. Alienígenas. Creadores de problemas. Ella no los había querido, como tampoco había querido la otra colonia. Pero se sentiría culpable si morían por haberlos dejado fuera... y si sobrevivían, se enfadarían.

—¡Eh!

Todas las cabezas se volvieron hacia ella.

—Va a volver.

Sabía que no comprenderían sus palabras, igual que ella no comprendía sus sonidos. Señaló el cielo.

—Brum. Bang.

Hizo un movimiento circular con el brazo. Las criaturas se miraron entre sí antes de volverse hacia ella.

—Vamos —dijo. Indicó con el brazo el interior. Los dos seres que sujetaban al herido avanzaron hacia ella; los demás emitieron sonidos con la garganta.

—De prisa —dijo Ofelia, mientras la luz se apagaba, mientras oía el aullido del viento al otro lado del poblado.

Corrieron a la casa. Ofelia apenas tuvo tiempo para apartarse mientras los ocho atravesaban la puerta, el herido cojeando. El viento y la lluvia cubrieron la calle; la puerta se le escapó de las manos y batió salvajemente. El viento húmedo se coló en la casa. Ofelia agarró otra vez la puerta y empujó; sintió calor a su lado cuando una criatura la ayudó. Y cuando la puerta finalmente dejó la tormenta fuera, otro de ellos cogió la barra y la colocó sobre sus asideros.

Entonces Ofelia se quedó a solas con ellos en la penumbra, mientras la tormenta desencadenaba su furia en el exterior. Buscó a tientas el interruptor de la luz pero tocó algo extraño: una superficie ligeramente cálida y velluda como el tallo de una tomatara. Junto a ella la criatura gruñó y le cogió la mano con sus dedos de duras uñas. Ofelia tiró; sintió su piel estirarse, pero la cosa no la soltó.

El pánico no le serviría de nada. Palpó cuidadosamente con la otra mano y encontró el interruptor. Bajo aquella súbita luz vio que los ojos de todos cambiaban, que las anchas pupilas se estrechaban bruscamente. El que la sujetaba acercó la cara a la suya, luego le soltó la mano. Ofelia la sacudió, y miró; su piel había enrojecido por la tenaza, pero no se había rasgado.

Los olía allí dentro. Era el olor que había notado antes, el que no podía determinar. De cerca, con la intensa luz del interior, parecían más grandes y más peligrosos. Sus ojos estrechos y sus caras picudas denotaban mal humor; sus largos miembros con los dedos de duras uñas sugerían a la vez velocidad y crueldad.

Necesitaba usar el cuarto de baño. No iba a ponerse en evidencia allí, delante de ellos. Dio un paso hacia el centro de la habitación y el que la había agarrado antes por la mano lo hizo ahora por el hombro. Otra vez un suave gruñido.

—Suelta —dijo Ofelia, sin pasión—. Sólo voy a la otra habitación.

Un gruñido más grave de uno de los otros, el que llevaba una cadena con piedras azules brillantes, y el que la sujetaba la soltó. Lentamente, procurando parecer inofensiva, Ofelia se abrió camino entre ellos (no se movieron) hasta la puerta del cuarto de baño. Podría esconderse ahí dentro, pensó de pronto, hasta que pasara la tormenta. Si el cuarto de baño de la casa tenía ventana, incluso le sería posible escapar. La puerta tenía un pestillo muy simple y se abría hacia dentro. La tormenta golpeaba los postigos de la ventana que se sacudía en su marco. Ofelia se sentó en la

taza, perdido el breve instante de calma. Si las criaturas querían entrar no les costaría hacerlo, y pasarían horas antes de que consiguiera salir por la ventana. Si lograba hacerlo: la ventaba estaba alta, y no le agradó la idea de encaramarse al lavabo para salir de allí.

Cuando terminó, permaneció sentada sobre la tapa de la taza hasta que oyó algo golpeando la puerta. El miedo volvió a atenazarla. Pero era mejor salir que esperar a que la sacaran. Siempre había sido así con Humberto.

Abrió la puerta. Una de las criaturas estaba allí, con la cabeza ladeada. ¿Quería usar el baño? Por supuesto que no. No podían saber qué era. Ofelia abrió la tapa... pero ¿y si pensaba que era agua para beber? Quizá no les hiciera daño, quizá los matara. Intentaría dejar claro que había otra fuente de líquido.

Pasó ante la criatura de camino a la cocina. Abrió el grifo del fregadero. Todas las cabezas se alzaron; se sintió clavada en el sitio por la intensidad de sus miradas. El que se había asomado al cuarto de baño se acercó a su lado. Ella hizo una demostración, girando los controles para abrir y cerrar el agua.

La criatura extendió la mano; sus duras uñas resbalaron en el metal. Ofelia intentó ayudarlo y el ser la apartó, con la suficiente fuerza para lastimarla pero sin hacerle daño. Ofelia lo miró con mala cara, pero los años de matrimonio con Humberto le habían enseñado que lo mejor era parecer sumisa. La furia latía en su interior. No quería volver a vivir la misma situación, pudiendo ser golpeada.

La criatura continuó luchando con el mando. Otra emitió un sonido tan fuerte que pudo oírse por encima de la tormenta. El que se esforzaba se detuvo, se sacudió, y sacó de una de sus bolsas un trozo de algo que parecía gamuza. Tras envolver con ella el mando, lo giró con facilidad. Salió agua; lo cerró. Un sonido estrepitoso ahora, por parte de varias criaturas. La primera abrió una cantimplora y la colocó bajo el chorro de agua. Cuando rebosó, la tendió a uno de los otros, que olisqueó y la probó con cuidado.

Mientras, el agua corría. Ofelia se arriesgó a recibir otro golpe al extender la mano y cerrar el grifo. Otra vez todos la miraron. Entonces uno de ellos miró la bombilla del techo e hizo un gesto inconfundible con el morro. Ofelia se acercó al interruptor e hizo una demostración. Más ruidos fuertes... discusión, estaba segura. Otro, que no era el del fregadero, se acercó a comprobar el interruptor por sí mismo. Fue más fácil para sus uñas. Encendió y apagó las luces. Más ruido. De repente algo golpeó la casa desde fuera, sacudiendo las paredes y rompiendo la ventana de uno de los dormitorios. El viento entró aullando: viento húmedo que cubrió su cara como una toalla mojada. Las criaturas corrieron a los rincones de la habitación principal, apartándose del impacto directo del viento. Ofelia se acercó a la puerta principal y se preguntó qué los había golpeado. Cuando se aventuró a asomarse al dormitorio, vio el suelo cubierto ya de agua y la ventana llena de ramas.

Las cosas sólo iban a empeorar. Ofelia vio una cama, un colchón empapado, una cuna. Chapoteó en el suelo, se abrió paso hasta la pared exterior. El agua corría por

las ramas del árbol y por la pared, pero ésta aguantaba. Los relámpagos destellaban en el exterior. Ofelia oyó un gritito sorprendido en la puerta. Cuando miró, dos de las criaturas la estaban observando. Una de ellas alzó la pata del charco, con una expresión que sin duda significaba su disgusto por los pies mojados.

Típico. Le dejarían hacer todo el trabajo. Ni hablar. Cruzó el dormitorio, cerró la puerta y le echó el pestillo. Con el viento soplando detrás, debería ser suficiente. Una fría corriente llegaba por debajo de la puerta; pronto arrastraría agua consigo. Ofelia miró en derredor, buscando algo para detener la corriente. Las criaturas siguieron observándola. Finalmente encontró algunos paños de cocina en un cajón y los enrolló para colocarlos bajo la puerta.

Oscurecía. Ofelia estaba cansada y hambrienta. Si se hubiera quedado en el centro, tendría comida de sobra. Era culpa suya, se dijo. De no ser por la estúpida criatura que quedó atrapada en la tormenta, estaría a salvo en el centro, y el viento se los habría llevado a todos... o al menos estarían refugiados en otra parte.

Podría haber disfrutado de un último día o una última noche de paz antes de morir, toda la paz que permitiera la tormenta. Al menos habría disfrutado de su comida y de una cama familiar y de algo agradable que hacer. En cambio, estaba allí atrapada con..., los contó, ocho alienígenas asesinos, y sin comida ni una cama cómoda. Había otro dormitorio, pero... se le ocurrió entonces echarle un vistazo al ser herido, el que la había metido en aquel lío.

No estaba segura de cuál era. Tres de ellos estaban acurrucados en un banco, pero ninguno parecía tan abatido como el empapado montículo que había visto en la calle. ¿Cuándo habían encontrado las toallas que ahora se amontonaban en el suelo? Estaba demasiado cansada para pensarlo y para saber qué habían hecho exactamente. Aunque el pánico le dijo que la matarían mientras dormía, que no debía cerrar los ojos, el agotamiento pudo con ella. Moriría o no. Fuera como fuese, dormiría.

Ofelia despertó llena de pánico, segura de estarse asfixiando. Estaba oscuro, hacía demasiado calor, había demasiada humedad, y algo se agitó contra ella en la penumbra. Jadeó, descubrió que podía respirar y, mientras el pánico remitía, recordó que se había quedado dormida en una casa llena de alienígenas. Con la luz encendida. Se obligó a permanecer inmóvil. Notaba algo en la espalda, algo más cálido que el aire, algo que parecía... vivo. Parpadeó, pero sólo vio los puntos brillantes que acosaban sus ojos cada noche. ¿Qué había pasado con las luces?

Un trueno murmuró en la distancia, pero el furor de la tormenta había menguado; oyó el firme goteo de la lluvia sobre el tejado. La tormenta principal debía de haber pasado ya. Pero ¿dónde estaba y qué hora era? Le dolían la espalda y el hombro. La cadera mala la apuñaló cuando trató de moverse; sofocó un grito.

La criatura se agitó a su lado. Ofelia advirtió que se ponía súbitamente alerta. Emitió un sonido como el agua cuando surge hirviendo de una tetera. Notó que se acercaba. Se tensó... alguna parte de aquel cuerpo la rozó, la palpó y se detuvo en su pecho, donde el corazón parecía a punto de escapársele. Entonces el contacto cesó. Ofelia parpadeó, sorprendida. ¿Qué había estado buscando?

Mientras permanecía allí tendida, empezó a detectar vagas sombras en la oscuridad. La luz se filtraba a través de los postigos; debía de haber amanecido ya. Le gruñó el estómago. Ofelia necesitaba volver a usar el baño. Si no encendía las luces pisaría alguna de las criaturas, y no quería hacer eso. Al tratar de desperezarse su cadera volvió a apuñalarla. Estúpida cadera. La necesitaría para correr, si se daba el caso. Lentamente, movió la pierna adelante y atrás hasta que el dolor se mitigó.

Cuando se volvió de costado para incorporarse, la criatura que tenía al lado se movió otra vez. Ofelia vio su forma oscura alzándose; sentada, era más alta que ella. Pero no la tocó. Lentamente porque no podía hacer otra cosa después de haber dormido en el suelo, Ofelia se puso en pie. Consiguió ver las otras formas tendidas en los rincones, acurrucadas... y caminó entre ellas.

La que estaba a su lado la observó, sus grandes ojos brillando en la penumbra. Ella entró en el cuarto de baño, cerró la puerta tras de sí y usó el inodoro. La cisterna sonó con fuerza en el silencio que siguió a la tormenta. Oyó ruidos de sorpresa en la otra habitación; cuando salió del baño todos los seres estaban despiertos, mirándola.

Ya no tenía tanto miedo; su cuerpo estaba más interesado en la comida. Su estómago gruñó; una de las criaturas emitió un sonido similar. ¿Era hambre? ¿O se estaba burlando de ella? Cruzó la habitación hasta llegar a la puerta, preguntándose si la dejarían salir y si lograría volver al centro y dejarlos fuera. Así podría desayunar y...

Naturalmente, la seguirían. Encendió las luces. Mientras todos parpadeaban con las pupilas contraídas, retiró la barra de la puerta y la abrió. Una llovizna suave y cálida caía firmemente. Ofelia olió la vegetación podrida, los excrementos de vaca,

incluso la lana mojada. Dio un paso. La lluvia era tan cálida que parecía más una segunda capa de sudor que un baño purificador. Ofelia miró hacia atrás. Había dos de las criaturas en la puerta, mirándola.

—Me marcho —dijo. Y se alejó.

Otra vez aquel sonido estrepitoso, surgido de más de una de las criaturas. Ofelia miró por encima del hombro. Una de ellas salió a la lluvia, se estremeció, y caminó tras ella. No corría, andaba pisando los charcos. Ofelia continuó su marcha, ignorándola. Tenía hambre, estaba cansada, le dolía la cadera, y quería volver a su propia casa. Aunque fueran a matarla.

Salía agua por la puerta principal del centro. ¿Se había olvidado de cerrarla cuando salió a ver qué pasaba? ¿O la habían encontrado las criaturas y la habían abierto? Cuando entró, todo era un caos. El viento había impulsado la lluvia hasta el fondo del pasillo central; el agua se había colado en las habitaciones adyacentes y empapado el colchón colocado en el suelo de la sala de costura. Según parecía, las puertas interiores estaban cerradas y habían evitado daños peores.

Tendría que baldear el agua antes de poder cocinar en el centro. Quizá su casa estuviera más seca. Se volvió hacia la puerta, casi chocó con la criatura que la había seguido, y cruzó la calle.

El interior de su casa estaba seco... hasta que ella y la criatura mojada entraron y mancharon el suelo. Ofelia se secó y le tendió una toalla seca al ser, quien la cogió y la hizo a un lado, mirándola con aquellos grandes ojos.

Murmurando, Ofelia recogió la toalla. Peor que un niño. Sin duda sabía que estaba mojado; sin duda la había visto secarse. Extendió la mano muy despacio y pasó la toalla por uno de sus miembros superiores. La criatura se estremeció, pero no se movió. Ofelia intentó darle de nuevo la toalla, pero no la aceptó. Y seguía goteando en el suelo. Estúpida criatura. ¿Cómo habían sido tan listos para matar a los otros colonos? Tocó su otro miembro superior con la toalla y, como vio que no se resistía, le secó el pecho y la espalda y después las patas. Luego le envolvió la toalla húmeda alrededor de los pies para secar el charco que se había formado.

La criatura gruñó. ¿Qué significaba? Retorció los miembros inferiores y volvió a gruñir. Ofelia se la quedó mirando. ¿Era demasiado estúpida para sacar los pies de la toalla, o demasiado perezosa?

—Quítalos —dijo.

La criatura volvió a gruñir, y sacudió una... ella decidió que era una pierna.

—Estúpido bebé —protestó Ofelia, y se inclinó para apartar la toalla—. Estúpido, vago, desconsiderado...

Por suerte, no comprendería sus palabras. Había perdido la costumbre de callarse la boca.

Por fin la criatura estuvo más seca y dejó de gotear. Ofelia entró en la cocina, encendió el horno y sacó latas. Necesitaba pan, y carne, y verduras. Primero haría tortas de pan. Había cogido un puñado de harina cuando algo duro la tocó en el

hombro; dio un respingo y derramó la harina.

—¡Idiota! —se quejó.

La cosa gruñó, la soltó.

—Estoy cocinando —dijo, como si pudiera entenderla—. Tengo hambre y estoy cocinando.

Cogió otro puñado de harina, la manteca, la sal, el agua. Lo mezcló todo. La masa era reconfortante en sus manos, una presencia familiar que comprendía mejor que nada. Amasa, amasa, aplasta, amasa, amasa, aplasta. Coge pedazos, aplástalos, enróllalos, ponlos en el horno. La boca se le hacía ya agua; el olor de la masa lo había conseguido. Cuando se dio la vuelta, vio que la criatura se había retirado hasta la puerta principal, los ojos fijos en la parrilla caliente donde el pan humeaba. ¿Tenía miedo del fuego? Eso quizá fuera útil, pero no hasta que hubiera comido. Abrió la puerta del frigorífico y sacó un trozo de carne. La primera torta estaba cocida. La enrolló sin ponerle nada y se la comió, tan caliente que le quemó la lengua. Se acordó de untar la segunda con un poco de mermelada que había hecho esa primavera. Mejor.

Las salchichas ya hervían; cortó patatas para cocerlas en su grasa. Buscó a la criatura y la encontró en mitad de la habitación, contemplando la puerta del frigorífico con aparente fascinación. Ella volvió a abrirla, sin dejar de controlar a la criatura; sus ojos se encontraron con los suyos y gruñó.

—No se puede dejar abierto demasiado tiempo —dijo, y cerró la puerta. Se preguntó si la criatura tendría también hambre. Pensó en ofrecerle comida, pero cuando se dio la vuelta había desaparecido. Sólo la toalla húmeda en el suelo demostraba que había estado allí.

Había terminado de comer y había vuelto al centro para limpiar el agua cuando regresaron. La lluvia era más suave, aunque todavía caía sin cesar. Ofelia achicó el agua y la arrojó a la calle, cuyas zanjas rebosaban. No los vio hasta que se plantaron en la puerta, tres o cuatro a la vez. No se movieron. Ofelia empujó la escoba.

—Atrás.

No se movieron. Groseros. Empujó la escoba con más fuerza y una cascada de agua sucia mojó sus pies. Uno gritó y se apartó; los otros dos no se movieron.

—Lo haré otra vez —dijo Ofelia. Permanecieron allí plantados, estúpidos como vacas, y lanzó otra andanada de agua a sus pies. Otros dos alaridos y todos retrocedieron, mirándose. Ofelia se internó en el pasillo. Cuando volvió a la puerta habían regresado, pero esta vez se apartaron antes de que pudiera mojarlos.

Y esta vez la siguieron al interior. Ella ignoró las manchas mojadas de sus pies en el suelo. No importaba; ya estaba sucio y mojado de todas formas. Hubiese querido que se secaran en vez de plantarse en su camino chorreando, pero no estaba dispuesta a detenerse y buscarles toallas. Se hicieron a un lado cuando pasó con la escoba, pero por lo demás se limitaron a la observarla trabajar.

Perezosos y malcriados, decidió. Groseros, perezosos y malcriados. Si tenían

madre, nunca les había enseñado a echar una mano en la casa. Si tenían casas. Se detuvo ante esa idea y los miró. Seguro que tenían casas. Los animales inteligentes construían madrigueras; era una de las cosas por las que sabías que eran inteligentes. ¿Quién quería estar a la intemperie para que las tormentas te mojaran y te barrieran? Estos seres no; había visto a uno herido por la tormenta. Así que tenían casas, y si las tenían alguien debía limpiarlas. Y ellos deberían saber cómo.

Se acercó a la alacena y sacó una bayeta y una escoba. Si iban a matarla, bien podían ganarse el privilegio. Arrastró la bayeta y las escobas por el pasillo; las criaturas permanecían allí, pasivas.

—Tomad —dijo, tendiendo una escoba. Uno de los seres extendió la mano y la cogió. Le entregó la bayeta a otro; también la cogió, como un niño que no está seguro de para qué sirve. Ella se lo enseñaría. Había enseñado a sus propios hijos. Y no estaba dispuesta a convertirse en el ama de casa gratuita de una banda de alienígenas.

—Así —demostró cómo se manejaba la escoba.

El que empuñaba la otra la miraba, con aquellos grandes ojos, y luego miró a sus compañeros y soltó una serie de rugidos terminados en un trino agudo. Ellos respondieron.

—Sí, espero que las uséis —dijo Ofelia con severidad—. El suelo está mojado. Sois más grandes que yo, y más fuertes. Menead la escoba.

La criatura que empuñaba la escoba hizo un pase tentativo, manejándola exactamente como un niño.

—Más fuerte —dijo Ofelia—. Pásala más fuerte contra el suelo.

Volvió a hacer una demostración. La criatura apretó un poco más; no lo suficiente, pero era un principio.

—Adelante —insistió Ofelia, señalando un charco allí donde el suelo era irregular. La criatura la miró a ella, a sus compañeros, y pasó la escoba sobre el charco sin demasiada efectividad.

—Y tú —le dijo Ofelia al que sostenía la bayeta—. Así.

Como no tenía bayeta, colocó las manos sobre las de la criatura y las movió como correspondería.

—La bayeta absorbe el agua.

Aunque no la entendieran, se sentía mejor explicándoselo en voz alta. Cuando en la colonia había gente, hablaba con ella. Bajo sus manos, las de la criatura eran grandes y huesudas, más duras que las de los humanos y de estructura extraña.

—Cuando está empapada de agua, la escurres.

La criatura se envaró cuando ella trató de alzar la bayeta para explicarle cómo, resistiéndose a su gesto. Trinó; las otras dos gruñeron en respuesta.

Ofelia la miró a la cara y vio que tenía los párpados casi cerrados. Algo iba mal. Soltó la bayeta, y los párpados se alzaron. La criatura gruñó. Bien. Quizás encontrara otra escoba. Tendió la suya a la tercera criatura y señaló el charco que su compañero extendía en vez de secar. Luego volvió a la alacena en busca de otra escoba.

Con gestos e indicaciones, logró que fueran empujando más o menos el agua hacia la puerta, mientras que ella usaba la bayeta. No le gustaba esa tarea, pero tampoco le gustaban los suelos mojados. En el exterior, la lluvia posterior a la tormenta seguía cayendo. Volvió a sentir hambre cuando el resto de las criaturas aparecieron e interfirieron ruidosamente en lo que «sus» criaturas estaban haciendo. Eso parecía, al menos. Los recién llegados gruñeron, trinaron y parlotearon; los que sostenían las escobas las dejaron caer. Todos la miraron, y una vez más ella sintió la presión de toda su atención. No le gustaba. Deseó que la mataran, o que se marcharan, cualquier cosa menos molestarla mirándola de esa forma.

El suelo estaba ahora simplemente húmedo; en realidad, ya no necesitaba ayuda.

—Vamos —dijo, haciéndoles un gesto con el brazo—. Dejádme en paz.

En vez de eso, los recién llegados se interpusieron en su camino y lo mancharon todo; nuevos charcos se formaron bajo ellos.

—¡Idiotas! —dijo Ofelia—. ¡Bebés!

Volvió a coger la bayeta y la arrojó a sus pies. Tras ella, los que habían estado limpiando parlotearon a los recién llegados, quienes respondieron a su vez. Estos últimos permanecieron quietos en su sitio; ella tuvo que frotar la bayeta contra sus largos dedos oscuros de gruesas uñas negras, y se abrió paso entre ellos para escurrirla en la calle. Las criaturas no hicieron ningún movimiento para ayudarla, ni para quitarse de en medio.

Típico de ellos. Ya verían. No se molestó en considerar el significado completo de aquel pronombre (la fuente de su experiencia). Cuando terminó de secar los nuevos charcos, escurrió la bayeta una última vez y la dejó junto a la puerta. Las criaturas estaban discutiendo algo (posiblemente cómo sabría ella, pensó) y la ignoraban. Ofelia todavía tenía hambre. Pasillo abajo, tras las habitaciones para las máquinas, estaban la cocina del centro y las despensas. Les dirigió una última mirada de disgusto y se marchó. Oyó a sus espaldas ruidos de sorpresa, y el chasquido de las uñas sobre el duro suelo. Tardó un instante en darse cuenta de por qué no lo había notado antes: durante la tormenta había demasiado ruido, y ella les había estado hablando.

Las despensas del centro contenían materias primas: harina, azúcar, sal, levadura en polvo, bicarbonato sódico, habichuelas y guisantes secos, y congeladores menos llenos que antes de carnes y otros artículos perecederos. Ofelia había encendido las luces de la cocina al entrar; ahora encendió las de la despensa de la izquierda. Estaba demasiado hambrienta para esperar a que se cocieran las habichuelas secas. Miró en el frigorífico. Todas las casas habían contribuido con algunos platos preparados para emergencias: contenía asados y guisos y sopas. Había comido poco de todo aquello en los últimos años, porque le gustaba cocinar. Ahora sacó un paquete que había cedido Ariane. Llevaba especificados su nombre, el apellido de su familia y el contenido: guiso de cordero. Ofelia metió el paquete en el descongelador rápido de la cocina y buscó una sartén para cocinarlo. Cuando la encontró el paquete estaba

blando. Lo abrió y colocó el contenido en la sartén.

Mientras calentaba el guiso, las criaturas entraron en la cocina. Eran como niños curioseándolo todo. Probaron los grifos de los fregaderos... así que recordaban lo que les había enseñado en la casa. Abrieron cajones. Sacaron y vaciaron todo lo que podían mover, e incluso encendieron la luz de la otra despensa. Uno de ellos se colocó junto a Ofelia y, muy lentamente, le tocó la mano que sostenía el cucharón. Gruñó suavemente.

Mientras no fueran a matarla, ella bien podía ser amable.

—Estoy cocinando un guiso —dijo—. Esto es una cuchara, esto es la olla, esto es un horno.

Mientras hablaba, señalaba. ¿La entendían así? La criatura acercó la cabeza a la sartén y la retiró cuando el guiso borboteó.

—Caliente —dijo Ofelia, como se lo habría dicho a un niño pequeño—. Ten cuidado, está caliente.

Un golpe a su espalda la hizo dar un respingo. Se volvió. Una de las criaturas había tratado de sacar los platos de un cajón y habían caído varios. Ahora estaba de pie, inmóvil, con los brazos abiertos, mientras otras dos avanzaban lentamente. Ofelia se echó a reír sin poder evitarlo. Era igual que un niño pequeño que hubiera tenido un accidente y se llevara la reprimenda de sus hermanos. En realidad a ella no le importaban aquellos platos; todos eran de un aburrido tono beige con una franja marrón: un diseño preprogramado del fabricante. Nunca le habían gustado.

Volvió al guiso, que ya estaba caliente, y apagó el fuego. Necesitaría un cuenco. Si no recordaba mal, los cuencos pequeños estaban en los cajones para la porcelana. Abrió uno y encontró cuencos de servir; en el siguiente estaban los pequeños. Las criaturas la observaron mientras sacaba un cuenco y luego una cuchara del cajón de debajo. Se sirvió el guiso (el guiso de Ariane, en realidad).

Lo probó. Ariane era buena cocinera, pero había sido conservadora con aquel plato destinado a la comunidad, y no a su casa. Ofelia le habría añadido más mejorana y más pimienta. Con todo, estaba bastante bueno y ella tenía hambre. Miró a las criaturas, que habían vuelto a explorar y que, menos las más cercanas, la ignoraban. Decidió comer donde estaba, de pie. Terminó un cuenco de guiso y luego otro; metió el resto en el frigorífico, en el sitio de costumbre. Luego se acercó al fregadero con el cuenco sucio y la cuchara.

Todavía no habían recogido los fragmentos rotos de plato. Ofelia los miró y suspiró. Uno de ellos la miró y trino.

—Es cosa vuestra —dijo Ofelia, sin mucha esperanza de que la entendiera. La criatura gruñó—. No es cosa mía —continuó. No quería agacharse a recoger los pedazos; estaba cansada y dolorida. Siguió caminando y abrió el grifo. Una de las criaturas se acercó y la observó mientras fregaba el cuenco. ¿No lavaban los platos? ¿O no tenían platos? Ofelia puso el cuenco a secar. Cuando se dio la vuelta, una de las criaturas trataba de recoger los fragmentos de plato con una mano y los sujetaba

con la otra.

Tal vez no tenían recogedores de basura. Ofelia abrió el cajón de debajo del fregadero y sacó el recogedor. Se lo acercó a la criatura y simuló poner dentro los pedazos rotos. La criatura la miró un instante y luego hizo lo que le decía. Ofelia sonrió; la criatura retrocedió un paso, las pupilas dilatadas. ¿Estaba asustada? Ofelia desvió la mirada y descubrió que las demás la observaban. ¿Era vergüenza? No podía decirlo. Y ella quería irse a casa y echar una siesta antes de terminar la limpieza. Aunque realmente debería quitar del suelo aquel colchón empapado. Le dolieron las articulaciones sólo de pensar en levantarlo.

Empezó a recorrer el pasillo y oyó tras de sí el chasquido de muchas uñas. Maldición. No podía dejarlos solos en el centro. ¿Y si entraban en las salas de control y empezaban a tocar botones? ¿Y si estropeaban las máquinas de las que ella dependía? Se dio la vuelta y allí estaban, muy cerca, los ojos brillantes y nerviosos.

Marchaos, quiso decir. Marchaos y dejadme dormir. Tal vez más tarde pueda pensar cómo tratar con vosotros. Marchaos y dejadlo todo tal como está, no toquéis nada... No funcionaría. No funcionaba con los bebés, a quienes no importaba que tuvieras sueño, o cuánto necesitaras terminar, o lo peligrosa que era la máquina que estaban decididos a explorar. Aquellas criaturas no eran bebés, pero resultaban igual de peligrosos, aunque no pretendieran matarla.

Tendría que permanecer despierta. Se preguntó si sería capaz de fabricar cerrojos para las puertas que no quería que abrieran. No tenían las manos tan hábiles como las suyas; al principio les había costado manejar los grifos. Ofelia sospechaba que actuarían si la veían bloqueándoles el paso. Mientras lo pensaba, uno de ellos abrió la puerta de la sala de control y graznó con fuerza.

No. Ofelia se abrió paso entre ellos usando los codos, aunque graznaban y gruñían. Se enfrentó a ellos, los brazos abiertos.

—Salid de aquí —dijo—. No.

Era como hablarle a un cachorrito, o al bebé de otra persona: miraban las luces de colores, los calibradores, las pantallas que brillaban con sus informes de situación. Se gruñían unos a otros y empujaban hacia delante.

—¡NO!

Ofelia dio un golpe con el pie en el suelo. Las criaturas se detuvieron como si las hubiera golpeado con algo pesado y se la quedaron mirando.

—Esto no es para vosotros. Lo romperéis. Lo estropearéis.

El que iba delante emitió un largo trino y señaló la sala.

Ofelia sacudió la cabeza.

—No. No. Para. Vosotros. Peligro.

Se preguntó cómo representar el peligro. ¿Conocían la electricidad?

—¡Zzzzt! —dijo, fingiendo tocar algo y luego sentir una sacudida, agitando la mano.

—Zzzzt...

Era el primer sonido que copiaban. ¿Qué significaba *zzzt* en su lenguaje? Más importante, ¿impediría que entraran a curiosear y destruyeran cosas? Ofelia trató de recordar las lecciones sobre electricidad de su infancia. Los relámpagos eran también electricidad; tenían que conocerlos. ¿Se haría entender?

El de delante extendió lentamente sus largas uñas oscuras hacia uno de los tableros de control.

—*Zzzzt...* —murmuró, más suavemente de lo que lo había hecho Ofelia, y retiró el miembro como si hubiera recibido una descarga. Ofelia asintió; al menos eso lo habían captado.

—Sí... *zzzt*. Duele. Gran ay.

Se sentía como una tonta, hablándoles como si fueran bebés temerarios, pero había funcionado.

La criatura extendió su mano hacia ella, sin llegar a tocarla. Ladeó la cabeza, mostrándole un ojo más que el otro.

—*Zzzzt...* —murmuró de nuevo, y entonces le tocó muy suavemente el pecho.

Ofelia frunció el ceño. Aquello significaba algo, estaba segura. Quería decirle algo... pero no imaginaba qué era. Lo repasó todo mentalmente. Había tratado de darles a entender que las cosas que había allí los lastimarían si las tocaban... y la criatura había copiado sus acciones. Podía significar que comprendía, aunque ella había conocido a muchísimos niños que tenían que hacerse daño antes de entender que el fuego quemaba. Luego había murmurado el sonido, casi tocándola, y luego la había tocado por fin.

¿Le estaba diciendo que ella podría lastimarla, igual que las máquinas? ¿Que ella les hacía daño? Pero no... ya la habían tocado y, por lo que sabía, no las había lastimado. No se habían agitado ni dado ningún respingo ni mostrado ningún otro signo de dolor. Si mostraban dolor como lo hacía la gente.

—*Zzzzt...* —murmuró la criatura, repitiendo su secuencia anterior. Entonces señaló las máquinas tras ella, con un golpecito enfático al final del gesto—. *Zzzzt*.

Volvió a señalarla.

Oh. Ofelia se rió en voz alta antes de poder impedirlo. Por supuesto. Quería saber si las máquinas le harían *zzzt* también a ella. O quería verla recibiendo un *zzzt*. O algo que la conectaba a ella con las máquinas y la acción que decían.

Alzó un dedo; las criaturas lo miraron.

—El lugar equivocado hará *zzzt* —dijo. Se acercó al conector que enlazaba los cables con los sistemas de energía—. Aquí hará que todos hagan *zzzt*.

Una vez más fingió tocarlo, hizo el ruido y se apartó.

—Pero, si sabes lo que haces, puedes tocarlo.

Mientras hablaba, fue haciendo gestos. Se señaló con un dedo la cabeza: saber... Se acercó con precaución, mirando todo el tablero de control antes de decidir qué botón pulsar: un toque cuidadoso con un dedo sobre un botón. Ningún *zzzt*. Las luces parpadearon: había activado un circuito de advertencia que ponía todas las luces

del centro a destellar lentamente.

Gruñidos y chirridos y trinos, movimientos inquietos tras las criaturas más adelantadas. Ofelia pulsó de nuevo el botón y las luces recuperaron su brillo de costumbre. Aprovechó que estaba allí y tocó otros controles. Puso a grabar todas las pantallas para analizar las imágenes con posterioridad y desconectó todos los teclados menos el que estaba utilizando. Dejó que los sistemas más seguros lo dirigieran todo, por si las criaturas se ponían nerviosas y decidían husmear. De esta forma se evitaría muchos problemas. Era improbable que pulsaran las secuencias exactas al azar intentando que sucediera algo. Y desconectaría aquel teclado cuando acabara. Primero les daría otro susto.

—Si no tenéis cuidado —dijo—, si tocáis los controles, sucederán cosas malas.

Colocó la mano sobre el teclado, sobre el panel de alerta de emergencias. Las sirenas ulularon en el exterior, las campanas sonaron en todas las salas del centro, las luces cambiaron a una secuencia de destellos diferente, de normal a brillante y otra vez a normal. Ofelia la desactivó y desconectó el teclado.

—Y por eso no deberíais manosear ni ensuciar...

Pero lo habían hecho. Al menos la mitad había dejado montículos apestosos en el suelo que acababan de limpiar. Todos se la quedaron mirando. No tenía que conocer su lenguaje para saber que estaban enfadados. Ofelia les devolvió la mirada. No era culpa suya. No había pretendido asustarlos tanto, sólo convencerlos de que dejaran los controles en paz. Y habían ensuciado el suelo.

—No voy a limpiar eso —dijo—. Coged las escobas.

Harían falta bayetas. Harían falta... pero no. Uno de ellos gruñó algo con especial énfasis, y los culpables (tal como Ofelia lo veía) se retiraron a gran velocidad para regresar con palas que reconoció demasiado tarde como los grandes cucharones de las cocinas. Oh, bien. Los esterilizaría. No le importaba que la bioquímica fuera supuestamente incompatible: no iba a utilizar cucharones que hubieran recogido mierda alienígena hasta que estuvieran adecuadamente desinfectados.

Las criaturas recogieron sus heces y recorrieron el pasillo en dirección a la puerta de salida. Quizá tendría que haberles hablado de los cuartos de baño. Ofelia miró a las que aún la miraban. Quizá no debiera asustarlas más. La experiencia de toda una vida le recordó que asustar a aquellos que te superan en número, y además tienen armas, es mala idea. Como no le habían hecho daño todavía, había empezado a considerarlos inofensivos o al menos no inmediatamente amenazadores.

El equipo de limpieza regresó. Ofelia advirtió que los cucharones parecían limpios, como si los hubieran enjuagado en el agua de lluvia. El aspecto no lo era todo: los lavaría con agua caliente. Con un ligero encogimiento de hombros, los otros se relajaron; apartaron su intensa mirada de Ofelia, que se relajó también. Quizá no la mataran. Al menos no por ahora. Al menos no si los mantenía tranquilos. Si hubieran sido niños les habría cocinado algo dulce, pero en apariencia la comida de la cocina no les había llamado la atención.

Se acercó a la puerta y las criaturas retrocedieron. La siguieron pasillo abajo hasta la sala de costura donde se encontraba su colchón bajo una larga mesa de trabajo. Contó. Estaban todos. Nadie acechaba en la sala de control, jugando con los interruptores.

Igual que en la cocina, deambularon por la habitación mirándolo todo y emitiendo suaves ruidos que ella no pudo dejar de considerar algún tipo de lenguaje. Ofelia se agachó con un gemido y trató de sacar el colchón mojado de debajo de la mesa. Había absorbido litros de agua y pesaba tanto que se quedaba pegado al suelo.

Ofelia tiró con más fuerza, deseando haber tenido el sentido común de colocarlo encima de algo desde el principio. Naturalmente, no pretendía dejar la puerta abierta para que entrara la lluvia. Seguía sin recordar si ella misma la había dejado así cuando fue a caminar en mitad de la calma en el corazón de la tormenta. En realidad, tampoco importaba demasiado.

Tiró una y otra vez, y el colchón se resistió. De repente, cuatro manos huesudas de largas uñas oscuras lo asieron. El colchón se deslizó tan de golpe hacia ella que cayó de espaldas. Aterrizó sobre sus pies. Ofelia alzó la cabeza. Dos de las criaturas, todavía sujetando el colchón, la miraban.

—Gracias —dijo.

Era importante dar las gracias a los niños cuando intentaban ayudar, aunque lo hicieran mal. De esa forma seguirían intentándolo. Sacó los pies de debajo del colchón, se puso de nuevo a cuatro patas, y tiró. Ellos tiraron también. Siguiendo sus indicaciones, sacaron el colchón de debajo de la mesa y lo apoyaron vertical contra una pared.

Ofelia se llevó las manos a la espalda y suspiró. Esa noche dormiría en su propia cama, si estaba aún viva, y descansaría. Miró alrededor. Una de las criaturas revolvía las cuentas sueltas; otra había cogido su vestimenta de flecos y cuentas y la sacudía suavemente, escuchando los sonidos que hacía. ¡Niños! Siempre tocando las cosas, siempre moviéndolas, siempre desordenándolo todo.

—Eso es mío —dijo. Las cabezas se volvieron, los ojos la miraron. Ya no le resultaba tan desagradable; sabía que podían mirarla sin hacer nada más.

Cogió el vestido (el que lo tenía lo soltó sin ofrecer resistencia); luego se dio cuenta de que no tenían la menor idea de para qué servía.

—Es un vestido —indicó. Bien podía enseñárselo. No eran personas capaces de hacer comentarios sobre su labor.

Se puso la ropa, disfrutando como antes de la sensación. Finalmente había colocado aquel grupo de cuentas en el lugar adecuado y, con cada movimiento, un rascador automático le aliviaba el picor entre los omóplatos. Sus manos se movieron libremente, tocando las cuentas, los trozos de colores vivos, la suavidad, la textura.

—Eso está mejor —dijo.

—Zzzzt... —dijo uno de los seres, señalándola con una larga uña.

—No. No zzzzt. Yo lo hice.

Extendió las manos; cogió una cuenta suelta y la ensartó en uno de los retorcidos cordones de hierba.

—Me gusta hacer cosas.

Cogió otra cuenta, un diminuto espaciador, luego otra más grande; se las mostró. Todos los seres se acercaron. Ella se sintió verdaderamente interesada.

Ofelia acabó por decidirse a dormir en la sala de control. Simplemente no podía estar segura de que las criaturas no fueran a acercarse en caso contrario. La apartarían si se les antojaba, pero hasta ahora no lo habían hecho. Recogió un montón de tela seca de las salas de costura y lo extendió en el suelo a modo de colchón. Había dormido en sitios peores. La noche anterior, se recordó, había dormido en el suelo pelado junto a un puñado de alienígenas.

Les cerró la puerta en la cara. Ellos hicieron ruido al otro lado, pero los ignoró. Tendió su material junto a la puerta y se tumbó, gruñendo de cansancio y dolor. Realmente era demasiado vieja para aquello. No habría sido fácil en ninguna época de su vida, pero ahora lo lamentaba mucho más. Vivía exactamente como se le antojaba desde la marcha de los otros colonos, limitada sólo por lo que consideraba las cosas reales: el clima, las necesidades de sus cultivos o los animales.

Ahora estaba durmiendo (o más bien no dormía) en el duro suelo en vez de en su propia cama simplemente porque algunos alienígenas apestosos parecidos a niños exigentes no podían quedarse fuera de la sala de control. Como niños, eran capaces de causar muchos daños sin saberlo siquiera pero, contrariamente a ellos, no le ofrecían ninguna compensación: no sentía ningún deseo de arrullarlos. Si se dormía, despertaría magullada y dolorida. Si no se dormía, estaría agotada por la mañana. Y allí estarían ellos, con los ojos brillantes como niños que siempre dormían cuanto necesitaban, no importaba qué les sucediera a los adultos.

Era el final de su vida. Se suponía que iba a ser simple. Estaba muy segura de que se saldría con la suya por fin. Había supuesto que el final no sería agradable, pero sí al menos privado. Nadie la molestaría; nadie la despertaría exigiéndole cosas.

Dormitó un rato y despertó sintiéndose tan incómoda como esperaba, pero inexplicablemente feliz. A través de la puerta llegaban sonidos apagados... sonidos rítmicos, armoniosos. ¿Música? ¿Estaban creando música las criaturas alienígenas?

Nunca se le había ocurrido que fueran capaces de algo así. Nunca había conocido a ningún músico. La música salía de cajas: de cubos reproductores, de programas transmitidos. A veces había visto a alguien tocando música en un cubodrama, y en la escuela primaria le habían enseñado a apreciarla. Aún recordaba la excursión al ensayo de la sinfónica. Pero ninguno de sus conocidos sabía tocar un instrumento. Todo el mundo cantaba, claro. Algunos mejor, otros peor, pero todas las madres, supuso, canturreaban a sus bebés. Todas las parejas de enamorados cantaban a veces sus canciones favoritas mientras caminaban por las calles repletas... Caitano y ella lo habían hecho. Pero Humberto había dicho que ella no sabía seguir el compás. Después de eso sólo cantó para los bebés, melodías que los tranquilizaban. Las otras mujeres cantaban a veces mientras trabajaban, pero ella nunca las había acompañado.

¿Cómo hacían música aquellas criaturas? Trató de pensar en las cosas que llevaban en aquellas cintas. Sacos y cantimploras de calabaza, principalmente, y los

largos cuchillos en sus vainas. Ningún instrumento que hubiera visto encajaba en esas formas. ¿Estaban cantando y dando golpes en el suelo nada más?

Se levantó de su incómodo colchón y abrió cautelosamente la puerta, una rendija. No consiguió verlos; debían de estar pasillo abajo, en alguna parte. Pero pudo oír mejor y lo que oyó tenía una cualidad alegre y risueña que la hizo reír, aunque se dijo que era ridículo. DA-da-da DIM-da DIM-da DIM-da... y una melodía que le hacía cosquillas. No era del todo armonioso, pensó. Quizá todos cantaban desafinando, como Humberto había dicho que cantaba ella, o quizá su música era simplemente distinta. Pero era música, y tenía que aprender cómo la hacían. Se dijo que le dolían demasiado las articulaciones para volver a dormir.

Abrió un poco más la puerta y asomó la cabeza. Nada a la vista. La luz escapaba por la puerta abierta de una de las salas de costura. Una leve vaharada de olor desagradable en el suelo, donde habían limpiado sus heces. Y aquel sonido.

Lenta, silenciosamente, Ofelia avanzó por el pasillo hacia la luz. Ahora oía ritmos más complejos, pequeños sonidos que parecían semillas en una calabaza o un puñado de cuentas. Un sonido entrecortado y sobrecogedor acompañaba la canción, un sonido que no asoció con ningún instrumento que conociera. Y algo más, algo que le hacía cosquillas en los oídos.

Cuando se asomó a la habitación, todos los seres estaban sentados en círculo; habían colocado en un extremo las largas mesas. No pudo ver mucho, pero sí que uno tenía en la boca un conjunto de tubos. Debía estar soplando por ellos. Los codos de otro que le daba la espalda se movieron y un puñado de notas se alzó por encima de la melodía. Ofelia sintió que las lágrimas le quemaban los ojos. ¿Qué era eso? De repente los demás empezaron a cantar algo, más o menos al compás de los instrumentos. Uno alzó la mano y bajaron la voz bruscamente; varios miraron hacia donde habría estado Ofelia de haber seguido en la sala de control. En los humanos habría sido consideración por alguien que dormía, alguien a quien no había que molestar. Pero eran alienígenas. ¿Qué estaban pensando? Ofelia se apretujó contra la pared, sin mirar, sólo escuchando. Sus voces juntas tenían una cualidad algo áspera, más parecida a ganchillo o a tela de lana que a un fino tejido. Era agradable a sus oídos, como también agradaba más a sus dedos la lana gruesa que el hilo fino.

No supo que se había quedado dormida con la música hasta que despertó y se encontró rodeada por ellos. Se había dormido medio sentada contra la pared; tenía un calambre en el cuello y sentía la boca seca y pastosa. Parpadeó. Una de las criaturas todavía tenía en la mano el puñado de tubos. Sopló ahora sonidos suaves, notas que no habrían sido más fuertes que el viento en las esquinas, pero mucho más puras. Luego la criatura ladeó la cabeza.

¿Le estaba preguntando si había oído? ¿O si la había despertado? ¿O si la había hecho dormir? Ella no tenía ni idea. Le gustaba el sonido. Hizo un ademán, pretendiendo indicar «adelante», y la criatura le tendió los tubos.

Había siete, pulidos, unidos por tiras entretejidas de hierba casi tan fina como el

hilo. Ofelia inclinó la cabeza para estudiar con atención el trabajo. Alguien había fabricado aquellas estrechas tiras, luego las había trenzado (de modo regular, advirtió) y luego había entretejido las trenzas para envolver los tubos. Éstos eran ligeros como huesos de pájaro o como los tallos de los grandes juncos. Habían sido teñidos de rojo oscuro, así que no podía decir de qué color eran en principio. A menos que ése fuera su color natural. Olían igual que las propias criaturas, con un olor fuerte pero inclasificable.

La mano de la criatura se acercó ahora, señalando un extremo de los tubos. Ofelia vio pequeñas muescas talladas. Sopló para probar y surgió un sonido, no musical, sino áspero y susurrante. Probó otra vez con el mismo resultado.

—Lo siento —dijo, tendiéndole el instrumento a la criatura—. No sé tocarlo.

¿Había satisfacción en la cara de la criatura? Sopló un rápido prelude, triunfante, y luego la miró.

Ofelia sonrió.

—Es muy bonito —dijo—. Ojalá pudiera hacerlo yo.

Miró a los otros. Uno tenía una cantimplora de calabaza cubierta con un puñado de cuerdas con cuentas ensartadas. Sacudió la cantimplora y reprodujo el ritmo que Ofelia había oído. Le tendió la cantimplora. Ofelia la cogió y, al sacudirla, recordó un ritmo de su infancia, una canción que Caitano y ella habían bailado. Sintió que sus piernas temblaban mientras intentaba relacionar el recuerdo con el sonido actual. Un tamborileo más profundo la acompañó; alzó la cabeza, sorprendida. Uno de ellos golpeaba un palo contra su pecho, un palo que parecía un hueso. Ofelia perdió el ritmo, lo volvió a encontrar. Ahora uno de ellos hizo chasquear sus largas uñas negras contra el suelo. El que tenía el grupo de tubos volvió a soplarlos.

Ofelia se concentró en el ritmo que intentaba hacer, pero no paraba de perderlo en la confusión de los otros sonidos. Finalmente dejó de intentarlo y se limitó a sacudir la calabaza adelante y atrás. A su alrededor las criaturas hacían diversos sonidos que se mezclaban de una forma que ella disfrutaba sin comprender. Cuando se le cansó el brazo, dejó de sacudir la calabaza y se quedó escuchando. Nunca había imaginado cómo sería tocar música en grupo. Era divertido, decidió, pero lo sería aún más si supiera qué estaban haciendo.

Cuando se detuvieron, Ofelia sonrió y tendió la calabaza a quien quisiera cogerla. Luego sacudió el brazo para explicar por qué había dejado de tocar. Se le ocurrió que podría buscar algunos de los viejos cubos, los que los colonos ponían en las noches de diversión, y permitir así que oyeran cómo era la música humana. Casi todos los cubos habían desaparecido, por supuesto. La gente había intercambiado las cubotecas al llegar, pero reclamaron sus piezas favoritas al marcharse.

Mañana. Esta noche estaba demasiado cansada, demasiado ansiosa por volver a dormir. Se puso en pie, gruñendo un poco; luego recorrió el pasillo hasta la sala de control. Las criaturas la observaron, pero no la siguieron. Ofelia se encerró, se tendió en el fino colchón y se preguntó si seguirían haciendo música.

Si así fue, no la oyó. Despertó cuando uno de ellos chocó contra la puerta, asustada, el corazón desbocado. Pero no trataron de abrirse paso a la fuerza. No fue como la otra vez, cuando despertó con el golpe en la puerta y era la sombra en las sombras abriéndose paso, deseándola, deseándola a pesar de su negativa. Ofelia permaneció sentada hasta que recuperó el aliento. No era lo mismo. Ahora que podía oír algo diferente a su propia sangre golpeando sus oídos, comprendió que estaban en el pasillo porque escuchaba sus trinos y gorgoteos.

Miró el cronómetro antes de abrir la puerta. Media mañana ya; había dormido bastante. La luz entraba a raudales por la puerta principal. No había criaturas. Ofelia cerró la sala de control y fue a mirar en la cocina. Otro caos: uno había roto una jarra de kilfa y el fuerte olor de las bayas verdes inundaba la habitación. Ofelia gruñó para sí mientras recogía la especia y los fragmentos de cristal. Eran como niños, desde luego. Había que vigilarlos siempre.

Pero parecían haberse marchado. No estaban en las salas de costura, ni en el pasillo, ni en la sala de reuniones donde Ofelia había oído a los colonos debatir qué destino elegir. Cuando se asomó a la calle, vio huellas que se perdían hacia el este, pero ninguna criatura.

Volverían. Mientras tanto, comprobaría cómo estaban su casa y su huerto. El barro de la calle rechinaba entre sus dedos; en las zanjas, el agua corría clara. Era un día caluroso y sofocante, típico del clima posterior a las tormentas marinas. El sol caía como una toalla caliente sobre sus hombros mientras se dirigía hacia su casa.

En el suelo aún quedaban las marcas difusas de la criatura que la había seguido al interior, las toallas húmedas que había usado para secarla y que ya olían mal. Ofelia odiaba el olor a humedad. Sacó las toallas y las tendió sobre la cerca del huerto. Esta vez no la había derribado el viento. Las plantas, aplastadas por el viento y la lluvia, empezaban a recuperarse alzando unas cuantas hojas sobre las que habían sido derrotadas. Ofelia recogió los tomates que no se habían convertido en pulpa, un puñado de habichuelas y cuatro mazorcas de maíz. Había vuelto a levantar la mayoría de las plantas de maíz cuando unos alaridos sonaron en el bosque.

¿Y ahora qué? Ofelia advirtió que las ovejas ignoraban el clamor y mordisqueaban plácidamente la hierba. Los gritos y alaridos se acercaron. Ella no veía nada pero, fuera lo que fuese, debía hallarse ahora entre los matorrales. Entonces se acercaron. Una tropa de escaladores, las colas en alto, se abalanzaba hacia el poblado, gritando. Las ovejas alzaron la cabeza con las orejas levantadas. Tras los escaladores, a cada lado, venían los alienígenas, sus largas zancadas ahora convertidas en una rápida y eficaz carrera. Empujaban a los escaladores hacia el poblado. Las ovejas echaron a correr, dispersándose con asustados balidos.

Mientras Ofelia observaba, una de las criaturas avivó el paso, alcanzó a un escalador y lo cogió por el cuello. De inmediato hizo girar al escalador como un niño que voltea a un muñeco por el brazo; al mismo tiempo sostuvo su largo cuchillo con la otra mano. No, quiso gritar Ofelia. No. Pero era demasiado tarde. El cuchillo

terminó lo que el chasquido del cuello había empezado; el escalador muerto se retorció, salpicando de sangre la hierba. Otros dos más habían muerto. Los escaladores supervivientes llegaron al poblado, donde se subieron a los tejados y parlotearon frenéticos.

Ofelia soltó la cerca. Así que las criaturas cazaban. Sabía que no podían comer alimentos humanos. Habrían estado hambrientos después de días de tormenta. Y éstos no eran más que escaladores...

Sin embargo... le resultó difícil reconciliar su recuerdo de la noche anterior, haciendo música con las criaturas, con esto: aquellos seres lamiendo la sangre de los cuellos de sus presas, el rápido y eficaz destripamiento de los cadáveres. ¿Se los comerían crudos? No soportaba verlo, aunque no era capaz de apartar la mirada.

El grupito había vuelto a formarse. Los escaladores muertos, sujetos por la cola, colgaban de los cinturones de aquellos que los habían capturado (a Ofelia le parecía que empezaba a distinguir las diferencias entre ellos).

La vieron. Uno de ellos agitó un cuchillo ensangrentado, a modo de saludo. O de amenaza. Ofelia tragó saliva. Tras ellos, el montón de tripas había atraído ya un enjambre de cosas negras que, Ofelia lo sabía, no eran realmente moscas. Se dio la vuelta y entró en la casa, pero no cerró la puerta. Esperaba que la dejaran en paz (aquel cuchillo ensangrentado) pero, si no lo hacían, no quería que la sorprendieran con un golpe en la puerta. Miró los tomates anaranjados, las habichuelas verdes, los verdes tallos de maíz bajo las semillas amarillas. No tenía hambre.

Los vio pasar a través de la ventana. Saltaron de una zancada la valla del huerto, y entraron como si fuese suyo. La mayoría continuó hacia el camino, pero uno se asomó a la puerta de la cocina y cloqueó.

—Ya os he visto —dijo Ofelia—. Márchate.

Como si la comprendiera, la criatura se dio la vuelta. Luego regresó y señaló las verduras de la mesa.

—No puedes comer eso —dijo Ofelia—. Es mi comida.

Un gruñido. Un complicado movimiento de los miembros superiores que ella consideró el equivalente a un encogimiento de hombros, y la criatura se marchó saltando sin dificultad la cerca. Ofelia oyó sus pies chapotear en el barro.

¿Adónde iban, con los pies llenos de barro y las presas ensangrentadas colgando de sus cinturones? ¡Al centro no! Ofelia se asomó a ver. Recorrían la calle, señalando uno de los escaladores que estaba encaramado en un tejado. Se dirigían al este, al campo de aterrizaje. A Ofelia se le revolvió el estómago al recordar los cadáveres hinchados que habían dejado los representantes de la Compañía.

Todo el día se estuvo diciendo que era natural. Por supuesto, tenían que comer. Por supuesto, nada de lo que había en el poblado les servía de alimento, igual que para ella no era comestible la fruta de los grandes árboles del bosque. ¿Por qué no

iban a cazar? Los humanos cazaban, si vivían en mundos con presas que pudieran comer, y comían animales de granja en todas partes. A ella misma le gustaba la carne. No le gustaba matar, pero porque no había aprendido a hacerlo lo suficientemente pronto. Aquellos seres llevaban cazando desde la infancia, supuso. Eso no significaba que fueran asesinos, en realidad. Matar para comer no era lo mismo que matar sólo por matar.

Pero, en cualquier caso, los escaladores estaban muertos. Y no los había visto comérselos. Supongamos que sólo mataran por deporte, sólo por diversión. Se estremeció. Aquellos largos cuchillos... ¿fue así como murieron los otros colonos? No, porque había oído explosiones. Habían hablado de otras armas.

Ella no había visto más armas que los cuchillos, ninguna herramienta aparte de los instrumentos musicales. ¿Eran éstos los mismos alienígenas, u otra cosa? ¿Y cómo habían vivido allí durante cuarenta años sin encontrarlos?

Por la tarde volvió al centro y aseguró lo mejor que pudo la puerta de la sala de control, incluida la puerta exterior. Luego regresó a su casa. No era segura (nada lo era) pero quería volver a dormir en su propia cama. Si era la última noche, muy bien: estaría cómoda durante esa noche, al menos. Se acabó dormir en el suelo, pasara lo que pasase.

Acababa de acostarse en la cama y estaba encontrando felizmente con el cuerpo los bultos y huecos cuando los oyó regresar en la oscuridad. Gruñidos, chirridos, nuevos murmullos bajos que parecían de satisfacción. El que tenía los tubos volvía a soplarlos; Ofelia percibió las notas por encima del parloteo.

Se dio cuenta de que llegaban a la puerta cerrada del centro por el coro de graznidos. ¿Furia? ¿Decepción? ¿Quién podía decirlo, con alienígenas? Golpes contra la puerta. ¿Aguantaría? Más parloteo. Luego, inevitablemente, golpes contra su propia puerta seguidos de un chirrido de aquella extraña colección de tubos. Ofelia sintió un arrebato de acalorada furia. Tenían todo el poblado para vivir: ¿por qué venían a molestarla? ¿Por qué no la dejaban descansar? ¿No sabían que era una vieja, una vieja cansada que necesita dormir?

Por supuesto que no. Ella no tenía ni idea de la edad de aquellos seres. Gruñendo, se levantó de la cama. Encendió la luz y se acercó a la puerta sin ganas de cooperar con ellos, no importaba lo que quisieran.

El del instrumento lo alzó, lo sacudió, y luego hizo un gesto hacia el centro. Probablemente pretendía decir que quería celebrar allí otra velada musical. Ella no. Quería dormir en su propia cama, toda la noche, sin interrupción. Y no estaba dispuesta a dejarlos sueltos por el centro sin su supervisión.

—Dormid en otra parte —le dijo—. Todas las casas están abiertas.

Excepto la suya; se plantó en la puerta decidida a no dejarlos pasar.

El del instrumento lo agitó de nuevo, señaló de nuevo, y esta vez mostró dos de sus largos dedos. ¿Dos? ¿Dos qué? ¿Dos veladas musicales, dos noches, dos criaturas? Ahora señaló el instrumento, y luego la puerta del centro, y después mostró

dos dedos.

—No quiero que estéis allí solos —dijo Ofelia—. Lo destrozaráis todo.

Muchos ojos la miraron, parpadeando. Las criaturas no se marcharon, no se movieron. Ella sabía que si cerraba la puerta volverían a golpearla. Sabía que no podría dormir hasta que quedaran satisfechos. Era tan malo como haber recuperado a la familia. Supo que había cedido un buen rato antes de estar dispuesta a admitirlo.

—Muy bien —consintió—. Pero no vais a pasar la noche allí.

Lo harían, y ella no conseguiría detenerlos. Tendría que decidir dónde dormir, y su cuerpo ya había tomado esa decisión. Necesitaba su propia cama.

Cuando abrió la puerta del centro, dos de las criaturas se le adelantaron y entraron en la sala de costura situada a la derecha. El resto permaneció en la calle. A la luz que fluía desde el pasillo, Ofelia vio que de sus cinturones no colgaban los cuerpos de los escaladores; debían de habérselos comido. Se estremeció. Las dos criaturas regresaron, una con otro puñado de tubos y la otra con la calabaza llena de cuerdas y cuentas. Agitaron los objetos ante los otros y, con una serie de rápidos gruñidos, toda la compañía se marchó calle abajo en dirección al este de donde habían venido.

Todo lo que querían eran sus instrumentos. Ofelia apenas podía creerlo. Apagó las luces, cerró la puerta, y vio cómo las sombras oscuras se fundían en la oscuridad calle abajo. De vuelta a su casa, permaneció mucho rato despierta en la cama. ¿Quién sabía cómo pensaban los alienígenas? Le gustaba su música, pero su modo de matar... tan rápido, tan fácil, tan casual... Aunque había visto a gente matar así; retorciendo rápidamente el cuello de los pollos con un golpe de cuchillo en el caso de las ovejas y de los terneros. Pero no corriendo, no saltando por la pradera. No dejaba de imaginarse a sí misma, con su cuerpo viejo y envarado en una carrera torpe y desesperada; las criaturas persiguiéndola, riéndose, disfrutando de la caza hasta que una de aquellas manos de duros espolones la agarraba por el cuello y uno de aquellos cuchillos largos y afilados vaciaba sus entrañas sobre la hierba.

La suave música se filtró a través de los postigos cerrados de sus ventanas. Se habían instalado en algún lugar cercano, quizás en un rincón de alguno de los huertos, y ahora tocaban música. Imaginó la comodidad de tener la barriga llena después de varios días de hambre durante la tormenta, y oyó eso en la música. Aunque no lo sabía, de hecho. Se quedó dormida por fin, discutiendo si era más lógico cantar o dormir después de un festín. Sus sueños la aterraron, pero no llegaron a despertarla.

Amaneció. Un día sofocante, aunque menos. Una brisa fuerte llegaba del mar, húmeda pero más fresca. Ofelia despertó reconfortada por su propia cama, por las formas y olores familiares de su propio cuarto. Los terrores de los sueños cedieron rápidamente a la comodidad de su propio espacio, de su propio momento.

Salió al huerto antes de que el sol se alzara, por primera vez en demasiados días. Las huellas de las criaturas no la molestaron; habían aplastado solamente dos plantas de habichuelas y una de las calabazas verdes. Se entretuvo enderezando las tomateras, quitando las hojas podridas, allanando la tierra. Encontró un tomatito

amarillo, uno de los dulces, que no había visto la tarde anterior, y se lo llevó directamente a la boca. Dulce, jugoso.

Un gruñido al otro lado de la cerca. Ofelia alzó la cabeza y vio una de las criaturas observándola. ¿Cómo había llegado tan silenciosamente? Siguió arreglando las hojas, buscando reptadores, babosos, otro tomate amarillo maduro. Un baboso corrió por el tallo; ella lo cogió y lo rompió.

La criatura chilló. Ofelia la miró. El ser extendió sus dedos.

—¿Quieres el baboso?

No podía creerlo. Los babosos eran bichos repulsivos, picaban. Pero se acercó y lo dejó caer en la mano que esperaba. La criatura gruñó y se metió el baboso en la boca.

Ofelia saboreó la bilis en el fondo de su garganta. Comerse un baboso.

—Es repugnante —dijo, aunque sabía que no la entendía. La expresión del ser no cambió. De todas formas, ella no estaba segura de lo que significaba. Volvió al trabajo. Cuando encontró otro baboso, miró por encima de su hombro. Allí estaba, mirándola. Le tendió el bicho. El ser extendió la mano; esta vez, le dio el baboso sin quebrarlo. Nuevamente aquel aleteo de la mano, aquel rápido chasquido y el sorbido. Completamente repugnante. Sin embargo los babosos eran originarios de aquel lugar, así que algo debía de alimentarse de ellos. ¿Por qué no estas criaturas?

Encontró otro baboso bajo una de las calabazas, a medio tallo. Maldito bicho. Lo cogió, se lo tendió a la criatura que esperaba y luego quitó las calabazas verdes. La enredadera moriría, salvaría lo que pudiera. Podía recoger calabazas pequeñas del tamaño de pepinos. A veces incluso se las comía crudas, aunque solían estar demasiado amargas. Mordisqueó una. No estaba mal.

La criatura gruñó bruscamente y, cuando Ofelia alzó la cabeza, sus ojos se habían entrecerrado como los del ser de la bayeta. ¿Inquietud? Bueno, ella se había inquietado al verlo comer el baboso. Desafiante, mordió un gran pedazo de calabaza. La encontró demasiado amarga, después de todo. Tragó con dificultad, lanzó el resto a la zanja, y sonrió a la criatura.

Ésta no se movió durante un buen rato; luego pareció salir de su ensimismamiento y se volvió para marcharse. Calle abajo, Ofelia vio a otros tres caminando con aquellas largas zancadas que hacían que los considerara a todos niños malcriados. Se encogió de hombros y volvió al trabajo. Tenía mucho que hacer y ese día debía comprobar el estado de los animales.

Cuando las encontró, las ovejas estaban acurrucadas en la zona oeste de su prado, moviendo nerviosas las orejas. Cuando Ofelia trató de acercarse, echaron a correr a la desbandada como si fuera un lobo. No intentó perseguirlas, pero sí contarlas. ¿Estaban todas? Eso parecía, aunque con la flotante masa de lomos grises y patas veloces no estaba segura. ¿Las habían estado atormentando los alienígenas? Parecía posible, pero no tenía ninguna prueba. Se dirigió al extremo oeste de la aldea, a los prados del río que se había desbordado. Las vacas, contrariamente a las ovejas,

pastaban entre la sala de bombas y el viejo corral abierto. Ofelia las contó. No faltaba ninguna.

De vuelta al poblado, empezó a efectuar sus rondas en busca de los daños causados por la tormenta. Postigos rotos, tejados dañados, árboles caídos. De vez en cuando veía a las criaturas en la distancia, pero ninguna se acercó a ella. No fue capaz de imaginar qué estaban haciendo, pero si no la molestaban ni a ella ni a los animales no le importaba.

Al anochecer, Ofelia había recorrido la aldea y sabía qué reparaciones se necesitaban. Recordó que había decidido descuidar varios edificios, no preocuparse más por ellos, pero sólo debido a la depresión típica que precede las tormentas. Siempre se quedaba por completo sin energía antes de una gran tormenta. Ahora que había pasado, no se imaginaba dejando que las cosas se echaran a perder, no importaba cuán cansada estuviera.

Abrió el centro para comprobar la pantalla climática. No se aproximaba ninguna tormenta, aunque al este, muy lejos, otro remolino de nubes podría convertirse en una. Dos tormentas en una misma estación eran muy raras; un caso que sólo se había dado dos veces en cuarenta y tantos años. Probablemente la tormenta viraría y se perdería en otra dirección. Eso esperaba.

Conectó los teclados para introducir un breve informe sobre los últimos días. ¿Cómo decir lo sucedido? Aunque sabía que jamás nadie lo leería, no quería parecer una loca. «En plena tormenta, salí y encontré a un alienígena en la calle.» Eso parecía surgido de un cubo de entretenimiento, algo inventado por locos. Ella no estaba loca. Los alienígenas eran de verdad. ¿Cómo hacer que parecieran reales?

Chasquidos en el pasillo. Naturalmente, entrarían; no había cerrado la puerta. Miró a su alrededor. Uno la observaba con los ojos brillantes e interesados. Claro que eran reales. Sujetaba la calabaza recubierta de tiras de cuentas; cuando lo miró a los ojos, la sacudió.

¿Qué era eso? ¿Una invitación? ¿Una explicación? No lo sabía. Realmente no quería pensar en ello; quería introducirlo en el archivo de modo que tuviera sentido para ella o para otro humano, aunque nadie lo viera jamás.

Su experiencia en escribir el pasado de la colonia no era suficiente. Podía hablar de los amores y los odios, las traiciones, las disputas, porque los comprendía plenamente. Sabía con exactitud cómo se sentía la esposa cuando el marido se ponía celoso sin motivo... o con él. Sabía cómo interactuaban los sentimientos humanos, sazonzando la situación más sencilla con complicados giros de oculto significado.

Pero ¿estos seres? Sería como escribir sobre animales; ella nunca había hecho algo así. Sería como escribir sobre animales que pensaban, y ella nunca había conocido animales que fueran capaces de eso. Hizo un gesto a la criatura, que retrocedió. ¿Lo entendía, o simplemente no le interesaba lo que estaba haciendo?

—En mitad de la tormenta...

Leyó lo que había escrito. «Alienígena» no resultaba una palabra adecuada, desde

luego. Eran animales nativos, como los escaladores. ¿Qué palabra los definía? No lo sabía, y no iba a consultar ahora el diccionario. Alienígenas valdría por el momento, o seres nativos. Criaturas.

—Pensé que era un montón de escombros; entonces me miró.

Eso sonaba bastante insensato también. Pero era lo que había visto: un montón de basura con ojos. Que se rieran de ella quienes lo leyeran... si alguna vez alguien acudía para averiguar cosas sobre los muertos.

Lentamente, con muchas correcciones, trató de anotar todo. No fue una tarea breve, como esperaba. Para que tuviera sentido, tenía que introducir sus sentimientos, sus deducciones, sus suposiciones. Tenía que introducir todo lo que había hecho, y todo lo que habían hecho ellos. Debía intentar reproducir los sonidos que hacían... no. Los grabadores automáticos los habrían registrado en parte. Podía introducir eso en su propio archivo, si encontraba el fragmento adecuado.

Cuando se inclinó sobre el tablero de control para introducir los criterios de búsqueda de los segmentos que quería, le dio un tirón en la espalda. Se quedó boquiabierto de dolor; un graznido procedente del exterior le hizo saber que las criaturas estaban aún observándola, igual que ella los observaba a su vez.

Era tarde. Era muy, muy tarde. No se despertaría hasta bien entrada la mañana y se sentiría aturdida y miserable todo el día si no se marchaba ahora a casa y dormía. Desconectó los teclados volvió a sintonizar las alarmas, y se levantó con muchos crujidos y chasquidos de las articulaciones. Tres de las criaturas estaban sentadas en el pasillo cuando salió. Cerró la puerta tras ella, volvió a echar el pestillo que había improvisado y dijo con autoridad:

—Dejadlo. No es para vosotros.

Los seres no respondieron nada, sólo la miraron mientras caminaba pasillo abajo.

¿La seguirían? No. Querían estar en el centro sin ella y no tenía fuerzas suficientes para expulsarlos. En este momento, no le importaba. Quería dormir, en su propia cama, y si destruían todas las máquinas que la habían ayudado a permanecer viva entonces moriría. Pero no se preocuparía por eso ahora.

A la mañana siguiente, Ofelia despertó con la sensación de que llevaba días aturdida, sin advertir cosas que tendría que haber visto. Alienígenas, sí. Alienígenas inteligentes, sí. Y no la habían matado todavía. La habían... estudiado. Llegaron antes de la tormenta, no podía decir con cuánta antelación. Encontró abiertas las casas, removidas las cosas... ellos las habían tocado. No la consideraban una presa, ni un enemigo, sino algo interesante.

No tenía que temer la caza, los largos cuchillos.

A menos que fueran como algunas personas que había conocido.

No podía saberlo. No podía saber nada, a menos que los estudiara también. No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero cabía la posibilidad de intentarlo como había intentado conocer al tercer hijo de Sara. Nació sin el don del habla; maullaba y gritaba.

Ellos no gritaban. Cuando salió al huerto, uno de los seres estaba allí, mirando atentamente las plantas. Ofelia sospechó que quería más babosos, pero no los hallaba entre las hileras de maíz. Ella encontró uno bajo los tomates, un lugar que les gustaba mucho, y llamo a la criatura.

—Aquí hay uno.

El ser miró alrededor; ella indicó el baboso. Se acercó, lo cogió hábilmente y se lo metió en la boca. Ofelia consiguió no estremecerse.

—Los llamamos babosos —dijo. Advirtió que realmente no había mirado a las criaturas más de lo necesario. Se había resistido a considerar dedos a aquellas terminaciones con espolón... o manos al conjunto. Sin embargo, funcionaban como las manos.

Ahora los miró. Cuatro dedos, no cinco. Uno, como en su propia mano, más ancho y más grueso, en ángulo opuesto a los demás. Esto hacía que la mano pareciera más larga y estrecha de lo que en realidad era.

La muñeca era también distinta, aunque no sabía definirla. ¿Tenía la criatura dos huesos en el antebrazo, o sólo uno? ¿Un hueso en el brazo, o más? ¿Eran huesos u otra cosa?

«Cuatro dedos —se dijo—. Manos de cuatro dedos.» Observó mientras la criatura volvía más hojas de tomatera. Los largos y duros espolones no impedían con el movimiento preciso y delicado. No rompió las hojas; no pasó por alto ninguna de ellas.

Miró los pies de la criatura. Al principio sólo había visto patas largas con dedos abiertos. Ahora apreció cuatro dedos, tres casi paralelos y otro torcido al lado, todos con gruesas y oscuras uñas en las puntas. No... el torcido tenía el extremo estrecho, casi como una cuña. Aquella criatura que estaba plácidamente agachada en su jardín dando la vuelta a las hojas tenía los pies planos sobre el suelo, pero las huellas que había visto no mostraban el talón. ¿Cómo caminaba, entonces? ¿De puntillas? Se dio

la vuelta y miró por encima de la cerca. Había dos de ellos calle abajo; no consiguió distinguirlos.

No era una... como se llamaran los que estudiaban a los animales o los alienígenas. No sabía cómo hacer eso.

El ser gruñó y ella se dio la vuelta. Sostenía un tomate a medio madurar entre los dedos, no había arañado el tomate ni roto el tallo.

—No está maduro todavía —dijo Ofelia, sacudiendo la cabeza. Los gestos quizá resultaran más eficaces que las palabras; desde luego, ella no había aprendido aún nada de su vocabulario. Suponiendo que los gruñidos y graznidos fueran palabras, y tenía que aceptarlo ahora.

Vio un tomate maduro en otra planta y lo tocó.

—Éste está listo. Maduro.

Asintió y lo arrancó. La criatura lo miró detenidamente y soltó el que había tocado. Ofelia metió el tomate en la cesta y luego cogió un puñado de habichuelas. La criatura tocó primero las habichuelas, después el tomate. Diferentes. Claro que eran diferentes las habichuelas y los tomates. Habichuelas verdes, tomate anaranjado. Habichuelas largas y delgadas, tomate gordo y redondo.

—Habichuelas —dijo Ofelia, tocándolas—. Habichuelas.

Luego, el tomate.

—Tomate.

La criatura gruñó, sin hacer ningún intento por decir las palabras.

—Habichuelas —repitió Ofelia—. Esto son habichuelas. Tomate.

Una serie de gruñidos, ninguno de los cuales se parecía a las palabras que ella había pronunciado. ¿Por qué esperar palabras? Eran alienígenas, posiblemente no podían emitir los mismos sonidos. Los animales terrestres no eran capaces. Además, ella tenía trabajo que hacer. Recogió más habichuelas, consciente de que la criatura la observaba con atención. Cuanto tuvo tantas como quería, se levantó, gruñendo. ¿Pensaban aquellos seres que sus gemidos y gruñidos involuntarios eran intentos de hablar? No sabía decirlo. Aquél no había reaccionado al ruido que ella hacía de ninguna forma que pudiera detectar.

La siguió hasta la puerta de la casa, pero no entró. Ofelia se sacudió los pies en el umbral para sacarse los trocitos de tierra que llevaba adheridos. La criatura la observó, la cabeza ladeada. Ofelia no cerró la puerta, pero miró a menudo en esa dirección. Metió las habichuelas en el cajón del frigorífico; las cocinaría por la tarde. Guardó los tomates en un cuenco de la mesa.

Cuando abrió los recipientes de harina, sal, azúcar, la criatura se apoyó en la puerta. Ofelia decidió hacer pan con levadura en vez de tortas. El pan de levadura siempre había sido un pan de fiesta; se amasaba una o dos veces al año. El reciclador de residuos era capaz de mantener un cultivo de levadura, pero amasar tortas era lo habitual, y mucho más rápido. No había hecho pan con levadura desde antes de la marcha de los colonos. ¿Recordaba exactamente cuánto azúcar? Tendría que

buscarlo.

Cuando cogió el librito manchado que había pertenecido a su madre, miró de nuevo a la criatura. ¿Entendería la escritura? ¿Tenía algún sistema similar para que las palabras perduraran? Pasó las páginas del libro. Alguna gente insistía en que no había necesidad de tener libros en papel, pero a Ofelia le gustaba éste. Le recordaba a su madre.

Sacó el cubito de levadura del frigorífico y lo puso en agua caliente con una pizca de azúcar y harina. Azúcar, sal, manteca... podía usar la que había guardado de las salchichas. Rosara no aprobaba el uso de esa grasa. Según Ofelia, no había ningún motivo para que el reciclador de residuos la limpiara. Derritió la grasa y la pasó a un gran cuenco a través de un paño limpio hecho con una de las viejas camisas de Barto. Incorporó a la manteca el azúcar, la sal y agua caliente. Probó la mezcla en su muñeca. Ni caliente ni fría.

Miró hacia la puerta. Ahora dos criaturas observaban con atención. Ofelia echó harina en el gran cuenco y batió con una cuchara de madera. No midió la harina; sabía cuánta necesitaba por instinto. La levadura se había ablandado, empezaba a burbujear en el cuenco de agua y azúcar. Ofelia la añadió y siguió batiendo. Cuando se mezcló, echó más harina, y más, hasta que la pasta se separó del cuenco. Entonces echó harina sobre la mesa en bastante cantidad (su madre decía que no tenía sentido hacer pan si ibas a preocuparte por malgastar un poco de harina) y puso encima la masa.

Era divertido amasar. Era otra cosa que se le había pasado por alto sin querer. Unas cuantas mujeres hacían pan con levadura más a menudo; decían que les gustaba. En esa época, Ofelia pensaba en la suciedad que dejaba, la harina vertida en el suelo, las manos pegajosas por la masa. Ahora sus dedos se hundían en la cálida pasta; disfrutaba de su resistencia, de la forma en que se apretaba contra ella. La volvió, la aplastó, la enrolló y volvió a aplastarla.

Las criaturas trinaron. Ofelia las miró. Una había ladeado la cabeza y ahora alzó un pie, como para avanzar un paso. ¿Pedía permiso? Decidió creer que así era.

—Sí, pasa —dijo, haciendo un gesto de bienvenida con una mano manchada de harina.

La criatura se acercó a la mesa, y se inclinó hacia delante, observando con atención la masa. Le acercó un dedo. Ofelia vio la suciedad alrededor de la uña larga y oscura, y quién sabía qué había debajo.

—Tienes que lavarte —dijo. Indicó el fregadero con un movimiento de cabeza y, cuando la criatura no se movió, suspiró. Igual que niños, nunca consideraban que iban sucios. Se limpió la harina de las manos y las extendió lentamente para coger el brazo de la criatura.

—Lávate —dijo—. Aquí.

La condujo al fregadero, y volvió a asentir.

El ser miró sus manos y luego las de ella. Tras una breve vacilación, abrió el grifo

y colocó las manos bajo el chorro de agua. Miró a Ofelia. Ella no quería mojarse las manos porque todavía tenía que seguir amasando, así que utilizó la mímica. La criatura parpadeó pero la imitó, y ella vio la suciedad que dejaban sus uñas. Cuando creyó que iba suficientemente limpio, Ofelia cerró el grifo y le tendió un paño de cocina.

—Sécate —dijo. Como si la comprendiera, el ser estrujó el paño y se secó las manos bastante bien. Luego la siguió de vuelta a la mesa. Una vez más acercó un dedo tentativo. Ofelia asintió y el ser tocó la masa; emitió un agudo *eeerp* cuando el dedo se hundió en la masa y salió pegajoso. Ofelia sonrió y siguió amasando.

La criatura tocó la masa con más cuidado, luego acercó lentamente el dedo a la cara de Ofelia. ¿Qué? Notó que fruncía el ceño. Una vez más, muy lentamente, la criatura tocó la masa y luego su boca. Ella no conseguía entenderlo. Metió su propio dedo en el pan, se lo llevó a la boca... Oh. Por supuesto. Comer. Quería saber si era comida.

—Sí, pero todavía no.

¿Cómo explicar lo que era el pan? Lo intentó de todas formas. Movié las manos para mostrar cómo crecía la masa, el segundo amasado, la segunda levadura, formar hogazas, la cocción. La expresión de la criatura no cambió. Bueno, tendría que observar, eso era todo. La masa se había puesto suave, como tenía que ser, firme y obediente bajo sus manos. La cubrió con un paño, se limpió las manos, y recordó que tenía intención de cocinar unas cuantas habichuelas. Abrió otro cajón, vertió las habichuelas en una olla y las cubrió con agua.

La criatura la observó con atención mientras lo hacía, luego extendió la mano hacia la masa cubierta por el paño.

—Déjala en paz —dijo Ofelia bruscamente—. Tiene que subir.

Una vez más, imitó el crecimiento de la masa. La criatura retiró la mano.

Tenía más trabajo que hacer. Necesitaba ventilar la casa, barrer el suelo. Miró a la criatura, pero ésta no se marchó. Bueno, que mirara entonces. Ofelia se puso a trabajar y la criatura la observó. Se apartó cuando se le acercó con la escoba y se mantuvo apartada de su camino, pero no se fue. Cuando la masa del pan subió, ella la aplastó de nuevo; la criatura permaneció a su lado. Se retiró un paso cuando la masa expulsó el exceso de aire, luego avanzó otra vez cuando Ofelia amasó y dio forma a dos hogazas redondas. Las cubrió con el paño y echó un vistazo a las habichuelas. Empezaban a ablandarse.

Cuando el pan subió por segunda vez, Ofelia tenía la casa limpia a su satisfacción. Ahora, con la criatura observándola atentamente, encendió el horno y, cuando estuvo lo suficientemente caliente, metió las hogazas. La criatura parecía fascinada por la vaharada de aire caliente que salió del horno cuando lo abrió. Ofelia la obligó a retroceder: no podía saber qué parte del horno se ponía peligrosamente caliente. Luego le enseñó el frigorífico. Como un niño pequeño, el ser se quedó disfrutando del aire fresco que escapaba de la puerta abierta hasta que Ofelia la cerró.

—No hay que desperdiciarlo.

La criatura la miró. Ofelia estuvo segura de que quería discutir, como hacían sus hijos. Ella no tenía ninguna intención de pelearse. Quería encontrar algún medio de comunicación con aquellos seres, algún sonido común.

—Frigorífico —dijo, poniendo la mano encima—. Frigorífico. Enfría las cosas.

La criatura se la quedó mirando, como siempre. Ella se acercó al horno.

—Horno —dijo—. Calienta las cosas. Caliente... frío.

La criatura tocó el tirador del frigorífico, lo abrió, y movió la mano siguiendo la corriente de aire frío. Lo que dijo no fue «frigorífico» ni «frío»; articuló una consonante muda que Ofelia considero un simulacro de «efe». Para su sorpresa, la criatura cerró la puerta.

—Frigorífico —repitió Ofelia—. Frío.

—Fuh.

Bueno, eso valdría. Era un comienzo. Los bebés empezaban de esa forma, sonido a sonido. La criatura se acercó al horno, alzó la mano por encima. ¿Y ahora qué? ¿Debería Ofelia decirle «horno» o «caliente»? Siempre les había dicho «caliente» a los bebés, pero aquellos seres no lo eran. La criatura gruñó impaciente. Quizás Ofelia no conociera las palabras, pero tenía toda una vida de experiencia con la impaciencia.

—Caliente —dijo, recalcando el sonido inicial—. Caliente.

—Fuh.

La criatura palmeó el frigorífico.

No sabían nada. No sabían que la harina se sacaba del trigo y el trigo de las semillas que se cultivaban en los huertos vallados para protegerlos del ganado. No sabían recoger la cosecha, aventar las espigas para separar el grano, ni trillar éste para quitar la paja. O quizá sí lo sabían; a lo mejor habían recolectado de la misma forma el equivalente de aquel mundo.

Ofelia se preguntó cuánto sabían, y cómo averiguarlo. ¿Era alguna de aquellas cosas que colgaban de sus cintos el equivalente de unas tijeras de podar o de una hoz?

Recordó que en los primeros años de la colonia, hacía mucho tiempo, los colonos tuvieron que hacerlo todo a mano. Las máquinas estaban demasiado ocupadas fabricando componentes de otras para producir materiales o hacer telas y cazuelas. Ella y los otros habían despejado y sembrado y recolectado con herramientas manuales que les producían ampollas y les lastimaban la espalda. Más tarde, el fabricante entregó pequeñas cosechadoras que cabían incluso en los espacios más reducidos y cosechaban más rápido que las mujeres con las hoces. El fabricante podía convertir el grano en harina gruesa o fina y aprovechar de diversas formas el material de desecho. Aunque Ofelia había crecido en una ciudad donde los alimentos se compraban en las tiendas, aquellas pequeñas máquinas la asombraron porque representaron la primera cosecha que no tuvo que hacerlo todo a mano.

¿Se sorprenderían aquellas criaturas? ¿Creían en la magia? ¿O lo daban todo por hecho?

La conversación iniciada cuando el Pueblo encontró por primera vez el poblado continuó a la par que otra docena. ¿Era el mismo tipo de monstruo? No llevaba ropa en los pies y poca en el cuerpo. Sin embargo, tenía el mismo tipo de pies blandos que los invasores, ladrones, destructores de nidos. Tenía cinco dedos en ellos y cinco en los miembros superiores. Tenía pelo blanco en vez de oscuro en la cabeza, pero la misma disposición de agujeros y protuberancias.

Es lo mismo. Hay una cicatriz allí donde aterrizaron los monstruos voladores.

No es lo mismo. Está solo; tiene blanco encima.

Es interesante. Hace cosas extrañas.

Es un monstruo, ¿qué esperabas?

No es un cazador. ¿Es presa?

No podemos comerla. Podemos verla.

Piel blanda. Arrugas. Cosas cuelgan.

¡Cosas! ¡Adornos, come-semillas!

Adornos. Tenía adornos colgando, adornos que cambiaba de día en día. ¿Qué significaba eso? ¿Era una forma de contar, una forma de responder al clima? ¿Quién podía decirlo? Merecía la pena observar, merecía la pena aprender. Si venían más, sabrían más sobre ellos.

Y había mucho que aprender. Todas aquellas herramientas, contenedores, cierres, cajas ruidosas, cajas de imágenes. Habían tamborileado un acuerdo de que nadie debía tocar los resortes obvios, excepto aquellos que el monstruo les enseñara a manejar y ofreciera: la luz, el agua. Cajas calientes, cajas frías.

De no ser por los adornos que llevaba el monstruo, habrían creído que a los monstruos sólo les importaban las cajas: vivían en cajas, guardaban cosas en cajas, cocinaban en cajas calientes, almacenaban la comida en cajas frías, tenían imágenes y ruidos en cajas. Algunos miembros del Pueblo tallaban cajas de hueso o madera, o las hacían con la piel de los comehierbas. Pero los sacos y las calabazas eran más cómodos para viajar. Sólo aquellos que decidían vivir en nidos permanentes tenían cajas grandes.

Esa caja de imágenes. Es como el pájaro viendo.

¿?

El pájaro, el pájaro alto... más y más alto. Las cosas parecen pequeñas, pero el pájaro ve lejos.

¿Tan alto?

Los monstruos voladores marcaron el cielo. ¿Y si lo cortaron? Desde tan alto, verían todo el mundo a la vez.

Un frenesí de argumentos sobre la forma del mundo a partir de todas las teorías

conocidas por el Pueblo. El mundo era plano. El mundo no era plano, sino redondo como una calabaza. No era redondo como una calabaza, sino irregular como una piedra. No, como la raíz que preferían los cavadores: los dioses habían ocultado su forma en señal de que era algo sagrado. Los argumentos murieron cuando los más viejos, ignorándolos, despejaron el terreno. Todos comprendieron eso, y se reunieron.

La hierba doblada siguiendo un estudiado esquema representaba los espacios entre las cajas; todo el conjunto medía menos de un palmo. Los más viejos se agacharon, un ojo fijo en el plano; luego se levantaron, lentamente. Observaron, sin decir nada. Mucho era obvio; se había acordado ya. Vista de pájaro, vista alta, hace cosas pequeñas, ve lejos. ¿Bien?

Ahora los mayores agitaron un brazo, chasquearon un dedo, agitaron de nuevo el brazo. ¡Calculad! Las cabezas se ladearon. El joven cazador se agachó, intentándolo. Aquí, los nidos-caja-monstruo. Aquí los espacios. Bien... una hierba de ancho y, con los dedos estirados, mucho menos.

Dominaban ya la conversión de las distancias a medidas familiares. Tantos pasos, tan difícil tirar y alcanzar el cavador que huye. Tan dura la carrera si los comehierbas llevaban tanta delantera. No había palabras para definir distancias tan largas, pero con la conversión era fácil.

Menos de un día corriendo por la hierba, más de un día de viaje por los árboles demasiado-altos. Los ojos se ensancharon. ¿Un día corriendo ARRIBA? Miraron el cielo azul, las espesas nubes. ¿A qué distancia estaban entonces las nubes? ¿Qué tamaño tenían? Los cálculos surgían con la misma facilidad que respirar: si era una carrera a toda velocidad, entonces la nube era más grande que cinco comehierbas, pero haría falta una mano de tornasol, luego era... del tamaño de una colina. Alguien nombró la colina, y otro más discutió por otra colina.

Algún monstruo allá arriba observando, un monstruo pájaro con ojos grandes. Tendría que tener ojos grandes para ver tanto en la oscuridad. Habían visto que la imagen se movía en la oscuridad también. La imagen nunca estaba oscura.

Una imagen, recordaron los mayores, es una cosa hecha. La elección del hacedor es si tiene que ser clara u oscura.

¿Un hacedor allá arriba? ¿Un monstruo aún esperando?

Ve lo que hacemos con este monstruo. Aprenderá de nosotros mientras aprendemos de él.

Sabe que matamos a los monstruos.

Un escalofrío los recorrió a todos. Los monstruos habían sido malos, habían robado los nidos, pero... si los monstruos eran capaces de caminar hasta tan ARRIBA, y quedarse y observar, tal vez...

¡Primero los nidos! dijo el feroz joven que pronto requeriría un terreno para anidar. Nidos perdidos, Pueblo perdido.

Murmullos conciliadores. Habrá nidos. Encontraremos nidos. Un nido para vosotros, para los jóvenes. Siempre nidos. Siempre.

Nidos aquí. Los más atrevidos miraron las cajas monstruo. Mano derecha tamborileando, no acuerdo. Los más atrevidos torcieron un cuello súbitamente demasiado grueso para las cintas del arnés de viaje, y miraron en otra dirección. Perdón. No queríamos ofender. Perdón.

Los más viejos se desmerearon, un largo brazo tras otro. Ya basta. Relajaos. A salvo aquí. Descansad.

Uno a uno se acomodaron. Los más viejos abrieron una calabaza y sacaron el silbato. Los más atrevidos estiraron los dedos. Unas cuantas notas lentas, arriba y abajo. Alguien agitó la calabaza; semillas y cuentas temblaron, bailaron, crearon un ritmo. Largos dedos engarfiados golpearon el suelo. Otro silbato, fluctuante al principio hasta que se volvió uniforme; los dedos chasquearon y bailaron juntos. Ahora las voces.

Buena caza, buena caza. Nueva caza, nueva caza. La música tomaba cauces familiares, asimilando cosas nuevas y dándoles la forma y el fuelle de lo conocido. Monstruo, monstruo, baile, baile. Monstruo, monstruo, cajas, cajas.

—Fuh —dijo la criatura cuando entró en la cocina. Ofelia sonrió. Así que era capaz de recordar. Eso parecía. No eran estúpidos, después de todo. Se acercó al frigorífico y lo abrió. La criatura se plantó frente a ella. Ofelia rascó con la uña un poco de escarcha acumulada y se la mostró a la criatura, que la olisqueó con los ojos desconcertantemente enfocados en ella en vez de en la escarcha.

Ofelia notó con sorpresa su lengua en el dedo antes de darse cuenta: estaba mirando al ser a los ojos. El seco roce la sorprendió; sintió que se le escapaba el aire y apartó la mano. La criatura parpadeó y se retiró también con una vaharada de aire que ella percibió caliente.

Caliente. Sangre caliente. Lo sabía. Había notado el calor de sus cuerpos contra el suyo la noche de la tormenta. Pero no había sido tan consciente del calor de su aliento. Se llevó las manos a la boca antes de darse cuenta; sólo pensaba en el olor de su propio aliento, en que podría resultar ofensivo. Aquel aliento, el de la criatura, olía de un modo extraño, pero no mal.

El ser la miraba ahora, le miraba el dedo. Volvió a sacar la lengua y se lamió lo que ella tuvo que considerar labios. No tan blandos y móviles como los labios humanos, pero diferenciados de la piel del rostro. De un marrón purpúreo más oscuro que el de éste. La lengua también era de una rosa más oscuro que el de las lenguas humanas. Era más tiesa, más seca que la lengua de un niño.

Ahora, mientras ella la miraba, la criatura extendió la mano hacia el frigorífico y rascó un poco de escarcha con el espolón. Lo lamió con rápidos movimientos de su lengua. Luego arrancó otro pedazo y se lo ofreció a Ofelia, tendiendo la mano ante su boca.

¿Qué significaba eso? Ofelia miró la oscura uña con su capa de escarcha

fundiéndose, los ojos marrón dorado. ¿Esperaba que ella le lamiera el dedo?

Lo acercó más a sus labios. Ofelia tragó saliva, viendo cómo la primera gota de agua se derretía en la escarcha.

La cortesía pudo más que la cautela. Sacó la lengua y tocó con cuidado la escarcha. Fría, por supuesto. Bajo la escarcha, su lengua notó la dura y lisa superficie de la uña, el espolón o lo que fuese. Como su propia uña, en absoluto repugnante, sólo una dura superficie lisa cubierta de algo frío.

—Fuh —murmuró la criatura.

—Fuh —reconoció Ofelia. A sus hijos les gustaba comerse la escarcha del frigorífico; la mayoría de los niños lo hacía, en verano.

Se dio la vuelta, encontró un cuenco y una cuchara de madera y sirvió más escarcha en él. Se lo tendió a la criatura, quien lo tomó y se quedó allí plantada como si no supiera qué hacer a continuación. Al menos no le lamería los dedos si estaba ocupado sosteniendo el cuenco. Tal vez ni siquiera sabía que la escarcha se derretiría y se convertiría en agua.

Mientras tanto, el aire frío helaba sus pies y tobillos, y con la puerta abierta se malgastaba electricidad.

—No te quedes en la puerta —dijo Ofelia, y amablemente apartó a la criatura para poder cerrarla.

El ser se retiró, sujetando el cuenco pero sin mirar la escarcha. En cambio, la miraba a ella. Ofelia deseó que no lo hiciera. Ya tenía suficiente por el momento. Introdujo el dedo en el cuenco.

—Frío —dijo—. Puedes comértelo todo, si quieres.

El ser giró la cabeza, luego depositó el cuenco sobre la mesa y cogió otro trocito de escarcha con el dedo. Ella vio cómo sacaba la lengua (oscura, sí, y más correosa que las lenguas humanas, y más seca) y lamía la escarcha. Miró a Ofelia. Ella suspiró y cogió un poco de escarcha que no quería en realidad, sólo para ser amable. Tal vez eso era lo que el ser pretendía. La criatura metió otro dedo en el cuenco y se lo lamió, luego esperó. Eso debía de ser lo que quería. Que se turnaran. ¿Pensaba que iba a envenenarlo, o estaba siendo amable? No tenía ni idea. El frío en la boca le pareció agradable, mejor de lo que recordaba. Dejó que la escarcha se derritiera en su lengua, que corriera por las comisuras de su boca.

La escarcha se fundió antes de que terminaran de turnarse. La criatura metió el dedo en el agua y se tocó la larga protuberancia de encima de la boca que ella consideraba su nariz. Una vez más, se tocó ambos párpados. Empujó el cuenco hacia ella. Ofelia, con el ceño fruncido, metió el dedo en el agua fría. No sabía lo que significaban los gestos; casi tenía miedo de copiarlos, pero también tenía miedo de no hacerlo. ¿Qué estaba diciendo, si tocaba con agua su nariz, sus párpados? Podía ser algo sobre oler, sobre ver... pero ¿qué? Se llevó el dedo mojado a la nariz, luego a los párpados.

La criatura gruñó y salió de la cocina sin mirar atrás. ¿Ahora qué? ¿La había

insultado, o se marchaba a decirles a sus amigos lo que ella había hecho? Ofelia se acercó a la puerta para ver. El ser saltó la verja y se marchó camino abajo. Ahora se fijó en que daba grandes zancadas apoyándose principalmente en los dedos, bajando sólo ocasionalmente el talón.

Ofelia se encogió de hombros. Había preparado el pan para hoy; no tenía que preocuparse por las criaturas constantemente. Cortó varias rebanadas de una hogaza y comió. Estaba bueno, desde la dura corteza hasta la miga blanda del interior.

¿Eran las criaturas igual que el pan? Ya las había tocado varias veces pero aún no estaba segura. Tenían la piel (si era piel) más dura que la suya, pero no más que los callos de sus manos y pies. ¿Eran blandas por dentro? ¿Eran sus músculos tan blandos como los músculos humanos, o duros como su piel? ¿Debían su forma a los huesos o a la dura piel exterior?

Se encontró contemplando el pan con renovada atención. Había recibido lecciones de ciencias hacía mucho tiempo, y a nadie parecía haberle importado demasiado si realmente entendía a los seres vivos. Una clase especial comprendía eso, igual que una clase especial entendía de naves espaciales o de gobiernos. Lo que les importaba, lo único que les interesaba era que aprendiera a hacer lo que le decían y no causara problemas. Incluso cuando Humberto insistió en que los dos acudieran a clases nocturnas para conseguir la cualificación de colonos, a los instructores no les había importado si entendía las máquinas que le enseñaban a atender y reparar. Sigue las instrucciones, le decían. Sigue los diagramas. No es más difícil que hacer un vestido a partir de un patrón, le dijo uno de ellos. Incluso las amas de casa como tú pueden hacerlo. Ella resistió el dolor de su desdén y demostró que podía, en efecto, seguir el diagrama con precisión.

De los seres vivos recordaba palabras e imágenes dispersas: células rodeadas de una piel llamada membrana, endoesqueletos como el del hombre y exoesqueletos como el de las moscas. Las células eran redondas u ovaladas, con más formas redondas en el interior. Se parecían bastante a los agujeros del pan, aunque eran más pequeñas. Ofelia recordó haber visto una cuborrepresentación de una disección; el cuchillo del instructor abrió el vientre de la temblorosa rata y la sangre hizo que los niños de la clase se burlaran y dijeran cosas crueles. Algunas niñas apartaron la mirada, pero ella había visto la intrincada maraña de intestinos, los brillantes pulmones rosados, el pequeño y oscuro corazón latiendo.

Había sentido latir su propio corazón. Fue la primera vez que realmente lo advirtió. Imaginó a alguien acechando sobre ella con un gran cuchillo, preparado para clavárselo en el vientre. Y había sucedido, pero no a ella, cuando a su amiga de la infancia hubo que abrirla el vientre para que tuviera a su hijo. Donna nunca le había perdonado que no fuera a visitarla al hospital; Donna había adivinado que era debido a algo más que a tener que hacer el equipaje.

Pero las criaturas que había allí y ahora... Ofelia se obligó dejar de enviar disculpas mentales a Donna, que probablemente estaría ya muerta en aquel mundo

lejano donde fueron amigas de la infancia. Aquellas criaturas no encajaban en ninguna de las categorías que le habían enseñado. Sabía que no las había aprendido todas bien; en su colegio los niños aprendían sólo la biología que necesitaban, la de los seres vivos que tenían inmediatamente a su alrededor, una pequeña selección de la rica biología terrestre original.

No eran plantas, estaba segura. Así que eran animales: insectos, peces, mamíferos, aves, reptiles, anfibios. No eran insectos, porque los insectos no tenían el aliento caliente. No eran peces, porque vivían en la tierra y respiraban aire. Podrían ser anfibios, aunque no tenían aspecto de ranas o sapos, y no sabía si ponían huevos. ¿Aves? Las aves tenían plumas y alas, pico y no boca. La gente criaba aves para comérselas, pero incluso éstas tenían plumas y alas pequeñas. Ella las había visto. Estas criaturas no tenían plumas, ni alas; tenían boca, con dientes. ¿Reptiles? Los reptiles tenían escamas, no eran de sangre caliente y además eran mucho más pequeños. ¿Mamíferos? Los mamíferos tenían pelo y daban leche: ella no veía pelo alguno en aquellos seres, y nada parecido a pechos.

En los otros mundos donde se había encontrado vida animal, la gente había hecho nuevas clasificaciones. Ofelia sabía de su existencia pero no tenía ni idea de cómo eran, ni en qué rasgos se basaban. No sabía cómo eran las células o la sangre de aquellos seres. (¿Podría llamarla siquiera sangre cuando la viera? ¿O estaban secos por dentro? No, porque sus heces eran húmedas.)

Ofelia masticó lentamente el pan, tratando de sacar de su memoria información que seguramente no había considerado prioritaria en su momento. Pasó un buen rato antes de que se diera cuenta de que era probable que encontrara más información en los ordenadores.

«Archivos del Consorcio. Informe sobre el intento de recolonización de 3245.12 después del fracaso de la colonia de Sims Bancorp y la subsiguiente pérdida de licencia.»

El estudio de los documentos presentados como prueba por Sims Bancorp durante la vista indicó que el fracaso de su colonia pudo ser debido, en parte, a la mala elección del terreno. Un factor importante fue sin duda que no se restituyeron las pérdidas producidas por las condiciones climatológicas, pero, si el emplazamiento de la colonia hubiera sido el adecuado, quizás hubiera progresado moderadamente al menos. Según los archivos meteorológicos, las recurrentes tormentas marinas ciclónicas con inundaciones asociadas causaron pérdida de vidas, de ganado, de equipo (barcos, otros vehículos) y de las cosechas.

Por este motivo, Zeoteka O.S. decidió emplazar su concedida nueva colonia en la Zona Templada Norte, cerca de un río pero no en su cuenca (ver cartas y datos adjuntos). Se cree que los datos del meteosatélite indicaron que el lugar escogido para el campo de aterrizaje de la colonia no se había inundado en cuarenta y dos años de observación.

Para la inserción de la colonia se siguió la práctica estándar según se especifica en la decimocuarta edición del *Manual unificado de campo*.

El capitán Gian Vasoni, al mando de la nave de carga *Ma Jun Vi* anotó observaciones durante varios días. La evacuación de la colonia tropical de Sims Bancorp se había completado según lo previsto; el emplazamiento de esa colonia era claramente visible en la banda ancha. Los espectros de infrarrojos indicaron que la central de energía no había sido desconectada adecuadamente, pero no había ninguna actividad indicadora de restos de población.

Sims Bancorp sostiene que, según sus archivos, la central fue desconectada, pero que había animales nativos en la región que podrían haberla conectado accidentalmente en el tiempo transcurrido: las máquinas abandonadas no habían sido destruidas porque se creía que no había vida nativa inteligente (ver datos de exploración originales).

El capitán Vasoni autorizó vuelos de lanzaderas de exploración para proporcionar datos sobre el lugar propuesto para la colonia. Los vuelos registraron datos similares a los de la exploración original. Temperatura, humedad, mezcla de gases; todo estaba dentro de los límites. Había pequeños rebaños o grupos de animales salvajes en las cercanías, pero ninguno a menos de cinco kilómetros del campo de aterrizaje previsto. Tampoco había ningún signo de actividad que sugiriera la presencia de formas de vida inteligentes, y mucho menos hostiles, al personal no especializado. No tenían a ningún xenotecnólogo o equivalente a quien consultar.

Al término de los vuelos de exploración requeridos, el capitán Vasoni autorizó la retirada de las cápsulas de los colonos y los primeros aterrizajes no tripulados de equipo robótico pesado. La preparación del lugar se desarrolló con normalidad y las primeras lanzaderas con colonos aterrizaron sin incidentes. Las instalaciones progresaban y se inició el montaje de los refugios prefabricados. Entonces el controlador de campo informó de la súbita aparición de vida salvaje en masa, al este (por donde sale el sol).

Al principio se pensó que la masa de vida salvaje era una estampida de animales de alguna especie, quizás asustados por el ruido de las lanzaderas. El controlador de campo disparó cartuchos de humo para desviarlos. Quedó claro que los animales eran hostiles y que atacaban el grupo de aterrizaje. No se sabe con certeza que armas utilizaron (ver análisis militar adjunto), pero algunas de ellas eran con toda seguridad de proyectiles y explosivos. Se perdió una lanzadera en el campo de aterrizaje debido a un proyectil que impactó y explotó con suficiente fuerza para romper los tanques de combustible y volarlos. Se supone que no fue un disparo intencionado; fueran lo que fuesen esas criaturas, no tenían experiencia anterior con las lanzaderas.

El capitán Vasoni rehusó acertadamente enviar apoyo adicional al grupo de tierra. Los archivos del juicio muestran que el capitán no tenía recursos para una acción militar ni personal experimentado con que llevarla a cabo. Es más, el capitán Vasoni advirtió que las acciones de esos supuestos animales reflejaban posible inteligencia (según se define en la sección xxxii, subsección 14, del *Tratado general de exploración y desarrollo espacial*), y que las regulaciones que rigen el Contacto Alienígena tenían prioridad sobre el resto. Por desgracia, los colonos que ya habían aterrizado fueron derrotados por las criaturas y se perdieron muchas vidas. El capitán Vasoni se enfrentó a una considerable oposición a bordo de su nave por abandonar al personal de tierra; fue necesario impedir con violencia un amotinamiento.

A causa de los retrasos provocados por la pérdida de personal, tanto en el intento de aterrizaje como en el motín, y las prolongadas negociaciones de adjudicación, la historia completa de este trágico asunto acaba de llamar la atención de la Oficina de Asuntos Alienígenas. Claramente, es imperativo que enviemos un equipo de Contacto experimentado para calibrar la cultura nativa (?) y su nivel tecnológico. Ya que la Colonia Sims Bancorp dejó varios aparatos avanzados prohibidos en los mundos que no pertenecen al tratado, debe preocuparnos el destino de ese equipo. Los pocos datos que tenemos sugieren que la cultura nativa (?) inteligente (?) responsable de la reciente debacle es una sociedad nómada que vive en una sola región y pastorea el equivalente local de ganado rumiante. Ya que ninguno de éstos crece en los trópicos, puede que no haya encontrado aún el emplazamiento de Sims Bancorp. Pero si lo hiciera, y si la central de energía está todavía en funcionamiento (como sugieren los datos del capitán Vasoni), entonces nos enfrentamos a una crisis. Una especie agresiva y hostil de esa índole no debe manejar tecnología avanzada demasiado pronto.

Autorización 86.2110. Contacto Alienígena, secundario. Líder del equipo: Vasil Likisi. El propósito de la misión es calibrar:

- 1) inteligencia,
- 2) organización social,
- 3) nivel tecnológico,
- 4) grado de hostilidad.

Si es posible, tratar de conseguir acuerdo nivel uno del *Tratado General*. En cualquier caso, asegurar la central de energía de la colonia de Sims Bancorp y demás tecnología prohibida.

—Fue una estupidez de principio a fin. No me importa lo que digan, apuesto a que Sims lo sabía todo... estaban jodidos porque habían perdido la licencia.

—No aparece en ninguno de sus datos internos. Digo que no lo sabían, y que los imbéciles encontraron I-crítica la primera vez que hicieron la exploración.

—Tonterías. Tenían que saberlo. A menos que nadie comprobara los registros del meteosatélite... mira, aquí: No se puede decir que eso sea territorio intacto.

Kira Stavi se acomodó en su asiento y escuchó la disputa. Vasil Likisi, jefe de equipo experimentado... y un cuerno. Vasil Likisi papanatas corporativo era más acertado. Vasil perorando sobre Sims... ¿no había trabajado una vez para Consol Varis, una de las adquisiciones menores de Sims? Miró la pantalla en vez de entrar en la discusión que Vasil pretendía claramente entablar con Ori... Ori podía llevarla. Y la pantalla tenía su interés. Aunque no había textos, ella sabía por propia experiencia que las bandas púrpura y amarillas eran espectros de emisión termal ampliados por contraste. Vetas regulares y puntos, demasiado regulares. Vasil tenía razón en eso, al menos.

Ori sacó a colación el argumento que ella quería mencionar, cuestión que había tratado de defender antes.

—¿Es posible que nos encontremos en una emergencia a causa de una especie?

—Imposible —rezongó Vasil—. Son esos zoquetes de Sims...

—No veo por qué es imposible. —Ori no levantó la voz, pero no se había dejado intimidar por Vasil y lo dejó claro—. Sólo porque nunca lo hayamos observado antes no significa que no pueda ocurrir. En teoría, tiene que suceder alguna vez.

—Las probabilidades...

—Ahora no significan nada. Lo que importa es lo que es.

Ori, siempre con sus dichos peloristas. Vasil se puso aún más rojo, si eso era posible. Había llegado el momento de enfriar un poco los ánimos, en opinión de Kira.

—¿Qué hay de la fuente de calor en el antiguo emplazamiento de Sims? ¿Estamos seguros de que no es una ocupación ilegal?

Vasil frunció el ceño, pero se mantuvo tranquilo cuando Ori se volvió hacia ella.

—Dijeron que no. —Ori se frotó el puente de la nariz—. Sorprendió al capitán Vasoni, pero no se trataba de ningún movimiento organizado. Lo buscó. Aquí...

Tocó la pantalla, que cambió de emplazamiento, luego de escala. El trazado original del campo de aterrizaje de las lanzaderas se había borrado ya. La vegetación tropical, se recordó Kira, lograba eso en muy poco tiempo. Los edificios seguían enteros... bueno, tenían que construirlos resistentes. Un puñado de manchas aquí, ovejas marcadas; otro cerca del río, vacas. Tenían el tamaño y la temperatura adecuados, quizás el ganado sobrevivía sin cuidados humanos tanto tiempo.

—¿Ha consultado alguien a los veterinarios?

—Oh, sí. Y hemos preguntado el tamaño de los rebaños originales. El actual está dentro de los límites de lo posible. Los animales no sobrevivirán otra década sin cuidados, pero en número están por debajo de la capacidad de los pastos y pueden alimentarse también en los huertos del poblado.

—Tenemos un punto caliente en pleno poblado —dijo Vasil, pero más tranquilo—. Vasoni no lo siguió todo el tiempo, así que no estamos seguros de que sea el mismo pero, en cualquier caso, no es humano. No sigue las pautas adecuadas. Los colonos de Sims informaron de la existencia de una especie trepadora y diestra en el bosque cercano, que se acercó al principio a la colonia. Si fueran terrestres serían monos. Los expertos dicen que se trata de un individuo de esa especie. Es más pequeño que los grandes del norte.

—Mnnn. —Kira no estaba convencida—. ¿Alguien ha comprobado la lista de personal de la evacuación de Sims?

—En la medida de lo posible. Cabe la posibilidad de que los datos de la colonia que entregaron hayan sido manipulados, por supuesto, pero dicen que se llevaron a todo el mundo. Unos cuantos viejos murieron en tránsito, como era de esperar. Podríamos confirmarlo si Vasoni hubiera tenido el buen sentido de obtener una visual de grano fino de la antigua colonia de antemano, pero, cuando se dio cuenta de que necesitaba una, tenía un motín con el que tratar.

—Bien, pues. —Kira esperaba volver al problema real, los alienígenas—. ¿Alguna idea sobre dónde encajarían esos tipos en la escala Varinge?

Eso los hizo volver al tema, desde luego. Ambos frunció el ceño, suspiraron, las cosas típicas que la hacían preguntarse por qué continuaba en el servicio. Trabajo en equipo, ja.

—Ningún artefacto —dijo Vasil—. Ni siquiera sabemos si tienen metales.

—Faltan menos de diez días para que nuestra nave parta, y no sabremos nada más hasta que salgamos de velocidad MRL y podamos averiguarlo. Vasoni tuvo suficiente sentido común para emplazar una vigilancia permanente sobre la zona.

Kira miró el resto de la lista. Un especialista en lingüística, por supuesto, aunque

hasta aquel momento el historial del personal de lenguas alienígenas era algo desalentador. Escogiendo suplentes con especialidades ligeramente diferentes, cubrirían una amplia gama: biología, asesoría tecnológica, lingüística, antropología... pero algo tan importante requería un equipo más grande. Sobre todo cuando el líder de tal equipo era un enchufado político que había usado sus influencias en el servicio a corporaciones y al Gobierno. El problema era la capacidad de la nave de transporte. Nadie quería perder el tiempo que habría hecho falta a una nave ordinaria para desplazarse lentamente hacia el punto de salto hasta el planeta deseado... lo que significaba meter a todo el mundo en una nave militar capaz de realizar el tránsito interior en días, no en meses.

Y eso significaba soportar presencia militar. Kira se preguntó qué opinarían los otros al respecto. Después de todo, aquellos seres habían matado a los colonos, a todos ellos, así que sin duda eran peligrosos. Los militares podrían protegerlos. Por otro lado, los militares solían considerarse al mando, incluso cuando no era así. Se suponía que aquella era una misión científica y diplomática.

Ofelia descubrió que a todos les encantaban los frigoríficos, sobre todo la escarcha que se formaba en las paredes. Dos veces entró en su cocina para encontrarse abierta la puerta del frigorífico y a uno de ellos rascando con la uña mientras un segundo sostenía el cuenco. La primera vez, el que sostenía el cuenco lo dejó caer, exactamente igual que un niño culpable, cuando la vio entrar; los dos inclinaron un poco la cabeza y se marcharon. La segunda vez (¿era una pareja diferente?) los dos la miraron fríamente y siguieron comiendo escarcha hasta que ella los apartó y cerró la puerta con firmeza. La diferencia en la reacción le pareció muy humana: algunos reconocían las reglas que había que observar, incluso mientras las quebrantaban, y a otros no les importaban.

Se alegraba de haber desconectado los frigoríficos de casi todas las otras casas. Se habría tenido que pasar todo el tiempo comprobando las puertas. No era sólo el despilfarro de electricidad, sino el uso y abuso de los motores de los frigoríficos. Al menos, no los tocaban. Ella había conseguido convencerlos (no estaba segura de cómo) de que no debían desmontar las cosas. Encendían y apagaban las luces, y usaban el agua, pero eso no causaba ningún daño. A Ofelia le preocupaba que llegaran a poner en marcha algunos de los vehículos del campo de aterrizaje, pero no lo habían hecho. Quizás aquellos vehículos no funcionaban ya de todas formas, después de haber soportado las tormentas. Ella no los había utilizado desde... no podía recordarlo. Desde antes de que llegaran las criaturas, desde luego. Quizá por eso no habían experimentado con ellos.

En realidad no eran tan nocivos como los niños. Sí tremendamente curiosos, como críos, pero, contrariamente a ellos, comprendían dónde estaban los límites. Lo más frustrante era no poder llevar a cabo sus propósitos sin soportar la curiosidad y la

atención de aquellos seres. Cuando trataba de pintar cuentas, uno de ellos se encargaba de meter un espolón en las pinturas; cuando trataba de ensartar las cuentas, una gran cabeza alargada gravitaba sobre el trabajo, observando. Cuando cosía, uno de ellos extendía la mano para tocar el hilo «ayudando» a sacarlo de la bobina y sujetándolo. Ella no tenía forma de explicar que necesitaba la ligera tensión de la bobina para controlar la consistencia de sus puntadas. Si trataba de trabajar en el archivo, se apretujaban en la puerta por ver correr las palabras por la pantalla.

Era como tener niños cerca; nunca conseguía hacer nada en paz. Cuando sabía que alguien observaba qué colores, texturas, formas, puntadas, palabras escogía, no podía concentrarse. Incluso cuando las criaturas no la interrumpían intencionadamente, su interés era ya una interrupción.

Ofelia trató de implicarlos en proyectos propios, como habría hecho con unos críos. Si se hubiesen entretenido con algo, ella habría podido continuar con sus actividades. Les ofreció cuentas beige del fabricante para que las pintaran, trozos de tela e hilo de colores. Pero aunque las criaturas trenzaban el hilo, e incluso mojaban las cuentas para colorearlas, no se contentaban con nada. Justo cuando ella los creía entretenidos, y murmuraba para sí mientras decidía qué hacer a continuación, allí aparecían de nuevo. En grupo, junto a ella. Observando.

Fuera, era más soportable. Al aire libre no parecían tan grandes; su presencia le resultaba menos abrumadora. Se acostumbró a tener a uno de ellos en el huerto, ansioso de coger los babosos que le lanzaba. Ya no derribaban el maíz, ni aplastaban las hojas de las calabazas. La seguían mientras hacía sus comprobaciones regulares sobre el estado de las ovejas y las vacas.

Con el tiempo los animales se acostumbraron a ellos y dejaron de apartarse. Caminar en un día de brisa con uno o dos de aquellos seres podía ser casi agradable. Ofelia empezó a hablarles de forma bastante natural, e imaginaba el significado de los gruñidos y graznidos que recibía a cambio.

Pero de puertas adentro, siempre eran una molestia: un poco demasiado grandes para compartir con comodidad los espacios de trabajo, aunque decididos a aprender lo que ella hacía y cómo. Ofelia se sentía constreñida, invadida. No intentaban entrar si les cerraba una puerta, pero no conseguía relajarse preguntándose qué estaban haciendo fuera.

También eso era como tener niños alrededor. Más de una vez se había refugiado en el cuarto de baño cuando sus hijos eran pequeños, aunque nunca se ocultaba mucho tiempo. Sabía demasiado bien lo que podía suceder con los niños. Con estos seres, no lo sabía. Sólo cabía preocuparse.

El próximo a anidar decidió primero. Es un guardián. Un guardián de nidos.

El tamborileo de la mano derecha vaciló, recuperó la firmeza. No puede ser; esto no son nidos.

Nidos eran. Rápidos gestos evocaron la máquina y sus imágenes. Nidos eran... el guardián se queda.

Tamborileo de la mano izquierda. Así es, eran nidos, y podría ser el guardián... el único guardián que queda.

Viejo... debe de ser muy viejo. Movimientos de hombros, una mirada amable a sus mayores, mucho más joven que los mayores de su Pueblo, pero viejo.

Y el próximo a anidar añadió: sabe mucho sobre las cajas y cosas que se encienden y se mueven y hablan...

Si es habla.

Es habla. Les responde.

Cosas que hablan.

Eso en un tono que expresaba hambre más que palabras, un gruñido visceral. Todos se enderezaron un poco, respirando más rápido: presa a la vista. Cosas que hablaban, que hacían cosas, cosas que podían reconocer como útiles, para mover agua, para hacer calor y frío, para dibujar imágenes y hacer ruidos. Cosas más peligrosas como aquellas que los monstruos habían usado para destruir la reunión de nidos. Ya saboreaban aquella sangre brillante, aquella inteligencia inquieta.

Nutriría a los jóvenes, dijo el que estaba próximo a anidar. No obtuvo respuesta, pero los que estaban a punto de anidar siempre decían lo obvio, y repetidamente; así se sabía que lo estaban. Aquel conocimiento en la cabeza del monstruo, aquellas cosas, nutrirían a sus jóvenes si...

No es comestible, les recordaron los mayores. Es un monstruo; no nutrirá. Un rápido aleteo de la mano derecha tamborileando, luego de la mano izquierda y seguidamente una confusión de ritmos mientras decidían. Por supuesto que no se podía comer; los guardianes eran guardianes, no presas.

No comido. No comido, pero... ¿saboreado? No. Una sacudida del ritmo, de la náusea que habían sentido al probar los monstruos muertos de los terrenos de anidada. «Respirado», dijo alguien finalmente. Un vasto jadeo, mientras todos probaban esa idea. Respirado. Sí. Como se pasaban cosas nuevas unos a otros, exhalándolas al aire y volviendo a captarlas, así respirarían la sabiduría del monstruo.

Su habla. ¿Quién aprenderá a respirarla?

Una exhalación áspera y gutural de todos. Un suave aleteo de golpes con los nudillos en vientre y pechos, las bocas abiertas, probando los sonidos.

Es difícil. Eso de los más jóvenes. Los ojos en blanco.

Es un monstruo; no va a ser fácil.

Los cantores lo harían mejor. Los ojos se volvieron en dirección a los cantores; no había ninguno auténtico con ellos, ninguno había estado lo bastante interesado, no teniendo la historia de la invasión y la guerra para cantar.

¿Quién irá?

Silencio. Sin tamborilear; ahora sabían cuáles eran sus opciones, y su decisión se formó en silencio. Uno se levantó, luego otro. Un momento de pausa y se levantó un

tercero.

Es demasiado importante. Debemos tener las tres patas del taburete.

Mano izquierda tamborileando, lenta y triste, pero sin ninguna sombra de debilidad.

¿Conocer el monstruo?

Mostrar el monstruo. Aprenderemos.

Por la mañana, todo el grupo (si en efecto eran todos) esperaba ante su casa. Ofelia los miró, preguntándose qué se avecinaba. Tres de ellos se acercaron y, uno tras otro, se agacharon hasta poner la cabeza a la altura de su cintura. ¿Qué era aquello?

—¿Necesitáis algo? —preguntó ella. Debía de ser una reverencia, pero ¿qué significaban las reverencias para ellos? No hubo respuesta, ni siquiera los gruñidos que ahora producían regularmente como respuesta a sus palabras—. ¿Queréis frío?

Abrió la puerta y les invitó a pasar. Ellos no entraron, sino que los demás se apartaron y dejaron que los tres empezaran a caminar calle abajo.

Sorprendida, Ofelia los siguió. ¿Intentaban guiarla a algún sitio donde algo necesitaba reparación? Cuando se internaron en la calleja que conducía a la parte del asentamiento que daba al río, estuvo segura de eso. Tal vez se tratara de las bombas, aunque el agua había brotado de sus grifos y su ducha con normalidad esa mañana. Quizá querían que les mostrara cómo funcionaban los controles. Llevaba tiempo esperando eso.

Los tres dejaron atrás la sala de bombas, seguidos por ella y los demás. A Ofelia le recordó una procesión, o alguna clase de ceremonia en la que no sabía qué pintaba. Dejaron atrás las casas y se internaron en el prado, hacia el río. Ofelia redujo el ritmo. No le gustaba caminar entre las hierbas altas; le cortaban los pies y marcaban su piel desnuda de finas rayas que le escocían.

Ahora los tres se detuvieron y se volvieron hacia ella. Se inclinaron otra vez. Uno se acercó y tocó con su espolón uno de sus collares. Un ligero escalofrío. Luego un amplio gesto con los brazos, como queriendo abarcar toda la zona, y una sacudida de la cabeza en dirección al río. La certeza invadió en la mente de Ofelia: se marchaban. ¿Todos ellos? Se volvió a mirar a los de detrás. Permanecieron inmóviles. ¿Iban a tratar de obligarla a marcharse? No podía. Le era imposible comer su comida: tenían que saber eso.

El que le había tocado el collar lo hizo de nuevo; esta vez le rozó la piel con el espolón, delicadamente, sin arañarla. ¿Qué? ¿Quería eso? ¿Y por qué? Ofelia se llevó las manos al collar y, lentamente, se lo sacó por encima de la cabeza. Era el que tenía núcleos de baboso entre las cuentas que había fabricado y pintado, verdes, amarillas con unas cuantas azules. No era su favorito. No le importaba regalarlo, si se trataba de eso.

Se lo tendió; y la criatura lo cogió, mirándola a los ojos como para memorizar su rostro. Si se marchaba, quizás eso haría exactamente. Cuando finalmente apartó la mirada, guardó el collar en una de las calabazas que colgaban del cinto que llevaba al hombro y cerró el tapón firmemente. Tras otra reverencia, los tres se volvieron.

Ofelia no los había visto cerca del río hasta entonces; no sabía si eran capaces de nadar... sintió una puñalada de temor por ellos, como si fueran niños al fin y al cabo. En el río vivían seres que se comían a otras criaturas acuáticas; la colonia había perdido un niño por culpa de algo escamoso con dientes grandes. Entonces vio el esbelto bote salir de entre los juncos e internarse en el río, y advirtió de nuevo lo extraños que eran, lo adaptados que estaban a su mundo. Habían fabricado una embarcación larga y estrecha con algo (¿piel?) cosido alrededor de un armazón de madera curvada. Las costuras formaban un dibujo irregular; Ofelia se preguntó cómo la sellaban para protegerla del agua. Y los remos, largos remos dobles con la pala afilada, se hundieron en el agua. La extraña barca se deslizó por la superficie con tanta rapidez y facilidad como cualquier barco terrestre.

Los colonos nunca habían tenido nada parecido. Ella nunca había imaginado algo así. Los botes de la colonia eran de una sola pieza, con capacidad para doce adultos, de extremos cuadrados y con un pequeño motor en uno de ellos. Ofelia recordaba haber ayudado a construir la rampa para botarlos durante aquella primera estación. El fabricante no podía construir nada de ese tamaño; cuando los botes se perdieron, se las apañaron sin ellos. A nadie se le había ocurrido construirlos así de pequeños. Ofelia lo miró, tratando de imaginar cómo cubrir con la piel de una vaca un armazón de madera. Quizás era factible... si alguien tenía primero la idea.

Miró a los seres que se habían quedado. Ellos contemplaron el bote alcanzar la otra orilla del río, parecía ya una diminuta rendija; con un último saludo, sus compañeros desaparecieron en el bosque. Constructores de barcos. Diseñadores de barcos. Tenían que haber construido aquel bote después de llegar al río; no los imaginaba cargando con botes como ése por las llanuras en las que vivían.

Aunque hubiera hablado su lenguaje, no habría tenido que preguntar por qué se marchaban: iban a comunicar a otros seres su existencia. No la habían matado (todavía, trató de recordar eso), y ya habían aprendido suficiente para contárselo a otros. ¿Vendrían más? ¿O acabarían por marcharse todos? Era una idea: tal vez se marcharían y la dejarían en paz de nuevo, para continuar con la vida que había elegido, sin tener que prestarles atención.

Por un instante cedió a la contemplación de esa posibilidad, aquel maravilloso estado. Pero no lo creía. Su paz ya se había quebrado, por la nueva colonia, luego por las criaturas. Sabía, como si formara parte de los comités que tomaban las decisiones, que al final alguien acudiría a estudiar las criaturas que habían matado a humanos.

Por la mañana sus criaturas seguían allí. Ofelia había pensado que tal vez fueran a

abandonarla, a continuar su camino o tal vez a cazar en el bosque, ahora que habían enviado noticias a casa. Pero permanecieron cerca, casi tan molestos como lo había sido el grupo completo. Muy gradualmente, empezó a imitar sus gruñidos y graznidos, con cautela, haciendo extrañas muecas con la boca. Ellos se la quedaban mirando y le contestaban con otros gruñidos y graznidos que ella no entendía. Parecía más cómodo emitir los sonidos que ellos producían, como podrían haber hecho con unos bebés.

Se habían convertido en individuos, aunque Ofelia no sabía lo que significaba la individualidad. No distinguía machos de hembras, ni jóvenes de viejos, ni ninguna función social. Los nombres que les fue dando obedecían a lo que advertía. Músico, que soplaba el instrumento tubular que más le gustaba; Matador, que había clavado su cuchillo en el escalador (a ella le hubiera gustado que se marchara con los otros pero no lo hizo); Jardinero, que no atendía el jardín pero la acompañaba a menudo para saborear los babosos.

Pasaron los días. Músico pintaba y ensartaba las cuentas de un collar... azules principalmente, y unas cuantas verdes y amarillas. Con aquellos espolones resbaladizos no podía sujetar el pincel como lo hacía ella. Así que, arrancaba una astilla de una rama, clavaba en ella una cuenta y luego la sumergía en la pintura. Ofelia observaba, sorprendida, mientras el exceso de pintura goteaba por la rama (perfectamente sujeta con las puntas de los espolones) y hasta que colocaba la cuenta en una rama más grande. Cuenta tras cuenta, pintadas de la misma forma, hasta que la rama empezó a parecer uno de los árboles festivos que Ofelia recordaba vagamente de los edificios públicos de su infancia. Para mayor sorpresa, la criatura arrancó una astilla para cada color. A los niños había que enseñarles a limpiar los pinceles después de usar cada color, pero esos seres no eran niños. Ni tampoco eran humanos, aunque a medida que fueron pasando los días eso le resultó más difícil de recordar.

Cuando las cuentas se secaron, la criatura las ensartó en una trenza de hierba, no en el cordón que Ofelia le ofreció. Y cuando terminó su trabajo, le tendió el collar entero, enganchado a un espolón. ¿Un regalo para sustituir el que ella le había dado? No podía estar segura de nada. Lo cogió y se lo puso. El ser le hizo una reverencia y emitió uno de sus ruidos; Ofelia decidió que parecía feliz. Sonrió y le dio las gracias en voz alta, como habría hecho con una persona.

El que llamaba Matador rondaba por los prados; al principio Ofelia temió por el ganado, pero nunca faltó ninguna cabeza. Cuando fue a comprobarlo, Matador la acompañó, deteniéndose en ocasiones para rascar con sus largos espolones los macizos de hierbas más altas. Una vez incluso se arrojó al suelo, cerca del río, y rodó sobre su espalda como los pollos cuando se revuelcan en el polvo. Ofelia sonrió antes de poder controlarse. Estaba ridículo chapoteando en la tierra de esa forma, incluso sin alas que menear. No consiguió imaginar qué estaba haciendo, a no ser que la hierba le aliviara algún picor.

Jardinero continuaba ayudándola a encontrar y exterminar babosos. No parecía

tener ningún otro interés. A menudo faltaba del grupo que la molestaba en el centro y aparecía cuando trataba de iniciar alguna tarea. En varias ocasiones encontró marcas de arañazos en la tierra alrededor de las plantas, como si hubiera cultivado o recogido semillas mientras ella no estaba. Quizá sólo recogía babosos, o tal vez probaba para qué servían su pala y su rastrillo.

Oyó el sonido desde el interior, mientras se secaba después de la ducha. Un grito largo y rítmico, varias voces. El corazón le dio un vuelco, luego se le desbocó. En la calle hubo un grito de respuesta, más cercano, y luego el rápido chasquido de las criaturas que corrían.

Sus amigos (¿sus familias?) debían haber llegado. Ofelia terminó de secarse los dedos de los pies muy despacio, para tener tiempo de pensar. Otro cambio. Estaba cansada de cambios, pero el mundo aún no se había amoldado a su gusto. ¿Cuántos habían venido esta vez? ¿Y le permitirían, igual que sus criaturas (casi se permitió pensar en ellas como amigas), la libertad de hacer lo que quisiera?

Se puso los collares que había dejado en la mesa de la cocina. No le parecieron suficientes. Abrió la puerta y no vio nada en la calle. Junto al río oyó voces excitadas, luego el ganado. Reflexionó. ¿El traje en el que había estado trabajando, tiras en forma de lazo con brillantes colores... o el de la tormenta marina, o la capa que había bordado con flores y caras? Las voces se acercaron. La capa: tardaba menos tiempo en ponérsela y la tenía en casa. Con la capa sobre los hombros, y los collares encima, aún sentía que le faltaba algo. Brazaletes en las muñecas, sí, y el gorrito de punto que una vez se había puesto en la cabeza: recordó que las criaturas habían abierto mucho los ojos al verlo.

Salió, bajó por la calle y luego giró hacia el río. Iría a su encuentro, no esperaría en casa. Era su poblado, después de todo. La capa volaba un poco debido a la brisa; contempló las caras boca abajo con sus ojos bordados. No recordaba por qué aquella tenía tres ojos, ni por qué había puesto una doble hilera de ojos a cada lado, entre las caras de delante y las flores de detrás.

Unas cuantas criaturas caminaban hacia ella procedentes del río. Ofelia reconoció su collar en una de ellas. ¿Habían regresado los tres originales? Entre los recién llegados, vio uno mucho más oscuro que los demás y otro que llevaba una capa celeste que casi le llegaba al suelo.

Se detuvo ante la última casa. Los seres se acercaron a ella; cargaban sacos. ¿Comida? ¿Equipo? Y los nuevos (al menos el de la capa azul) se movían más despacio que los que ella conocía.

De cerca vio que eran obviamente el mismo tipo de criaturas, pero de una inteligencia distinta. Nunca había advertido mucha organización entre aquellos seres, ni estaba segura de quién estaba al mando. Excepto cuando iban a cazar, al parecer se pasaban los días sin hacer otra cosa que seguirla y estudiarla. Ahora advirtió que sus

criaturas se habían replegado al final del grupo. El ser de la capa iba primero, como si tuviera ese derecho.

El corazón le latía con fuerza, la sangre le zumbaba en los oídos. ¿Era miedo o excitación? Miró al ser de la capa, tratando de encontrar alguna pista en sus rasgos. Bajo la capa apenas podía ver unas cintas y correas de las que colgaban el mismo tipo de bolsas y calabazas a las que estaba acostumbrada.

El ser se detuvo a unos cinco metros de ella. Los demás se pararon detrás. La brisa hizo ondear la capa de Ofelia y levantó la de la criatura, que extendió las manos lentamente, las volvió, mostró los dedos. Eso lo entendió: manos vacías, ninguna amenaza. No tenía que creerlo para responder. Extendió sus propias manos con las palmas hacia arriba.

El ser unió las manos espolón con espolón, adoptando una postura similar a la de los orantes que ella recordaba de la infancia. Imitó de nuevo aquella pose. Fuera lo que fuese lo que aquellas criaturas le daban a entender, no era lo mismo que predicaba su gente. Ella nunca había creído en lo que los suyos predicaban. La culpabilidad la asaltó un instante, luego la descartó. Las criaturas no podían saber que ella nunca había sido creyente.

El ser de la capa extendió ahora los brazos en un lento gesto que abarcaba el poblado situado detrás de Ofelia; luego los cerró como si envolviera un paquete, que le tendió. Si ella se enteraba de algo, eso significaba: «Todo este lugar es tuyo.» ¿O se lo preguntaba? Ofelia recordó una canción infantil: dibujó con las manos un gran círculo en el aire, indicó con una mano desde allí al horizonte y luego repitió el gesto envolvente que el ser había empleado. Le tendió el paquete invisible, como si fuera a la vez grande y precioso. Todo este mundo es vuestro, pretendía decir.

Tras los recién llegados, sus criaturas se agitaron un poco, aunque el de la capa estuvo un buen rato sin apenas reaccionar. Luego miró a su alrededor, e hizo un gesto a las otras criaturas. Dos de ellas (Músico y otra nueva) sacaron sus instrumentos y tocaron una débil tonada contra el viento. Entonces empezó el tamborileo.

Ella sabía, naturalmente, que tenían tambores. Los había oído antes, noche tras noche. Pero no había imaginado cómo lo hacían, o cómo acabaría por afectarla.

Sus gargantas se hincharon, convertidas en bolsas grotescas; sus brazos se retorcieron. Parecían vibrar de arriba abajo. Y de las gargantas distendidas procedía el brusco latir del ritmo. Ofelia lo sintió temblando en el aire, recorriendo su cuerpo como si fuera uno de ellos, mucho más fuerte que el tamborileo que sus criaturas habían hecho hasta entonces. Las plantas de los pies le vibraban con un ritmo distinto, sin igual, como si un ejército marchara a un ritmo propio, sin relación con la música. Cuando miró, sus criaturas daban golpes con los pies al unísono pero no al compás del tamborileo más alto.

No le gustaba la sensación de discordancia; su cuerpo quería moverse con una cosa o con otra, pero no podía hacerlo con las dos. ¿O sí? Sus pies se agitaron; sintió la discordancia convertirse en sincronía y sus brazos se alzaron, oscilaron... Entró en lo que le pareció a la vez danza y canción, aunque nunca había bailado así antes y no tenía ni idea de lo que cantaban sus movimientos a las criaturas que habían iniciado la música.

Golpe y golpe, un paso y otro paso. Ahora el ritmo entrecruzado se hizo más firme; Ofelia se dio cuenta de que estaba marcando los golpes acentuados y los pies de ellos imitaban los suyos. ¿Qué había cambiado? No estaba segura. Se sentía agitada pero a la vez ligera, dispuesta a bailar mucho tiempo.

Sus criaturas se apartaron del fondo del grupo, hasta situarse como alas a su flanco. Ofelia los miró. Músico, Cazador/Matador, Jardinero, los otros para los que aún no había encontrado nombre. Se acercaron un paso, sin dejar de bailar. Ofelia retrocedió; ellos avanzaron. La comprensión llegó con un rápido tamborileo, con el movimiento al unísono de sus pies hacia los de ella. No entraría en el poblado sin su guía, su... ¿permiso?

Un momento de rebelión: ¿qué iba a hacer ella con todas aquellas criaturas? La molestarían aún más que las que ya conocía. Pero la música la sostuvo, la fortaleció. No podía detenerlos si querían venir, y de esta forma vendrían en paz, siguiendo su voluntad. Dio una vuelta, un brazo extendido: también esto puede ser vuestro.

Entonces, con el tamborileo combinado de cavidades vocales y pies, los condujo al poblado. Tras ella, el tamborileo se convirtió en un único batir que sentía en todo su cuerpo como si la propia tierra latiera. Los condujo calle arriba dejando atrás las casas cerradas, el lugar donde había visto al primero asaltado por la tormenta, la casa donde se habían refugiado juntos. Llegó a la plaza, dejó atrás la calle de su propia casa y luego llegó al centro. Allí la respiración le falló; se detuvo, inclinándose con la mano en el costado.

El tamborileo redujo su ritmo; se hizo más suave y más vocal, casi una canción, casi palabras. Sus criaturas se acercaron. ¿Estaban preocupados o, simplemente, hambrientos? Ofelia extendió una mano para apoyarse en la pared. Resultaría gracioso: ahí estaba, el centro de atención, la que había atraído a criaturas alienígenas

desde miles de kilómetros; como no era más que una vieja podía morir de excitación y hacerles perder el tiempo. Se rió al pensarlo a pesar del dolor, la risa la hizo toser.

Cuando pudo volver a respirar con normalidad, todos estaban esperando, en silencio, situados en círculo alrededor. El de la capa la miró, la cabeza ladeada.

—Ya estoy bien —dijo Ofelia—. Es simplemente que soy vieja.

El ser parpadeó. Luego, lentamente, se inclinó como lo había hecho ella; se llevó la mano al costado y tosió. La tos era entrecortada como la de un niño que acaba de aprender a toser en público. Bajó la mano y la alzó poco a poco hasta la altura de ella... y agitó aquellos largos dedos en un trazo horizontal, alzándolos y bajándolos como si marcara intervalos. Por último mantuvo la mano quieta. Alzó la otra al encuentro de la primera con el mismo movimiento de aleteo, sobrepasó un poco su altura y luego cayó de repente. Entonces la criatura bajó las dos manos y agachó la cabeza.

Ofelia reflexionó. Si ella hubiera hecho eso, ¿qué habría significado? Bajó la mano y empezó la secuencia. Crecer, por supuesto. Entonces el nivel aleteante sería la vida adulta y la súbita caída la muerte. El corazón se le aceleró súbitamente. Se sintió mareada. ¿Era una pregunta o una observación de que estaba cerca de la muerte? Ella no distinguía qué edad tenían... ¿cómo podían saber que era vieja?

Continuó la secuencia, preguntándose qué significaban para las criaturas los pequeños movimientos de bajada en el aleteo horizontal (no tenía idea de si marcaban el tiempo por estaciones, años u otra cosa), pero continuó el horizontal más rato de lo que había hecho la criatura de la capa. Quería crédito por cada año que había vivido. El corto periodo desde el ahora (la mano quieta) hasta el declive final lo indicó de forma distinta, agitando la mano más ampliamente. No sabía lo que iba a entender la criatura, pero lo que pretendía comunicar era incertidumbre. Podía morir hoy, o dentro de un año, o de tres; no tenía modo de saberlo.

Las criaturas guardaron silencio hasta que terminó, luego los que ella conocía empezaron a hablar. El de la capa los mandó callar con un gesto. Dio un paso hacia Ofelia y, lentamente, extendió un espolón hacia su capa señalando la cara de tres ojos que tenía bordada; luego, muy despacio, sus propios ojos, y otra vez la cara de la capa.

No, no podía explicar eso. Ella misma no sabía por qué había puesto tres ojos en aquella cara. Se encogió de hombros y extendió las manos. No la entenderían, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tras un largo silencio, Músico graznó algo al de la capa, quien contestó con un gruñido. Entonces Músico tocó el brazo de Ofelia, amablemente, y la empujó hacia la puerta del centro.

Ella quiso decir que era su puerta y que decidiría cuándo dejarlos entrar. Quiso que se marcharan, todos ellos, pues se dio cuenta de que aquello iba a significar más trabajo, más interrupciones, menos intimidad. Miró a Músico, que ahora miraba a Capazul, (así había decidido llamarlo). Capazul gruñó algo a Músico, quien

retrocedió de inmediato. Capazul hizo una reverencia.

Ofelia bien podría terminar de una vez. Abrió la puerta del centro y les indicó que entraran.

Sólo Capazul la siguió. Allí, en el limitado espacio del pasillo, oyó su respiración, el chasquido de sus uñas contra el suelo; pudo oler su aroma. Ofelia se movió despacio, abriendo las puertas de ambos lados mientras se dirigía al fondo del edificio. Salas de costura, sala de control, almacén, la gran cocina comunitaria. Ante cada puerta, Capazul se detenía y miraba. Ofelia nombró las habitaciones, pero no entró en ninguna. Capazul tampoco entró, pero la siguió.

En la cocina, abrió y cerró el grifo del agua, porque recordó cómo eso había fascinado a las primeras criaturas. Capazul siseó pero por lo demás no reaccionó. Quizás ya le habían hablado del agua que salía de las paredes. Luego abrió los grandes frigoríficos de almacenamiento. Capazul se inclinó, se echó aire frío en la cara. Luego cogió un poco de escarcha con su oscuro espolón; la probó igual que habían hecho sus criaturas.

—Fuh... —dijo. Ofelia se lo quedó mirando. ¿Le había transmitido la palabra una de sus criaturas? ¿Habían comprendido de verdad que sus palabras eran un lenguaje?

—Frío —dijo. Entonces palmeó el costado de la caja—. Frigorífico. El frigorífico crea frío.

—Fuh... ghrihzhuh...

El segundo sonido, claramente diferenciado del primero, no se parecía a nada que Ofelia hubiera dicho. Trató de recordar sus palabras exactas. Frigorífico. El frigorífico crea frío. ¿Era un intento de decir «frigorífico»?

—Frigorífico —dijo despacio la palabra—. El frigorífico crea frío.

Lenta, claramente.

—Ghrihzhuh aaaaks fuh —dijo Capazul, pronunciando cada palabra tan cuidadosamente como ella. ¿Significaba eso que intentaba decir lo que Ofelia decía? Quiso creer que sí. Lo había creído de los niños.

—Frigorífico —repitió. Lo volvió a abrir; metió la mano y sacó un paquete de comida. Le tendió el paquete—. Comida en frigorífico.

—Dhuh ih ghrihzhuh —dijo. Extendió la mano y sacó otro paquete—. Dhuh...

Era claramente una pregunta, pero la entonación era diferente a la suya, descendente en vez de ascendente.

—Comida —asintió ella. Naturalmente, no entendía aún la palabra. Pero Capazul parecía mucho más sensible que las primeras criaturas. ¿Por eso lo habían traído? Si eran como su propia gente, los primeros que la habían encontrado eran exploradores de algún tipo, entonces Capazul podía ser algo parecido a un especialista. ¿Un especialista en lenguajes?

Capazul volvió a guardar el paquete en el frigorífico y se dio la vuelta. Ofelia guardó el suyo y cerró la puerta. Capazul se acercó a los fregaderos. Tocó el control del grifo. Naturalmente, quería conocer más palabras; los niños que aprendían a

hablar se comportaban así también. No querían practicar hasta decir bien una palabra, sino aprender los nombres de todo lo que veían.

Ofelia abrió el grifo.

—Agua —dijo, metiendo la mano bajo el chorro. Capazul colocó el espolón bajo el agua.

—Yahguh —dijo, con una especie de mueca gutural al principio de la palabra.

—Aaa-gua —dijo Ofelia, muy despacio otra vez. Capazul acercó el espolón al grifo.

—Aaaaks yahguh...

Otra vez aquella entonación descendente que, según sospechaba, era una pregunta.

Ofelia trató de ordenar las ideas: si «ghrihzhuh aaaaks fuh» significaba «frigorífico crea frío», entonces tal vez «aaaaks» era lo más parecido a «crear». En ese caso, el ser acababa de decir «crea agua». Ofelia se sintió orgullosa. No era difícil para alguien que había tratado con generaciones de bebés que empezaban a hablar. Era demasiado vieja para aprender su idioma, pero ellos podían aprender el suyo.

—Abre el agua —dijo, girando el mando para aumentar el chorro—. Agua cae. —Lo cerró—. Apaga el agua. Agua cerrada.

—Aaaaks yahguh cae.

Ofelia se sorprendió. Un «cae» bastante aceptable. ¿Por qué no podía decir «abre» si podía decir «cae»? Capazul tocó el control.

—Aaaaks yahguh cae.

Ofelia volvió a girar el mando. Capazul ladeó la cabeza. ¿Aprobación? ¿Reconocimiento? ¿Gracias? No lo sabía.

—Aaaaks yahguh ada.

¿Haz agua... ada? Cerrada. Ofelia giró el mando.

—Agua cerrada —dijo.

Otra vez aquel movimiento de cabeza. Luego Capazul se volvió buscando claramente algo en la habitación. Algo de lo que le habían hablado los demás, no había duda; pero ¿qué exactamente? Ofelia decidió que era lo obvio y se acercó a la puerta. Cuando la criatura la siguió, señaló los interruptores de la luz y luego al techo.

—Luces —dijo. Luego, con un toque—: luces apagadas. Luces encendidas.

Las «eles» de la criatura eran un gorjeo, un sonido ondulante y más prolongado que ninguno que Ofelia hubiera oído.

—Lllahtsss. —La palabra terminó en un explosivo «tss»—. Lllahtsss idas. Aaaaks lllahtsss ada.

Ofelia las apagó. Capazul extendió la mano y las volvió a encender, repitiendo sus nuevas frases: «Luces apagadas; luces encendidas.» Luego tocó el interruptor, no lo suficientemente fuerte para apagar la luz.

—Interruptor —dijo Ofelia—. Interruptor de la luz. El interruptor enciende y apaga las luces.

Lo dijo despacio, con una cuidadosa pausa detrás de cada palabra.

La criatura intentó imitar el sonido. Ofelia reconoció solamente el «chor» del final de la palabra. Lo que la criatura había oído y tratado de reproducir no se parecía en absoluto a «interruptor». La criatura ladeó la cabeza, y ella lo intentó de nuevo. «Interruptor» no se prestaba demasiado a la lenta forma de pronunciar que había usado con las otras palabras, dada su longitud. Cuando Ofelia trató de pronunciarla despacio, su propia versión no le pareció adecuada.

Esta vez, Capazul dijo «khuhchor». No creía que fuese capaz de hacerlo mejor. Ofelia se conformaba, de momento. Era mucho más acertado que lo que ella podía conseguir con la mayor parte de sus sonidos.

—Khuhchor aaaaks lllahtsss.

Ofelia lo tradujo como habría hecho con el habla de un bebé. ¿El interruptor hace luces? Ahora, ¿cómo iba a explicarle que el interruptor no hacía la luz, sino que la controlaba? ¿Necesitaba explicar eso ya? Si no lo hacía, tendría más problemas más tarde... lo sabía por experiencia. Ya estaba perdida desde que aceptó que los controles de los grifos hacían y deshacían el agua.

De repente, la tarea de enseñar su lenguaje a las criaturas volvió a parecerle difícil. Necesitaba las palabras más sencillas que los niños aprendían solos, los síes y noes del discurso de todas las madres.

—El interruptor enciende las luces —dijo—. El interruptor apaga las luces.

Volvió a hacer la demostración. Capazul la miró con los ojos ligeramente dilatados.

—El interruptor no hace luz —dijo muy lentamente. Capazul parpadeó—. No hace luz —repitió Ofelia—. Enciende luz. Apaga luz.

—Nnnaht.

Capazul ladeó la cabeza. Luego acercó los espolones al interruptor y apagó las luces.

—Lllahtsss awk. Nnnaht lllahtsss.

—No luces —reconoció Ofelia, en la habitación a oscuras. Volvió a encender las luces—. El interruptor enciende las luces. Las apaga.

—Aaaaks lllahtsss endeh. Aaaaks lllahtsss pagah. Nnnaht aaaaks lllahtsss...

—Eso es —dijo Ofelia. Iba a funcionar después de todo. Era más rápido que un niño y había captado rápidamente lo que significaba «no». Pero regresó al frigorífico. Ofelia lo siguió.

—Ghrihzhuh aaaaks fuh.

—El frigorífico hace frío, sí.

Capazul se acercó al fregadero y tocó el grifo.

—Aaaaks yahguh.

Ofelia sacudió la cabeza.

—Abre el agua. Cierra el agua.

Capazul agitó la mano bajo el grifo.

—Nnaht yahguh.

—Eso es —dijo Ofelia—. Ahora no hay agua. —Tocó el mando—. Esto abre el agua.

—Aaaaks yahguh nnaht.

—Eso es. No... —advirtió que no entendía eso todavía—. No hace agua, la abre. Como las luces.

Le sorprendía la rapidez de su pensamiento, la forma en que comprobaba su capacidad de comprensión.

Ahora hizo un gesto, como si lanzara algo hacia fuera.

—Aaaaks lllahtsss.

Oh. Quería saber qué hacía las luces. Ella estaba demasiado cansada para eso. Tardaría días y días en explicar la central energética, la electricidad, los cables, los tubos... si pudiera recordarlo todo, que no podía.

Quizá comprendería las imágenes de la sala de control, aunque al parecer los otros no las habían captado. Ofelia lo guió hasta allí. Oyó un chasquido a su espalda. Cuando miró hacia atrás, Capazul había apagado las luces. Sorprendente.

La sala de control, con sus muchas hileras de interruptores teclados, pantallas y paneles de luces, le arrancó un siseo a Capazul. Ofelia abrió el manual de mantenimiento del suministro eléctrico. Frunció el ceño al ver las ilustraciones que iban pasando ante ellos. Todo era demasiado complicado. Ella sabía lo que significaban, pero si confundirían a otro ser humano, mucho más a una de estas criaturas. Se volvió para decirle algo a Capazul y lo vio contemplando la pantalla.

—Aaaaks...

La mano hizo un gesto hacia arriba mientras la pantalla corría. ¿Qué la movía? Ofelia no estaba preparada para esto. No sabía cómo explicar el movimiento de la imagen a un niño, mucho menos a una criatura alienígena que no hablaba su idioma. Salió del manual de mantenimiento, ignorando los ruidos de Capazul, y encontró los archivos educativos. Allí, a un nivel más sencillo, con las ilustraciones más claras, encontraría algo que Capazul fuera capaz de seguir.

Encontró el boceto que recordaba: una planta de la central de energía que incluía las conexiones con los otros edificios.

—Central de energía —dijo Ofelia, señalando el dibujo—. Hace electricidad.

No, eso era demasiado difícil.

—Hace zzzzt. Zzzzt en cables. —Movié el dedo a lo largo de las líneas—. Zzzzt hace la luz.

La expresión ilegible de Capazul podría haber sido cualquier cosa, desde comprensión ansiosa hasta confusión absoluta. Extendió el espolón hacia la pantalla, señalando el dibujo de la central.

—Heh-hahl heeihaa.

Bastante cerca. Central de energía. Entonces Capazul se apartó, se volvió hacia la puerta y trazó un círculo.

—Oh... ¿dónde está? Puedo enseñártelo.

Ofelia se levantó, aseguró los controles con el dibujo aún en la pantalla, y se acercó a la puerta. Capazul, al contrario que las primas criaturas, se apartó rápidamente. Ella lo guió al exterior. Los otros seres estaban agazapados en la calle, discutiendo algo más ruidosamente que nunca. Al ver a Capazul, guardaron silencio. Capazul murmuró un complejo y singular graznido; dos de ellos los siguieron.

Ofelia no se apresuró. Ya había bailado y le dolían las rodillas. Además, no estaba segura de que debiera enseñarle a Capazul la central de energía. De momento las criaturas respetaban los límites que había fijado; la respetaban porque podía hacer que las luces funcionaran y el agua fluyera. Nunca le habían pedido ver la central de energía; no comprendían cómo funcionaba todo. Sin duda Capazul no sería capaz de entender sólo con mirar... pero ¿y si lo hacía? ¿Y si aquellas criaturas eran capaces de usar las herramientas, las máquinas? Si las controlaban por su cuenta, si no la necesitaban, ¿qué le ocurriría a ella?

Capazul tampoco parecía tener prisa. Se detuvo ante la primera puerta y trinó. Una de las criaturas respondió. Capazul inclinó la cabeza hacia Ofelia. Tenía que ser una pregunta. La pregunta lógica era si aquella era su casa. Pero los otros se lo habrían dicho. Quizá quería saber qué era.

—Casa —dijo Ofelia. ¿A quién había pertenecido? Le sorprendió descubrir que le fallaba la memoria. No había pasado tanto tiempo. ¿A Tomás y Serafina? ¿Luis e Ysabel? Todavía pensando, descorrió el cerrojo de la puerta exterior y la abrió. La casa estaba oscura y olía a humedad. Ofelia se zambulló en la fresca penumbra, se abrió paso hasta las ventanas y abrió los postigos. Cuando se dio la vuelta, Capazul estaba todavía en la puerta con la cabeza ladeada.

—Pasa —dijo Ofelia, haciendo un gesto.

Capazul entró, sus uñas chasqueando en el suelo enlosado. Ofelia abrió las otras puertas para enseñarle los dormitorios, los armarios. Un trozo de tela podrida despertó su memoria y le hizo recordar que la casa pertenecía a Ysabel; la tela era parte de una vieja colcha que Ysabel había cortado para hacer trapos antes del traslado de la colonia. El cuarto de baño con su ducha (Ofelia abrió y cerró el agua para hacer una demostración), la puerta que comunicaba la cocina con el huerto. Capazul la siguió, atento. Uno de los otros seres tocó el frigorífico (Ofelia lo había desconectado hacía mucho tiempo) y dijo «Fuh», luego gruñó. Abrió la puerta. Capazul murmuró un brusco graznido, y el otro cerró la puerta como si le hubiera golpeado los dedos.

Como si Capazul fuera su padre y le hubiera desobedecido Ofelia saboreó ese pensamiento. ¿Era Capazul un adulto y los demás realmente niños? Le gustaba la idea de que Matador fuese un niño indisciplinado, pero no había dejado de advertir los largos cuchillos que los recién llegados llevaban también, incluso Capazul.

Capazul tocó amablemente el frigorífico y miró a Ofelia. ¿Pedía permiso? Ella asintió y abrió la puerta.

—Ahora no frío —dijo—. Desconectado.

—Fuh nnaht —dijo Capazul. Frío no. Contempló la caja; Ofelia contuvo la respiración. No era posible que supiera qué hacía que la caja funcionara o no. No había tenido tiempo suficiente con el frigorífico del centro. No podía...

Inclinándose, Capazul miró detrás del frigorífico. Tras mirar a Ofelia, se agachó, extendió la mano y sacó el extremo del cable.

—Aaaaks fuh —dijo, con la entonación que Ofelia ahora consideraba una pregunta.

Se sintió más fría que el frigorífico. ¿Cómo lo había pillado tan rápidamente? Los niños pequeños aprendían... pero veían a alguien enchufar y desenchufar aparatos. Estas criaturas no tenían electricidad, ¿no? No podían haber comprendido cómo funcionaba sin ningún lenguaje común. Sin embargo, las preguntas de Capazul eran tan directas... debía de ser más listo de lo que ella creía. ¿Más listo que los humanos? No quería considerar esa pregunta.

—Bzzz hace frío —dijo Ofelia. ¿Tendría que darle una palabra para el cable? Mejor que sí; sería más fácil hablar del tema si lo hacía—. Esto es un cable —dijo, tocándolo—. Cable. Bzzz en cable hace frío.

—Zzzz... —dijo Capazul—. Heh-hahl heehaa aaaaks zzzzt.

Se detuvo, dando tiempo a Ofelia a traducir mentalmente: «Central de energía hace electricidad.»

—Zzzz en kableh, zzzz aaaaks fuh.

Sí, la electricidad del cable hacía que el frigorífico enfriara; pero ¿cómo había deducido que la electricidad viajaba por el cable? No era una cosa evidente. No podía haber visto los cables tras los frigoríficos del centro; estaban ocultos por los propios aparatos. Ofelia asintió, olvidando de nuevo que no entendían esos gestos.

Capazul se abrió la capa y desató una bolsa que colgaba de una de sus correas. Sacó de ella un fino cilindro tan largo como el antebrazo de Ofelia. Le pareció que era madera o un tallo grueso. Capazul lo alzó con una mano y sopló colocando la otra ante el extremo abierto. Luego, con mucho cuidado, le cogió la mano y la situó sobre el extremo. Ella sintió la corriente de aire. Pero ¿por qué?

Capazul habló, un rápido galimatías que no pudo seguir. Luego redujo el ritmo. Un jadeo, una pausa, luego «en» y un espolón golpeó el cilindro. ¿Aire en el cilindro? Ofelia asintió, esperando que fuera lo adecuado.

—Yahguh en... —un graznido gutural. Ofelia parpadeó. Agua en... algo. ¿Aire en el cilindro, agua en el cilindro? ¿En algo parecido al cilindro? En un tubo, tal vez... ¿era ésa su palabra para tubería?

—Tubería —dijo—. Agua en tubería.

Se quedó sin respiración. No podía creer que la criatura estuviera haciendo aquellas conexiones.

Capazul ladeó la cabeza. ¿Era su forma de asentir? Repitió la secuencia: [soplido] «en», gesto al cilindro.

—Yahguh en kubeh... kubeh...

Debía de estar tratando de decir tubería. Ofelia lo intentó de nuevo.

—Tubería.

—Kubeh —volvió a dar un golpecito al cilindro, impidiendo otra corrección—. Yahguh en kubeh... zzzz en kableh.

Había captado la idea completa. Como el aire en un tubo, como el agua en una tubería, la electricidad fluía a través de cables. Ofelia había conocido a niños a quienes les resultaba difícil de comprender, que habían insistido en que la electricidad no podía fluir porque los cables no estaban huecos. Y aquella criatura lo había deducido tras echar una mirada a los aparatos y los cables, a los bocetos elementales de los programas de enseñanza.

Ofelia sintió frío en todo el cuerpo. Eran criaturas peligrosas; habían matado a humanos. Y ella los estaba exponiendo a la tecnología humana... al ritmo al que éste aprendía, no pasaría mucho tiempo antes de que estuvieran construyendo sus propias naves espaciales.

Pero tampoco podía detenerlos. Incluso antes de que supiera que estaban allí ya debían de haber adquirido suficiente información para ser peligrosos. Cuando advirtió que estaban aprendiendo demasiado, ya lo habían aprendido.

Su mente revisó el razonamiento, discutiendo con la antigua voz si era culpa suya o no. La vieja voz acusó, como siempre; la nueva voz defendió. La vieja voz se deshilachó, audible por fin como los fragmentos que la habían integrado: su madre, su padre, la maestra de primaria que se había irritado cuando ella aprendía demasiado rápido, el maestro de secundaria que se enfadó cuando rechazó la beca. Humberto, Barto... incluso Rosara.

La nueva voz... le pareció que la nueva voz sonaba como ella misma, pero más joven. ¿Pero cómo podía estar segura? Insistió en que la culpa no era suya. Y pasó a señalar lo excitante que era esta oportunidad.

Ofelia soltó una carcajada, y Capazul se apartó, temeroso.

—Lo siento —dijo Ofelia, volviendo a su expresión normal. Capazul no sabía por qué se reía; tal vez incluso no supiera lo que significaba la risa. ¿Era capaz de explicar, incluso a sí misma, por qué se reía? Porque su lucha interna era bastante tonta, lo era tanto la preocupación por ser responsable de poner en peligro a toda la raza humana como el entusiasmo de la nueva voz por aprender de una raza alienígena.

Lo que aprendiera no sería de ninguna utilidad para nadie; se moriría y, si los otros volvían, no prestarían atención a nada que ella intentara dejar... suponiendo que las criaturas no lo destruyeran. Por un instante la asaltaron una pena y una desesperación tan repentinas como la risa. La muerte, a la que nunca había temido, se encontraba ahora al final del camino: oscuridad y nada más. Ofelia no había sabido hasta entonces que contaba con dejar sus memorias como glosas en el archivo oficial (algo suyo que perduraría, lo leyera alguien o no), no hasta que advirtió que aquellos

añadidos podían perderse.

Con la pena, cada dolor de su cuerpo se dio a conocer, como sus nervios tradujeran la emoción a signos físicos. El pesado latir de su corazón, el agudo dolor de su cadera, de su rodilla, la quemazón tras las costillas. El agotamiento pudo con ella, y buscó una de las sillas que todavía rodeaban la amplia mesa de la cocina. La acercó, arrastrando sus patas por el suelo. Capazul se envaró y separó un poco los brazos del cuerpo. Ofelia se sentó pesadamente. Pasaría; siempre lo hacía. Al cabo de unos minutos su respiración se estabilizaría; pensaría en algo agradable para ayudarse.

Contempló la cocina, la puerta abierta del huerto. Era uno de los huertos que no había cuidado, aparte de echarle algunas paletadas dispersas de inoculante terraformador del reciclador. Las habichuelas de flores cremosas habían invadido todo el espacio buscando con temblorosos tentáculos los nutrientes que ella no había proporcionado. La brisa hacía que se movieran aún más salvajemente y una vaharada de aroma de habichuela entraba por la puerta.

Ofelia inspiró. Sí. Siempre había algo para vencer el colapso momentáneo del cuerpo, si le dabas una oportunidad. Un color, un aroma, un poco de música. Esperó hasta estar segura de que su corazón se había apaciguado; luego echó atrás la silla y se incorporó. Tendría que cerrar la casa antes de marcharse, pero estaba muy cansada y, si quería llegar a la central de energía, no podía malgastar fuerzas.

Cuando se volvió hacia la puerta principal, Capazul trinó. Ofelia miró hacia atrás. El ser tenía en las manos la puerta del jardín; la movió unos centímetros, luego ladeó la cabeza. Tan claro como las palabras, pensó Ofelia. ¿Quieres que cierre la puerta? Ofelia asintió y gesticuló con las manos, una la puerta y otra la pared. Capazul cerró la puerta y luego, mientras ella lo observaba, los postigos. Al salir de la casa, cerró la puerta tras ellos y echó el cerrojo.

Ofelia tendría que haberse sorprendido, pero ya se había sorprendido demasiadas veces ese día. Era vieja, se recordó. Ya no le quedaba mucho de lo que sorprenderse.

En la central de energía, Capazul contempló los indicadores y los signos de advertencia como podría haberlo hecho un humano al entrar en un lugar extraño. Las grandes cajas y cilindros verdosos, los brillantes aislantes negros, el rítmico latido... Ofelia no había visto ni oído nada de aquello desde hacía años, desde su llegada, cuando ella y los otros colonos adultos aprendieron a operar la central y mantenerla. Ahora le parecía todo tan extraño como a las propias criaturas. No sabía cómo explicárselo a Capazul; recordaba las palabras, pero en realidad nunca las había entendido. El reciclador de desperdicios proporcionaba combustible; la central convertía ese combustible en electricidad mientras hubiera alguien que se asegurara de que todas las partes funcionaban.

—Zzzzt —dijo Capazul. Se acercó cuidadosamente a uno de los bultos verdosos. Ofelia se lo impidió.

—¡No! —dijo—. Lastima.

Simuló tocar la máquina y retirar la mano.

Capazul la contempló un instante, luego miró de nuevo a su alrededor. El buche de su garganta latió. Lentamente, con cuidado, se acercó a las otras máquinas pero manteniéndose a la distancia que Ofelia había indicado. Se estremeció de repente, luego se inclinó a un lado. Ofelia lo observó, sorprendida. Se inclinó al otro lado, luego volvió a enderezarse. Capazul extendió un brazo con la mano abierta hacia la máquina, pero sin intención de tocarla. Parecía casi como si tratara de calentarse las manos ante una hoguera, buscando el grado adecuado de calor.

Ofelia se quedó inmóvil hasta que el dolor de su cadera la obligó a cambiar de postura, y entonces se acercó. Capazul todavía permanecía junto a la máquina, extendiendo primero una mano luego la otra. ¿Qué estaba haciendo? Ofelia se aburría. Tenía sed y posiblemente, hambre; quería ir al baño.

Su irritación fue aumentando por momentos. Había sentido cierta obligación hacia aquella criatura como anfitriona, y luego fascinación por su rápida capacidad de aprendizaje. Pero si iba a quedarse allí como un pasmarote, ella tenía cosas mejores que hacer.

Esperaba que no se convirtiera en un churrasco al tocar algo. No era probable: la central había sido diseñada teniendo en cuenta que era para una colonia y que cabía la posibilidad de que los niños entraran ocasionalmente en el recinto solos. Si tocaba las tapas ni siquiera recibiría una descarga. Con un último suspiro dramático, Ofelia se encaminó hacia el cuarto de baño situado al fondo del pasillo.

—Volveré dentro de un minuto —dijo.

Capazul no se movió ni respondió. Bien. Que fuera descortés; ella podía cuidar de sí misma. En el pasillo, las otras criaturas se apartaron de su camino. Nadie trató de seguirla a la habitacioncita. Ahora comprendían que en estos sitios quería estar a solas.

Sentada en la taza, se calmó y se dijo que Capazul probablemente no pretendía ser grosero. Quizá le fascinaba el leve zumbido apenas audible. Ofelia recordaba que, de joven, se ponía a escucharlo (entonces sonaba más claro a sus jóvenes oídos, incluso más fuerte) tranquilizada por aquel sonido firme y regular.

Cuando salió, volvió a la sala principal. Encontró a Capazul en el mismo sitio todavía, moviendo las manos lentamente hacia la máquina y retirándolas. Eso no podía ser sano. Quizá sus oídos fueran más sensibles que los de ella, quizá tenía algún motivo animal para responder con más fuerza a aquellos sonidos, como las ovejas y las vacas respondían a sonidos que ella no oía en absoluto. Miró hacia la puerta y vio a las otras criaturas agrupadas allí. ¿Estaban preocupadas? Ella sí.

Se acercó a Capazul. Tenía los ojos vidriosos, desenfocados. Le tocó amablemente el brazo. Capazul se sacudió como si hubiera recibido una descarga y gruñó. Luego la miró.

—Estaba preocupada —dijo Ofelia—. Has estado así mucho rato.

Pensó que no importaba lo que dijera, si lo decía con calma.

—Tengo hambre —continuó, e hizo el gesto de meterse comida en la boca—. Hora de comer.

Otro suave gruñido. Entonces Capazul miró a los demás y empezó a hablar en su propio lenguaje. Cuando se volvió hacia ella, se inclinó un poco y dijo:

—Zzzzt... kruz h.

¿Kruz h? Ofelia no tenía ni idea de lo que significaba eso.

—Tengo hambre —repitió, y una vez más se llevó la mano a la boca. Esta vez, cuando se volvió, Capazul la siguió.

No tenía intención de llevarlo a su propia casa, pero el ser la siguió y sus propias criaturas ya habían entrado. Hacía tiempo que entraban; a menos que les cerrara la puerta en las narices o los expulsara, entraban y salían como si fuera su casa.

Capazul la observó mientras sacaba queso del frigorífico y salía a coger verduras frescas, mientras mezclaba y cocinaba las tortas y las rellenaba de queso y tomate a rodajas. Se había acostumbrado a comer delante de los que no comían (estaba claro que aquellas criaturas no podían comer su comida), pero la presencia de Capazul la molestaba.

—Ojalá pudiera compartirlo contigo —dijo, antes de tomar el primer bocado. Entonces se le ocurrió usar sal... la sal era inorgánica, un compuesto simple. Destapó el salero, cogió una pizca de sal y se la colocó en la palma. Extendió la mano sobre la mesa. Capazul se inclinó, acercándose. Entonces cogió la sal con un espolón y se lo llevó a la boca.

—Sal —dijo Ofelia—. Si podéis usarla...

Humedeció su espolón esta vez y tocó de nuevo la palma. Contra el espolón oscuro y brillante, los granos de sal resplandecían. Esta vez Ofelia vio su lengua tocar el espolón con un rápido lametón que no desperdiciaba ni un solo grano. Se sintió estúpida por no haber advertido antes que las criaturas serían capaces de compartir la

sal con ella.

Capazul le cogió la mano amablemente. Ofelia esperó. Abrió la boca, le mostró la lengua, luego inclinó brevemente la cabeza hacia la mano y la miró. Quería lamer la sal de su palma, eso estaba bastante claro.

Ofelia tembló. Prefería darle más sal en una cuchara o en un plato... y sin embargo se preguntó cómo sería. Era vieja: tal vez no tuviera otra oportunidad de averiguarlo.

Acercó levemente la mano a Capazul y asintió. De inmediato el ser inclinó la cabeza y le lamió la sal de la palma. Le hizo cosquillas, luego la raspó y, finalmente, volvió a hacerle cosquillas. Después Capazul retiró la lengua y apretó su firme boca contra la palma antes de soltarle la mano.

Ofelia advirtió sólo entonces que había contenido la respiración. Resopló. ¡Si Humberto hubiera hecho eso...! Pero era ridículo. Era una criatura alienígena, un monstruo, y ella una vieja. Se le escapó una risita nerviosa, y entonces recordó su comida. La mordió con ansia como para destruir esa sensación, aquel súbito pensamiento. Casi se atragantó con un bocado antes de obligarse a comer despacio y masticar con propiedad. Sería una auténtica estupidez ahogarse delante de Capazul, que no comprendería, que podría incluso sentirse responsable. Si aquellas criaturas tenían tales conceptos.

Terminó el resto de la comida con exagerado cuidado. Al final estaba tan cansada que se creyó capaz de apoyar la cabeza en la mesa y dormir hasta la mañana. Quería echar una siesta, la necesitaba. ¿Cómo hacérselo entender a aquella criatura, aun siendo lo suficientemente lista para averiguar que la electricidad corría por los cables igual que el agua lo hacía por las tuberías?

Capazul se levantó y señaló al techo. ¿Ahora qué? Trazó con el brazo un arco que Ofelia reconoció como el rumbo del sol. Luego empezó otra vez, detuvo el brazo en alto y cerró los ojos. Lentamente bajó el brazo hasta lo que Ofelia consideró el final de la tarde, y entonces los abrió.

Duerme, pensó ella. Y, después de todo, ha viajado hoy. Por supuesto que está cansado también. Ofelia asintió y cerró los ojos un largo instante. Cuando los abrió, Capazul salía por la puerta dejándola sola. Las otras criaturas lo rodearon, parlotearon como niños liberados del colegio. Ofelia los vio entrar en el centro y esperó haberse acordado de cerrar con llave la puerta de la sala de control. Estaba demasiado cansada para ir a comprobarlo.

Ofelia se despertó con el recuerdo de ese día, consciente de las cosas que debería haber encontrado un modo de transmitir. Capazul le había preguntado qué edad tenía; ella no le había devuelto la pregunta. La criatura le había hecho tantas, tantísimas preguntas inteligentes... y ella no había pensado en ninguna, ni siquiera en las de siempre, hasta ahora.

Era la edad. No podía esperarse que lo recordara todo, que pensara en todo, que lo hiciera todo.

Esa antigua excusa parecía poco consistente. No se trataba de un supervisor para quien una vieja temblorosa era sólo una molestia, que podía conseguir respuesta a sus preguntas en cualquier otra parte o en cualquier otro momento. Ella era la única persona disponible, tenía que pensar con claridad o... o no estaba segura de qué pasaría pero sería peor. Hasta qué punto o de qué modo, no lo sabía.

No había querido más responsabilidad. No había querido más trabajo. Pero el mundo, decía su madre a menudo, no se adapta a tus deseos, igual que la masa no se mezcla sola cuando tienes hambre. Eso era verdad; nunca había visto que sucediera de otro modo. Contrariamente a las cosas esperanzadoras que había leído en el colegio y en los libros de la División Colonial de Sims Bancorp, las sombrías declaraciones de su madre siempre se correspondían con la realidad en la que vivía. Ahora tenía que mezclar la masa y esperar (sin estar segura) que el pan fuera comestible. Con un suspiro, se levantó y fue a buscar a Capazul.

Encontró a las criaturas donde suponía, en el pasillo del centro. Capazul la saludó con una inclinación de cabeza; Ofelia repitió el gesto. El ser señaló la puerta de la sala de control. Ofelia sacudió la cabeza: sus criaturas habían aprendido a comprender que eso significaba no, y creía que ya se lo habían contado a Capazul todo sobre ella. Se acercó en cambio a una de las puertas que no había abierto desde la marcha de los colonos. Era el aula de enseñanza primaria; tal vez contuviese aún algunos modelos de aprendizaje.

Capazul la siguió, como esperaba. Y uno de los otros seres. Ofelia buscó en los cajones y encontró el modelo que esperaba. Si accionabas la pequeña palanca, parte del modelo giraba y, de un modo que Ofelia nunca había comprendido del todo, creaba una leve corriente que encendía una bombilla diminuta. Eso si la bombilla funcionaba todavía. Ella conocía el nombre de todos los componentes del circuito y sabía cómo arreglarlo cuando se estropeaba, pero nunca había entendido por qué unos pequeños imanes giratorios al pasar ante unos haces llamados escobillas daban corriente al cable conectado a la bombilla. Era capaz de recitar lo que decían las cintas de formación, pero no tenía sentido para ella.

Con todo, era cuanto podía hacer. Ofelia sacó el modelo y le quitó la capa de polvo. Era difícil de limpiar, eso lo recordaba bastante bien, y si tenía demasiado polvo no funcionaba bien. Empujó la manivela. No se movió. Siempre había hecho falta un brazo fuerte para que girara a la velocidad requerida. Empujó con más ganas y la manivela se movió rechinando a regañadientes.

No siempre había sido tan difícil. ¿Estaba realmente tan débil que no podía hacer funcionar un juguete infantil? Ofelia lo miró y, de pronto, recordó el cierre de seguridad. ¿Dónde se soltaba? Aquí. Lo empujó y lo soltó. Ahora la barra giró, más y más rápido, mientras ella movía la palanca. Antes hacía un sonido característico, pero ya no pudo oírlo. No apartó la mirada de la bombilla... ¿era eso un débil resplandor?

—Apaga la luz —le dijo a Capazul, como si la entendiera. El ser extendió la mano hacia el interruptor y la habitación quedó a oscuras. Ahora los dos vieron un ligero brillo anaranjado. Ofelia empujó con más fuerza y el resplandor se convirtió en amarillo.

—Aaaaks lllahtsss —dijo Capazul. Le tocó la mano con los espolones, y Ofelia soltó la palanca. Antes de que se detuviera, Capazul empujó, más rápido y más fuerte que Ofelia. ¿Había usado una palanca antes? Normalmente los niños pequeños tenían problemas para aprender a hacer ese movimiento de rotación, aparte del de adelante y atrás que resultaba natural. La luz aumentó, de naranja a amarilla a casi blanca. Con esa luz, Ofelia vio la otra mano de Capazul, cerca de la dinamo, acercándose y retirándose como había hecho en la central de energía. Podía recibir una descarga desagradable... pero no intentó tocarla. Era como si palpara la superficie invisible.

Ofelia decidió que era hora de arrojar más luz sobre el asunto. Encendió de nuevo la luz de la habitación. Los grandes ojos de Capazul parecieron destellar en oro cuando sus pupilas se contrajeron. Soltó la palanca y la barra se detuvo; la luz se fue apagando hasta que la iluminación de la sala la ocultó. Ambas manos gravitaban ahora sobre la dinamo, acercándose y retirándose. Curiosa, Ofelia colocó su propia mano junto a las de Capazul. No sintió nada. Por supuesto que no: no había nada que sentir.

Guardián de nido, había dicho de inmediato el cantor-a-extraños. Portador de los símbolos sagrados, los ojos del cuerpo y los ojos del espíritu, éste es el que atiende las mentes de los nidos.

Espero que hayáis demostrado respeto, añadió el cantor-a-extraños tras una pausa. Nadie había interrumpido; nadie interrumpiría a un cantor dedicado al peliagudo asunto de crear armonía entre desconocidos. Sólo los guardianes de nido eran más sagrados. El cantor esperó, hasta que la impaciencia de los jóvenes a punto de anidar estalló en un aleteo de dedos que produjo un ritmo tranquilizador como respuesta del grupo.

Claro que demostramos respeto. Claro que sabíamos...

No desde el principio.

Yo lo sabía. Esa descortesía no obtuvo respuesta; los jóvenes próximos a anidar por primera vez solían ser impacientes y bruscos. El cantor-a-extraños tamborileó un ritmo más complejo que los otros; el joven se tranquilizó, la boca ligeramente abierta. Sí... no tardaría mucho en anidar y entonces éste se sentiría mejor.

Un guardián de nido, trino el cantor. ¿Y dónde están los nidos?

Se han marchado, aventuró uno de los cazadores. El monstruo (el guardián del nido) se movía de esa forma. El cazador se movió imitando los gestos de la anciana: el gesto del brazo que indicaba el poblado, los dedos caminando que debían significar otros de la misma especie, luego el brazo hacia arriba y el dedo que señalaba.

Tiene un cazador alado muy arriba, dijo otro. Un cazador alado con buenos ojos que dice cómo es el mundo... avisa de las tormentas que vienen de muy lejos.

¿Puede caminar por el aire sin alas?

No lo hemos visto hacerlo. Pero sí vimos a los monstruos voladores cerca de la reunión de nidos... y los pequeños monstruos fueron tragados en su interior.

Su gente viaja lejos, musitó el cantor. Y cuando regresen, dispuestos a anidar, sabrán de nosotros. El cantor se estremeció y emitió un único latido vibrante. Los otros se estremecieron también. Los que regresaron con el cantor habían contado las largas y sobrias discusiones que siguieron a la eliminación de los saqueadores del grupo de nidos. Había sido menos habilidad que suerte decidieron los líderes: los monstruos del cielo no esperaban problemas y eso mismo sugería la medida de su poder.

Somos saltadores nerviosos demasiado lejos de la madriguera, dijo uno de los cazadores. Conocidos, visibles, sin lugar donde escondernos. Cazados por aquellos que veían desde muy arriba, incluso sin montañas cerca; cazados por aquellos que marcaban el mismo cielo con la velocidad y el poder de su paso. Los saltadores tienen dientes, recordó uno.

Pero caen bajo el cuchillo de todas formas, dijo otro. Como los dientes al cuchillo son nuestros cuchillos a las armas que esos monstruos del cielo llevan.

La gente del guardián del nido regresará, dijo el cantor. Si son la misma gente que matamos, entonces... será difícil tamborilear armonía.

Un largo camino y ningún campamento de viaje intermedio, dijo uno de los más jóvenes. Había sido un duro viaje en ambos sentidos y él se había clavado una espina en el pie izquierdo, lo que hizo sus pasos dolorosos incluso después de habérsela sacado. Quizá no son los mismos seres.

Son los mismos en algunas cosas, dijo el cantor. Nadie discutió esto. Los cantores, junto con los guardianes de nido supervivientes, habían examinado cuidadosamente a los monstruos muertos; el cantor habría advertido detalles que escapaban a un cazador en la batalla. Las diferencias, continuó el cantor, son sobre todo la edad y los atuendos del guardián del nido. Estas criaturas cambian con la edad, como hacemos todos. La larga hierba de sus cabezas se pone blanca como la hierba con la llegada del frío; la piel se arruga y se afloja. Si son como nosotros, se volverán más lentos de movimientos.

La piel de éste es muy caliente, dijo uno de los cazadores.

No sé la de los demás: todos estaban muertos. Pero sin duda es una criatura de sangre caliente, más parecida a nosotros que a las pieles de escamas. ¿La ha visto alguien nadar?

No. No nada, pero se rocía con agua cada día... a veces más de una vez, cuando hace calor.

Sin ropa, añadió otro, tiene bolsas pegadas (el cazador se frotó el pecho); sin embargo no hemos visto nada en ellas, ni ninguna abertura.

El cantor golpeó con los dedos de la izquierda. Sí, también las tenían algunos de los muertos; pero no estaban vacías. Vio una abierta por un cuchillo; era el interior de la propia criatura, parte de su cuerpo. Uno de los guardianes de nido examinó a muchos iguales y advirtió que los más grandes iban acompañados de otros que tenían un agujero entre las piernas.

¡Listos para anidar!, gritó uno que lo estaba.

Quizá. Son monstruos, después de todo. El guardián de nido pensó que tal vez era una forma de almacenar grasa para la producción de los jóvenes.

Podríamos preguntárselo a éste, dijo un cazador.

El cantor volvió a tamborilear su desacuerdo, esta vez con los dedos de la derecha. Sería indiscreto hacer notar a un guardián de nido que no ha completado el cambio. ¿Y si se enfada? ¿Si se niega a hablar con nosotros?

¿Quizá sólo habla con nosotros porque no tiene crías a las que instruir?

Es demasiado rápido de mente para confundirnos con crías.

Está solo, dijo el que estaba a punto de anidar, con voz temblorosa. Está solo y su gente lo ha abandonado.

Los otros se le acercaron tamborileando muy suavemente con los dedos de manos y pies izquierdos, tranquilizándolo, calmándolo... tú no estás solo. Estamos aquí, tu gente...

¡Pero no tengo guardián de nido para mis crías! Eso en un gemido que arrancó graznidos involuntarios en algunos de los más jóvenes; las bolsas del cuello se hincharon y destellaron con el naranja brillante de la amenaza.

El cantor se impuso, tamborileando un ritmo más fuerte y cambiando al tradicional contrapunto del cantonido. Aquí hay una reunión de nidos seguros, aquí hay un lugar seguro, aquí vuestras crías estarán protegidas. Aquí hay un poderoso guardián, continuó el cantor, potente contra nuevos peligros, más poderoso que ninguno que hayáis conocido. El que estaba a punto de anidar volvió a temblar, luego se relajó lentamente en las manos consoladoras de los otros.

¿Guardará mis crías? Medio pregunta, medio declaración.

Los cantores no mentían pero creaban nuevas verdades con sus canciones, nuevas formas para que el Pueblo tamborileara su acuerdo.

Los guardianes son sabios, dijo el cantor. Este guardián es muy viejo; este guardián nutre nuestras mentes además de las de las crías. Este guardián se ocupará de vuestras crías; así lo cantaré.

El que estaba a punto de anidar se quedó dormido de la manera brusca en que lo hacían aquellos que transportaban jóvenes, y el cantor indicó a los otros silencio con un gesto.

No sabían cómo se llamaba a sí mismo el monstruo. El cantor consideraba que alguien tan viejo y tan sabio sin duda tendría un nombre preferido. Se lo había callado por cortesía, no por otra cosa; éste, como todos los guardianes, era generoso con todas las necesidades. El cantor estaba seguro de que el guardián accedería a

proteger sus crías. Casi seguro. A menos que su propia gente volviera; entonces el deber hacia sus propias crías tendría preferencia.

El cantor se apoyó contra la pared, recordando el contacto de la piedra guía. ¡Piedras guía! Tan fuertes, en el edificio de donde venía el zzzzt. Entre el Pueblo había quienes se esforzaban por encontrarlas... aunque dudaba que el guardián revelara su procedencia. Eran un gran tesoro. Y las piedras guía más pequeñas, en la maquinita. Los interesados en hacer aparatos nuevos podían copiarla, si tenían la oportunidad. El cantor estaba seguro de que el zzzzt solo no daría al Pueblo dominio sobre todas las herramientas de los monstruos, pero si conseguían hacer zzzzt por su cuenta, fuera lo que fuese, entonces podrían hacer sus propias herramientas.

La mente del cantor deambuló, como hacía con frecuencia, a lo largo de los senderos de ensueño de la noche, donde el tamborileo cambiaba tan a menudo como los sueños. Un día de maravillas, realmente: ver a un monstruo vivo, oírlo hablar. Advertir que era en efecto un guardián de nido, el más sagrado de los seres mortales. Caminaba en los sueños del cantor con menos torpeza que en la realidad; se movía con fluidez y gracia, más hábilmente que el Pueblo con su paso de pies planos. Llevaba la capa de guardián, toda cubierta de ojos; su portador lo veía todo: fuera, dentro, arriba y abajo.

Ofelia descubrió, en los días siguientes, que estaba siendo sometida a un curioso estudio, a la vez más intenso y menos constante que antes. Capazul debía de ser muy importante, porque las otras criaturas actuaban obedeciendo su más ligero capricho. Y sus caprichos la incluían a ella. Cuando vio a una de las primeras criaturas que conociera entrar en la cocina, como Pedro por su casa, y abrir el frigorífico para coger un puñado de escarcha (algo que él ya había hecho), Capazul dijo algo en su lenguaje y el sorprendido intruso retrocedió de un salto. Capazul añadió algo y la criatura se apresuró a cerrar la puerta y dirigió a Ofelia una mirada que ella no fue capaz de interpretar. Luego pasó ante Capazul y se marchó calle abajo.

—No me importa demasiado —dijo Ofelia, por cortesía, porque en realidad estaba harta de que las criaturas entraran de aquella manera a coger escarcha. A menudo había deseado que aprendieran modales y esperaran a ser invitados. Capazul se limitó a mirarla, de pie junto a la puerta—. Gracias —reconoció Ofelia por fin. El ser ladeó la cabeza y se retiró.

En cuestión de un par de días, Ofelia advirtió que las otras criaturas ya no entraban en su casa y que Capazul sólo lo hacía cuando ella lo invitaba con un movimiento del brazo. Si quería estar unas cuantas horas a solas (y seguía queriéndolo), no la molestaban. Podía cocinar en paz; podía incluso echarlos de su sala de costura preferida y trabajar de nuevo en las joyas sin tener aquellos inquisitivos ojos encima.

Se sentía cómoda. Se relajó en aquella nueva intimidad; advirtió ahora cómo la

había echado de menos durante todo el tiempo que habían estado con ella. Otra vez, siguiendo ahora una secuencia familiar, sintió sus músculos y su mente relajarse. No era como tener el planeta entero para ella sola, pero resultaba mejor que cuando llegaron las criaturas. Ya no se sentía abrumada por su presencia.

Y podía tener compañía también. Nunca en su vida había disfrutado de compañía sin perder la oportunidad de recluirse cuando necesitaba estar sola. Capazul parecía comprender eso, o quizás aquellas criaturas no se molestaban unas a otras todo el tiempo como los humanos. Cuando se asomaba, mirando desde su nueva intimidad como desde detrás de un velo, veía que se dejaban solos en ocasiones... no como recordaba que lo hacía la gente del poblado a regañadientes o furiosa, sino como si fuera natural para ellos desear pasar algún tiempo a solas. Cuando estaban dispuestos a tener compañía regresaban, como hizo ella, más dispuesta de lo que se creía capaz.

Advirtió que lo estaba porque el vivo interés de Capazul, tanto en aprender como en enseñarle cosas a ella, hacía que mereciera la pena. Día a día, casi hora a hora, descubría que Capazul la comprendía mejor, y a ella le pasaba lo mismo. Capazul, pensaba ella, comprendía ahora que los humanos llevaban a sus crías en el interior y alumbraban niños indefensos. Que las cosas en su pecho eran órganos para nutrir a esos niños. Ella comprendió, le parecía, que las criaturas hacían una especie de nido; pero no había conseguido determinar si ponían huevos o tenían bebés. Sus preguntas a Capazul sobre ese tema no obtuvieron respuesta.

La habría molestado si no hubiera estado regocijándose en su nueva, aunque limitada, libertad. Seguía siendo una lata tenerlos alrededor, porque los sabía capaces de molestarla aunque no lo hicieran. Su intimidad dependía de la cortesía de ellos, no de sí misma y, en el tiempo que había pasado sola, de lo que más había disfrutado era de estar a salvo de las decisiones de los demás. Pero podía ducharse en paz y cantar si quería sin escuchar el chasquido de sus espolones en el suelo. Podía sentarse murmurando con una labor de ganchillo sin aquellos grandes ojos mirándola y aquellas manos que flotaban para imitar los movimientos de sus dedos hasta que tanto interés volvía las suyas torpes.

Y cuando quería compañía (cuando quería escuchar su música, o dejar que Capazul practicara su cada vez mayor conjunto de palabras y expresiones), estaban allí. Silenciosos, amables, y ansiosos. A ella no le importaba ser el centro de atención si escogía el momento. Por las noches, cuando tocaban música, le ofrecían sus instrumentos musicales. Ella normalmente sacudía la calabaza con las semillas, pero por fin logró arrancar una nota (entrecortada pero melodiosa) al puñado de cañas huecas. Ellos escuchaban cuando les ponía los cubos de música; incluso intentaron cantar a coro las canciones infantiles, y llegaron a acercarse a las melodías. Ofelia trató de tararear sus canciones, pero le preocupaba equivocarse de notas; era más fácil seguir el ritmo con la calabaza.

Capazul y uno de los otros parecían decididos a aprender a leer; la animaban a que les leyera los libros infantiles de las clases del centro. Ofelia les explicó las letras

y los números, y pronto los vio trazar letras en el aire, en las paredes, en el polvo del camino. Aprendían muy rápido, pero ella no tenía ni idea de a qué velocidad solían aprender los adultos si no habían asistido de niños al colegio. Se preguntó si las criaturas tendrían algún lenguaje escrito propio. Una vez más, sus preguntas a Capazul fueron inútiles. ¿No comprendía, o no quería responder? No podía asegurarlo.

A bordo de la *Mias Vir*, camino de la antigua colonia Sims #3245.12

Kira Stavi se recordaba frecuentemente que no esperaba un viaje agradable. No tenía que serlo; era una oportunidad para encontrar la primera inteligencia alienígena jamás hallada en un mundo colonial. En cualquier mundo, para el caso. ¿Qué importaban las habituales tonterías de la nave, con eso en perspectiva?

A pesar de todo, era molesto. Todos ellos tenían cualificaciones académicas superiores, no hacía falta decirlo, así que realmente no había ninguna necesidad de empujar y pisar, apuñalar por la espalda ni intentar impresionar. Todos publicarían sobre aquello; no importaba cuál fuera el resultado, les proporcionaría material para manejarse durante toda una vida en la jungla académica o burocrática. No estaban compitiendo entre sí.

Pero así parecía. Equipos primarios y de apoyo, dos grupos de especialistas, ocho mentes activas decididas por su cuenta a crearse o mejorar una reputación en aquel viaje, y demasiado tiempo a bordo con demasiadas pocas cosas que hacer aparte de preocuparse por cómo podían frustrar los otros esa ambición.

Kira opinaba que el equipo primario podía crear él solo todo un historicubo de problemas. Bilong Oliusau tenía que impresionarlos con su conocimiento de las IA neolingüísticas y su atractivo sexual. Ori Lavin, normalmente un pelorista tranquilo y pragmático, casi una caricatura de la secta, había reaccionado ante Bilong como ante una dosis de hormonas rejuvenecedoras y se atusaba el bigote cada vez que ella pasaba cerca. Se enzarzaba en una violenta discusión tras otra con Vasil, la mayoría de ellas innecesarias. Vasil, por su parte, interpretaba que «líder del equipo» significaba que tanto Bilong como la parte del león del tiempo de transmisión eran suyos por derecho.

A Kira no le importaba realmente la conducta de Bilong. Incluso sentía cierta compasión por la muchacha, sola en su primera expedición larga, con un puesto en el equipo primario sólo porque el director de la facultad de lingüística había escogido un momento inadecuado para desplomarse con una úlcera sangrante perfectamente merecida. Kira había oído hablar del casi mítico doctor Lowaasi, que pasaba por secretarías y ayudantes graduadas con igual voracidad. Los rumores decían que en la facultad de lingüística aplaudieron cuando se lo llevó la ambulancia. De todas formas, no era extraño que Bilong pareciera inmadura e inestable, y se lanzara a los brazos de Vasil mientras flirteaba por encima de su hombro con Ori. Lo que realmente molestaba a Kira era la forma en que Vasil ocupaba el tiempo de transmisión.

Kira se recordó que su propia posición era segura. Tenía su título, tenía un alto índice de citas que, después de esto, aumentaría aún más. El xenobiólogo del equipo de apoyo, cuyo impronunciable nombre todo el mundo interpretaba como Chesva, la

respetaba sin embarazosas adoraciones de héroe dejando a Kira libre para pensar y tratar a Chesva como un ayudante normal. Si las criaturas eran inteligentes o no, si firmaban un tratado o no, tendría acceso exclusivo a los biota... deseo cumplido para un xenobiólogo. Ya tenía muestras: Sims Bancorp había depositado las muestras solicitadas por la oficina colonial hacía décadas, pero ¿qué eran las muestras en comparación con la observación de organismos vivos en su ecosistema nativo? Todo lo que ella tenía que hacer era sobrevivir al viaje sin golpear a los miembros de su equipo.

Se lo recordaba día tras día, a través de los saltos intermedios y el largo avanzar sistema adentro hasta el planeta. Se recordaba que habría sido peor (habría durado más tiempo) en la mayoría de naves. Aunque resultaba tentador pensar que un equipo más grande habría sido menos conflictivo, sabía por experiencia previa que los equipos grandes podían ofrecer las mismas oportunidades de incomodidad interpersonal. En aquel caso, el pequeño tamaño del equipo los obligaría a cooperar una vez estuvieran en el planeta. Y ella, la única que de momento actuaba como un adulto responsable, se aseguraría de eso.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, se unió a los demás en el visor de la sala conjunta. Azul, blanco, pardo, verde oscuro... casquetes polares, cadenas montañosas, bosques... no era extraño que alguien quisiera colonizarlo, pensó Kira. Si hubiera sido construido a propósito para los humanos, no se habría acercado más al ideal.

—Necesita una luna —dijo Ori, como si le leyera la mente. A veces podía; habían estado en varias expediciones juntos. Kira interpretó esto como un signo de que estaba superando su embobamiento por Bilong. Le sonrió sin decir nada.

—Vamos a quedarnos aquí durante una temporada y a estudiar de verdad las cosas —dijo Vasil. Lo había dicho antes, más de una vez.

Kira sintió que sus hombros se tensaban. No le gustaba que la trataran como a una idiota desmemoriada. Quizás él estaba acostumbrado a eso; contrariamente a los demás, no tenía título académico. Trató de convencerse de que aquello explicaba su actitud.

—Vamos a lanzar un escáner de órbita baja —continuó él. Kira podría haber repetido sus siguientes palabras; las pronunció mentalmente, cuidando de no mover los labios—. Y sólo cuando sepamos en qué nos metemos, decidiremos si aterrizar o no.

El lugar obvio para hacerlo era el emplazamiento de la colonia, ya que desconectar la central de energía era parte de su misión. Vasil lo sabía. El piloto de la lanzadera también. Kira miró la pantalla y se dijo que se sentiría mejor cuando saliera de la nave un rato.

Contempló el lanzamiento del escáner de órbita baja, y luego se dirigió al laboratorio para pasar las primeras transmisiones a través de sus propios filtros especiales. No esperaba que el análisis de los gases atmosféricos hubiera cambiado

desde los datos conseguidos antes de que se otorgara a Sims Bancorp la primera licencia de desarrollo, pero se sentiría más cómoda con sus instrumentos que en la tensión de la sala de guardia.

Chesva la siguió.

—¿Le gustaría que me encargara de los datos atmosféricos y la dejara libre para encargarse de los superficiales?

—No creo que haya ningún dato de superficie durante algún tiempo, pero podemos comprobar la respuesta de las visuales.

—Cargaré los antiguos datos para compararlos.

Los sabían de memoria, pero el ordenador podría detectar cualquier cambio sutil que ellos pasaran por alto.

—Gracias —dijo Kira. Deseó que Chesva estuviera con ella en el equipo primario... pero entonces podría tener a alguien como Bilong como apoyo. Era mejor así, probablemente.

Los datos atmosféricos empezaron a aparecer en su pantalla. Recuperó los antiguos e hizo que el ordenador resaltara cualquier cambio. No apareció nada. Como esperaba.

—¿Qué hay del antiguo meteosatélite? —preguntó Chesva—. ¿Tenemos los códigos de acceso?

—Lo comprobaré.

Kira repasó el manual de la expedición; contenía un resumen de todos los datos relevantes, incluidos los códigos de todo el equipo que Sims Bancorp hubiera dejado atrás.

—Sí... y le daré un empujoncito...

El ordenador del meteosatélite mostró obediente un archivo de observaciones climatológicas, con gráficas y todo. Kira recuperó la imagen actual. Agua azul, nubes blancas empujadas por los vientos, una masa de cúmulos sobre algo situado en la parte izquierda de la imagen. Se abrió paso a través del esquema de selección para obtener información acerca de eso. Resultaron ser montañas.

Chesva se había acercado a su puesto de observación.

—¿Cree que el meteosatélite tiene algún escáner libre? Si es así, tal vez conseguiríamos un vistazo...

—Buena idea. ¿Ha manejado alguna vez este tipo de sistema?

Chesva sonrió.

—La verdad es que sí. Y estuvo a punto de hacer que los militares me reclutaran.

—Parece una buena historia —dijo Kira—. Pero en ese caso, ¿por qué no se encarga de esto mientras yo observo y aprendo?

Chesva fue dando explicaciones sobre la marcha, pero Kira estaba más interesada en la llegada de datos que en la forma en que él lograba que el meteosatélite realineara los escáneres y antenas para que recogieran y transmitieran los datos que quería. Cuando lo tuvo funcionando a su gusto, la zona de observación del satélite se

dirigía hacia la zona nocturna.

—Menos mal que la central de energía está todavía conectada —dijo Chesva—. Es su pico termal lo que ha hecho que el meteosatélite permaneciera en posición todos estos años.

—¿De veras?

Kira no estaba demasiado interesada. Veía el punto brillante en el infrarrojo. A su alrededor se percibían los puntos más suaves y difuminados de los edificios irradiando el calor absorbido del sol, distinguibles del suelo únicamente allí donde las sombras lo habían refrescado... todos tenían un borde nítido y los demás borrosos.

—Ahora, si conseguimos que la ampliación funcione... —dijo Chesva—. Ah. Ya está. ¿Qué le parece que es eso?

Una zona visible esta vez, con los bajos rayos oblicuos del sol poniente creando atrevidas sombras... eran los edificios de la colonia abandonada dispuestos en filas ordenadas, los bosques con sus sombras más largas... y algo moviéndose entre las casas.

Kira sintió un escalofrío correrle por la espalda. Animales. Probablemente sólo eran animales, bien los domésticos abandonados por los colonos o los animales del bosque que habían descrito. Los alienígenas se encontraban a miles de kilómetros de distancia; los colonos habían vivido en aquel lugar cuarenta años sin detectar nada peligroso. Pero las sombras que proyectaban eran largas, erectas.

—Fuentes de calor —dijo Chesva—. Sean lo que sean, tienen la sangre caliente, pero no tanto como la central de energía.

—Erectos —dijo Kira.

Se alegró de oír que su voz sonaba firme.

—Sí —la voz de él era tan tranquila como la suya. Eran profesionales, académicos, adultos... pero el corazón de Kira latía con fuerza. Sabía... sabía que no eran vacas ni ovejas ni animales del bosque parecidos a monos. Eran los que habían destruido una colonia, volado una lanzadera, y ahora rondaban por allí aprendiendo demasiado.

La luz del sol desapareció de la escena, y sin el brusco contraste de sol y sombra ella ya no vio nada, ni siquiera movimiento. En el infrarrojo, todavía se veían los edificios irradiando su calor almacenado. A cierta distancia, dos puñados de puntos más brillantes podían ser ovejas y vacas. Y entre las formas difusas de los edificios, puntos más claros moviéndose. Bruscamente, desaparecieron.

—Han entrado en algún sitio —dijo Chesva—. En uno de los edificios. —Ella lo oyó tragar saliva—. Están realmente allí.

—Estamos formulando teorías antes de tener datos —dijo Kira, tratando de parecer profesional. Chesva hizo una mueca.

—Sabe que no. Simplemente tenemos más datos que nadie.

—Sí. Eso creo.

De repente el escáner visual cambió. Las luces chispearon en la oscura pantalla.

—Lo sabemos —corrigió Kira—. Han comprendido que las luces...

—No era difícil —dijo Chesva. Se lamió los dientes, su único hábito irritante, y luego continuó—: No hacen falta dedos, necesariamente. Basta con un movimiento de la mano, si son interruptores estándar. Un tentáculo. Incluso un pico.

—Bípedos —dijo Kira—. Esas sombras erectas.

—No necesariamente «bi». Pero estoy de acuerdo, son erectos. Saquemos una de las primeras imágenes y estudiémosla.

—Encárguese usted. Quiero ver esto...

Kira señaló las pantallas. Luces. El ordenador decía que cuatro. Puso un rastreador en la pauta de IR que se había movido: los pequeños puntos que habían cruzado la calle y entrado en un edificio. Ahora que tenía un momento para pensar, recuperó un plano de las calles del poblado suministrado por Sims Bancorp y decidió que los... indígenas (sería mejor que no los considerara alienígenas) habían entrado en el edificio multiusos que albergaba los mecanismos de control y seguimiento, los tanques de almacenamiento de agua de lluvia, las aulas escolares, los talleres comunitarios y todo eso.

El ordenador silbó. Cuando miró la imagen, otra luz se había encendido. Miró de nuevo el plano del poblado. «Falfurrias, Bartolomeo *et u, et m*», decía. Tradujo la arcaica anotación: *et ux et mater*, «y esposa y madre». Originalmente construida y ocupada por Humberto y Ofelia Falfurrias.

Miró el informe de evacuación. Bartolomeo y Rosara Falfurrias habían embarcado en la lanzadera 3-F; Ofelia Falfurrias en la 3-H.

Kira se preguntó por qué se habrían separado. Siempre había supuesto que las familias eran transportadas juntas. Aunque no importaba, realmente. Deseaba tener un manifiesto de llegada del transporte de la colonia de Sims Bancorp, pero aún no había alcanzado su destino. Arrugó la nariz, contenta por no tener que viajar en las antiguas y lentas naves subluce. El crío hacía posibles esos viajes, pero nada podía volverlos eficientes.

—Tengo otra fuente de luz —le dijo a Chesva, quien se limitó a gruñir. Miró y vio que él estaba haciendo algo con un fotograma de los primeros datos visuales. Su pantalla cambió de color, las imágenes se convertían en tonos más contrastados.

Kira volvió a sus propias investigaciones. Habían entrado en los edificios (estaba segura de que eran los mismos indígenas que habían aniquilado a la segunda colonia en su aterrizaje) y estaba segura de que usaban al menos los interruptores de las luces. ¿Qué más estaban empleando? Miró el material de Sims Bancorp para recordarse lo que había allá abajo. Un reciclador de desperdicios, que proporcionaba combustible a la planta de energía básica que producía electricidad para las luces, los frigoríficos, los ventiladores, las bombas. Los vehículos... algunos eléctricos, otros de biocombustible. No había aviones, menos mal. Ni quedaban barcos. Kira se preguntó qué les habría pasado. Con la electricidad, los indígenas lograrían que los hornos calentaran y los frigoríficos enfriaran, pero no se meterían en verdaderos líos. Eso

esperaba. Como en la mayoría de las colonias, en ésta tenían pocas armas; según el informe de los equipos de evacuación, además, las habían retirado.

Naturalmente, también habían desconectado la central de energía. A Kira le sobrevino otro escalofrío junto con la certeza de que «¿Qué más?» era una pregunta que debería haber sido planteada hacía mucho tiempo. Comprobó el escáner de órbita baja. Ahora estaba detrás del planeta, probablemente ejecutando aún su primera ronda de tareas pre-programadas. Ya no le importaban los gases atmosféricos ni los datos de reflectancia de las mareas.

—¡Ajá! —exclamó Chesva—. Venga a ver esto.

Kira se acercó. Era una simple pantalla inmóvil, otra vez visual, pero no la que habían visto antes. Para empezar, el sol estaba más alto, las sombras eran más cortas e iban en otra dirección.

—Media mañana —dijo Chesva—. Ejecuté varios parámetros de búsqueda basados en los fotogramas que teníamos, y esto es lo mejor que he encontrado hasta ahora.

—¿Por qué estaba haciendo un escrutinio óptico el meteosatélite? Estaba desconectado, ¿no?

—Probablemente una de esas cosas puso el pie en los controles —dijo Chesva. Claramente, no le importaba cómo el meteosatélite había encontrado sus imágenes, ahora que las tenía. Kira sentía lo mismo.

—Dos patas —dijo ella, en vez de comentar la improbabilidad de que algún animal pisara el lugar adecuado y luego volviera a pisarlo para desconectar el escáner.

—Sí... tenía razón en lo de que eran bípedos. En teoría es siempre lo más probable. Dos miembros superiores también, las sombras lo muestran claramente. Pero mire aquí...

Señaló una figura más pequeña entre las demás. Más baja, de proporciones familiares. Humana.

Kira reprimió todos los exabruptos que conocía y dijo en cambio:

—A Vasil no le va a gustar nada.

—No —convino Chesva. Le sonrió—. Pero apartará su mente de Bilong, ¿no cree?

No podían aterrizar ya más que en la pista de las lanzaderas de Sims Bancorp. Les habían concedido una lanzadera militar, supuestamente impermeable a todo lo que no fuera «tecnología extremadamente avanzada», según dijeron los pilotos militares. Los pilotos iban en la lanzadera, junto con un pequeño contingente de «consejeros» que no se habían mezclado para nada con los especialistas científicos y diplomáticos durante el viaje.

La lanzadera había llevado a cabo varios vuelos de reconocimiento después de

que el escáner de órbita baja no mostrara ninguna evidencia de tecnología que pudiera borrarlos del cielo. Las pruebas de niveles bajos de tecnología llenaban las cintas y cubos de datos. Edificios de piedra (obvios asentamientos fijos) agrupados en la rocosa costa del lejano norte y al este de la colonia de Sims Bancorp, y bandas de nómadas acompañados por rebaños de herbívoros cuadrúpedos en las llanuras al oeste de los asentamientos.

—No me sorprende que no vieran a los nómadas —dijo Vasil—. Es fácil confundirlos con animales migratorios. Al parecer no encienden hogueras ni construyen estructuras. Simplemente, nosotros sabemos buscarlos. ¡Pero cómo pudieron pasar por alto esas ciudades...! —Sacudió dramáticamente la cabeza.

Kira se negó a comenzar de nuevo la discusión sobre puntos críticos y emergencia, avance gradual contra discontinuidad cultural. No tenían los datos históricos necesarios para determinar cuándo habían llegado los indígenas a la complejidad cognitiva y cultural necesaria para alcanzar aquel nivel tecnológico y no los obtendrían desde allí. Allá abajo, si Ori y su apoyo eran lo suficientemente buenos, encontrarían los datos necesarios para solventar la cuestión.

Así que, Kira se concentró en los biota: los rebaños de cuatro patas que los nómadas acompañaban... ¿cazaban? ¿Pastoreaban? Herbívoros, sin duda; sólo la abundancia vegetal podía mantener esa masa de carne. Animales de presa, ciertamente, con aquellos ojos situados en los lados de las cabezas alargadas, ojos capaces de ver lo que había detrás y alrededor. ¿Eran los indígenas los únicos depredadores? Buscó algo equivalente a las cánidos, pero no encontró nada.

—Barcos, con remos y velas —dijo Ori, contemplando las imágenes tomadas en los asentamientos costeros—. Saben trabajar la madera... me pregunto si es tan dura como el material que Sims exportó de los trópicos. Hace falta metal para trabajarla. Si tienen herramientas metálicas...

Kira contempló a las criaturas. Indígenas, se recordó. No sabía decir si eran mamíferos o reptiles o aves... no tenían pelo visible ni plumas, pero estaban recubiertos de algo más parecido a piel que a escamas. Su paso, con sus largas patas y su movimiento oscilante, le recordó las aves corredoras, los grandes pájaros incapaces de volar de la antigua Tierra. Sin embargo la articulación de la pata estaba situada delante, como en la rodilla humana. Ojos grandes, colocados un poco más al lado de la cabeza que los ojos humanos; sospechó que quizá tuvieran visión binocular y monocular. Cuatro dedos en manos y pies... uno prensil en la mano, y al parecer también en cada pie.

—Mira esos edificios —dijo Ori, rompiendo su concentración durante un momento—. Y yo juraría que eso son tuberías... tal vez cañas huecas o algo por el estilo, pero tuberías para llevar... ¡sí! Algo acaba de salir de ésa.

Kira había mirado demasiado tarde; vio los tubos, pero no lo que había en ellos.

Memnin, el antropólogo del equipo de apoyo, habló.

—Empiezo a advertir lo listos que son. ¿Te has dado cuenta Ori, de cómo miraron

la lanzadera? Ni pánico ni verdadera sorpresa, y ése de allí... —Señaló un rincón de la imagen—. Apuesto a que está dibujando algo.

Bilong y Apos, los lingüistas, observaban desde un rincón. No tenían nada que hacer, ya que los escáneres no habían detectado ningún sonido. Apos prestaba atención, pero Bilong ponía mala cara. Kira deseó otra vez que no la hubieran elegido para el equipo primario. Apos tal vez fuese más joven y menos experimentado, pero al menos no trataba de crear problemas.

Tras varios días de vuelos y análisis de datos (suficientes datos nuevos para mantener ocupada a una facultad entera; Kira sentía que se estaba ahogando en ellos), finalmente los pilotos militares acordaron que podían arriesgarse a aterrizar en la antigua colonia. Insistieron en que todos llevaran equipo protector, caluroso, pesado, incómodo y desconocido para los civiles.

Kira estaba segura de que los consejeros militares se estaban riendo de ellos. Probablemente tenían un aspecto ridículo, se dijo tratando de ver el lado gracioso mientras se debatía con los interruptores y palancas que mantenían unidos los gruesos paneles. Al menos iban a ver el mundo real por fin; merecían la pena las molestias del viaje.

Por desgracia, desde su punto de vista, la versión militar de una lanzadera no tenía escotillas ni ninguno de los otros lujos de las lanzaderas civiles. Había esperado ser testigo del acercamiento, ver con sus propios ojos cómo la atmósfera cambiaba de color y modificaba el aspecto del paisaje. Las cámaras exteriores grabarían todo eso para análisis posteriores, pero no era igual que verlo en persona. Tuvo que permanecer todo el tiempo mirando el cogote de Vasil. El trasero se le entumecía por culpa de la dureza del asiento, los oídos le dolían debido al clamor y las sacudidas. No tuvo la menor idea de a qué distancia estaban hasta que el piloto anunció que aterrizarían al cabo de dos minutos. La lanzadera cabrió, osciló y se estremeció de la forma desconcertante en que lo hacían todas las lanzaderas; Kira, conscientemente, evitó cerrar las manos. Odiaba aquello; ni siquiera veía la pista de aterrizaje. Entonces el asiento le golpeó la espalda y sintió el irregular rugido de las ruedas rodando sobre la superficie erosionada, cubierta de maleza.

A primera vista, la colonia abandonada parecía exactamente eso, una colonia abandonada. Habían aterrizado al amanecer. Una brumosa luz rosácea brillaba en las paredes de las casitas de un solo piso. Nada se movía. Aparcados en fila junto a la pista de aterrizaje estaban los vehículos de la colonia, veteados de óxido, con las ruedas pinchadas. Densa hierba y hasta unos cuantos matorrales se habían adueñado de la pista. Una brisa cálida y húmeda agitaba la hierba y transmitía el extraño olor alienígena de un mundo distinto.

La carcasa de la lanzadera chasqueaba y siseaba; Kira no consiguió oír nada más al principio, hasta que sus propios oídos chasquearon. Muy lejos, algo rugió de

manera horrible. Dio un brinco.

—Deben de ser las vacas —dijo Ori, y ella sintió ganas de darse una patada por no reconocer el sonido. Era la xenobióloga, después de todo; se suponía que conocía los animales. Vasil contempló la rampa, pero uno de los consejeros lo detuvo.

—Todavía no estamos seguros —dijo el consejero. Seguros de qué, se preguntó Kira. Sabían que los indígenas estaban allí, y al menos un humano. Habían especulado interminablemente sobre ese humano tras verlo solamente en los escáneres visuales del meteosatélite. ¿Quién era, cómo había encontrado aquel lugar y por qué? ¿Algún tripulante borracho que se había quedado atrás después de la evacuación de la colonia? ¿Algún explorador que había venido a saquear el equipo abandonado? ¿Alguien que quería reclamar el planeta para sí?

—Alguien... —dijo otro de los consejeros. A pesar de los argumentos de Vasil, habían traído armas consigo. Él podía ser el líder del equipo, el futuro embajador, pero habían venido en una nave militar, aterrizado en una lanzadera militar; no había podido cambiar las órdenes del capitán. «Para defender la lanzadera», le había dicho. Kira, de pie detrás de Vasil, había visto sus orejas enrojecer. Les había dicho a los demás que se encargaría de todo, dando a entender que se desharía de las armas, pero su bravata no le había llevado a ninguna parte. Ahora los consejeros las habían sacado. A Kira no le extrañaba.

—No hagan nada —suplicó Vasil. Ellos lo ignoraron. Kira, sudando dentro de su traje protector, lo ignoró también.

—Un individuo —dijo el consejero. Le hablaba más a un micro que a ellos—. Parece ser humano, hembra... —Luego, en tono de sorpresa—: Vieja. Una mujer vieja, sola.

Kira no lograba ver lo que ellos veían; el consejero y Vasil, con sus gruesos trajes, bloqueaban su visión del camino hasta el poblado. Podrían haberse apartado un poquito para permitir ver a los de detrás, pero permanecían inmóviles como si pretendieran molestar al máximo. Miró hacia un lado, de vuelta a la pista con sus puñados de hierba crecida y al río (una superficie que brillaba con las primeras luces), luego en la otra dirección, hacia la distante pared verde que formaba el bosque. Kira no distinguía este bosque secundario del bosque primario situado al oeste, aunque había aparecido claramente en las tomas desde el espacio.

—Está... —Una larga pausa, casi un jadeo; luego el consejero encontró la frase oficial adecuada—. Va inadecuadamente vestida. Lleva... uh... sólo una especie de capa y algunas cuentas. Descalza. Uh... esta mujer quizás esté perturbada...

Kira no pudo soportarlo. Era la segunda al mando de aquella expedición y la estaban ignorando. Empujó hacia delante, sin demasiado cuidado. Vasil chocó contra el consejero, que casi se cayó por el borde de la rampa. No le importó; quería ver. Y por allí, caminando lentamente hacia la lanzadera, se acercaba una mujercita huesuda de pelo blanco y despeinado. Iba descalza, sí, y llevaba una capa bordada sobre la piel curtida... una especie de atuendo que colgaba de sus caderas, y cuentas.

No parecía perturbada, no como los pacientes clínicos seniles que aparecen en las cubonoticias para que la gente se acuerde de tomar sus píldoras antisenilidad. Parecía molesta, como alguien a quien se le cuela compañía inesperada justo el día en que planeaba hacer otra cosa. Fue por esto, pensó Kira, por la forma en que plantaba sus pies torcidos cuidadosamente en el suelo, uno tras otro, que callaron todos. La anciana no se sentía avergonzada por su extraño atuendo, ni impresionada por ellos.

Permanecieron allí de pie, sudando dentro de los trajes protectores, mientras la anciana caminaba lentamente hasta el pie de la rampa. Kira trató de distinguir el dibujo bordado en la capa, y de repente advirtió que eran caras... caras y ojos. Demasiados ojos. La anciana echó atrás la cabeza y los miró con los suyos, brillantes y negros.

—No ha sido un buen momento —dijo—. Los han asustado.

Vasil fue el primero que entró en acción.

—Por la autoridad que se me ha otorgado... —empezó a decir. La anciana lo interrumpió.

—He dicho que no es un buen momento. Podrían haber escuchado cuando intenté hablar con ustedes.

—¿Hablar con nosotros? —preguntó Kira, interrumpiendo el furioso borboteo de Vasil.

—Sí. —La mujer agachó la cabeza, luego volvió a alzarla—. Pero ustedes le han hecho algo al meteosatélite, así que no consigo que escuche.

—¿Usted tomó esas imágenes? —preguntó Ori—. ¿Usted solicitó el escáner visual de este emplazamiento?

—Por supuesto —contestó la anciana—. Ellos querían ver cómo es, no sólo saber el tiempo. Eso les ayudó a comprender.

Ellos. Kira se estremeció al darse cuenta a quién se refería la anciana. Quizás estaba loca realmente, si había empezado a enseñarles la tecnología. Incluso una vieja sin educación tenía que saber lo que hacía.

—¿Con qué derecho...? —empezó Vasil, justo cuando el consejero decía:

—¿Con qué autoridad...?

Los dos hombres se miraron.

—¿Quién es usted? —preguntó Kira, aprovechando el instante de silencio.

—¿Quién es usted? —respondió la anciana, sin contestar a la pregunta. Si estaba senil, quizás había olvidado su propio nombre.

—No le haremos daño —dijo Kira, tratando de parecer amable y paciente—. Queremos ayudarla...

Eso le pareció estúpido incluso a ella, y no le sorprendió que la anciana soltara un bufido despectivo.

—No necesito ayuda —dijo la mujer—. Si vienen ustedes por lo del otro grupo, están en el lugar equivocado.

—¿El otro grupo? —logró decir Vasil, haciendo callar al consejero con una

mirada.

—Vinieron hace algún tiempo, trataron de aterrizar... ustedes deben saberlo.

—Sí —le dijo el consejero, adelantándose esta vez a Vasil—. ¿Qué sabe usted de ellos?

—Lo oí por el comunicador —respondió la anciana—. Los oí bajar, los oí pedir ayuda. —Cerró la boca con fuerza, luego añadió—: Los oí morir.

Bajó la cabeza.

—¿No intentó ayudarlos? —preguntó Vasil. Kira se alegró de descubrir que alguien decía cosas más estúpidas que ella. ¿De verdad pensaba Vasil que aquella frágil anciana era capaz de detener una masacre que se producía a miles de kilómetros de distancia? La anciana no dijo nada; se limitó a seguir mirándolos. Vasil se ruborizó y se aclaró la garganta. El consejero, advirtió Kira, parecía divertido.

—¿Lleva aquí desde el principio? —preguntó Kira, ya que nadie más rompía el silencio.

—Por supuesto. Más de cuarenta años ya.

—Pero según Sims Bancorp...

La anciana hizo una mueca.

—Los representantes de la Compañía no iban a perder tiempo buscando a una vieja que, de todas formas, no deseaban llevarse. Ya le habían cobrado a mi familia una tarifa extra porque yo pasaba de la edad, calculando que moriría en crío.

Kira se estremeció. No había imaginado ese tipo de comportamiento, ni siquiera por parte de Sims Bancorp. Sin duda iba contra la ley, pero ¿quién podía hacerla cumplir, allí en la frontera?

—Así que me quedé —dijo la anciana. Aún estaba sonriendo; era grotesco.

—¿A propósito? —preguntó Vasil, como si todavía no pudiera creerlo. La anciana frunció el ceño.

—Sí —dijo secamente.

Kira se preguntó cómo había sobrevivido ella sola. ¿O se había quedado también alguien más? Pero no iba a preguntárselo a aquella anciana enfurecida.

—Bien —dijo Vasil, haciendo todo lo posible por recuperar el control—. Fueran cuales fuesen sus motivos, ha violado las leyes de evacuación, y con sus acciones ha puesto en peligro la posición de Sims Bancorp...

La anciana murmuró algo que Kira no consiguió oír pero, por la expresión de su rostro, no fue un cumplido.

—Y nos ha planteado un problema innecesario —continuó Vasil—. ¿Qué vamos a hacer con usted?

Kira no se sorprendió cuando la anciana respondió lo obvio.

—Déjenme en paz —dijo, y se dio la vuelta.

—Pero... pero debe usted comprender la seriedad de la situación —dijo Vasil.

La anciana se volvió.

—No soy estúpida. Comprendo. Pero han venido ustedes en mal momento. Ahora

márchense.

Se dio la vuelta y se marchó; el ancho borde de la capa le rozaba las piernas torcidas y bronceadas. La prenda tenía una única cara bordada detrás, un trabajo brillante; los enormes ojos tenían unas pestañas tan largas que se extendían como rayos hasta el límite de la cara. Kira se sintió incómoda, como si aquellos ojos la estuvieran mirando, y más incómoda aún por experimentar aquella sensación. No era una primitiva: no debía dejar que un simbolismo tan obvio la afectara.

—¡Vuelva aquí! —ordenó Vasil; pero la mujer no le hizo caso. Vasil se giró hacia uno de los consejeros, pero Kira lo cogió por el brazo.

—Déjame intentarlo. Es una mujer, después de todo; si lleva aquí varios años sola, puede que todos juntos la abrumemos.

—Señora, no creo... —empezó a decir uno de los consejeros cuando Kira ya había empezado a bajar la rampa—. ¿Quiere una escolta?

—No. No va a hacerme daño —contestó Kira. Descubrió que era sorprendentemente difícil bajar una rampa con el traje protector. Tiró de los cierres y abrió la costura frontal. Con tanto calor y humedad no serviría de mucho, pero de todas formas...

Consiguió llegar al pie de la rampa sin tropezar, y entonces descubrió que el peso del traje la frenaba tanto que difícilmente alcanzaría a la anciana... y ésta le llevaba veinte metros de ventaja. Se encontraba ya al final del sendero, entre las primeras casas.

—No se pierda de vista —gritó el consejero—. Si va demasiado lejos...

Ella hizo un gesto vago con la mano, indicando que había oído y que haría lo que considerara mejor. Ciertamente no tenía que alejarse, sabiendo que los alienígenas (no, los indígenas) se encontraban en la zona.

—Por favor... —Kira llamó a la anciana—. Espéreme. Ellos se quedarán atrás, pero uno de nosotros tiene que hablar con usted.

La anciana se detuvo y se dio la vuelta lentamente, como si estuviera acartonada. Kira trató de dar una zancada más larga, tropezó y estuvo a punto de caerse. Ahora veía con claridad la expresión de la vieja. Los ojos oscuros chispeaban de diversión.

—Lo siento —dijo Kira sin aliento—. Pero... nosotros realmente tenemos...

—Es mal momento —repitió la anciana. De cerca, Kira vio los mechones oscuros supervivientes en el pelo blanco, las arrugas y el desgaste de toda una vida al aire libre y al sol. Tenía las manos apergaminadas y retorcidas, los nudillos hinchados y distorsionados. Aunque tendría que haber parecido enferma (todos sus rasgos indicaban a Kira signos de patología), daba una impresión general de vigor, tanto mental como físico.

—¿Cuál es su casa? —preguntó Kira. Tendría que haber sido firme, lo sabía. Con los ignorantes (los colonos como aquella mujer casi no tenían educación, no verdadera educación) y los viejos era necesario ser firme—. Podemos ir allí; usted descansa y charlaremos.

La anciana se la quedó mirando. Sus ojos ya no chispeaban. Suspiró. Luego se rascó el dorso de una pierna con los sucios dedos del otro pie.

—Va a hacer calor hoy.

¿Era una costumbre local empezar hablando del tiempo?

—¿Estamos en verano? —preguntó Kira, esperando que de la cortesía surgiera la confianza.

Otra larga mirada.

—Sudará con eso —dijo la anciana, señalando el traje protector de Kira.

—Sí. —Kira se obligó a reír—. Fueron los consejeros. Tenían miedo de que algo o alguien nos disparara.

—Consejeros... ¿Consejeros de la Compañía?

—No, los militares.

La expresión de la anciana no cambió. A Kira le pareció estar hablando con un ordenador cuya subrutina IA fuera defectuosa.

—Déjeme explicarle —dijo—. Cuando la otra colonia fue atacada, la nave en órbita regresó y contó al Gobierno...

No importaba el retraso causado por el motín. No quería saturar la capacidad de la anciana.

—Y entonces decidieron enviarnos a calibrar la situación.

—A matar a los alienígenas —dijo la anciana, como si fuera lo más natural del mundo.

—¡No! —Kira se sorprendió por la vehemencia de su respuesta—. A matar no, a estudiar. A ver si pueden convertirse en aliados. Queríamos desmantelar la central de energía, para que no tuvieran acceso a nuestra tecnología.

Ahora la anciana sonreía, pero la suya no era una sonrisa agradable.

—Son listos —dijo—. Comprenden.

Kira tuvo la esperanza de no haberla comprendido bien.

—¿Comprenden...?

—La central de energía. La electricidad. Las máquinas.

Imposible. Aquella anciana no sabía de qué estaba hablando; ella misma no lo comprendía todo. Probablemente pensaba que ser capaz de mover un interruptor era lo mismo que entender. Pero quizás ella y los otros colonos conocían a los indígenas desde antes, aunque no hubieran informado de ello por algún motivo.

—¿Sabía de ellos antes... antes de la evacuación?

—No. Nunca vimos a esas criaturas, en todos los años que he estado aquí. Hasta que esa otra colonia trató de aterrizar... —Rozó la tierra con un pie—. Entonces vinieron. Me encontraron.

—¿Y se lo mostró usted todo?

Kira no pudo apartar de su voz el tono de desaprobación. Incluso una colono ignorante tendría que haberlo sabido; seguro que eso formaba parte de todas las clases que les impartían. Si alguien encontraba una inteligencia alienígena debía

informar, no permitir el contacto con la tecnología humana.

La anciana ladeó la cabeza y se encogió de hombros, como una niña culpable que espera escapar al castigo. Probablemente no era demasiado inteligente. Tal vez estaba mentalmente enferma, ¿o por qué, si no, se había quedado atrás? Ignorante, perturbada, y un poco torpe, probablemente había visto a los indígenas como algo interesante. Era extraño que no la hubieran matado.

—Vamos —la instó Kira, siendo conscientemente amable otra vez, tan encantadora como con un niño torpe—. Muéstreme dónde vive. Charlemos un poco.

Ahora los ojos negros se volvieron opacos como la obsidiana y el cuerpo de la anciana se paralizó como convertido en piedra.

—Es un mal momento —dijo—. Vuelva más tarde.

—No tiene que preocuparse por la limpieza, si se trata de eso —dijo Kira. Imaginó el tipo de trabajo casero que podría hacer aquella mujer con su capa, su taparrabos y los pies descalzos. Probablemente no había fregado un plato en todos los años que llevaba allí; sería sucia y horrible pero...

—No es eso —dijo la mujer—. Es mal momento. Vuelva más tarde. —Se dio otra vez la vuelta—. Mañana. Y no me siga.

Se marchó, lenta y decidida. El sol de la mañana se había abierto paso a través de la bruma y reveló todas las venas varicosas de las piernas de la anciana.

Kira se la quedó mirando. Desde la infancia nadie la había despreciado de ese modo. Esperaba no ser uno de esos terrores académicos que exigían deferencia por encima de sus derechos, pero un poco de cortesía... combatió la irritación. Se sentía acalorada y sudorosa, eso era todo, y la anciana no estaba bien de la cabeza. ¿Qué cabía esperar de alguien que decidía quedarse atrás, sola...? Aunque la anciana no había dicho eso. Tal vez tenía compañía, otra persona anciana que se había quedado y que ahora estaba enferma. Eso explicaría muchas cosas.

Kira vio a la anciana seguir su camino calle arriba; apenas era un camino abierto entre las casas, sin pavimentar siquiera, aunque tenía una zanja a cada lado. La anciana se volvió y finalmente entro en lo que parecía ser una abertura entre las casas, o un jardín. Desde su posición, Kira no lo distinguía claramente.

Se dio la vuelta y regresó a la lanzadera, incómodamente consciente del calor del sol. El sudor empapaba ya su ropa por dentro del traje, lo olía. A media mañana sería sofocante y no quería ni pensar en cómo sería por la tarde.

—¿Qué has conseguido, Kira? —preguntó Vasil. Parecía muy seguro de que no había logrado nada.

Kira se detuvo al pie de la rampa y, deliberadamente, se desabrochó el resto del traje. Salió de él, recogió las piezas y las dobló; luego miró a los demás. Notó un leve aliento de brisa sobre su ropa húmeda.

—Sigue diciendo que es mal momento para ella, y que deberíamos volver mañana. Pensaba que veníamos a matar a los indígenas, porque mataron a la gente de la otra colonia.

—¿Le has hecho comprender nuestra misión? —preguntó Vasil.

—Lo he intentado. No es demasiado inteligente: maleducada y, como dijo el consejero, posiblemente perturbada. Muy vieja, diría yo, pero no senil en el sentido habitual. No hay mucho por donde empezar.

Mientras decía esto, Kira sintió un retortijón de culpabilidad. ¿Era la anciana realmente estúpida y loca... o estaba hablando por rencor hacia alguien que la había hecho sentirse incómoda?

—No tiene derecho a decirnos que esperemos —dijo Vasil.

—Si queremos su cooperación —dijo Ori—, sería aconsejable esperar. Este espacio es suyo, en cierto modo. Lleva aquí mucho tiempo. Hablando como antropólogo...

Vasil lo miró. Bilong dejó escapar un dramático suspiro que llamó la atención de ambos hombres. Por una vez, Kira lo aprobó: cualquier cosa con tal de impedir otra batalla interna. Vasil odiaba que Ori se llamara antropólogo en vez de especialista en calibración de tecnología.

—Hace demasiado calor para estos trajes, y nadie nos está disparando. Bien podríamos ponernos cómodos.

Bilong empezó a quitarse el suyo con gracia intencionada. Kira miró a los consejeros militares, que parecían disgustados, pero no dijo nada.

Ofelia había comprendido por fin, gracias a Capazul, lo que significaba la extraña conducta de una de las criaturas. Preñada, necesitaba un nido. Miró a la criatura; seguía sin distinguir a machos de hembras, no con aquellas falditas. Suponía que tenían algún tipo de órganos debajo, pero su curiosidad no corría en esa dirección. La criatura a punto de dar a luz ciertamente no tenía el vientre enormemente hinchado que ella asociaba con los embarazos.

Había abierto un hueco en la alta hierba próxima al río, pero los demás la habían convencido de lo contrario. Ofelia ya era capaz de seguir algunas explicaciones: las grandes cosas mordedoras que vivían en el agua podrían comerse a las crías. La hierba del prado de las ovejas, aunque estaba bastante apartada del río, no era lo suficientemente alta. La criatura preñada lo rascaba todo con obvia inquietud, pateando los trozos sueltos.

A pesar de los progresos conseguidos con Capazul, Ofelia tenía gran dificultad para comprender por qué la criatura necesitaba un sitio para anidar. ¿Hierba alta para crear un acolchado? Ofreció un puñado de prendas suaves, que el ser embarazado apartó y arrojó al aire. Los otros las recuperaron y se las devolvieron a Ofelia evitando mirarla, como si esperaran que estuviera enfadada. Ofelia no era tonta; si la criatura estaba a punto de dar a luz, ella (ello) estaría naturalmente nerviosa e irritable. ¿Hierba alta para ocultarse? ¿De qué? Capazul señaló al aire; Ofelia alzó la cabeza, sin ver nada. Capazul remedió unas alas con sus brazos, imitando un cazador volador cerniéndose sobre los jóvenes. Eso tenía sentido. Sin embargo, Ofelia jamás había visto un ser alado lo bastante grande como para molestar a las criaturas. Tal vez existía también en el lejano norte.

¿Por qué no parir dentro, en una de las casas? Trató de comunicarlo con gestos y los pocos gruñidos y graznidos que ahora sabía hacer. Capazul la miró, y ella se preguntó si había dicho algo grosero por accidente. Entonces la condujo al centro, al aula. Repasó los libros de los estantes hasta que encontró el que quería. Ofelia lo cogió. Esto se había convertido en una costumbre. Era capaz de hojear los viejos libros de texto con más facilidad que Capazul, sobre todo si tenía una pista... ah, sí. Aquél hablaba de una niña cuya tía la cuidaba mientras su madre iba a trabajar a la ciudad.

Pasó las páginas, buscando la imagen que pensaba que quería Capazul, la que había elegido muchas veces antes, aquélla en que la niña se despedía de su madre mientras la tía tenía una mano puesta sobre su hombro. En efecto, el espolón de Capazul detuvo la página cuando ella abrió el libro por esa imagen. Dio un golpecito.

—Estoy buscando —dijo Ofelia.

—Uhuu —dijo Capazul, su versión de «tú». Señaló a la tía. Lo había hecho antes. Ofelia pensó que quería decir que había cuidado de otros niños que no eran suyos, y eso era cierto.

—Sí. Lo he hecho.

Capazul hizo el sonido que ahora ella consideraba el nombre del ser embarazado, aunque por su parte nunca conseguía pronunciarlo bien: «Gurgel-click-tos» era lo más que podía acercarse. Luego señaló a la madre que se marchaba. Eso estaba bastante claro: Gurgel-click-tos iba a ser madre. Señaló de nuevo la imagen de la tía y a ella. ¿Ofelia iba a ser la tía del bebé de Gurgel-click-tos? Sintió que su rostro se caldeaba. Sólo podía ser un puesto de honor, pero... pero eran muy amables al confiar en ella.

—Nidosss... —Capazul hizo un gesto envolvente, indicando claramente el interior de un edificio—. Uhuu tíaa.

¿Si Gurgel-click-tos anidaba dentro, Ofelia sería la tía? Bastante claro, pero... eso parecía más una obligación que un honor.

—Tíaa ess... —Otro impronunciable puñado de palabras. Ofelia ensayó en silencio, sólo para descubrir que su lengua deambulaba por el paladar buscando el lugar preciso. Capazul repitió la palabra una y otra vez, hasta que ella lo intentó en voz alta. Entonces, mientras ella trataba de pronunciar lo que había oído, insistió de nuevo.

Cuando se acercó lo máximo posible (seguía sonando como «click-koo-keerr»), Capazul llamó a los demás y les habló brevemente. Iniciaron una representación del cazador volador, el cazador reptador, el cazador que saltaba desde detrás de las cosas... Ofelia observaba, deleitada y sorprendida. No había advertido cuántas cosas podían cazar aquellos eficaces cazadores, ni con cuánta habilidad imitaban otras criaturas. ¿La imitaban a ella así, cuando estaban solos? No tuvo tiempo para pensarlo, pues Capazul se aseguraba de que comprendía. El click-koo-keerr, equivalente a la tía de la historia del libro, protegía a las crías de las diversas amenazas; las sostenía en brazos, las acunaba, les cantaba.

A Ofelia le parecía más el papel de una madre que el de una tía, a menos que todas sus madres se marcharan después de parir. ¿Por qué? También parecía que esperaban mucho de ella por dejar al ser preñado anidar en uno de los edificios. ¿Realmente suponían que ella, sola, podría cuidar a un bebé del que no sabía nada?

Capazul detuvo la representación y volvió a hablar.

—Todoss click-koo-keerr-llluk putt uhuu click-koo-keerr más.

La mezcla de idiomas la confundió por un momento; luego lo comprendió. Todos ellos eran una especie de click-koo-keerrrs, pero ella sería más si invitaba a la criatura preñada a anidar en casa.

Ofelia se preguntó entonces qué obligaciones había aceptado cuando invitó al grupo original a guarecerse de la tormenta. Quizás eso explicaba su conducta familiar y los momentos dispersos de respeto. Con todo... no debía permitir que una criatura preñada, aunque fuese un alienígena, diera a luz en un lugar que consideraba peligroso, cuando ella tenía seguramente un sitio que encontraría más cómodo.

Pero ¿qué sitio? Todos habían pasado tiempo en el centro, sin embargo las

habitaciones de allí eran grandes y estaban repletas de máquinas. El tamaño de la cavidad-nido que la criatura había excavado en la hierba le sugería a Ofelia que un armario en una de las casas sería más apropiado. Condujo a Capazul a la casa situada junto al centro y le ofreció el armario del dormitorio principal. Olía un poco a humedad, pero se podía ventilar. Al menos no era la estación de las lluvias. Ofelia tenía aún un montón de ropa; con mímica hizo como si las colocara en el suelo.

Capazul consultó con los que los habían seguido, hablando demasiado rápido para que Ofelia lo siguiera. Algunos se pusieron en movimiento inmediatamente para empezar a abrir las ventanas. Uno dejó la casa; Ofelia lo oyó correr por la calle. ¿Iba a decírselo a la criatura preñada? No estaba segura. No estaba segura de nada excepto de que estaba a punto de convertirse en tía. Y en click-koo-keerrr. Esperaba que estuviera al alcance de sus habilidades.

Los de la casa empezaron a limpiarla con las escobas del centro. Cuando fueron a devolverlas, desaparecieron durante un rato. Ofelia se encaminó al huerto que mantenía tres casas más abajo, y volvió con hierbas aromáticas. Había visto a las criaturas inclinándose sobre esas plantas como si también ellas disfrutaran con los aromas.

Uno de los seres regresó con hierbas altas recién cortadas que esparció sobre el suelo del armario. La criatura preñada entró, atravesando con cuidado la puerta. Ella (Ofelia no concebía que una criatura preñada fuera neutra) gruñó al ver el armario con la capa de hierbas. Otros dos seres llegaron con más hierba; la embarazada entró en el armario y empezó a colocar la hierba de un modo que acabó por formar un conjunto compacto muy similar a los nidos de las aves. Ofelia se fijó en que apenas tocaba la hierba con las manos. Continuó hasta que el nido se alzó medio metro por encima del suelo del armario. Entonces los otros trajeron hierba más fina y plantas de aspecto más suave que las hierbas ásperas usadas hasta el momento y que la embarazada colocó en el interior del nido. Luego salió y le trinó algo a Ofelia.

—Uhuu nidoo —tradujo Capazul.

¿Por qué querían que entrara en el nido? Todos, absolutamente todos se quedaron allí mirando con expectación. Ofelia entro y se sorprendió de lo suave que era bajo sus pies. La forma cóncava la condujo hacia el centro; advirtió lo cómodo que sería para echar una siesta. Se sentó; los seres murmuraron. ¿Esto era lo que querían? ¿Querían que fingiera dormir, tal vez? ¿O hacían un nido para las tías y luego otro para la madre embarazada?

Se tumbó de costado y se rebulló. Muy cómodo, en efecto. De repente, algo agudo le pinchó en el costado. Se sentó y palpó con los dedos hasta que encontró la causa: una piedra del tamaño de un huevo de gallina y cantos afilados. Eso no pertenecía a un nido, ¿cómo lo había pasado por alto la embarazada? Lo alzó, mirando a las criaturas con el ceño fruncido.

Ellos tamborilearon con los dedos izquierdos del pie. Ofelia sabía ya que eso significaba aprobación. La embarazada le cogió la piedra y la levantó; el tamborileo

aumentó, incorporando golpes en los torsos y, finalmente, el buche de la garganta de la embarazada.

Obviamente, habían colocado la piedra en el nido para que Ofelia la encontrara, pero ¿por qué? Era sólo una piedra corriente. Uno de los seres le tendió una mano y la ayudó a salir del nido. La embarazada la agarró de las muñecas e inclinó la cabeza; Ofelia notó el seco y cosquilleante contacto de su lengua en las manos. La embarazada la soltó, y los demás la lamieron, incluso Capazul. Las manos le cosquilleaban por el contacto con tantas lenguas.

Su estómago se retorció, anudado de temor. Se había pasado, se había comprometido a algo que no comprendía. ¿Y si cometía un error? ¿Y si hacía algo que lastimara al bebé? Buscó a Capazul. Si era capaz de leer sus expresiones, Capazul estaba satisfecho, incluso complacido. Los demás parecían relajados; la embarazada se tumbó en el suelo, en una zona iluminada por el sol, y uno de los otros seres se puso en cuclillas a su lado y pasó los dedos suavemente por su espalda.

Entonces Capazul instó a Ofelia a salir de la casa; los otros dejaron en la casa a la embarazada y su... ¿comadrona?, ¿mejor amiga?, ¿marido? Ofelia no lo sabía. Dos de las criaturas se apostaron ante la casa, sentados en el suelo, y sacaron sus largos cuchillos. Los demás regresaron al centro. Ofelia los acompañó. Tras ella oyó el tintineo que hacían al afilar los cuchillos. Se estremeció. Tenía hambre de comida, pero aún más de conocimiento. Todavía no sabía si pondría huevos o un bebé llorón. No sabía para qué afilaban aquellos cuchillos. ¿Para proteger a la embarazada y el bebé de los depredadores, o para trinchar a una torpe e ignorante tía si cometía un error?

Estaba abriendo la boca para preguntárselo a Capazul cuando una alarma se disparó en la sala de control. Ofelia se puso en pie de un salto y corrió hacia allí, el corazón desbocado. No era la estación de las tormentas marinas, y esa mañana no había visto nada en los indicadores que implicara algún problema.

Los indicadores seguían firmes, todavía en la banda segura de todas las funciones. Los destellos de luz roja procedían del teclado del meteosatélite. Lo que significaba que alguien había pedido sus servicios; lo que significaba que había llegado otra nave.

Ella sabía que sucedería algún día. Con el tiempo alguien acudiría a investigar el ataque a aquella segunda colonia, y las criaturas que lo habían llevado a cabo. Por eso había puesto la alarma, para saber cuándo tenía que esconderse. Incluso se lo había explicado a Capazul, lo mejor que pudo. No estaba demasiado segura de que las criaturas comprendieran los vuelos espaciales, o lo lejos que estaban las cosas. Había albergado la esperanza de no estar viva cuando llegaran los otros humanos, pero lo estaba.

Y mucho peor, la embarazada estaba anidando. Ofelia no tenía ni idea de cuánto tiempo pasaría antes de que pariera o pusiera sus huevos o lo que fuera, pero sabía que era un mal momento para que llegaran otros humanos.

Se lo comunicó a Capazul: otros como ella iban a venir, estaban en un barco (habían acordado el término) muy lejos en el cielo. Bajarían, estaba segura de eso, probablemente allí, en el campo de aterrizaje de las lanzaderas. No sabía cuánto tiempo tardarían. Podrían quedarse allá arriba días, observándolo todo a través de los escáneres orbitales, asegurándose de que estarían seguros. Era posible que estuvieran allí arriba desde hacía días, en cuyo caso no tenía sentido hacer que las criaturas trataran de ocultarse en las casas porque ya las habían visto. Además, si tenían acceso a los archivos del meteosatélite, encontrarían pruebas de sobra de que Ofelia y las criaturas estaban viviendo allí.

¿Y si decidían que las criaturas sabían demasiado y las mataban? Ofelia sintió que un sudor frío la cubría. No iba a dejar que sucediera eso. Jamás. No sabía qué hacer, pero no lo permitiría.

Primero, ¿podía averiguar algo sobre la nave que había llegado? Consultó el meteosatélite, pero no obtuvo ninguna respuesta. Al parecer la gente de la nave recién llegada había desconectado todas las peticiones locales. Eso quizá significaba que no sabían todavía que estaba allí y que usaba el meteosatélite, o que no les importaba.

Ofelia se volvió de nuevo hacia Capazul y trató de preguntarle cuánto tiempo pasaría antes de que la embarazada (se atascó al pronunciar Gurgel-click-tos) terminara. Los gestos de Capazul no fueron muy tranquilizadores. Tal vez aquel día, o al siguiente, o al otro. Era el primer parto de Gurgel-click-tos, por eso resultaba más difícil calcularlo. Ofelia lo comprendió bastante bien: pasaba lo mismo con los humanos. Le comunicó eso a Capazul con mucha facilidad.

Más difícil era transmitir el concepto de que la llegada de los humanos suponía un peligro especial para Gurgel-click-tos y su pequeño. Capazul ladeó la cabeza; los dedos de su pie derecho batieron el suelo. Ofelia había tratado de explicar antes que los humanos muertos al norte no eran los mismos que habían vivido en la colonia, que éstos se habían ido a otra parte, muy muy lejos. Ahora trató de decir que los que venían serían como los muertos, no como ella.

—Nido click-koo-keerrr —dijo Capazul, como si eso pusiera fin a la discusión—. Tíaaa.

—No importa —dijo Ofelia—. No les importará.

Trató de pensar cómo decir eso con gestos, pero cuando miró a Capazul el ser estaba rígido, la garganta hinchada y latiendo, sus párpados entrecerrados. Entonces parpadeó.

—¿Nidoo click-koo-keerrr nno kkaerrr? —Una pausa—. ¿Mmataarr?

—No matar —dijo Ofelia, esperando que así fuera—. Pero no se preocuparán por mí. No soy una de ellos. No su...

¿Cuál era la palabra que Capazul había empleado para su gente? Optó en cambio por gestos que la incluían a ella, a Capazul, a los demás que allí vivían como opuestos a los que vivían en cualquier otro lugar.

—Uhuu —le dijo Capazul, señalando para dejarlo claro—. Click-koo-keerrr.

Ella era la click-koo-keerrr; fuera lo que fuese lo que tenían que hacer los click-koo-keerrrs, ella tenía que hacerlo. Se sentía incómodamente segura de que esto significaba proteger a Gurgel-click-tos y a su retoño de los otros humanos... o morir intentándolo.

Decidió interpretar como hambre la sensación de vacío de su vientre; volvió a su casa para cocinar algo.

Habían visto las vetas blancas del vuelo de la lanzadera; habían oído las breves transmisiones entre la lanzadera y la nave en órbita. Ofelia se preguntó cuánto de todo esto comprendían las criaturas. Ella misma no podía seguir gran parte de la charla: el acento era extraño, y los comentarios quizás intencionadamente crípticos. Pensó en tratar de usar el transmisor de la colonia, incluso pulsó la tecla una vez, pero la señal tenía que pasar por el meteosatélite y no conseguía abrirlo. Al parecer, ellos seguían utilizándolo. Sintió un alivio culpable. En el fondo de su corazón, seguía esperando que se marcharan sin más.

Mientras tanto, Gurgel-click-tos se había instalado en la casa situada junto al centro (todavía no en el nido mismo), y los demás le traían alimento y se sentaban con ella. A Ofelia le parecía más grande, su esbelta forma hinchada ahora bajo la faldita. Rara vez salía de la casa, y no tenía ningún interés en las noticias. Cada vez que Ofelia la visitaba, Gurgel-click-tos se apoyaba en ella y le lamía las manos. Ofelia se sentía protectora e indefensa a la vez.

Al tercer día, Capazul la despertó antes del amanecer cuando volvieron a aparecer las voces. Ofelia se dirigió tambaleándose al centro, abotargada como siempre a primeras horas de la mañana y molesta por haber sido sacada de un dulce sueño antes de despertarse ella sola.

—Esta vez van a aterrizar —dijo Ofelia—. Van a venir aquí.

Sabía que vendrían, era lo único razonable que podían hacer, y ya debían haber advertido la presencia de una forma humana y de algunas criaturas. Sin embargo, siempre había esperado que hicieran lo irracional y se marcharan.

La bolsa de la garganta de Capazul se expandió y trino.

—Lo sé —contestó Ofelia—. Tengo que hacer algo.

Pero no sabía qué. Escuchó al piloto de la lanzadera describiendo su descenso, su plan de aterrizaje. Haría una pasada a baja altitud para observar de nuevo la colonia y buscar armas. Sería ruidoso, entonces, peor que un simple aterrizaje. Habían hecho una pasada a baja altitud el día anterior, asustando a todas las criaturas, provocando en vacas y ovejas estampidas de pánico por todos los prados. Ofelia miró a Capazul, señaló hacia arriba y se cubrió los oídos.

Lejos en la distancia, oyó el rugido de la lanzadera acercándose. Llegarían hasta el mar, luego darían la vuelta y aterrizarían. Ofelia tendría que ir a recibirlos, y decir... ¿qué? ¿Qué iba a decirles que les disuadiera de molestar a Gurgel-click-tos?

Se levantó, y sólo entonces se dio cuenta de que se había levantado de la cama sin otra cosa encima que el collar de cuentas que rara vez se quitaba.

Y no tenía ni idea de dónde estaba su vestido, el único vestido que los humanos encontrarían decente. Ni los zapatos. Recordó que había arrojado el último par al reciclador.

Tan rápido como pudo, regresó a su casa bajo la luz del amanecer inminente y cogió la capa verde bordada que había impresionado a Capazul. Al menos uno de los dos pueblos la encontraría adecuada.

La lanzadera retumbó en el cielo. Ofelia no se asomó a mirarla. Usó el lavabo, se echó agua en la cara, se limpió los dientes, trató de ordenar su pelo revuelto con las dos manos. Luego se envolvió las caderas con un trozo de tela y se colgó más collares de cuentas. Aunque pensaran que se había vuelto una salvaje, al menos reconocerían su esfuerzo por tener un aspecto festivo.

Tardó más de lo que quería; tuvo que volver a usar el lavabo. Ahora oyó el gran rugido de la lanzadera acercándose, descendiendo. Salió por la puerta y ordenó a las criaturas que volvieran al refugio. Si veían sólo a una vieja, no creía que los otros humanos dispararan primero... y, si lo hacían, al menos las criaturas tendrían una oportunidad para escapar.

Vio la lanzadera tomando posición, pero la ignoró para asomarse a la puerta de la casa donde se encontraba Gurgel-click-tos. Las dos criaturas de guardia esperaban detrás de la puerta. Parecían tensas incluso en la penumbra. Podían haber encendido la luz, pensó Ofelia, pero cuando extendió la mano hacia el interruptor, uno de ellos la agarró por la muñeca.

Oyó un jadeo desde el armario. Ofelia suspiró. Naturalmente, tenía que suceder ahora, en el peor momento. Y ella no lo vería porque tenía que tratar con los de su propia especie. Resultaba tan injusto como el resto de su vida.

—Buena suerte —dijo en voz baja.

—Click-koo-keerrr —respondieron todos en suave coro. Como si ella pudiera olvidar esa responsabilidad.

Cuando llegó a la pista de aterrizaje, el sol había salido. Le daba en la cara, dificultándole ver algo que no fuera una gran mancha oscura que apestaba a plástico y aceite quemado. Ofelia entrecerró los ojos y avanzó lentamente por el pavimento irregular donde la hierba hacía esfuerzos por reclamar su dominio. Nadie la llamó, nadie se le acercó.

Cuando llegó a la sombra de la lanzadera, los vio en la rampa. Todos llevaban gruesos trajes que serían insoportables a medida que fuera avanzando el día. Ofelia se habría reído de ellos, pero no quiso que la tomaran por loca. Lo harían de todas formas: ahora que la miraban, fue más consciente del aspecto que debía tener. Notó que se ruborizaba, pero quizá no se darían cuenta gracias a su piel bronceada y a la luz de la mañana.

Dos de ellos empuñaban armas y miraban hacia el poblado con intensidad

profesional. El hombre desarmado de delante probablemente estaba al mando. Tenía la expresión de quien está acostumbrado a decir a los otros lo que hay que hacer. Ofelia había olvidado cuánto le desagradaba esa expresión. Junto a él se encontraba una mujer que parecía sentirse tan molesta como Ofelia. El resentimiento recordado le dio valor para hablar primero.

—No ha sido un buen momento —dijo, con todo el reproche de una madre experimentada—. Los han asustado.

No había necesidad de especificar a quién se refería. Ellos lo sabrían.

El hombre resopló sobre su pecho. No le gustaba que hubiera hablado primero. A Ofelia no le importaba, y no escuchó más allá del primer «... autoridad...». Lo interrumpió, diciendo de nuevo que no era un buen momento.

—Podrían haber escuchado cuando intenté hablar con ustedes —dijo. Ellos no tenían que saber que sólo había pulsado el transmisor una vez.

Esta vez respondió la mujer. Por la voz parecía madura, pero sin duda era más joven que Ofelia. Quizá de mediana edad; aunque era difícil decirlo con la gente de las naves, que rara vez llegaban a ver el sol. Ofelia le respondió, tratando de imaginar algo que impresionara a la mujer. No tenía miedo del hombre a quien consideraba el líder, eso estaba claro. Quizá la mujer fuera sensata, y escuchara. Los hombres, por supuesto, no lo harían: Ofelia apenas había empezado a hablarle a la mujer cuando dos de ellos interrumpieron. Pero sus voces se solaparon y la mujer volvió a hablar.

—¿Quién es usted? —preguntó, como si tuviera derecho a saberlo.

Ofelia le devolvió la pregunta (¿lo reconocería como el insulto que era?) y la mujer no respondió, pero confirmó a Ofelia que no habían venido a hacerle daño sino a ayudarla.

¡Ayuda! Ella no había pedido ayuda. No la necesitaba. Necesitaba que se fueran y la dejaran en paz. Hizo una mueca antes de poder impedirlo; la mujer pareció cohibida, como si advirtiera lo absurdo que era.

Ofelia lo dejó bien claro.

—No necesito ayuda.

Tenían que estar enterados de que sabía lo de la otra colonia.

—Si están aquí por lo de la otra colonia...

El hombre la interrumpió, y luego el tipo armado. Era como si tuvieran una competición en marcha, a ver quién hacía las preguntas más rápido. Ofelia respondió, secamente. No era una niña de colegio en un concurso. Al menos podrían haber tenido la cortesía de bajar a su nivel, de ofrecerle un asiento en vez de asaltarla con todas aquellas preguntas. Las criaturas, alienígenas como eran, habían demostrado más cortesía.

—¿No intentó ayudarlos? —dijo por fin el hombre desarmado. Ofelia lo miró, deseando que le salieran llagas en el culo y sus hijos tuvieran piojos. ¿Por un momento la interrogaba como si fuera una niña estúpida y al siguiente le atribuía poderes mágicos y la creía capaz de volar miles de kilómetros para rescatar a gente

joven sana y fuerte del desastre? Ridículo, insultante... repasó su inventario de insultos en sombrío silencio, hasta que el hombre se puso rojo.

La mujer habló de nuevo para preguntarle cuánto tiempo llevaba allí. Otra pregunta estúpida, aunque menos insultante: era posible, pensó Ofelia, que alguna vieja idiota en una nave espacial se hubiera estrellado, o incluso hubiera ido a explorar o algo parecido.

Lo explicó, brevemente. Disfrutó de la sorpresa en la cara de la mujer cuando le dijo la verdad de la actitud de la Compañía hacia los colonos. No lo sabía todo, no señor, no importaba qué bonito trabajo tuviera. Cuando fuese lo bastante vieja para enfrentarse al desdén de su propia compañía, entonces lo sabría.

Pero el hombre volvió a interrumpir, esta vez reprendiéndola por estar en la colonia. Como la Compañía, la consideraba sólo una molestia, algo con lo que había que tratar. El viejo resentimiento hirvió, dejándole mal sabor de boca. Ese hombre ni siquiera había sido un colono, no se merecía el respeto con que ella había tratado a los hombres que trabajaron junto a sus mujeres para construir el poblado en el que vivía. A ella no le habían agradado todos, ni todas las cosas que hacían; pero los haraganes habían muerto pronto, de un modo u otro, y los hombres que habían sido evacuados se habían ganado como mínimo su respeto. Éste, con su suave piel, escondido bajo su traje protector como si una vieja fuera una amenaza para su seguridad... Probablemente lo era, pensó Ofelia.

—Déjenme en paz —dijo, con más amargura de lo que pretendía. Él se la quedó mirando y empezó a tratar de convencerla de la seriedad de la «situación». Ofelia se habría echado a reír: el tipo no sabía lo seria que era.

—No soy estúpida —dijo, cargando el tono. El hombre abrió unos ojos como platos. ¿Serviría repetir de nuevo que habían llegado en mal momento? Probablemente no, pero lo dijo de todas formas.

—Márchense —concluyó. Se dio la vuelta y se fue, sintiendo sus miradas en la espalda como si los ojos bordados estuvieran reptando sobre su piel.

Oyó pasos torpes y una discusión detrás. Por las voces, era la mujer que la seguía. Muy bien. Que bajara, que se pusiera al mismo nivel para que no le doliera el cuello por tratar de hablar con ella. Siguió caminando; esperaba conducir a la mujer hasta el poblado, donde los demás no pudieran oírlas. Naturalmente, lo sabía, tendrían detectores de sonido, pero al menos no las interrumpirían tanto.

Cuando la otra mujer la llamó, de forma bastante amable, había llegado al final del camino. No tan lejos como esperaba, pero era mejor que estar de pie junto a la lanzadera. Desde aquel punto, las criaturas podían verla si querían. Se dio la vuelta.

La mujer tenía la piel más ajada de lo que esperaba, como si hubiera pasado gran parte de su vida al aire libre. Tenía una densa mata de pelo color caramelo, corto pero cuidadosamente peinado. Sus ojos, de un verde grisáceo trataban de parecer interesados y amistosos, pero Ofelia no se fiaba de ellos. Algo en la mujer olía a autoridad, no a la autoridad natural de la experiencia, sino autoridad de posición. Y

estaba sin aliento, probablemente por tratar de correr llevando aquel traje protector. Ofelia inspiró profundamente y le sonrió.

La mujer empezó a hablar, pero Ofelia la interrumpió. Debía comprender que Ofelia tenía un mensaje más importante que el suyo.

—Es mal momento —dijo con firmeza. Dejó que los ojos de la otra mujer la recorrieran, inspeccionando su pelo, su cara, su cuerpo, su extraña ropa. ¿Creería que Ofelia hablaba con sentido, aunque oculto, o simplemente la consideraría una loca a causa de su edad y su extraño aspecto?

La conversación osciló, sin llegar jamás a un equilibrio en el que las dos mujeres pudieran sentirse cómodas para intercambiar la información que, Ofelia estaba segura, la otra también quería y tenía que dar.

Como ya esperaba, Ofelia descubrió que ya sabían que las criaturas estaban en la colonia. La mujer se sorprendió de que hubiera cooperado con ellas, pero ¿qué esperaba? ¿Que Ofelia las hubiera matado todas ella sola? ¿Que ella sola les hubiera impedido aprender? Los otros humanos tenían mucho que aprender de las criaturas.

Vio el instante en que la actitud de la otra mujer cambió: decidió que Ofelia era insignificante, que probablemente estaba loca. Siguió intentando que la llevara a su casa para mantener una amable charla. Ofelia no estaba dispuesta a entrar en un espacio cerrado con aquella mujer joven y fuerte y su traje protector. Finalmente, tuvo que ponerse desagradable para conseguir que se fuera. Vio en la expresión de la mujer que reconocía la rudeza, que le dolía.

Bien. Que le doliera. Tal vez fuera más cuidadosa la próxima vez. Y tal vez (sólo tal vez) convenciera a los demás de permanecer apartados hasta el día siguiente. Para entonces, si Ofelia no calculaba mal Gurgel-click-tos habría tenido a su hijo y, quizá por la noche (si tenían mucha suerte), consiguieran poner a salvo a la madre y al pequeño.

Ofelia se dirigió primero a su huerto, por si la mujer la seguía o se quedaba a observar adónde iba. No estaba dispuesta a conducirlos a la casa-nido. Hurgó entre las hileras durante unos minutos, sin ocuparse en realidad de las plantas. Cuando miró hacia atrás desde el rincón del huerto, no vio más que la alta cola de la lanzadera sobresaliendo de los tejados. La calle estaba vacía; la mujer se había perdido de vista, presumiblemente de regreso a la nave.

Entró en la casa por la puerta de la cocina, e interpretó como hambre el vacío de su vientre. Tenía torta de pan frío de la noche anterior; la enrolló y se la metió en la boca tan rápidamente que casi se atragantó.

Sería una tontería ahogarse en un momento como aquél. Escupió la mitad del bocado, masticó y tragó el resto con cuidado. Luego se lo comió todo, despacio, tratando de concentrarse en el sabor y no en lo sucedido.

Esa gente no tenía el aspecto que esperaba. Se había acostumbrado a las criaturas, a las caras estrechas de grandes ojos, a las largas y graciosas piernas de paso saltarín, las manos de cuatro dedos con los duros espolones negros. Esta gente parecía pálida, suave, blanduzca como la pasta, con ojos pequeños hundidos como pasas en sus anchos rostros, con manos blandas de las que brotaban demasiados dedos de puntas blandas como tentáculos.

Evitó el espejo; no quería recordar cuánto se parecía a ellos. Cuando terminó de comer, salió y se asomó a la esquina de la casa de al lado. Nada. Eso no significaba que ninguno de ellos se hubiera internado en el poblado para esconderse entre las casas. Pero la curiosidad pudo más; tenía que saber cómo iba el parto. Cruzó la calle y se acercó a la casa que habían elegido.

Dentro del portal, los dos guardias tamborileaban suavemente. Vio que los buches de sus gargantas estaban hinchados. No le dijeron nada a Ofelia, y no hicieron ningún intento por detenerla mientras pasaba al dormitorio. Allí había otras dos criaturas, una de ellas era Capazul. ¿Dónde estaban los demás? Ofelia esperó que permanecieran ocultos y a salvo en alguna parte. Habían cerrado los postigos que daban al sol y entrecerrado los demás para crear una suave penumbra azul. En el armario la oscuridad era todavía mayor, pero Ofelia distinguió la forma agazapada de la madre. Siseando, borboteando, dejando escapar ocasionalmente un fuerte *chuff*... estaba en mitad del proceso, fuera el que fuese. Ofelia se sentó junto a la puerta a esperar.

Le dolía la espalda y sentía cargados los ojos. Se había despertado demasiado temprano. Antes de darse cuenta, se quedó adormilada apoyada contra la pared. Se despertó con un coro de siseos y graznidos.

Capazul se encontraba de pie junto a la puerta del armario, la bolsa de su garganta, de un naranja encendido, se llenaba y se vaciaba en la habitación en sombras. Pasó aproximadamente un minuto antes de que Ofelia advirtiera que el coro (las voces múltiples) procedía del interior del armario. Fuera lo que fuese, había

nacido.

Ofelia se abrió paso, preguntándose si necesitaba pedir disculpas. Los grandes ojos de Capazul la miraron y, un momento después, Gurgel-click-tos se asomó al borde del nido. ¿Invitación o advertencia? Miró hacia el exterior, al deslumbrante sol casi de mediodía. No había rastro de los otros humanos y, desde aquella ventana, no se veía la cola de la lanzadera. Pasó al salón, donde los guardias estaban agachados junto a la puerta con los cuchillos desenvainados, y se asomó a la calle. Nada. Aquella mujer había conseguido que permanecieran en la lanzadera, o al menos impedido que entraran en el poblado.

Ofelia regresó al dormitorio. Ahora Gurgel-click-tos salía del nido, un brazo extendido hacia ella. Ofelia se acercó. El olor a parto nunca era demasiado agradable; Ofelia no había esperado que sus partos fueran más limpios que los humanos. En efecto, el armario olía fuertemente a las criaturas y sus deposiciones, y a algo más... no desagradable, esto último, pero nuevo.

Ofelia se inclinó para acercarse, y Gurgel-click-tos le cogió la mano y la guió. Algo húmedo, y caliente, con un rápido pulso sacudiendo su frágil cuerpo. Parecía muy pequeño. Y otro, y otro. Gurgel-click-tos se apartó y ahora Ofelia pudo verlos. Marcadas franjas claras y oscuras, cabeza grande casi todo ojos, piernas huesudas y brazos apenas existentes plegados contra el cuerpo. Y cola.

Sisearon, uno tras otro, y uno de ellos graznó. Gurgel-click-tos cogió a ése. Manteniéndolo en equilibrio delicadamente en su mano larga y estrecha, se lo tendió a Ofelia. Ésta extendió las dos manos para recibirlo. Era caliente, liviano, peligroso. Se rebullía como se rebullen los bebés, la colita se enroscó en su muñeca. Estuvo a punto de caérsele de las manos, pero no, y Ofelia acabó por atraerlo hacia sí como habría acunado a un bebé humano. La cría abrió los ojos (eran de color oro pálido, con un reborde aún más claro alrededor de la pupila) y le trinó.

Ella se lo acercó a la mejilla y le murmuró, como todo el mundo murmura a los bebés. Ea, ea, ea, tranquilo, no pasa nada, todo va bien, tranquilo. La criatura le apretó el duro morro contra el pecho, y ella tuvo que echarse a reír. Allí ya no quedaba nada para nadie, desde luego no para un alienígena más parecido a un lagarto que a su madre. Entonces Ofelia notó el contacto de la lengua pequeña y rasposa. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Siempre había llorado al coger a los recién nacidos en brazos; un rincón de su mente se sorprendió un poco de tener el mismo reflejo con estas criaturas.

Gurgel-click-tos insistió en ofrecerle a Ofelia los pequeños, uno a uno, y cada joven lamió a Ofelia en la muñeca o la mano o el pecho mientras ella los sostenía. Capazul lo aprobó; su garganta latía suavemente.

—Click-koo-keerrr —dijo.

—Click-koo-keerrr —respondió Ofelia. Naturalmente que quería proteger a las criaturas, por extrañas que fueran. No podía desearles ningún daño. Resultaba difícil creer que fueran a crecer hasta convertirse en los adultos altos e inteligentes que

conocía. Pero los bebés humanos eran rojos, viscosos y berreaban de lo lindo después de nacer. Supuso que un alienígena los encontraría igual de improbables precursores de los adultos. Miró de nuevo a los recién nacidos. No los distinguía entre sí, al menos no con tan poca luz.

Por la tarde, cuando hacía más calor, Ofelia estaba inclinada sobre su fregadero lavando la ropa que Gurgel-click-tos había acabado por utilizar. Una de las criaturas dejó escapar un graznido y entró en la casa.

—Muy bien —dijo ella. Sabía lo que tenía que hacer. Los humanos no habían aguardado hasta el día siguiente, como les había pedido. No esperaba que lo hicieran, pero al menos no habían interrumpido el parto. Se asomó a la puerta de la cocina y los vio venir calle arriba. La mujer con la que había hablado antes, vestida ahora con pantalones color crema, una camiseta y un gran sombrero, iba acompañada por otra mujer y dos hombres con variaciones de ese atuendo, además de por dos tipos claramente peligrosos con oscuros trajes protectores y armas. Los hombres armados tenían el rostro aún más rojo que los demás y sudaban bajo sus cascos.

Sacó del frigorífico todas las bandejas del hielo y las vació en su jarra más grande. Ya había exprimido el zumo de limas y limones; lo vertió en la jarra con agua y azúcar. Los humanos acalorados eran protestones; si conseguía que se sintieran cómodos, tal vez se atuvieran a razones.

Cuando salió a la puerta para invitarlos a entrar ya estaban a medio camino de la casa, asomándose con curiosidad a las otras casas de la calle. Ofelia no quería que encontraran todavía a Gurgel-click-tos. Los llamó, y ellos la miraron.

—Vengan a tomar un poco de zumo —dijo.

Se miraron unos a otros, dubitativos, y luego avanzaron. Los hombres armados dejaron claro por sus movimientos y expresiones lo poco que se fiaban de ella. Ofelia los ignoró y miró a los demás. La mujer que había conocido, Kira. Una mujer mucho más joven (o una mujer que actuaba como si fuera más joven) que le recordaba demasiado a Linda. El hombre al que había visto, que decía que estaba al mando, y un hombre más bajo y fornido que no paraba de mirar a la mujer joven. ¡Ese tipo de reacción! Ofelia se sintió cansada antes de empezar.

Los dos hombres armados no quisieron entrar en su casa. Se plantaron ante la puerta. Ella les tendió vasos de zumo y se la quedaron mirando con expresión neutra antes de tomar por fin un sorbo. Los otros ocuparon la habitación principal, mirando cuanto los rodeaba.

—Ésta es la casa de los Falfurrias —dijo Kira a los demás—. Consta en los datos suministrados por Sims. —Se asomó a los dormitorios, sin tener en absoluto en cuenta la intimidad de Ofelia.

—¿Estás segura? —preguntó el hombre más alto. Hablaba como si Ofelia no estuviera allí, como si ella no fuera consciente de donde se hallaba.

—Así es —dijo Ofelia.

El hombre la miró y luego apartó la vista, como si no le gustara lo que veía. Ofelia se había cambiado la capa verde por una camisa con mangas de flecos y tiras de color delante y detrás. Hacía demasiado calor para esta hora del día (para esta estación, en realidad) pero no se sentía cómoda desnuda delante de aquellos extraños. La enfureció sentirse cohibida de nuevo.

—Es mi casa —continuó—. Yo ayudé a construirla. Soy Ofelia Falfurrias.

—Se supone que fue evacuada —le dijo el hombre, sin dar su nombre. Cuánta rudeza. Ofelia sintió aumentar su disgusto, como savia secándose al sol—. Ninguno de ustedes debería estar aquí, y el equipo de esta colonia tendría que estar adecuadamente desconectado. De no haber sido por usted...

—No es culpa suya —saltó Kira, otra vez como si Ofelia no pudiera hablar por sí misma—. Es sólo una anciana.

Sólo. Así que Kira era tan mala como el resto; opinaba que una vieja no tenía ninguna importancia.

—Tal vez deberíamos presentarnos —dijo el hombre más bajo. Le sonrió a Ofelia—. Soy Orisan Almarest, antropólogo cultural, Sera Falfurrias. Soy antropólogo: estudio la forma en que la gente trabaja con sus herramientas.

—Kira Stavi —se presentó brevemente la mujer mayor.

—Vasil Likisi, jefe de este equipo y representante designado por el Gobierno —dijo el hombre más alto.

—Bilong. —La mujer más joven compuso una amplia y falsa sonrisa—. Llámeme simplemente Bilong, con eso me vale.

A ella no. No quería llamar a Bilong sino como las otras mujeres habían llamado a Linda. El único que tenía modales era el hombre más bajo, Orisan Almarest. Se lo reconoció con un leve movimiento de cabeza.

—Ser Almarest. —Indicó el zumo helado de la mesa—. ¿Le gustaría tomar algo fresco?

—Gracias, Sera Falfurrias —respondió él.

Le sirvió un vaso, y él lo tomó y lo probó.

—Está muy bueno.

Ofelia se relajó un poquito. Aquél era el ritual conocido.

—La fruta está más amarga este año —dijo—. Es usted muy amable al darme las gracias.

—Es delicioso en un día tan caluroso —dijo él. Le sonrió por encima del vaso mientras tomaba un largo trago. Los otros permanecieron de pie como niños sin educación. Finalmente, la mujer mayor se movió.

—Gracias por invitarnos a entrar, Sera Falfurrias.

Ofelia sonrió como era debido.

—Son bienvenidos a mi casa —dijo—. Por desgracia, sólo tengo este zumo que ofrecerles.

—Gracias —respondió la mujer, con una sonrisa tan forzada como la de Ofelia. Bebió, y sus cejas se alzaron. Así que esperaba que de verdad estuviera amargo. Ofelia casi se echó a reír.

—Oh, por favor, ¿puedo tomar un poco? —preguntó la mujer más joven, como una niña que no se acuerda de esperar a que le sirvan la comida.

—Por supuesto —dijo Ofelia, sirviéndole un vaso y ofreciéndoselo sin más comentarios, como habría hecho con una niña. El hombre fornido le sonrió.

—Bilong es nuestra lingüista —dijo—. Estudiará el lenguaje de los indígenas.

—¿Indígenas? —Ofelia se odió a sí misma por preguntarlo en el momento mismo en que la palabra desconocida salió de su boca. Todos menos el hombre fornido sonrieron de un modo que significaba que disfrutaban de su ignorancia.

—Es el término académico para cualquier nativo de un lugar —explicó—. Usted y yo no somos indígenas de aquí, pero las criaturas que atacaron la segunda colonia sí lo son. Al menos, eso pensamos.

Lo dijo sin darle importancia, como si no hubiera nada extraño en que ella no lo supiera. Ofelia apreció la cortesía aunque no se fiara de él.

—Kira, Sera Stavi, es xenozoóloga —continuó—. Estudia animales ajenos a los mundos humanos. Por supuesto, eso significa que son nativos, o indígenas, de otro lugar. Estudiará la biología de los animales de aquí.

—No son sólo animales —dijo Ofelia, mirando a la mujer.

—No, pero, como nosotros, son animales en parte —respondió la mujer. Su voz se había suavizado. ¿Era el zumo frío o intentaba ser más amable?—. Mi trabajo es descubrir cómo funcionan sus cuerpos, qué comen, y todo eso.

Ofelia dirigió su mirada al hombre alto que había sido tan rápido en reclamar su autoridad. Él lo captó inmediatamente.

—Soy el jefe del equipo, como decía, y el representante gubernamental. Estamos aquí para decidir si esos seres son lo suficientemente inteligentes para pedir protección legal. Si así es, también estoy autorizado a ejercer de representante oficial ante su Gobierno para tratar los recientes acontecimientos y exponer nuestro deseo de lograr algún tipo de acuerdo para que nuestros científicos puedan estudiarlos. Quizá no sepa usted que son únicos en la historia de la exploración estelar humana.

Parecía dispuesto a continuar, pero Ofelia no estaba de humor para escucharlo. Sirvió otro vaso de zumo y se lo tendió cuando tomaba aire. Él pareció sorprendido.

—Gracias —masculló por fin, y tomó un sorbo.

—Por favor, siéntense —dijo Ofelia. Tenía las sillas justas si ella se sentaba en el taburete que empleaba cuando cocinaba y cortaba verduras. Lenta, torpemente, todos se sentaron. Ofelia preparó otra jarra de zumo y llenó sus vasos antes de sentarse también.

—Vivo aquí sola desde que se marcharon los demás —empezó a decir. Ellos lo sabrían, pero empezar con lo obvio y sabido era a la vez educado y sensato. A partir de ahí, podía guiarlos hasta donde quería—. Vine aquí siendo joven...

Entonces se sentía de mediana edad, madre de tres hijos, dejada atrás la primera juventud, pero ahora sabía lo joven que era.

—Mi marido y yo construimos esta casa; mis últimos hijos nacieron aquí. Luego mi marido murió y, uno a uno, también murieron todos mis hijos, menos Barto. Cuando dijeron que teníamos que marcharnos, le dijeron a Barto que yo no sería de ninguna utilidad, que probablemente moriría en crío. Le hicieron pagar de más. Yo no quería ser una carga para él, ni tampoco dejar el lugar donde mi marido y mis hijos habían vivido y muerto.

—Pobrecilla —dijo la mujer más joven, rezumando una dulzura tan falsa que Ofelia pensó en fabricar mermelada con ella.

—Podría haber muerto usted aquí —comentó la mujer mayor como acusándola de un crimen.

—Podría haber muerto en crío —respondió Ofelia—. Los viejos mueren; es la naturaleza. No tengo miedo a morir.

Eso no era del todo cierto, pero no tenía miedo en el sentido en que lo decía la otra.

—Fue irresponsable, de todas formas —dijo el jefe—. Mire los resultados.

Ofelia le dirigió una mirada neutra.

—¿Resultados, Ser Likisi?

Él agitó el brazo en círculos y a punto estuvo de golpear a la mujer más joven en la cara.

—Esas... esas cosas que hay aquí. Saben cosas de los humanos, han visto la tecnología que usamos. El Gobierno tiene normas estrictas sobre el uso de tecnología avanzada delante de culturas primitivas.

—La habrían encontrado de todas formas.

—Pero usted estaba aquí para enseñarles a usarla.

Ofelia se lo había planteado en los primeros momentos de comunicación con las criaturas, pero luego no había tenido tiempo de pensar. Aprendían tan rápido... Finalmente había decidido que las criaturas habrían encontrado las principales claves por su cuenta. Al menos les había enseñado a actuar con cautela, a respetar las máquinas. Abrió la boca para decirlo, pero el hombre armado que esperaba junto a la puerta principal se movió de pronto y alzó su arma.

—¡Quieto! —dijo, como si pensara que todo el mundo en el universo entendía sus palabras.

—¡No! —exclamó Ofelia. Iba a dispararle a una de las criaturas; no podía permitirlo. Eso fue lo único que pensó. Se levantó del taburete, avanzó como si su cadera mala la apuñalara y se abrió paso entre los dos hombres sentados para llegar a la puerta. La ancha espalda oscura del hombre armado enfundado en su traje protector le bloqueaba el paso.

—Apártese —dijo ella, pinchándole con un dedo en la espalda.

La reacción del hombre fue tan rápida que Ofelia cayó al suelo antes de darse

cuenta de que se había movido. Le dolía la cabeza. Fuera, un fuerte graznido y el rápido tamborileo de pies. Las criaturas...

—¡No les haga daño! —dijo ella, lo más fuerte que pudo—. ¡No...!

—Están atacando —dijo el hombre armado.

Ofelia consiguió ver por entre sus piernas. Capazul, vestido formalmente con aquella capa azul, el buche hinchado al máximo, latiendo. Dos criaturas más, los cuchillos desenfundados, los ojos parcialmente cubiertos por el párpado adicional.

—No —dijo Ofelia desde la puerta. Le dolía la cabeza, y empeoraría, y ninguna de aquellas personas tuvo la cortesía de ayudar a una vieja a levantarse del suelo. Rodó, miró a los que estaban sentados con la boca abierta como si fueran niños jugando. Trató de incorporarse. Descubrió que le dolían también las costillas y el brazo, pues se había caído encima.

—¡Click-koo-keerrr! —dijeron desde fuera. El buche de Capazul latía.

—Click-koo-keerrr —dijo Ofelia. Al menos podía hablar con suficiente claridad para tranquilizarlos. Se puso de rodillas, sacudió la cabeza abotargada y logró incorporarse. Cojeó hasta la puerta—. Déjeme salir —le dijo al hombre armado—. No están atacando. Quieren ver que no me han hecho daño.

—Podría haberla matado —murmuró el hombre, furioso. «Zorra estúpida» decían sus ojos. Ofelia no dijo nada—. Lo siento —admitió por fin—. Reflejos.

—Déjeme salir —repitió ella.

Lentamente, aún apuntando con su arma a las criaturas, el hombre se hizo a un lado.

—No se interponga —dijo—. Si tengo que dispararle, lo haré.

—No provoque, entonces —contestó Ofelia. No estaba de humor para ser más amable que él—. No están atacando, y nunca me han hecho daño.

«No tanto como usted», pensó con todas sus fuerzas.

Cojeó hasta la calle y le tendió los brazos a Capazul, quien los cogió suavemente. Su buche se encogió. Entonces le tocó la cabeza, el costado, con un amable dedo. Ofelia siseó; le dolía ya e imaginaba la magulladura oscura que se hinchaba en su cráneo.

Tras ella, oyó al jefe del grupo hablando con el hombre armado. No distinguía las palabras, pero el tono era furioso. También lo fue la respuesta del otro hombre. Que discutieran, eso le daría tiempo. Aunque no sabía para qué. Le dolía muchísimo la cabeza. Se sentía mareada, quería tumbarse en un lugar frío y oscuro y dejar que alguien le ofreciera bebidas frescas.

Capazul se tocó su propia cabeza, golpeándola con un puño, y luego hizo el mismo movimiento entrecortado que ella había empleado para remedar el dolor de una descarga eléctrica.

—Sí —dijo Ofelia—. He dado con la cabeza contra el suelo. Me duele, pero estoy bien.

Capazul señaló al hombre armado, e hizo el gesto de echar hacia atrás un codo

para golpear a alguien.

—Sí —dijo Ofelia—. Pero lo asusté.

—Click-koo-keerrr —dijo Capazul. Ofelia frunció el ceño, olvidando su dolor de cabeza. ¿Qué tenía que ver ser una click-koo-keerrr con ser golpeada por el hombre de la puerta? ¿Pensaba que el hombre no debía golpear a una click-koo-keerrr? Si era así, ¿qué era una click-koo-keerrr? ¿Nunca golpeaban a los suyos?

—No lo sabía —dijo—. No he tenido tiempo de hablarles de los bebés.

Tampoco estaba segura de querer hacerlo. Recordó haber estado con sus bebés en el hospital, donde algunos miembros del personal los trataban como si fueran muñecos o animales. Pensaba que era así como Kira Stavi trataría a estas criaturas. Estaba segura de que la mujer nunca había parido hijos.

—¿Nno ssabe uhoo click-koo-keerrr? —preguntó Capazul.

—No sabe —repitió Ofelia—. No sabía.

Capazul dijo algo a los otros dos, que volvieron a enfundar sus largos cuchillos. Ofelia seguía sin comprenderlos cuando hablaban tan rápido, pero captó la palabra click-koo-keerrr en medio del parlamento.

—¿Gurgel-click-tos? —preguntó—. ¿Y los pequeños?

Capazul dejó escapar un gruñido y cerró los párpados. ¿Estaba dormida? Natural, después de un parto. Ofelia se preguntó si amamantaba a los bebés, o si comían otro tipo de alimentos. Y si era así, ¿quién los traía?

—¿Es ése su jefe? —dijo Vasil desde detrás—. ¿Por eso lleva esa cosa azul?

Ofelia se volvió, tratando de no soltar un gemido cuando las costillas y la pierna le latieron de dolor.

—Éste es Capazul. Lo llamo así por su capa. No consigo pronunciar su verdadero nombre. —Se volvió hacia Capazul—. Éste es Ser Vasil Likisi. Es el jefe.

Los demás estaban ya en la puerta. A medida que iban apareciendo, Ofelia dijo sus nombres: Kira, Ori, Bilong. Capazul no dijo nada, se limitó a permanecer allí, bajo el caliente sol, con la cabeza levemente ladeada.

—Le estaba usted hablando —dijo la mujer joven—. Los he oído... ¿Puede hacer que diga algo?

Ofelia se dirigió a Capazul.

—Es la lingüista, que estudiará cómo habláis.

Por el brillo de sus ojos, Ofelia dedujo que Capazul había comprendido más de lo que daba a entender.

Capazul contempló a Bilong.

—Uhuu Philog.

Ofelia tuvo ganas de echarse a reír al ver la expresión del rostro de la muchacha.

—Ha dicho mi nombre —dijo, casi bailando.

Capazul emitió una larga secuencia de graznidos, gruñidos, chasquidos y otros sonidos que parecieron deleitar a Bilong. Ofelia sospechó que era algo tan carente de significado como el alfabeto.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó la otra mujer. Parecía verdaderamente preocupada.

—Me duele la cabeza.

—No me extraña. Me quedé tan aturdida que no pude moverme... Lo siento, pero no pude...

—No importa —dijo Ofelia. La mujer debía de estar realmente avergonzada para decir una cosa así. Quizá tenía algún sentimiento digno.

—Uhuu Kirrahhh. —Capazul extendió una mano que la mujer tomó con cautela.

—Cuatro dedos... —jadeó.

—Y otros cuatro en los pies —dijo Ofelia.

—¿Dos sexos? —preguntó la mujer, como si Capazul no acabara de demostrar que comprendía gran parte de lo que se decía.

—No he mirado —dijo Ofelia, recatada. No iba a admitir que seguía sin saberlo. Era cierto que no había mirado: habría sido una grosería.

—Naturalmente, no es su campo —comentó la mujer, como si Ofelia fuera una idiota por no saberlo. La momentánea simpatía de Ofelia hacia ella se desvaneció.

Todo el equipo se acercó ahora. Los cuatro civiles mirando señalando, hablando entre sí como si las criaturas fueran estatuas en una galería de arte, o animales de un zoo. Los dos hombres armados permanecieron junto a la casa, envarados, mirándolos. Era una estupidez estar allí fuera, bajo el caliente sol. A Ofelia le dolía la cabeza; quería estar a la sombra. Su casa no tenía sillas suficientes para todos, pero el centro sí.

—Podrían venir al centro, lejos del sol —dijo Ofelia—. Allí hay sillas de sobra.

—Muy amable por su parte —contestó el hombre fornido, mirando alrededor. Naturalmente, no sabían dónde estaba.

—Por aquí —indicó la mujer mayor, la que conocía la casa de Ofelia por el apellido de la familia.

Empezó a andar hacia allí y Ofelia reprimió las ganas de golpearla. Tendría que haber dejado que ella los guiara por el camino. No era su centro.

Capazul le tocó el hombro.

—¿Fuh?

Sí, pensó ella, frío es exactamente lo que quiero. Hielo frío sobre la cabeza, una bebida fresca en la garganta. Capazul caminó a su lado. Los otros seguían charlando y Kira Stavi iba en medio. Entonces Kira se detuvo en seco. En la puerta del centro, tres criaturas más, envaradas, miraban al grupo con aquellos ojos intensos. Ofelia se notó una risita perversa en la garganta y alzó la mano para cubrirse la boca.

—Explíqueselo —dijo el hombre alto—. Explíqueles que no pasa nada si entramos.

Ofelia adelantó a Kira y los demás, seguida de Capazul. Las criaturas de la puerta retrocedieron y Ofelia indicó al grupo que entrara.

—Realmente no deberían... —oyó decir tras ella. Los dos hombres armados,

supuso, no querían perder de vista a sus protegidos rodeados por asesinos alienígenas. Ella tampoco quería a los humanos allí, pero no se le ocurría nada mejor.

—No importa —respondió el hombre alto—. Si no han hecho daño a la anciana, no nos lo harán a nosotros.

Ofelia sopesó todos los fallos de esa suposición mientras Kira los conducía al taller de la izquierda. ¿Por qué iban a lastimar a una anciana que nunca los había amenazado, una vez que descubrieron que no iba a hacerlo? ¿Y por qué no iban a lastimar a quienes sí suponían una amenaza? Pero no iba a discutir. En primer lugar no sabía cómo y en segundo, le dolía demasiado la cabeza.

Capazul dijo algo a las otras criaturas y una de ellas se dirigió rápidamente a la cocina.

—¿Ha visto? —le dijo Kira al hombre fornido—. No caminan siempre con la planta del pie. Me encantaría ver esa estructura ósea.

El hombre fornido asintió, luego miró a Ofelia con los ojos entornados.

—No se siente usted bien, ¿verdad, Sera Ofelia? ¿Necesita echarse un ratito?

Nada le hubiese gustado más, pero no lo haría mientras aquella gente estuviera husmeando por allí. Habría sido como dejar a un puñado de bebés jugando en la cocina sin nadie para vigilarlos.

—Estoy bien —dijo, pero se sentó en la silla que le ofreció.

Entonces la criatura regresó con un cuenco lleno de hielo picado (¿cuándo habían aprendido a picar el hielo?), y envolvió una toalla alrededor de un puñado de hielo con la destreza de una enfermera. Colocó el hielo sobre el hematoma. Ofelia tomó aliento, pero lo agradeció pasado un rato. Alzó la mano para sostener el hielo en su sitio, pero no había necesidad. La criatura se quedó a su lado, sujetándolo.

—Bien —dijo el hombre alto. Ofelia se esforzó por recordar su nombre. Vasil Likisi—. Está claro que usted se ha hecho amiga de ellos. ¿Cómo les enseñó a hacer eso?

—Tíaaa —dijo Capazul. Todos se le quedaron mirando. Señaló a Ofelia—. Tíaaa.

—¿Tía? —Era la mujer joven, Bilong—. ¿Quiere decir... tía? ¿La hermana de la madre?

Capazul cogió el libro que otra de las criaturas había traído de la clase, el libro de relatos sobre la niña que se quedaba con su tía. Se lo mostró a Bilong.

—Tíaaa.

Pasó las páginas hasta encontrar la imagen que quería, luego señaló a Ofelia y el dibujo de la niña y su tía.

—No lo comprendo —dijo Kira, impaciente—. ¿Un libro de relatos? Sea lo que sea lo que entienden por tía, no es lo mismo que entendemos nosotros. —Miró a Ofelia—. ¿Sabe de qué está hablando?

Sí lo sabía, pero ¿cómo podía explicárselo a esta mujer que era a su modo tan alienígena como Capazul? ¿Esta mujer tan impaciente que ya empezaba a menearse incapaz de escuchar más de dos palabras? No. Le dolía demasiado la cabeza. La

cortesía exigía alguna respuesta, pero no tenía por qué ser completa.

—Cuidé de algunos niños que no eran míos —dijo—. Creo que Capazul se refiere a eso.

—Oh. —La otra mujer se echó hacia atrás en su asiento. No parecía convencida.

—¿Cómo le dijo eso? —preguntó la mujer más joven.

La cabeza le latía. Ofelia se movió y otras magulladuras la apuñalaron.

—Yo... usé gestos. Estoy muy cansada. —Cerró los ojos.

—¿Creen que está realmente herida? —preguntó el hombre alto. Ofelia no tenía que escucharlo pero su voz seguía sonando alta y cargada de importancia, como si tuviera una lima en la boca. Estaba dispuesto a enojarse con ella porque estaba herida.

—Espero que no —contestó el otro hombre—. Es nuestra mejor fuente para comprender la cultura alienígena. Ha estado viviendo con los indígenas...

—Pero es tan...

Ofelia supuso que un gesto acompañó el comentario, y probablemente una mirada de reojo para ver si estaba realmente dormida o si sólo lo fingía.

—No tiene la educación necesaria —dijo el hombre por fin. Jugaba sobre seguro.

—¡Vasil, eres un...!

Pero las palabras quedaron interrumpidas. Ofelia oyó a la gente levantándose de las sillas y marchándose en silencio. Muy bien, que se fueran. No le importaba. Se quedó adormilada y, cuando despertó, descubrió que alguien había puesto unas sillas bajo sus piernas y se las había cubierto con una manta. Todavía le dolía la cabeza, pero no tanto.

Capazul se encontraba a su lado.

—Cocoss —dijo.

Ofelia no entendió. ¿Cocos? Entonces hizo la transformación: quería decir «locos». Y no tenía que preguntar a quién se refería. Los otros humanos.

Ofelia no intentó levantarse. No quería moverse. Pero le hizo un guiño a Capazul.

—Están locos —reconoció.

—Uhuu no... —Capazul hizo un gesto, refiriéndose a ellos otra vez—. ¿Nno... Click-koo-keerrr?

—No —repitió ella, tranquilizándolo—. No son mi gente y yo no soy su Click-koo-keerrr. No soy su tía.

Capazul le ofreció un brazo, y ella consiguió incorporarse sofocando un gemido por el dolor que sentía en el costado y en la pierna. Otra de las criaturas se situó al otro lado y entre ambas la ayudaron a recorrer el pasillo. Fuera había oscurecido y las estrellas brillaban suavemente con el cálido viento húmedo.

—¿Dónde están? —preguntó Ofelia.

Capazul señaló calle abajo. Vio un brillante parche de luz en el campo de aterrizaje. ¿Habían vuelto a la lanzadera? En realidad no le importaba. Capazul y el otro ser la ayudaron a llegar a su casa, y una vez dentro encendieron la luz. Capazul

abrió el frigorífico y contempló el interior. Ofelia no tenía hambre y trató de decirlo, pero la criatura no le hizo caso y rebuscó hasta encontrar un poco de pan seco que le ofreció con sal. Sabía sorprendentemente bien y su estómago lo aceptó.

Capazul le sirvió un vaso de zumo de fruta y se quedó a su lado mientras se lo bebía. Ella notaba que estaba decidido a que comiera. Después, sólo quería su familiar cama. Por primera vez desde que Capazul llegó al poblado, las criaturas la acompañaron al cuarto de baño. No se sintió avergonzada; ellos ya la habían visto y estaba demasiado cansada. Se miró accidentalmente en el espejo y se detuvo al ver el chichón púrpura en su cabeza. Se miró el brazo; tenía un arañazo y una costra oscura en la piel. La expresión de Capazul, cuando la advirtió, era sombría. Sentía furia y desaprobación, pero no hacia ella.

—No importa —dijo—. En realidad no estoy herida.

Le ofrecieron su apoyo (se alegró de contar con sus brazos) hasta la cama. Cuando se sentó en ella, la otra criatura se agachó y le levantó amablemente las piernas. Capazul se dirigió al otro lado de la cama y retiró la colcha, luego se detuvo, mirándola.

Estaba tan cansada... pero consiguió terminar de acostarse y Capazul la tapó con la ternura de una madre.

Eran aterradores de un modo distinto. Ofelia no sabía qué creían que había ocurrido, o qué significaba, o qué sucedería mañana. Estaba demasiado cansada para decir nada. Capazul apagó las luces y ella esperó a oír cómo la puerta principal se abría y cerraba, pero se quedó dormida antes.

Cuando Ofelia despertó con la luz perlada de la mañana, oyó susurros en la habitación de al lado. Se desperezó, y dio un respingo cuando las magulladuras del golpe y la caída del día anterior se hicieron notar. Le dolía todo el cuerpo; no recordaba tener golpes en tantos sitios. ¿Y quién estaba en el salón?

No quería levantarse. Quería quedarse allí tendida hasta morir, o hasta que dejara de dolerle el cuerpo, lo que viniera primero. Alzó con cuidado el brazo para palparse el chichón de la cabeza. Le pareció tan grande como antes, si no mayor. Bajó el brazo e imaginó la conmoción si los humanos regresaban y la encontraban muerta. ¿Se darían cuenta de que era a causa de ellos, o culparían a las criaturas?

Necesitaba ir al cuarto de baño. Una cosa era estar allí tumbada y hoscamente decidida a morir de unas cuantas magulladuras, otra muy distinta estar allí tirada tristemente porque la vejiga le dolía por estar llena. Además, si le echaban la culpa a Capazul, ¿qué les pasaría a los bebés de Gurgel-click-tos?

Incluso con esa idea, cuando trató de incorporarse por primera vez el dolor fue tal que contuvo la respiración y sintió que las lágrimas le escocían en los ojos. Se reprendió. La vieja voz se alegró de proporcionar los términos que no había utilizado en varios años. «Cobarde. Debilucha. Nenaza. Unos pocos moratones y actúas ya como un bebé.»

Trató de no hacer ningún ruido, pero cuando logró incorporarse se sentía temblorosa y débil por el dolor. El brazo había vuelto a sangrarle por la noche; lo tenía pegado a la sábana, y el dolor de soltarlo fue terrible. Un sollozo se abrió paso en su garganta.

La puerta del cuarto se abrió. Era Capazul, con el buche hinchado. Siseó al verla y se le acercó rápidamente, ofreciéndole un brazo. Ofelia lo aceptó, furiosa por su debilidad. Capazul tocó con el dedo el hilillo de sangre, lo olisqueó y tamborileó. Ella no supo con qué parte del cuerpo, pero el sonido inundó la habitación.

—Estoy bien —dijo Ofelia, deseando que su voz no temblara—. Estaré mejor después de una ducha caliente.

Capazul la ayudó a llegar al lavabo. Se sintió mejor después de haber utilizado el baño. La ducha caliente le alivió algunos dolores aunque sabía que después aumentarían. Al salir descubrió que Capazul había traído toallas. Esperaba con ellas en la mano para ayudarla a secarse. El espejo se había nublado con el vapor. Ofelia no podía verse; se alegró. Lo que tenía que ver forzosamente mientras se secaba era ya bastante feo; oscuros hematomas le cubrían el costado derecho.

Fue difícil encontrar algo que ponerse. Los atuendos que había hecho para aquella estación, los que se podría haber puesto, dejaban las magulladuras al descubierto. La vieja voz le dijo que eso era penoso, que avergonzaría a sus invitados, que debía aparecer ante ellos como si el golpe del día anterior no le hubiera causado ningún daño. Después de todo, su vieja piel se magullaba tan fácilmente que sangraba con

cualquier herida de poca importancia. No era culpa de ellos; no podía esperar que se dieran cuenta de su gran fragilidad.

La voz nueva no dijo nada. Ofelia se preguntó dónde se había metido. Rebuscó en su armario una camisa de manga larga, algo que le cubriera los brazos y el torso por completo. Todas las camisas de manga larga eran cálidas, destinadas a los raros momentos de fresco de la estación lluviosa. Se puso una de todas formas, gimiendo cuando la áspera tela le rozó las magulladuras. Se enfundó los pantalones más largos que tenía. Le llegaban justo por debajo de las rodillas.

Se sintió acalorada y sin aliento, pero segura. Se miró los pies descalzos. Todos los demás llevaban botas. No habían llegado a pisarla, pero aquellos dedos descalzos le parecían ahora vulnerables, igual que su piel desnuda, a merced de una simple mirada. No tenía zapatos; recordó que había echado su último par al reciclador. Por un momento, se sintió feliz. Se acordó del pequeño baile de celebración que había hecho al tirar esos zapatos y el feo vestido que Barto y Rosara querían que llevara más a menudo.

Capazul trinó suavemente. Ofelia trató de sonreírle.

—Estoy mucho mejor —dijo—. Gracias por tu ayuda.

Capazul conocía «gracias»: ella había empleado todas las cortesías de rigor; las criaturas habían hecho todo lo posible por responderle.

Ofelia miró su ropa de cama con disgusto. No le gustaba dejar las camas sin hacer ni las sábanas con manchas de sangre, pero no se sentía capaz de cambiarlas esta mañana. Capazul, siguiendo su mirada, señaló las manchas de sangre y luego le tocó el brazo.

—¿Uhuu ssngre?

—Sí, es mi sangre. Pero no duele. Sólo un poco. —Esperaba que Capazul lo comprendiera.

Capazul dijo algo en su lenguaje y entró otra criatura. Capazul señaló la cama; la criatura siseó, su buche se hinchó por un instante. Luego cogió las sábanas y las amontonó en el suelo. Cuando Capazul volvió a hablar, recogió el montón.

—¿Dónde vas a...? —empezó a decir Ofelia.

—Avahhhllla —contestó Capazul. Entonces, con gran satisfacción, recalcando todas las consonantes, añadió—: Esstá ssucia. ¡Lllavhallla!

Ofelia se recuperó de su asombro a tiempo para decir «¡En agua fría!» a la criatura que se marchaba con las sábanas.

—La sangre se lava con agua fría.

Capazul abrió unos ojos como platos.

—¿Fuh? —Se señaló a sí mismo—. Mi ssngre seh lllavahh en fuh... ah... ssooo.

—¿También laváis la sangre con agua fría? —Ofelia no se había dado cuenta de que lavaran la ropa, aunque no apestaban como la gente que no se lava.

—Lllavahh en llienteh, ssngre psstah.

Se lava en caliente, la sangre apesta, tradujo Ofelia.

—Djjaahh mrónn.

Ofelia no lo entendió en un primer momento. *Mrónn* era probablemente marrón. Se queda marrón. Sí.

—La nuestra también —dijo. Ahora tenía hambre. En la cocina se encontró con que alguien (¿Capazul?) había tratado de amasar pan y lo había dejado todo patas arriba. Capazul, cuando ella lo miró, agitó los párpados.

—Ssientoh —dijo.

—Gracias. Has sido muy amable.

Capazul había tratado de enmendar el estropicio, pero había dejado manchas de harina y trozos de lo que se suponía que era masa aunque no lo fuera. Probablemente la había visto hacer masa y considerado que era fácil.

Ofelia limpió los restos; luego preparó la masa ella misma, alegre de ocuparse de las tareas familiares. Capazul le encendió el horno y le tendió la rejilla cuando hizo ademán de cogerla. Después cerró los recipientes que ella había dejado abiertos y los guardó. Ofelia había compartido cocinas con mujeres menos serviciales. Mientras colocaba el pan sobre la parrilla, la puerta de la cocina se abrió y otra criatura (no la que se había llevado las sábanas) entró con dos tomates y un puñado de habichuelas verdes; se lo entregó con cuidado.

—Gracias —repitió Ofelia, preguntándose qué pasaba. Las criaturas habían sido bastante amistosas antes, pero no habían llegado a ayudarla. Cortó el tomate, descubrió que Capazul había encontrado una cebolla en la cesta y la cortó también. El olor de la cebolla la hizo llorar (siempre lo hacía), pero no podía cocinar sin cebollas al igual que éstas no crecían sin agua. Una vez más, Capazul previó lo que querría a continuación y le tendió un manojo de perejil, uno de cilantro, otro de romero. Ella cortó las hierbas frescas, las mezcló con el tomate y la cebolla, llenó con ellas la primera torta.

Se sintió mejor cuando terminó de comer. Le dolía todavía la cabeza y seguía abotargada, pero no estaba mareada. Como si lo notaran, Capazul y la otra criatura salieron de la casa mientras ella fregaba los platos, se cepillaba los dientes y se cubría con una tela suave el rasguño sangrante de su brazo.

El sol estaba bien alto cuando regresaron los humanos. Sólo dos de ellos esta vez: el hombre fornido (Ori algo) y la mujer mayor, Kira. Ofelia había vuelto a trabajar en su huerto, porque la tranquilizaba y porque no lo atendía desde hacía unos cuantos días. Una de las criaturas la acompañaba y se comía los babosos que encontraba. Otra había insistido en entrar en su casa con una escoba. El cálido sol le acariciaba los moratones, aunque el sudor le picaba en los arañazos. Cuando la criatura trinó, ella alzó la cabeza.

—Du-ohss —dijo. Alzó dos dedos por si ella no le entendía. Lo que no comprendía era cuándo había aprendido tanto del habla humana.

—¿Te lo enseñó Capazul?

La criatura ladeó la cabeza.

—Uhuu —dijo.

Ofelia no lo creía. No había pasado mucho tiempo con ninguno de ellos tratando de enseñarles sus palabras, no desde el principio. Pero si quería otorgarle el mérito, era muy amable.

—Buenos días —dijo el hombre fornido, cuando estuvo lo suficientemente cerca—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien —respondió Ofelia. Tenía una cesta casi llena de tomates; maduraban mucho más rápido de lo que se los comía—. ¿Le gustaría llevarse algunos tomates? No son muy grandes todavía...

—Son preciosos —dijo el hombre—. No tenemos comida fresca como ésta en la nave, ¿sabe?

No lo sabía. Había pasado su estancia en la nave en crío. Pero él tal vez no lo supiera.

—Su brazo... —se fijó la mujer. Ofelia bajó la cabeza: la manga no le cubría del todo el hematoma y la costra.

—No es nada —contestó, apartando la mirada. No quería hablar del tema.

—Eso es... —empezó a decir la mujer. Ofelia vio que el hombre la hacía callar con un gesto. Para eso le servía la arrogancia: todavía tenía que callarse cuando un hombre se lo ordenaba.

Ofelia encontró otro baboso y chasqueó la lengua para llamar la atención de la criatura, que se acercó ansiosamente y engulló el baboso. Ofelia miró a los humanos. Tenían los ojos como platos. El hombre se recuperó primero.

—Usted... se lleva bien con ellos.

Ofelia se encogió de hombros, luego deseó no haberlo hecho. Todavía tenía un hombro dolorido, y el hombre podía considerar el gesto descortés.

—Son buenos vecinos —dijo—. No me molestan.

—¿Habla con ellos?

—No es hablar, propiamente dicho. Comprendemos cosas. —Hizo un gesto con la mano—. Usamos mucho las manos.

—¿Puede decirnos cuál es el jefe? ¿El llamado Capazul?

Ofelia se preguntó si Capazul opinaba que lo era, en el sentido al que aquel hombre se refería.

—Capazul es... bueno aprendiendo cosas nuevas —dijo finalmente—. Aprendiendo palabras, por ejemplo. Comprendo mejor a Capazul.

—¿Pero es Capazul quien está al mando? —preguntó la mujer.

Ofelia sacudió la cabeza, otro error. Durante un instante el mundo giró a su alrededor; luego volvió a estabilizarse.

—Sólo en algunas cosas —contestó, cuando recuperó el habla. Sabía que no podía explicar realmente en qué cosas: también a ella le costaba entenderlo.

—Es un grupo pequeño —murmuró el hombre a su compañera—. Puede que se gobiernen por consenso. Puede que lo discutan todo.

—Seguro que no todo —dijo la mujer—. Atacaron la colonia que aterrizaba. Eso precisa organización, liderazgo. Y esas ciudades costeras...

—¿Ciudades? —preguntó Ofelia—. ¿Tienen ciudades?

Se sintió traicionada. Capazul no había dicho nada sobre ciudades ninguna de las veces que había visto imágenes de ciudades en sus libros.

—Las vimos desde las lanzaderas —respondió la mujer—. Algunos viven a lo largo de la costa norte de este continente, en lo que parecen ser ciudades de madera y piedra. Tienen barcos...

Ofelia recordó las embarcaciones que viera. Pero no se imaginaba a sus criaturas, las que ella conocía, viviendo en ciudades. Algo en su actitud hacia el poblado sugería que no tenían otro hogar fijo que el conjunto de nidos.

—No la entretendremos —dijo el hombre, mientras ella se preguntaba si mencionar o no el conjunto de nidos—. Nos llevamos un par de sus hermosos tomates y seguimos nuestro camino. Estudiaremos la zona hoy, sólo dando un paseo para mirar las cosas. No tocaremos nada suyo —añadió. Como si su estancia allí no fuera ya bastante molesta.

Ofelia tendió la cesta por encima de la valla y cogieron cada uno un tomate.

—Si es conveniente —dijo el hombre—, me gustaría charlar con usted más tarde. Después de todo, fue usted el primer contacto, aunque no tuviera formación para ello.

Se rió de un modo que probablemente pretendía ser amistoso. Así sonaba. Pero a Ofelia, no habría sabido decir por qué, la sacó de quicio. Tuvo ganas de golpearlo, y eso la asustó. Nunca había sido de las que golpean a la gente.

—Siempre estoy aquí —dijo, no demasiado bruscamente. Él sonrió, se despidió con un gesto de cabeza y se dio la vuelta, mordiendo ya el tomate. Ofelia miró calle abajo: no vio a los otros humanos. Tal vez podría acercarse a ver a los bebés de Gurgel-click-tos.

Su escolta de criaturas la siguió; intercambiaron saludos con los guardias de la puerta. Ofelia advirtió que ese día los guardias tenían los cuchillos desenfundados. En el dormitorio, Capazul estaba tumbado en la cama, cantando con los ojos entrecerrados. Se levantó cuando entró Ofelia, y le cogió las manos. Las alzó amablemente y tocó con la lengua sus palmas.

—Click-koo-keerrr.

Era a la vez un saludo y un comentario. Ofelia se sintió reconfortada. Se volvió hacia el armario. Gurgel-click-tos se asomó, atenta pero tranquila. Ofelia se preguntó cómo leía tan bien su expresión. Gurgel-click-tos le tendió una mano y Ofelia se acercó más. Los bebés estaban amontonados en el centro del nido, entre las piernas de su madre. Ofelia no distinguía qué cola veteada pertenecía a qué par de piernas... pero hubiese jurado que habían crecido notablemente desde el día anterior.

El nido olía mejor también. Hierbas frescas cubrían la superficie interior. Ofelia se preguntó si las hierbas de origen terrestre perjudicarían a los bebés. Uno de ellos abrió los ojos y pió, imperativo. Gurgel-click-tos se inclinó hacia él. La boca

diminuta se abrió y su madre le escupió dentro. Ofelia casi se atragantó, pero logró controlarse. ¿Saliva? ¿Vómito? En realidad no quería saberlo, y no era asunto suyo. El bebé tragó una y otra vez, parpadeando. Luego siseó contento y se enroscó de nuevo. Gurgel-click-tos lo alzó, y se lo tendió a Ofelia, quien lo acunó sin dar ningún respingo cuando le lamió la muñeca con su lengua de gato.

Capazul dijo algo. Ofelia se volvió; él le indicó que se acercara. Se sentó en la cama junto a él, con el bebé en el regazo. Parecía contentó. Gurgel-click-tos alimentaba ahora a uno de los otros. Ofelia lo miró con atención, pues ahora disponía de más luz que el día anterior. Las franjas de la espalda y la cola eran marrón oscuro sobre crema. Tenía la cabeza grande para su tamaño, pero no tanto como la cabeza de un bebé. Capazul canturreó. El bebé ladeó la cabecita al oír el sonido. Cuando el canturreo se volvió rítmico, el pie izquierdo del bebé se agitó al compás.

El tamborileo del pie izquierdo significaba acuerdo... el bebé estaba aprendiendo a estar conforme, o... ¿o qué?

—Cannntah —dijo Capazul—. Click-koo-keerrr cannntah.

Ella no sabía qué cantarle a un bebé alienígena con franjas y cola. Las únicas canciones que conocía eran las nanas que le había cantado a sus propios hijos. Empezó, con cierto reparo al principio, hasta que la intensa mirada del bebé requirió toda su concentración.

—Duérmete, duérmete, mi bebé...

No se durmió. Se acurrucó en su regazo observando su rostro, mirando sus ojos y su boca.

—Pequeñín, nunca llores...

No tenía sentido que aquellos bebés lloraran. Casi se estremecían de ansiedad por... ¿la vida misma?

Cantó roncamente. Cuando se detuvo con un tirón en la espalda, la pequeña criatura seguía mirándola sin mostrar signos de aburrimiento o cansancio. Se levantó y la devolvió al nido. No podría hacer lo mismo con todos los bebés... pero Gurgel-click-tos estaba dormida, y el que Ofelia llevaba se acomodó en el montón central sin despertar a ninguno de los demás y cerró los ojos.

—Click-koo-keerrr —dijo Capazul, y salió con ella.

Calle abajo, Ofelia vio a la mujer joven hablando con una de las criaturas. Sintió un nudo en la garganta. Miró a Capazul, pero a él no pareció importarle. La criatura se alzaba torpemente, como si fuera tonta, pensó Ofelia, aunque no era así. El hombre alto que estaba al mando se encontraba en la calle, delante del centro, mirando hacia el oeste. Ofelia no consiguió ver nada otra vez que la propia calle dando paso a la hierba. El hombre se dio la vuelta, la vio, y frunció el ceño.

—La estaba buscando —dijo, como si ella hubiera faltado a una cita.

Ofelia no quería ser desagradable, pero no había nada que decir a eso. No la habían buscado, no la habían llamado en voz alta para requerir su atención. Eso no era culpa suya. Sonrió, mientras la tensión y el resentimiento se anudaban en su

vientre.

—Debe usted comprender de qué modo continuaremos con nuestra misión. Estudiaremos y estableceremos contacto oficial con estos... indígenas. Estoy seguro de que piensa que ya lo ha establecido pero, después de todo, no ha recibido formación para estas cosas. Usted era... ¿qué? ¿Ama de casa?

Ofelia no lo corrigió. Fuera lo que fuese lo que hubiese sido según los archivos de la Compañía, de eso hacía mucho tiempo y ya no significaba nada. La formación que hubiera tenido no habría significado nada para un tipo así.

—Estoy tratando de decirle que no es responsabilidad suya —continuó él. Su cara brillaba al sol—. Hizo muy bien, estoy seguro, en llevarse bien con ellos, pero ahora nosotros estamos aquí y nos encargaremos de todo —inspiró profundamente como para decir algo más, luego resopló despacio—. Lo comprende, ¿verdad?

Ella no lo comprendía del todo, pero sí lo suficiente. No importaba, no contaba, no era nada. «Exactamente —dijo la antigua voz—. Así son las cosas; así han sido siempre. Acéptalo y ellos te aceptarán como eres. Vieja. Nada.»

—Y tendremos que pensar en algo... —dijo el hombre vagamente, sin mirarla—. Sobre las máquinas...

El miedo la inundó. Necesitaba las máquinas.

—¿Qué pasa con las máquinas? —preguntó, aunque tenía miedo de saberlo.

Él hizo un gesto impaciente.

—Tecnología avanzada. No deberían tenerla. Ni siquiera tendrían que haberla visto. Parte de nuestra misión era desconectarlo todo. Supongo que le encontraremos un sitio en alguna parte. Es culpa de Sims. Tendrán que pagar una multa; con eso será suficiente para meterla en alguna residencia...

—¿Quiere decir... marcharme? —Su visión se oscureció. Se obligó a respirar. No iba a desmayarse delante de esa persona.

—Bueno, no puede quedarse aquí —contestó él, como si fuera obvio—. Aunque tuviéramos una misión permanente... no hay ningún puesto para alguien... alguien de su edad, ya ve. Y la necesidad de asegurar la tecnología, de impedir la contaminación cultural... será difícil, incluso para el personal con formación. Suba a la lanzadera con nosotros, luego desconectaremos la central de energía.

—Ahora no —dijo Ofelia, furiosa por el temblor de su voz que dejaba sus deseos tan expuestos a la voluntad de él como lo había estado su piel desnuda ante sus ojos.

—Oh, no será hoy —repuso el hombre, como si no importara—. Supongo que llevan algún tiempo aquí. No podemos evitar lo que ya han visto. Pero es imposible que hayan comprendido mucho. Cuanto más acceso tengan, más oportunidades tendrán de aprender demasiado. Cuando esté terminado el trabajo preliminar... entonces debe prepararse para marchar —sonrió, la amplia sonrisa de alguien cuyas decisiones son irrevocables—. No se preocupe... uh... Sera Falfurry... cuidaremos de usted. Ya no estará sola nunca más.

Entró en el centro, pavoneándose, satisfecho del poder que había exhibido. Ofelia

no se habría movido si alguien la hubiera empujado. Deseó que una ráfaga de viento se la llevara. No tuvo tanta suerte: ningún viento agitó las hojas. Capazul trinó y ella lo miró. La criatura indicó con un gesto de cabeza al humano que se marchaba.

—Kuss-coof-click.

—Mandamás engreído —dijo Ofelia. No tenía ninguna duda de que Capazul quería decir lo mismo.

En su propia casa, sola porque Capazul llamó a los demás y los situó como guardias ante la puerta, Ofelia ventiló su rabia en silencio mientras ponía sábanas limpias en la cama y ahuecaba las almohadas. No iba a marcharse. No se había ido antes y no se iría ahora. No podían obligarla.

«Sí que pueden —dijo la antigua voz—. Lo harán. Saben que te escapaste una vez; no conseguirás volver a hacerlo.»

«No es justo —gimió en silencio—. He trabajado tanto... He hecho tantas cosas... Es culpa suya.»

«No importa —dijo la antigua voz—. No eres nada para ellos. Tienen el poder y te echarán.» La antigua voz le recordó cuánto se parecían sus protestas a las que habían hecho Rosara y los demás, protestas que ella había despreciado cuando pensaba escapar. También se enfureció por eso.

Finalmente, agotada, se acostó y se quedó dormida. Despertó con el silencio de la tarde. Oyó voces fuera, voces humanas. Cuando se asomó a las ventanas, las dos mujeres caminaban una al lado de la otra, tan parecidas a sus antiguas vecinas que casi las llamó.

No eran vecinas. Eran enemigas que querían expulsarla. Eran enemigas que destruirían todo por lo que ella había trabajado, la vida que se había forjado, los nuevos amigos que había encontrado.

A la mañana siguiente, el hombre fornido, Ori, apareció en la cerca del huerto para interrogarla. Estaba dispuesto a hacerle sus preguntas y escuchar mientras ella trabajaba. Incluso hizo preguntas inteligentes sobre las variedades de habichuelas y tomates y maíz que ella decidió cultivar. A su pesar, Ofelia descubrió que era fácil contarle qué semillas habían sido proporcionadas por la Compañía y cuáles habían desarrollado los colonos por su cuenta.

—Entonces, ¿había geneticistas entre ustedes? —preguntó él. Si hubiera tenido orejas, las habría levantado al acecho.

—No... los de las universidades —dijo Ofelia. ¿Cómo explicarlo?—. Nos enseñaron lo que pensaron que nos sería de utilidad —dijo por fin—. Cosas prácticas. Cómo escoger las mejores semillas. Cómo reparar las bombas y la central de energía y el reciclador de residuos. Pero no quisieron decirnos por qué en la mayoría de los casos.

—¿Les molestó eso? —preguntó el hombre, esta vez sin mucho interés. Ofelia se

sorprendió de su propia habilidad para notarlo. No sabía cómo lo sabía.

—En realidad no —respondió—. Teníamos mucho que aprender, en poco tiempo.

No le habían parecido poco tiempo todas aquellas noches en clase o estudiando cuando los niños eran pequeños y podría haber estado zurciendo o limpiando o simplemente descansando. Pero en términos de horas absolutas, habían tenido demasiada información práctica que asimilar para permitirse muchas digresiones teóricas.

Ori se echó hacia atrás, satisfecho con su respuesta. Ella no explicó más.

—Esto... la primera vez que vio a las criaturas, ¿qué hizo usted? ¿Qué pensó? ¿Las reconoció inmediatamente?

La primera vez... tuvo que empezar por la tormenta, por su intentó de preparar el poblado. Eso lo aburrió, aunque no lo dijo. Su mirada se desvió hacia otras cosas, hacia algo situado más allá de su cabeza. Cuando Bilong pasó ante Ofelia, un minuto o dos después, supo lo que había sido.

Contó aquella primera tarde y noche de tormenta, los primeros días. Al principio él la dejó hablar sin interrupción, instándola solamente a continuar cuando se detenía. Pero luego quiso hacer preguntas. ¿Cómo se había dado cuenta por primera vez de que eran inteligentes? ¿Cómo sabía quién estaba al mando? ¿Hasta qué punto eran territoriales?

—No lo sé —no paraba de responder ella—. No lo hacen así...

Fuera lo que fuese, desde repartir la comida a tomar decisiones o marcar el rango. Cuanto más preguntaba él, más comprendía ella que no sabía nada de las criaturas. Nunca le había dado por preguntarse si ambos sexos tenían un buche que se dilataba; trataba de no pensar para nada en su sexo. Cuando confesó eso, tímidamente, él le dirigió la sonrisa de un adulto hacia un niño torpe.

—No importa —dijo él—. Los antropólogos ven estas cosas de un modo distinto.

De modo adecuado, quería decir. Que fuera demasiado educado para decirlo no cambiaba realmente el significado de su frase. Preguntó más, y ella le contó lo que sabía... menos lo de los bebés y lo de ser Click-koo-keerrr. Tenía miedo de que alguien les hiciera daño. Se odiaba a sí misma por saber que los humanos sin duda matarían a aquellas criaturas sí lo consideraban prudente. Aquel mismo hombre de voz amable podría haber sido de fiar, pero sus ojos se dirigían con demasiada frecuencia hacia la mujer joven... y su rival era el hombre alto, el frío líder del grupo en quien Ofelia no confiaba nada.

Después de aquella larga entrevista, Ori no regresó. Ella lo vio siguiendo a las criaturas, sentándose donde podía observarlas con una libreta sobre las rodillas. Le había contado que el acto de dibujar a veces le enseñaba más que los mejores vídeos. Le había enseñado unos cuantos de sus primeros bocetos. Ofelia admiró los trazos seguros y rápidos que parecían capturar la esencia de las formas y movimientos de las criaturas. A Ofelia le habría gustado ver bocetos suyos de los bebés, de la forma en que sostenían la cabeza achatada sobre el cuello flexible, de los rápidos movimientos

de sus colas.

El jefe del equipo la ignoró por completo, saludándola apenas mientras recorría las calles arriba y abajo, entrando y saliendo de la mayoría de los edificios. Hablaba continuamente a una grabadora que colgaba de su cinturón. Parecía estar haciendo inventario de todos los artículos de origen humano que había en el poblado, incluso del número de tomateras. Evitó la casa donde anidaba Gurgel-click-tos. Ori había insistido en que los humanos no entraran donde las criaturas dejaban claro que no eran bienvenidos.

La mujer alta daba cortos paseos por el bosque, recogiendo muestras de vida vegetal en la zona intermedia además de las zonas de pura flora nativa. Plantó cañas de pescar en el río, puso trampas para animales pequeños. Las criaturas la observaban con una expresión que Ofelia interpretaba como una mezcla de ávida curiosidad y ligero disgusto. Ofelia no sabía cómo preguntar lo que ella misma quería saber: ¿Les importaba tener otro cazador en su territorio, un cazador que ni siquiera se comía la presa?

La mujer joven, Bilong, se pasaba al parecer casi todo el tiempo yendo de un hombre a otro. Tenía una grabadora y había colocado micrófonos en el centro (Ofelia los vio y supuso que los había puesto también en otros lugares) para recoger muestras de lenguaje. Lo que Ofelia sabía, y Bilong no, era que las criaturas sabían exactamente dónde estaban los receptores y que se divertían plantándose ante ellos para recitar... lo que Ofelia sospechaba que eran simples listas, posiblemente incluso palabras sin sentido. Desde luego, su habla no tenía ni el ritmo ni el sabor acostumbrados.

Ofelia regresó a su antigua vida tanto como pudo. Se escapaba de vez en cuando para jugar con los bebés, que crecían rápidamente y eran muy activos, cuando los humanos no estaban cerca. Muy a menudo no estaban por allí. Ella sospechaba que las criaturas tenían algo que ver con eso, que intervenían para asegurarse de que la click-koo-keerrr tenía tiempo de sobra que pasar con los bebés.

Éstos cambiaban más rápidamente que los bebés humanos, en aquellos primeros días. En ese aspecto se parecían más a los jóvenes terneros o las ovejas, que no tardaban en estar despiertos y activos. Ofelia siempre había supuesto que el lento desarrollo de los bebés humanos iba parejo a su inteligencia superior; todo lo que nacía y podía ya corretear era también limitado, cercano a su potencial adulto de sabiduría. Recordó las clases paternales, las clases de desarrollo de la primera infancia en las que le enseñaron precisamente eso. Los niños tardaban mucho en crecer porque tenían un largo camino por delante. El cerebro humano tenía que organizarse, aprender a aprender. Los bebés de otros animales nacían con más conductas consolidadas porque no tenían que aprender tanto después.

Aquellos bebés... sus agudos graznidos eran ya similares a palabras. Sus nerviosas manos de cuatro dedos manipulaban ya las hebras de hierba de su nido. Cuando un adulto les tendía una calabaza vacía, metían guijarros en ella y los

sacaban. Parloteaban unos con otros, empujando y mordisqueando, usando la cola para sacudirse... aunque las disputas se convertían rápidamente en juegos colectivos si alguien les ofrecía un juguete. A los diez, veinte días de edad, eran como niños de tres años.

Ofelia no podía observar sin más. Se vio convertida en un juguete, en una carrera de obstáculos viviente. Las otras criaturas le entregaban los artículos que pensaban que debían tener los bebés: calabazas, cuencos, guijarros, trozos de cuerda. Ella siseó su desaprobación cuando uno de ellos se enrolló una cuerda en la garganta. El pequeño se quedó petrificado, con los ojos muy abiertos. Ofelia usó la mímica para simular que se estrangulaba y añadió un gemido gutural. El bebé parpadeó; los otros, sentados sobre patas y cola, trinaron suavemente. Para su sorpresa, ninguno de ellos volvió a intentarlo.

Si eran como chiquillos humanos, entonces... se preguntó si serían capaces de aprender las letras y los números. Si los otros humanos no hubieran estado allí, los habría llevado al centro, les habría enseñado los libros y los ordenadores de aprendizaje. Ahora no tenía posibilidad de hacerlo. Su conciencia la atormentaba: no habría debido querer hacer eso. Debía mantenerlos alejados de la tecnología humana.

El agua salpicó en el fregadero y la sacó de su ensimismamiento. Una de las criaturas se encontraba ante el largo grifo, con el espolón enroscado alrededor del mando del agua fría y tirando de él. Los otros dos, apretados contra la pared, habían empujado con los pies el mismo mando. Ahora, mientras ella observaba, invirtieron sus esfuerzos: los que habían estado empujando engancharon sus espolones y trataron de tirar. El que estaba junto al grifo trató de empujar... hasta que perdió el equilibrio y se cayó en el fregadero. Ofelia se levantó y metió la mano en el agua. El bebé subió por su brazo graznando furiosamente.

Se acabó la protección. Tendrían que aprender a emplear la tecnología con seguridad. No había manera de impedirselo.

Aunque las sesiones diarias con los bebés la entusiasmaban, Ofelia sentía una enorme aprensión. Algún día (alguno de estos días que casi no importaban), el líder del grupo pensaría que ya había hecho y visto suficiente y ordenaría a Ofelia que subiera a la lanzadera. Tendría que marcharse, o morir. No había ideado ningún modo de escapar esta vez, no dada su incapacidad para comer la comida local, no dada la determinación de aquella gente por encontrarla y hacerla regresar. Tendría que marcharse y dejar a sus criaturas (su responsabilidad, los bebés) a una gente en quien no confiaba.

Después de días de escaso contacto con los otros humanos (le dedicaban amables pero distantes saludos que dejaban claro que no tenían tiempo que perder con una vieja ignorante), Ofelia advirtió que había cobrado importancia para ellos otra vez. No estaba segura de que eso le gustara. Sospechaba que significaba que estaban terminando sus labores de contacto, como las llamaban, y se preparaban para «tomar una decisión final» (como decía su líder) sobre ella, la colonia y las criaturas.

El cambio empezó con saludos ligeramente más cálidos cuando la veían. Le preguntaban amablemente cómo se encontraba, cómo prosperaba su huerto. La mujer alta hizo algún comentario sobre un collar que Ofelia había fabricado. El hombre fornido le dijo que había descubierto que Capazul era un trovador o juglar, un cantor. La mujer más joven empezó a acercarse a Ofelia sin decir mucho, igual que un niño molesto. Ofelia advirtió que se había hecho un collar y que dejaba demasiados botones de su blusa sin abrochar. Después de unos cuantos días de acoso que casi consiguieron que Ofelia se volviera desagradable, empezó por fin a conversar. Preguntó cómo había enseñado a hablar a las criaturas.

Ofelia lo explicó lo mejor que pudo. Había intentado enseñarles como se hacía con los bebés. Bebés humanos, puntualizó, aunque Bilong no conocía a los otros.

—Así no se enseña un lenguaje —dijo la mujer—. Sé que probablemente creyó usted que enseñaba a hablar a sus hijos, pero los niños humanos no tienen que ser enseñados... simplemente aprenden.

Bilong trataba de ser amable. Ofelia se daba cuenta, igual que se daba cuenta de que la mujer la trataba con exagerada paciencia, como si fuera una niña molesta. Trató de no acusar la falta de tacto, que no era intencionada.

—Algunos —concedió Ofelia. La mayoría, probablemente. Pero ¿se había resistido jamás una madre a enseñar?

—Todos ellos —recalcó Bilong—. Todos los niños humanos aprenden a hablar solos, porque nacen con la capacidad de hablar el lenguaje humano.

Ofelia deseó acordarse del modo de hacer lo que había hecho durante tantos años: apartarse de la charla y dejarla pasar. Sin embargo, era imposible volver a meter el huevo en la cáscara.

—El niño de Sara —se oyó decir, a pesar de que la antigua y cautelosa voz le imploraba que guardara silencio—, no podía hablar, de ninguna de las maneras.

—Me refería a niños normales —respondió la mujer, con menos paciencia—. Y estos niños son alienígenas, Ofelia. Puedo llamarla Ofelia, ¿verdad?

Una niña de este barrio no tiene por qué calentarse la cabeza, había dicho su padre. El orgullo precede la condena, había dicho alguien más. El tallo alto pide un cuchillo. No eres nada.

—Sera Ofelia —dijo, sin ningún énfasis.

—Oh... ¿Sarah? Lo siento. Creía que se llamaba usted Ofelia.

La mujer parecía confusa, pero dispuesta. Por su acento, advirtió Ofelia, no distinguía la diferencia entre el nombre de Sarah y el título de Sera.

Tampoco había prestado atención cuando el hombre fornido se dirigía a ella correctamente como Sera Falfurrias. Ofelia no la sacó del malentendido. Aguardó, esperando que su cara tuviera la expresión neutra que la había mantenido apartada de los problemas antes.

—Sarah —dijo la lingüista—. Déjeme explicarle algo sobre los lenguajes alienígenas.

Ofelia esperó en silencio, pero su mente rebosaba de comentarios.

—No son como los lenguajes humanos —continuó la lingüista. ¿De verdad? ¿Por qué no se había dado cuenta Ofelia?—. Ya que su naturaleza biológica es diferente, la propia estructura de su cerebro (si es que podemos llamarlo cerebro, lo cual es dudoso) determina una estructura diferente del lenguaje.

Ofelia reprimió con dificultad una mueca. Tuviera lo que tuviese que ver el cerebro con el lenguaje, algunos de los mensajes tendrían que ser iguales. Tengo hambre, dame de comer. Estoy herido, consuélame. Ven aquí. Márchate. AY. Hazlo otra vez. ¿Qué es esto y cómo funciona?

—Puede que no tengan los mismos conceptos —dijo la lingüista, completando la imagen de una idiota.

La prudencia se agotó. Ofelia había estado demasiado tiempo libre para dar rienda suelta a su mente, aunque fuera sólo para sí.

—Tienen que decir algunas de las mismas cosas. Si tienen hambre. Si están heridos.

La mujer más joven alzó las cejas.

—Bueno... hay unos cuantos mensajes casi universales. Pero son los menos interesantes. Incluso una especie sin lenguaje emite sonidos asociados con el hambre o el dolor. Además, los lenguajes que conocemos, no expresan las cosas de la misma forma. Los goecios, por ejemplo, dicen «mi savia se seca» para decir «tengo hambre»; en un dialecto de su lenguaje —la lingüista dijo «su lenguaje» como si fuera particularmente tonto—, el surnaryano, creo que es, nadie dice «estoy herido». Siempre usan la forma «me lastima».

Ofelia frotó el pie contra el suelo, adelante y atrás, intentando recordar aquello. Nunca había oído hablar de los goecios (¿eran alienígenas?), pero una tía suya era surnaryana y sabía perfectamente bien que su tía decía «me he hecho daño» cuando se caía encima de algo. ¿Decía aquella lingüista «me lastima» cuando tenía un dolor de espalda? ¿O decía, más sensatamente, «me duele la espalda»? Pensó en una pregunta que pudiera plantear.

—¿Cuántas lenguas alienígenas conoce usted?

La mujer se ruborizó.

—Bueno... en realidad... ninguna. No verdaderamente alienígena, quiero decir. Nadie ha encontrado ninguna. Ésta será la primera. —Como si Ofelia hubiera dicho

lo que estaba pensando, la mujer se apresuró—: Naturalmente, practicamos con lenguajes generados por ordenador. Los modeladores neurales crearon redes alienígenas; practicamos con los lenguajes que generaron.

Ofelia permaneció inexpresiva. Comprendía lo que quería decir: habían creado máquinas que creaban lenguajes de máquina, y a partir de ahí creían que habían aprendido a comprender lenguajes alienígenas. Estúpidos. Las máquinas no pensaban como alienígenas sino como máquinas. Las criaturas no eran máquinas, ni muchísimo menos.

Pero la lingüista se acercaba, confiada ahora, como si Ofelia fuera su tía o su abuela favorita.

No quería ser la madre de Bilong, ni su abuela. Había acabado con esos papeles: con ser una niña buena, una buena esposa, una buena madre. Había invertido setenta y tantos años en eso. Había trabajado duro siempre. Ahora quería ser aquella Ofelia que pintaba y tallaba y cantaba con voz cascada junto a criaturas extrañas de música aún más estrambótica. El papel que las criaturas le habían encomendado era para ella más que suficiente.

—Es por toda esta tensión —dijo la lingüista—. Probablemente no tendría que estar diciéndole esto —«entonces no lo diga», pensó Ofelia. «No me lo diga. No quiero oírlo»—, pero es usted sabia, aunque no haya recibido ninguna educación.

La arrogancia de aquello casi le arrancó una respuesta, pero consiguió reprimirla. ¿Sabía aunque no hubiera recibido educación? ¿Qué tenía que ver la sabiduría con la educación? Además, sí la había tenido: se había pasado horas estudiando, por la noche y por la mañana temprano, mucho antes de que naciera aquella muchacha. Aquella... muchacha descarada que no sabía cómo reparar las bombas, que hasta se había interpuesto entre una vaca y su ternero.

—La cosa es —continuó la muchacha, felizmente inconsciente de los pensamientos de Ofelia— que no se caen bien y nunca lo han hecho. Así que me están usando como excusa. Uno dice que estoy flirteando y el otro dice que no, y...

—¿Está usted flirteando? —preguntó Ofelia. Le parecía que sí. ¿Por qué si no llevaba ese perfume? ¿Por qué si no mecía su joven cuerpo adelante y atrás como fruta en una enredadera, cada movimiento declarando su disposición a ser tomada y comida?

—Por supuesto que no. —Un gesto, una mirada airada. Igual que Linda, que siempre lo negaba rotundamente mientras lo proclamaba con sus caderas. Pero ésta no era Linda—. Bueno... tal vez. Pero no seriamente, ya sabe. La nuestra no es como su cultura. —Otra vez aquella amable condescendencia—. No tenemos las mismas reglas.

Como si la biología humana pudiera dejarse de lado por conveniencia; como si los hombres no fueran animales que respondían a olores y movimientos.

—Me gusta bastante uno de ellos; no hay ningún motivo para que no lo sepa. Pero eso no es flirtear realmente.

—¿Practica el sexo con él? —preguntó Ofelia. La muchacha se ruborizó e hizo una mueca.

—No es asun... —Se detuvo bruscamente y su rostro cambió, como si alguien hubiera pasado un dedo sobre el barro—. Oh, hola, Kira. ¿Cómo va la exploración técnica?

Ofelia miró a la otra mujer. Más vieja, más cautelosa que la joven, pero todavía una niña para Ofelia. Estaba enfadada por algo. Ofelia sospechaba que era por las maniobras de la muchacha.

—Hay una reunión de personal dentro de veinte minutos, Bilong. Se supone que tendrás preparados los análisis preliminares...

—No puedo. Es demasiado pronto... todo lo que puedo hacer es discutir los datos...

—Entonces hazlo.

Kira se quedó allí, amenazante como la muralla de nubes de una tormenta marina hasta que la mujer más joven se levantó y se marchó con los hombros erguidos.

—¿Está usted enfadada? —dijo Ofelia. Se apoyó contra la pared calentada por el sol y esperó parecer vieja y estúpida.

—Se supone que no debe malgastar el tiempo charlando con usted. Tiene trabajo que hacer.

Ofelia esperó. Había visto hacer esta misma maniobra a niños mayores celosos de los más pequeños. Lo que realmente quería era tener su oportunidad con la madre o la abuela.

Kira suspiró con un dramatismo que significaba que también iba a confesarse.

Ofelia entrecerró los ojos. Tal vez cambiara de opinión si la consideraba lo suficientemente estúpida.

—No es usted parlanchina —dijo Kira. Un error. Esta mujer quería una confidente segura y, para ese propósito, estupidez y silencio bastaban. Ofelia abrió mucho los ojos para fingir locuacidad, pero era demasiado tarde. La boca de Kira tembló—. Y tampoco creo que sea usted ni la mitad de tonta de lo que pretende. Una mujer estúpida no habría sobrevivido sola tanto tiempo.

Buena observación, aunque poco halagadora. En otro tiempo, a Ofelia le hubiera gustado que la gente la viera tal como era, no como se la imaginaban.

Miró a Kira. El pelo corto tan cuidadosamente peinado debía de ser algún tipo de moda. Su piel suave mostraba las primeras arrugas de la edad. ¿Quién era aquella persona, en realidad?

—No creo ser estúpida —dijo.

Kira abrió mucho los ojos, luego los entornó.

—No. Ya lo veo. Lo que no entiendo es por qué decidió quedarse atrás.

—No —dijo Ofelia, imitando la entonación de Kira—. Veo que no lo entiende. Pero es usted demasiado joven.

—¿No quería morir a bordo de la nave, en suspensión?

Ofelia se encogió de hombros, molesta. Siempre sacaban el tema de la muerte, estos jóvenes; estaban obsesionados con ella. Trató de explicarlo otra vez.

—No fue por la muerte. Fue por la vida. Si me quedaba, estaría sola...

—Pero nadie sobrevive en aislamiento —dijo Kira, interrumpiendo a Ofelia nuevamente, como todos—. Debe de haber estado terriblemente sola. Es una suerte que los indígenas aparecieran cuando lo hicieron.

No serviría de nada discutir que no había estado sola. Lo había intentado y la habían mirado con tanta piedad, con tanta seguridad...

—Quizás estoy loca.

—En su perfil psicológico no ha habido nada hasta ahora —dijo Kira.

Así que habían fisgoneado en su archivo personal, algo que ella misma nunca había hecho. Otra vez ardió la lenta rabia. ¿Qué derecho tenían? No eran su gente, no eran su familia, sus amigos ni sus compañeros colonos; ni siquiera eran alguien a quien hubiera pedido ayuda.

—No es... normal —dijo Kira—. Querer ser el único humano en todo el mundo... no es normal.

—Así que no soy normal —dijo Ofelia. El silencio no funcionaría con esta mujer. Lo sabía.

—Pero ¿por qué?

Ofelia se encogió de hombros.

—No le gustaron mis respuestas antes; me dijo que yo no comprendía. ¿Debo decirle la verdad que sé, o tratar de averiguar la mentira que usted quiere?

Kira abrió unos ojos como platos. Sorpresa, la vieja tiene dientes.

—No tiene por qué ser tan... tan vehemente. Sólo me preguntaba... —Parecía ofendida. Muy bien. Que se ofendiera.

—Quería estar sola. No había estado sola desde hacía años. No me molestaba estar sola cuando niña, y no me molestó tampoco ahora.

Kira le dio una pequeña sacudida a su perfecto corte de pelo y cambió de tema.

—¿Fue porque su marido y sus hijos murieron aquí? ¿Se sentía cerca de ellos?

Ofelia suspiró y se apartó de la pared hasta ponerse lentamente en pie. Aquella gente parecía casi tan alienígena como las criaturas, y tenía menos interés en comprenderla.

—Si no escucha, no puede oír —dijo, tirándose de la oreja para enfatizar sus palabras. Tomarían su decisión de todas formas, y nada de lo que ella dijera cambiaría eso.

Se marchó, rodeando su casa para internarse en el prado. Kira la siguió unos pasos farfullando algo incomprensible. Luego se quedó rezagada. Ofelia no se volvió a mirar, pero podía sentir su mirada en la espalda.

Entre las ovejas, las benditas y mudas ovejas que la ignoraban a esta hora del día,

Ofelia se escondió de los otros humanos. Usó la cesta que llevaba para recoger deposiciones de los animales. Las esparció a lo largo del perímetro exterior del prado para mantener las hierbas terraformadoras con su mezcla de bacterias y hongos y mantener los límites del campo.

Los recién llegados odiaban las deposiciones, odiaban todo lo que oliera a vida. «Peste orgánica», así lo llamaban. No querían tener que ver nada con ella mientras hacía el trabajo que consideraban sucio. Después de los primeros halagos acerca de los tomates frescos, se apartaron al saber que no esterilizaba la mierda de vaca y oveja ni la basura de la cocina, que iba todo al compuesto y luego al suelo. No aceptaron más tomates ni quisieron tomar el refresco de frutas... aunque cogían la fruta ellos mismos y la lavaban en el fregadero del centro.

Ofelia estaba cansada de la tontería de los recién llegados respecto a la suciedad, cansada de su compostura, cansada de la forma en que la interrumpían sin pedir disculpas y la dejaban luego con la misma indiferencia con que salían de un edificio. Llevaba retraso en su trabajo en el huerto; no podía disfrutar cosiendo o tricotando o haciendo joyas cuando en cualquier momento alguien podía interrumpirla, con aquella expresión que significaba que era especialmente tonta por fabricar cosas ahora que tenía que marcharse. Era como si hicieran esfuerzos ímprobos para que se sintiera poco importante.

No era fácil ignorar el contraste entre su conducta y la de las criaturas. La antigua voz, complacida en su seguridad, le decía que era de esperar. Ella no podía significar nada para los humanos: sabían como calificar a los suyos, y ella estaba abajo del todo. Las criaturas no lo sabían. Tal vez la apreciaban porque había sido su primer humano conocido, tal vez la valoraban por la novedad. Fuera cual fuese el motivo de su respeto, no la valoraban por nada importante: no sabían lo que era importante.

Con el calor del sol, las deposiciones se habían secado rápidamente. A Ofelia no le importaba recogerlas, aunque tener que agacharse le molestaba. La cabeza ya sólo le dolía cuando se inclinaba, como si toda la sangre se agolpara en aquel hematoma y latiera allí. Tal vez lo hacía. La camisa que llevaba le tiraba en los hombros. La antigua voz le dijo lo vieja que era, lo débil, lo inútil. La voz nueva no dijo nada, pero se manifestaba como un nudo frío en su corazón. Trató de ignorar la antigua voz y siguió trabajando. Tal vez si se apartaba de los otros humanos la nueva voz volviera a hablarle. La echaba de menos.

Una sombra, un borrón de movimiento: una de las criaturas. Ofelia alzó la cabeza, intentó el gruñido del pecho que indicaba saludo y obtuvo otro en respuesta. Esta criatura llevaba uno de sus collares además de sus propios adornos. Cuando tuvo su atención, señaló la cesta y balbució su pregunta. Aquel ser rara vez intentaba el habla humana.

—Mierda de oveja —dijo Ofelia, como si las palabras hubieran sido claras—. Para la hierba. La alimenta.

La criatura se acercó lentamente a una de las ovejas, que alzó la cabeza para

mirar. Todavía más despacio, la criatura se agachó, arrancó un puñado de hierba y se la ofreció a la oveja, que la aceptó dócilmente mientras su estrecha mandíbula se movía adelante y atrás. La criatura tocó la garganta de la oveja, luego pasó lentamente la mano por todo el cuerpo, hasta la cola.

Ofelia lo entendió: la comida entra por aquí y sale por... Cuando la criatura trató de levantar la cola de la oveja, ésta se apartó y se marchó rápidamente. La criatura le mostró los dientes a Ofelia (¿risa? ¿molestia?) y luego señaló el culo de la vaca, luego las deposiciones del suelo.

—Sí —dijo Ofelia, asintiendo vigorosamente.

La criatura se volvió, presentándole el trasero, y se alzó la faldita decorativa para señalar un agujero inconfundible. Ofelia apartó la mirada.

No quería ver realmente cómo era el agujero de la criatura, pero ya había advertido que tenía el aspecto predecible.

—Sí —dijo—. Sale por un agujero de la espalda.

Ellos debían de saberlo, por sus observaciones. Ofelia sospechaba que la observaban en los momentos en que no se daba cuenta. Esperaba que superaran pronto este tema, pero las criaturas tenían la costumbre de pegarse a todo mientras les interesara. Ya tendrían que haberlo sabido. Durante los primeros días no había podido impedir que supieran qué pasaba cuando usaba el cuarto de baño. Aquel ser había aparecido con Capazul, así que nunca había visto... pero tendría que saberlo, después de hablar con los otros. Sabía que hablaban de ella.

—Otrr uhuu —dijo la criatura. Otrr se refería a los otros humanos; ninguna de las criaturas intentaba pronunciar la palabra humano.

—¿Qué pasa con los otros? —preguntó Ofelia. Se había acostumbrado a que las criaturas comprendieran más de su habla que al revés.

El ser se señaló la boca, luego la de ella... su trasero y luego las deposiciones de oveja.

—Oh... ¿te preguntas si los otros humanos hacen también esto? —Qué pregunta más tonta. Por supuesto que sí. Asintió vigorosamente—. Sí. Lo hacen.

—Nno veer —dijo la criatura. Ofelia pensó en ello. Los otros humanos aún vivían en los refugios que habían levantado en el campo de aterrizaje. Sólo hacía unos cuantos días que habían abandonado la lanzadera. Así que quizá nunca los habían visto comer o excretar.

Ahora la criatura se dio un golpecito en la nariz y olisqueó.

—Nnno sssano.

Ofelia tradujo eso como «huele mal», lo que no tenía relación con lo que habían estado hablando. La criatura lo intentó de nuevo.

—Otrr uhuu... —luego un gran olisqueo—... nnno guaaal.

¿Sano? Gual... igual. ¿Los otros tú no huelen igual? Sí, eso podía ser.

Ofelia gesticuló para reforzar sus palabras.

—¿Opinas que los otros humanos no huelen... como yo? ¿No igual?

—Ssssí. —El ser se tocó la camisa, luego la falda y los correaes—. Nnno guaaal roopa.

Cierto, los otros no llevaban la misma ropa. Llevaban camisas de manga larga ablusada, pantalones largos y zapatos, todo de colores oscuros.

—Guaaal otrr uhuus quemrrt nidoss passs.

Lo mismo que otros de vosotros (¿otros humanos que quemrrt, berrrt?) nido-algo. Quemrrt sonaba parecido a quemar. Ofelia soltó la cesta para tener las dos manos libres. ¿Habían quemado aquellos desafortunados colonos los nidos de las criaturas? ¿Por eso los habían atacado?

—¿Quemrrt? —Imitó los golpes, las patadas.

La criatura miró alrededor, como confusa.

—Lo-horr —dijo—. Quemrrt aaakss lo-horr.

Calor. Quemar da calor.

—¡Quemar! —el asombro y el horror la golpearon a la vez. ¿Dónde había aprendido la palabra «quemar»? ¿La había usado ella como advertencia contra los hornillos calientes? No lo recordaba. Y, los otros humanos ¿habían quemado los nidos? ¿Quemado a los bebés?

Se imaginó los mecbots cayendo del cielo para arrasarlo todo lo que crecía, para alisar la tierra y preparar nuevos aterrizajes. Si allí había nidos... si habían salido llamas de las toberas de los mecbots quizás habían quemado montones de hierba y raíces, y nidos.

Sabía que su rostro debía parecer una máscara terrorífica. La criatura se la quedó mirando, reconociendo su horror.

—Otrr uhuu —repitió, esta vez con un decisivo gesto de cabeza—. Nnno guaaal. Nnno...

Y emitió una rápida secuencia en su propio lenguaje. A Ofelia le pareció oír click-koo-keerrr en ella.

Por malos que fueran, aquellos humanos no habían destruido los nidos y crías de las criaturas. Tenía que defenderlos. Pero no se le ocurría cómo evitar el malentendido. No el malentendido, advirtió luego, sino el claro antagonismo. ¿Y por qué no se lo había dicho Capazul, cuando le estaba enseñando, aprendiendo de ella, cuando había reproducido las cintas de la muerte de la otra colonia?

¿Había sido el deseo de evitarle dolor, o una desconfianza más profunda?

—Click-koo-keerrr —dijo ella, pues era la palabra que normalmente los calmaba—. ¿Gurgel-click-tos?

La criatura le tocó la cabeza, con delicadeza.

—Uhuu dríass click-koo-keerrr.

Ella podría ser una buena click-koo-keerrr, pero seguía sin conocer todas sus responsabilidades... responsabilidades hacia ambos pueblos, pensó de pronto. No quería esto, no iban a escucharla. Tampoco podía dejar de informar a los humanos de lo que acababa de aprender. Sin embargo, antes necesitaba averiguar más cosas; y eso

significaba encontrar una fuente mejor de información.

—¿Capazul? —le preguntó a la criatura—. ¿Dónde está Capazul?

El ser ladeó la cabeza hacia el bosque. ¿El bosque? ¿Qué estaba haciendo allí Capazul? Lo más probable era que estuviese cazando. Aunque Ofelia ya no temía los cuchillos, no quería ver a Capazul masacrando escaladores. Pero la criatura que la acompañaba empezó a andar hacia allí. Ofelia la siguió. Soltó su cesta con deposiciones de oveja al borde del prado y caminó con cuidado entre la maleza y los matorrales del terreno intermedio.

Cuando vivía sola siempre había tenido intención de visitar el bosque más a menudo, pero siempre había estado demasiado ocupada en el poblado. Después de ver la cacería, aquella vez, no quiso internarse entre los altos árboles con las criaturas. Ahora, no le parecía diferente a seguir a este ser a cualquier otra parte. Más frío, quizá. Vio moverse a la criatura, sus largas zancadas contenidas en el bosque por los obstáculos de enredaderas y raíces. La condujo a un sitio que no tenía por qué conocer, pero cuando llegaron al lugar donde se había refugiado lo reconoció como si lo hubiera abandonado sólo un día antes. Allí estaba el tronco caído, allí la raíz curvada donde había puesto su saco de comida.

Y allí estaban las criaturas que conocía, casi todas. Capazul ataviado según correspondía. Gurgel-click-tos. Los tres bebés, rodeados por los cuerpos de cuatro criaturas que se habían estirado para formar un corralito viviente donde los bebés de revolcaban y se tendían. Graznaron al ver a Ofelia y se subieron a las piernas de alguien. Allí dieron saltos arriba y abajo, utilizando unos pies que parecían más grandes cada día que pasaba.

Mientras Capazul la saludaba, Ofelia vio a dos de las criaturas marcharse de regreso al poblado. Los largos cuchillos brillaban en sus manos. ¿Habían planeado una masacre? Quiso irse, pero Capazul le sujetó las manos.

—Nnno mtaaar —dijo, como si le hubiera leído el pensamiento. Su expresión, más probablemente. Los rostros humanos eran muy móviles, muy flexibles—. Nnno mtaaar otrr uhuu. Vgilaaar.

No matar, sino vigilar. Mantenerlos apartados de aquella reunión, que las criaturas habían convocado lejos de los escáneres y grabadoras que la eficaz Bilong había colocado por todo el poblado.

Ofelia comprendió que el ser que había estado hablando con ella en el prado debía de haber estado esperando esa oportunidad. Quiso saber cuánto (sin duda estaban en el poblado el día anterior), pero ésa no era la pregunta más importante.

El buche de Capazul se hinchó bruscamente; empezó a ronronear. Pronto todos lo estuvieron haciendo, dedos y pies y cuerpos marcando ritmos complementarios que hacían que los bebés saltaran de un lado a otro, sus piececitos siguiendo un ritmo y luego otro. Finalmente, el conjunto se volvió uniforme. Ofelia lo noto en todo el cuerpo; notó sus propios dedos golpeando, su propio corazón refrenándose para ir al compás del tamborileo de la mano izquierda que significaba concordia.

Luego silencio, brusco, y los chillidos de los bebés sonaron con fuerza. Ofelia extendió una mano y corrieron hacia ella para lamer su muñeca agarrándola con los deditos. Eran mucho más débiles aún que los de los pies, aunque aptos para manipular todo lo que agarraban. Los espolones parecían pequeñas agujas.

Cuando Capazul habló, Ofelia apenas pudo creerlo. Hablaba exactamente igual que Vasil Likisi, incluso con su acento y su pomposidad.

—Por el poder que me ha sido concedido...

Se detuvo y emitió una larga secuencia en su propio lenguaje. Ofelia se le quedó mirando.

—Pero tú...

Ahora le respondió en la voz que ella conocía, la que cambiaba algunos sonidos de la lengua humana:

—¿Nnoss unna buinnaa kphiah?

Era mejor que una buena copia, mejor que algunas grabaciones que Ofelia había oído.

—Puedes... ¿puedes hablar así siempre?

—Nnno. Copi, sssñi, lloq diss. Diss los pnsamintoss, aaksse otr ssondss.

Ofelia no lo entendía. Si era capaz de imitar con tanta exactitud la voz de Likisi, incluso en el acento y el tono, ¿por qué no pronunciaba bien las palabras cuando verbalizaba sus propios pensamientos? Por primera vez tenía algo que preguntarle a Bilong (suponiendo que Bilong escuchara, y luego comprendiera la pregunta), pero no estaba a mano.

Capazul no esperó a que comprendiera. Continuó, para murmurar ahora una frase con la voz de Kira Stavi y otra con el átono acento que los consejeros militares empleaban para dirigirse a los micros de sus trajes. Por último repitió la canción que Ofelia le había cantado a los bebés. Usó una voz que ella interpretó como la suya, aunque le pareció más apagada y más como la voz de una anciana que la que ella oía por dentro. Nunca había escuchado su voz grabada. Tal vez sonaba así. Capazul había sido preciso con los demás.

—¿Comprendes todo eso? —preguntó Ofelia—. ¿O solamente...?

—Sssí —respondió Capazul—. Sssé sgnifadoss.

Los significados, quería decir, pero ¿cómo? ¿Cómo podía comprender tanto cuando ella había aprendido tan poco de su lenguaje? Sabía que eran listos, pero aquello... Bilong había puesto tanto énfasis en lo difícil que era aprender otros lenguajes, incluso los pertenecientes a familias de lenguas humanas.

—¿Todos vosotros?

—Todoss ssabenn. Nnno todos disenenn.

Si lo comprendían todo... no podían hacerlo, en realidad, pero si lo hacían, si pensaban que lo hacían, entonces a partir de lo que habían oído en aquellos últimos días debían haberse formado una idea muy extraña sobre los humanos.

Ofelia se sentó en la almohada que uno de ellos sacó de detrás del tronco. Su

mente corrió veloz de un rincón a otro de su cerebro como los bebés que ahora jugaban a perseguirse en su corral. ¿Cuánto tiempo hacía que comprendían? ¿Cuánto? ¿Y por qué esa reunión ahora? ¿Qué estaban planeando? ¿Qué esperaban que hiciera?

Uno de los bebés trinó, tratando de escalar por una pierna adulta para llegar hasta ella. Gurgel-click-tos lo cogió, le lamió el cuello y se lo tendió a Ofelia. Ella lo acunó, dejando que le lamiera la parte interior de ambas muñecas y luego se acurrucara en su regazo.

—Ioou —dijo Capazul, señalándose a sí mismo—. Kiiroo djaarr uhoo klaaarro llo kehhh kie-reeeh.

Ofelia descubrió que entendía esto mucho más fácilmente: daba casi sin pensar forma a los sonidos que conocía. ¿Ellos querían dejarle claro lo que querían? Eso era lo que más deseaba en aquel momento... luego descubriría más.

Durante las horas que siguieron, sólo ocasionalmente tuvo que preguntarle a Capazul que repitiera o aclarara lo que decía. La combinación de lenguaje casi humano y gestos expresaba significados más complicados de lo que creía posible. Por mucho que le disgustaran los miembros del equipo, no dejaba de pensar que deberían haber estado allí en vez de ella... o con ella. Tenían la educación, la formación para comprender lo que ella se esforzaba por captar. Le estaban ofreciendo el conocimiento que ellos habían venido a obtener desde tan lejos, un conocimiento que las criaturas aún evitaban (lo dejaron claro) que tuviera el equipo.

—Deberíais decírselo —argumentó Ofelia al principio de la reunión—. Son... el Gobierno.

¿Cómo explicárselo? ¿Cómo explicarles que a ella nadie la escucharía porque no era nada en aquel orden social? Pero Capazul la interrumpió firmemente. Se lo dirían a ella, y debía prestar atención. No podía hacer otra cosa.

Ori se sentiría intrigado por la estructura social de las criaturas, pensó. Era una combinación de caza nómada y pastoreo para la mayoría de los adultos; los niños se quedaban en emplazamientos seguros, protegidos de los predadores y los rigores de la migración. Allí eran instruidos además de protegidos por los adultos más sabios. Los cargos de importancia: cantor-a-extraños, líder de guerra, explorador y click-koo-keerrr. Luego la relación sin trabas de los soldados, el constante sopesar de opiniones con tamborileos de mano derecha y mano izquierda. No poseían el concepto de desobediencia: el disidente siempre podía marcharse, con cualquiera que tamborileara el mismo ritmo. El mundo mismo definía error y acierto.

Luego Capazul explicó más sobre la posición especial de Ofelia y la suya. Click-koo-keerrr: más que tía, una combinación de matrona, aya, maestra de preescolar y elemental... y protectora. Cantor-a-extraños: el que entablaba contacto con otros grupos y negociaba el reparto de tierras y deberes, llevando el tamborileo a la mano izquierda si era posible.

Kira y Ori habrían querido oír cómo comprendían las criaturas a los seres vivos

de su mundo, cómo clasificaban las plantas y animales, cómo aprendían a usarlos, cómo criaban a sus herbívoros, cómo replantaban los nidos destrozados.

Ofelia advirtió que ordenaba lo que Capazul decía según lo que una y otro querrían conocer... pero Capazul no pensaba de esa forma. Para Capazul, toda «cazamente» era lo mismo; cada olor conducía a una presa diferente, pero siempre era igual la alegría de la caza. Ofelia recordó que, incluso los primeros seres, habían estado tan ansiosos por aprender como niños pequeños antes de que les enseñen que la curiosidad es dañina e inútil.

Se obligó a prestar atención a lo que Capazul decía. Para un pueblo como aquél no podía haber un solo Gobierno. Nada de lo que hacían, de hecho, se parecía a forma de gobierno alguno. Capazul cantaba para una gran parte del Pueblo (ella oyó ahora la mayúscula, y la aceptó) que recorría las llanuras; pero cantar para ellos no significaba gobernarlos. Y aunque Capazul había cantado a (distinto a cantar para) algunos del Pueblo que vivían en la costa de piedra, esto no significaba que hubieran establecido un convenio.

Ofelia quería oír más sobre el pueblo de la costa de piedra. Los humanos, cuando les preguntó, la interrumpieron. Capazul se lo explicó. Ofelia comprendió entonces por qué habían captado fácilmente la idea de conducir el agua y la electricidad por tuberías. Su Pueblo conducía agua, otros líquidos y partículas de arena por tubos de madera y juncos huecos. También destilaba cosas en cantimploras hechas de barro o arena quemada. No tenían electricidad (todavía) y sus bombas de agua se valían de la fuerza de la corriente o de la potencia de sus pies... pero la idea de bombear agua no les resultaba extraña, aunque fueran nómadas.

Pero el núcleo de lo que Capazul quería decir tenía que ver con la colonia que había destruido su concentración de nidos. La habían aniquilado en venganza... y estos nuevos humanos, venidos a causa de aquello, ahora querían imponer sus leyes al Pueblo y decirle lo que podía aprender y lo que no. La concentración de nidos (eso significaba, dedujo Ofelia, las crías y los guardianes de los nidos además de los nidos mismos) era intocable para la cultura del Pueblo.

Capazul comprendía (todos ellos comprendían) que quizá los extraños monstruos del cielo no sabían lo que estaban destruyendo. Pero ésa era una excusa que ningún click-koo-keerrr aceptaría de una cría. Ver el final de un hecho en su principio era la principal virtud; colocar una trampa para que sólo cayeran en ella presas, no aliados, era la primera lección del cazador. Otras lecciones eran: pasar hambre antes de matar y comer a la última madre de la presa. Pasar sed antes de tomar el agua de aquellos que serán comidos. Dejar fruta dulce en el árbol para los escaladores que cazas.

Ofelia comprendía eso, pero no hasta qué grado lo observaba el Pueblo. No tenía ninguna formación en lógica: sólo le habían enseñado las matemáticas suficientes para usar los manuales y manejar las máquinas necesarias. Recordó haber visto a Capazul encorvado sobre los viejos libros de texto de matemáticas; ahora alzó uno, señalando una larga demostración. Eso, le explicó, era fácil. Su pueblo pensaba en

caminos más largos y serpenteantes que ése.

—Pero vosotros...

No había forma de decir con tacto que, para ser tan listos, no habían llegado muy lejos. No tenían verdaderas ciudades (bueno, ella no había visto aún las de la costa de piedra), tampoco vehículos ni grandes máquinas. Recordó algo que había en la cinta de la colonia condenada, algo sobre una catapulta que arrojaba un explosivo. Ninguna gran máquina de metal, ningún mecbot. Ningún ordenador.

—Kchorross —dijo Capazul.

Si Ofelia lo entendía, si él entendía lo sucedido, se consideraban a sí mismos un Pueblo joven, casi bebés. Eran diferentes sólo diez o veinte generaciones atrás. Con el libro de matemáticas, con piedras colocadas en fila, Capazul le dio a entender que sus antepasados recientes sólo pensaban en cadenas de pocos pasos, mientras que ellos ya lo hacían en cadenas de muchos pasos. Algo había sucedido: no sabían qué. Algún día lo averiguarían pero, mientras tanto, tenían otras cosas de las que ocuparse.

Como de los intrusos humanos que querían poner límites a su aprendizaje. Lo que los llevó de nuevo a los guardianes de los nidos.

Los buenos guardianes, explicó Capazul, querían que las crías aprendieran cuanto fuera posible, que estuvieran preparadas, ansiosas de cosas nuevas. Los malos guardianes buscaban una vida fácil para sí mismos manteniendo a las crías contentas con la rutina. Estos humanos, dijo Capazul lentamente, observando la cara de Ofelia, destruyeron la concentración de nidos. Ahora quieren impedirnos que aprendamos cosas nuevas. Son malos guardianes. No como tú. Y no te respetan como es debido. Lo dijo como si lo primero fuese tan malo como lo segundo.

Ofelia pensó en todas las veces que había lamentado las preguntas que le hacían sus hijos, en todas las veces que había lamentado la molesta curiosidad de las criaturas. A ella la habían tratado del mismo modo: le habían impedido aprender todo lo que podía. Entonces lo creyó necesario. No hay que dejar que los niños pierdan el tiempo de esa forma. Nunca aprenderían disciplina si no se les obligaba a aprender lo que necesitaban. En su memoria vio las caras brillantes, los ojos chispeantes, oyó las voces ansiosas... y recordó cómo habían cambiado, cómo había cambiado ella. Toda aquella curiosidad y ansia detenida en un molde de obediencia pasiva, más o menos hosca dependiendo de cuánto tenía que abandonar el niño.

—No fui una buena guardiana de nido para mis hijos —dijo. El bebé de su regazo se agitó y le agarró el pulgar con las dos manos. Ella lo miró, y acarició la línea de protuberancias que recorría su espalda.

Era una buena guardiana de nido ahora, dijo Capazul. Y las madres no eran guardianas, de todas formas. Sólo las ancianas, que ya no eran madres ponedoras, que comprendían las cosas, eran guardianas de nido. Quizás ella no había tenido los guardianes adecuados para ayudarla.

—¿No hay padres?

—Nnno.

No más explicaciones. Ofelia comprendía que las madres (las abuelas), si eran aún físicamente fuertes y capaces, sabrían cosas sobre los bebés y los niños que los hombres que conocía no sabían. Pero aquellas criaturas no eran humanas, y no podía dar por sentado que sus padres fuesen incompetentes. Si es que tenían padres... Capazul no le había explicado aún cómo se reproducían.

Confiaban en Ofelia, continuó Capazul. Era una guardiana de nido. Lo había demostrado con las crías de Gurgel-click-tos, que la aceptaban. Capazul podía cantar por ella, pero sólo la guardiana de nido tenía la capacidad de llegar a un acuerdo cuando todo el Pueblo no podía tamborilear junto, a causa de la distancia.

—¿Acuerdo?

—O no acuerdo.

Lo que siguió la dejó sin respiración; sintió como si la hubieran golpeado en el pecho. Era su guardiana de nido. El Pueblo trataría con los otros humanos sólo a través de ella. Debía hacer que los otros humanos comprendieran esto, ahora que ella lo comprendía.

—Pero eso no funcionará. No me escucharán. Además, dicen que tengo que marcharme —dijo Ofelia—. Dicen que me llevarán consigo cuando se vayan.

—¡NO!

Todos ellos, con los buches hinchados. En su regazo, el bebé se despertó, enroscó brazos y piernas alrededor de su brazo y graznó con fuerza. Ella lo tranquilizó inconscientemente con la otra mano.

—No quiero irme —dijo—. Quiero quedarme. Por eso me quedé antes, pero...

Pero era sólo una vieja y ellos cuatro adultos jóvenes y fuertes, y dos consejeros militares, y el piloto... se la llevarían, gritando y pataleando si era necesario. O le pondrían una inyección, la harían dormir y se despertaría, si lo hacía, en otra parte.

—¡Nno vayass! —dijo Capazul en voz alta—. Detndremoss.

¿Estaban diciendo que iban a protegerla? Al mirarlos, no tuvo dudas de que lo intentarían. Pero ¿habían creído algo de lo que les había contado sobre las armas de los humanos? Por inteligentes que fueran, no tendrían ninguna posibilidad contra aquellas gruesas armas de fuego que llevaban los consejeros militares, contra la ametralladora montada en la propia lanzadera y, mucho menos, contra lo que podría llevar la nave en órbita. No quería que murieran por ella. No merecía la pena.

Trató de decírselo y Capazul siseó. Lo mismo hicieron todos los bebés. Parecía un escape múltiple en un conducto de aire: tres notas levemente distintas.

Ella sí merecía la pena. Era su guardiana de nido. Guardián de nido era el puesto más importante que tenía el Pueblo. Todos los ojos la miraron mientras los seres tamborileaban su acuerdo con los pies. Ella: guardiana de nido. Ella: importante. Las lágrimas le quemaron los ojos. Nunca había oído nada semejante.

Los pies se apaciguaron y Capazul continuó, como si explicara dos más dos a un niño pequeño. Lo que ella tenía que hacer era conseguir que aquellos otros humanos comprendieran. Debían dejar que el Pueblo aprendiera; debían dejar al Pueblo

aprender; debían ser respetuosos con Ofelia y todas las guardianas de nido y todas las concentraciones de nidos. Y el Pueblo sólo trataría con Ofelia... Si se la llevaban, no llegarían a ningún trato.

Ofelia entendía de exigencias, aunque no estaba acostumbrada a recibirlas desde esta dirección. Las criaturas... el Pueblo había sido tan razonable antes, tan infantil... rechazó ese pensamiento. Los niños exigían; ella lo había hecho, cuando era niña. La parte olvidada de sí misma no era la parte más vieja sino la parte infantil, la parte decidida a salirse con la suya y a crecer a su aire... o, como diría el Pueblo, a cazar siguiendo el olor de su propio rastro.

Imaginaba cómo reaccionarían ante todo esto los miembros del equipo (especialmente el pomposo Likisi). ¿Iban a escucharla a ella, a la persona que consideraban una molestia, casi una vergüenza? Su antigua voz se complació en recalcarlo mientras el Pueblo esperaba su respuesta. Ella no tenía ninguna educación, ninguna profesión, ninguna familia poderosa. Llevaba un mensaje que ellos no querían oír; ni la mensajera ni el mensaje les gustarían. Ella sería quien sufriera las consecuencias de su disgusto. Se reirían de ella, se enfadarían, la ignorarían.

El bebé de su regazo se incorporó y agitó el pie derecho. Ella lo miró y la criatura a ella, aún golpeando con el pie derecho. Desacuerdo. Disensión. ¿Con qué estaba en desacuerdo? Los brillantes ojos se clavaron en los suyos, sin parpadear. Ofelia suspiró.

Esta vez, con este pequeño, lo haría bien. Esta vez daría lo que nunca había querido retener de hecho.

—Tú —le dijo al bebé, sintiendo que una sonrisa franca relajaba su rostro—. Tú quieres que haga lo imposible, ¿verdad?

Ahora el pequeño parpadeó una vez; el pie izquierdo tamborileó. Imposible. Hazlo. No comprendía realmente: sólo tenía unos días de edad. Pero los otros humanos no la consideraban a ella capaz de entender tampoco, porque era demasiado vieja y demasiado estúpida. Tal vez todos los humanos estaban equivocados: ella respecto a esta criatura, los demás respecto a ella. «Pero son alienígenas», argumentó la antigua voz. No. Eran personas, personas con bebés e hijos y abuelas que cuidaban de los bebés; ella no podía rechazar la ansiedad de aquellos brillantes ojos, el deseo de aquellas manecitas con espolones.

Era imposible, era imposible, y sin embargo bien podía seguir adelante. Las cosas imposibles no se harían realidad si permanecía sentada a la sombra jugando con los niños.

Sin embargo, antes de marcharse jugó con las tres criaturas. Incluso se agachó para que le exploraran el pelo, que parecía fascinarlos más que nada.

Cuando regresó al poblado, con el calor de la tarde, no podía creer lo sucedido. La antigua voz insistía en que no hiciera lo que querían las criaturas. No tenía talento, ni formación, ni títulos con que acompañar su nombre. Era demasiado vieja, demasiado estúpida, demasiado ignorante. Cerró los ojos un momento; detrás de sus párpados las pupilas doradas de los bebés la contemplaron desde la oscuridad. Se lo había prometido a los bebés: ella, la click-koo-keerrr. Tenía que hacerlo, fuera posible o no.

Al principio ni siquiera encontró a los miembros del equipo. No estaban en el centro, ni en las calles. No estaban en el prado de las ovejas, y no los vio en la parte del río que era visible desde allí. Miró en unas cuantas casas, pero no encontró a nadie. Hacía demasiado calor para deambular por las calles, mirando en todas las casas y huertos. ¿Estarían comiendo o descansando en su propio refugio? Ofelia caminó calle abajo. Vio a los consejeros militares agachados junto a uno de los viejos camiones oxidados. Uno de ellos la divisó y advirtió al otro. Los dos se la quedaron mirando.

A Ofelia no le gustaba darles la espalda. Ya la ponían bastante nerviosa cuando los tenía enfrente. Se acercó, despacio, con cautela. Ni siquiera estaba segura de cuál era el que la había herido. Los dos eran grandes, con la misma hechura; su expresión era fija despectiva, cautelosa.

—¿Qué quiere? —preguntó uno de ellos cuando estuvo lo bastante cerca. Habló en voz alta, como si le creyera sorda.

—Quería hablar con uno de ellos. Ser Likisi, o...

—No están aquí —dijo el hombre, cortante. Se volvió hacia el camión.

—¿Sabe cuándo...? —empezó a decir Ofelia. El hombre la interrumpió otra vez, ahora sin mirarla.

—No. No me cuentan sus planes.

Tras un instante, Ofelia comprendió que no estaba enfadado con ella sino con los demás. No le gustaban. Ya lo había sospechado, pero siempre había visto a estos hombres cuando acompañaban a los demás, momento en que enmascaraban sus sentimientos.

—Lamento haberles molestado —dijo formalmente. Recibió otra mirada, esta vez de leve sorpresa, por parte de ambos hombres.

—No tiene importancia —dijo el otro militar, no tan fuerte—. ¿Había algo más?

—No. Sólo quería hablar con ellos —dijo Ofelia. La curiosidad le pudo—. ¿Qué le están haciendo al camión? ¿Quieren utilizarlo?

Los dos se echaron a reír.

—No, abuela —dijo el segundo—. Es imposible. Pero el mandamás nos dijo que desmanteláramos los motores, por si esos lagartos pudieran aprender a utilizarlos.

Ofelia parpadeó. ¿Mandamás? ¿Se refería a Ser Likisi, quien sin duda se merecía

ese mote o uno peor, o a Sera Stavi? Y ¿lagartos? ¿Era así como veían a las criaturas?

—¡Calla! —dijo el otro. Miró a Ofelia—. No le dirá usted a nuestro noble líder cómo le llamamos, ¿verdad?

No era una pregunta, sino una orden. Su voz estaba cargada de amenaza.

—No. No se lo diré.

Ni tampoco diría lo mucho que estaba de acuerdo con ellos. ¿O sí?

—Es muy... seguro de sí mismo —comentó, de un modo que dejó claro que podría haberlo dicho de otro modo. Los dos hombres se miraron y se echaron a reír.

—Desde luego —dijo el más amable—. ¿Tampoco le gusta? Era un ejecutivo de Sims, según he oído. Se puso a trabajar para el Gobierno cuando metió el culo en un...

—¡Kedrick!

—No importa, Bo, esta abuelita no va a contar ningún chisme. No le gusta el remilgado Likisi más que a nosotros, ¿verdad?

Ofelia sonrió, pero no dijo nada. Era interesante lo poco que variaban los humanos, de una sociedad a otra. Había oído hacer comentarios similares a colonos decepcionados.

—¿Quiere un pequeño... fresco? —le preguntó el hombre, con un gesto.

Seguro que era algo de contrabando; tendrían algo ilegal, como todos los hombres. Ella recordó que la gente se puso a fabricar alcohol con todo tipo de plantas en cuanto los consejeros de la Compañía se hubieron marchado. Recordó las discusiones, las peleas, los golpes y la rápida reaparición de líquido de horrible sabor que pasaba de uno a otro en pequeños frasquitos...

—Soy demasiado vieja —dijo, pero les sonrió. Había tratado a hombres como éstos toda la vida, aunque ellos no habrían reconocido el parecido—. Pero gracias.

Era mejor no hacerse la superior con hombres que se drogaban con sustancias ilegales.

—Muy bien, abuela —dijo el estridente—. Pero no se lo vaya a decir a nuestro intrépido jefe, ¿eh?

—Por supuesto que no. Aunque no se puede decir que me escuche.

Ellos la miraron, tolerantes. Estaba claro que no era ninguna amenaza, y se comportaba como era de esperar en una vieja ignorante.

—Claro que no le escucha —dijo el tranquilo, ¿Bo?—. Es el jefe del grupo, ¿no? No escucha a nadie, excepto tal vez a la supra-alma del universo.

Ofelia quiso preguntar si todavía había gente que creía en eso, pero prefirió callarse. Nunca haga preguntas de religión: la gente se enfada.

—Supongo que se lo pasaría bien, aquí sola —continuó el tranquilo—. Todas las máquinas funcionando, toda la comida para usted, ¿no?

—Estaba muy tranquila —dijo Ofelia—. Pero sí, las máquinas me lo pusieron más fácil.

—Esa zorra de Kira dijo que estuvo usted jugando con el archivo oficial.

¿Escribiendo historias? ¿Era novelista o algo parecido antes de que la enviaran aquí?

Ofelia sacudió la cabeza.

—No, Serin. Nunca antes habría escrito nada. El archivo... lo estaba leyendo; me pareció aburrido, sólo nombres y fechas. Pensé que nadie lo consultaría nunca.

—Así que lo alteró. Kira dice que metió usted asuntos amorosos y cosas así...

Ofelia comprendió que el hombre quería leerlo, que quería oír los chismorreos, las traiciones, las peleas... y sin embargo no tenía ninguna excusa para hacerlo. Sonrió con una sonrisa intencionadamente cómplice: la vieja de mente retorcida al joven de mente similar.

—Era como un historicubo —dijo, bajando la voz y mirando alrededor como para asegurarse de que la virtuosa Kira no la escuchaba—. Debe comprender, Serin, lo sola que estaba. Y la tensión...

El hombre hizo una mueca.

—¡Tensión! ¿Qué saben los civiles de tensión? Pero el sexo...

—Sí, claro que había sexo —dijo Ofelia, con la voz más insinuante que pudo producir—. Estábamos aquí para reproducirnos y aumentar la colonia. Ningún límite a los nacimientos, bonificaciones por cada niño por encima de cuatro. Y luego había algunos más... más dispuestos, ya saben.

¿Estaba siendo suficientemente clara para ellos? Sí. El estentóreo había soltado sus herramientas y estaba apoyado contra el camión, dispuesto a oír más.

—No sé si debería contarles esto —dijo Ofelia con falsa consideración—. A Sera Stavi no le gustó que yo añadiera cosas al archivo oficial y tal vez...

El estentóreo dijo lo que Sera Stavi podía hacer con sus opiniones; no difería de las cosas que habían dicho los hombres de la colonia. No por primera vez, Ofelia se preguntó si a los humanos se les había ocurrido algo realmente nuevo en los últimos diez mil años. ¿Se habían internado en las estrellas sólo porque estaban cansados de sus chistes rancios y sus maldiciones?

Pero empezó a contar una historia jugosa que ni siquiera estaba en el archivo porque las criaturas habían llegado y nunca terminó de escribirla: la historia de la joven Ampara y sus flirteos que habían tenido perturbados a los hombres adultos, por no mencionar a los muchachos de su edad, a los que tuvo inquietos durante medio año.

—¿Y cómo era? —preguntó el estentóreo. El otro había seguido trabajando en el camión, dando fuertes golpes para dejar claro que estaba molesto con su perezoso colaborador. Ofelia sonrió aún más, hasta que le dolió la mandíbula.

—¿Espera que yo, una vieja, sepa cómo contarle eso?

Pero era sólo el picante, parte del ritual de contar historias. Entró en detalles explícitos, más de los que sabía por experiencia. Recordó lo que les gustaba oír a esa clase de hombres: abundantes cabellos suaves cayendo en cascada sobre la espalda, curvas y firmes redondeces y tiernas humedades. El hombre respiraba rápidamente, y ella se estaba quedando sin ideas.

—¡Cuidado! —dijo de pronto el hombre tranquilo, con su voz profesional—. Ahí vienen.

Ofelia calló y se dio lentamente la vuelta. Ser Likisi y Kira Stavi, caminando juntos como si estuvieran echando una carrera, se acercaban con aspecto malhumorado.

—¡Sera Falfurrias! —Kira parecía molesta con ella, y Ofelia se preguntó por qué.

—Sí, Sera —dijo mansamente. Permaneció cruzada de manos ante ella: la criada dispuesta a acatar órdenes. Dentro de su cabeza, la voz nueva se burló de ella.

—¿Sabe qué están haciendo esas cosas?

—¿Cosas, Sera?

—Los indígenas. Han desaparecido. Todos menos uno, que no es comunicativo. ¿Han vuelto a su lugar de origen, o qué? La vi entrar en el bosque con uno esta mañana, así que no me diga que no tiene ni idea de nada.

Frustrado su primer plan, Ofelia pasó a un tema secundario.

—¿Por qué supone que voy a mentirle, Sera?

—No he dicho eso —respondió Kira, impaciente.

—Discúlpeme, Sera, pero ha dicho...

Kira dio una patada en el suelo, como una vaca asediada por las moscas.

—Sólo quería decir que si iba usted a decir que no lo sabía, ya la había visto... oh, no importa.

Miró a Ofelia. Tras ella, la anciana vio la sonrisa burlona del hombre estridente.

Para entonces ya había pensado qué decir.

—Han encontrado el lugar donde me escondí cuando la colonia fue evacuada —dijo—. Dejé algo allí. Querían saber si era mío, o suyo.

—Oh. —Kira no quería creerlo. Ofelia notaba que estaba dispuesta a poner en duda cuanto dijera, pero eso no era de extrañar. Acabó por aceptarlo con reparos; sus cejas se relajaron—. Bueno teníamos dudas.

Ofelia pensó en adornar aquella historia, pero al final decidió no hacerlo.

—Supongo que me vieron ir al bosque para tomar muestras de tejidos... puede que pensarán que dejé parte de mi equipo.

—Creo que eso es lo que pensaron, Sera —dijo Ofelia.

—¿Quería usted algo en particular? —dijo Likisi—. ¿O estaba haciendo compañía a nuestros compañeros y consejeros?

Lo dijo como si ella hubiera estado haciendo cosas malas con los hombres y, aunque de hecho había estado cotilleando, Ofelia lo lamentó.

—Quería hablar con usted, Ser Likisi. Y con Sera Stavi, si es posible.

Él puso los ojos en blanco.

—Oh, muy bien. Pero si va a discutir que quiere quedarse, puede ahorrarse su saliva y mi paciencia.

—No es eso, Ser Likisi —dijo Ofelia. Trataba de parecer humilde, pero las palabras no le salieron en el tono que pretendía. Kira la miró bruscamente, pero no

dijo nada.

—Oh, bien —dijo Likisi—. Vamos dentro... hace demasiado calor aquí fuera.

La condujo más allá del camión y de unos consejeros con cara de haber estado chupando limones. Entraron en el gran refugio de paredes blandas.

El interior estaba mal ventilado a pesar del ruido del aire acondicionado, y no se estaba tan fresco allí como en una habitación a la sombra de cualquiera de las casas. Likisi estiró los brazos.

—Ah... esto está mejor. —Luego se sentó en un banco acolchado—. Kira: sé amable y tráenos algo fresco, ¿quieres?

Ahora fue la mujer la que puso cara de haber mordido un limón. Pero se tragó lo que iba a decir y, en cambio, preguntó mansamente qué quería tomar Sera Falfurrias. Ofelia rechazó la invitación amablemente, dos veces, luego aceptó agua. Kira desapareció tras una partición. No le había preguntado a Likisi qué quería; eso significaba que ya le había traído bebidas antes.

Likisi la observó con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa ahora? ¿Sentía curiosidad por saber cómo es este refugio? ¿Quiere saber cuánto puede llevarse consigo cuando nos marchemos?

—No, Ser Likisi —contestó Ofelia. Él no la había invitado a sentarse y permanecía de pie, las manos cruzadas delante. El aire que movían los ventiladores le secaba el sudor de la espalda y la dejaba helada.

—Tome.

Kira le tendió a Ofelia un vaso de agua con cubitos de hielo.

—Siéntese, por el amor de Dios. No tiene que estar ahí de pie.

Le ofreció a Likisi un vaso de algo púrpura y se sentó en una de las sillas dispuestas alrededor de una mesita baja, con un vaso de líquido claro en la mano.

—Venga, siéntese a mi lado, si quiere.

Ofelia se acercó y se sentó. La silla se rebulló bajo ella. Se incorporó de un salto, mirando a Kira.

—Lo siento —dijo la mujer; su expresión era sincera—. No me he dado cuenta... estas sillas se ajustan a la persona que se sienta. Por favor, perdóneme.

Ofelia se sentó, la espalda recta. La silla se rebulló bajo su trasero y sus muslos, tratando de relajarla. Era difícil estar sentada derecha; y sintió que su resistencia cedía. A medida que se relajaba, la silla se amoldó a ella. Era cómoda, tenía que admitirlo. Bebió el agua. Sabía fresca y sosa, no como el agua a la que estaba acostumbrada.

—Gracias, Sera —dijo amablemente—. Esto es muy bonito.

—Usan muebles similares en las residencias geriátricas —dijo Kira—. Impiden que salgan hematomas.

—Qué interesante —dijo Ofelia. Aún no tenía un plan para tratar de convencerlos. Volvió a beber—. Sera, los... los indígenas, como usted los llamó...

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Likisi.

—Creo que están inquietos. Por ustedes.

Él se echó a reír.

—Eso espero. Aniquilaron a los primeros humanos que vieron con bastante ligereza, y ahora hemos vuelto. Y han visto la tecnología de este lugar... Aunque esto es lamentable, en cierto modo, también les ha dejado claro que tienen un largo camino que recorrer antes de poder competir con nosotros.

—No les haremos daño, Sera Falfurrias —dijo Kira—. Sabemos que no comprendían lo que pasaba cuando atacaron a los colonos. Fue una desgracia. No son seres sedientos de sangre. Son bastante inteligentes, como usted dijo. Cuando Bilong complete el análisis lingüístico y podamos hablar con ellos, explicar lo que sabemos...

Los malentendidos se ocultaban en aquellas palabras como las pepitas en una naranja. El Pueblo había comprendido. Aquella gente, no.

—Los colonos —dijo Ofelia—. Destruyeron los nidos.

—¿Nidos? —Likisi la miró—. ¿Esos indígenas construyen nidos? No es lo que dice Bilong.

—Bilong dijo que suponía que la colonia aterrizó en un sitio especial, una especie de terreno sagrado o algo así —aclaró Kira.

—Eran nidos —dijo Ofelia.

—Ellos no lo sabían —contestó Kira—. No podían... no tenían ni idea de que hubiera indígenas inteligentes.

Quedaba clara, por sus palabras, la despreocupación por el nido de indígenas menos inteligentes. Ofelia se sintió avergonzada.

—Sean lo que sean... nidos, terrenos sagrados... no importa. Lo que importa es que comprendemos por qué reaccionaron tan violentamente. Si temían una venganza, deben saber que no deseamos más violencia mientras sean pacíficos.

Ofelia no podía levantarse de un salto y gritarles ¡Idiotas! a aquellos dos; no serviría de nada. Decir que las muertes de los nidos y los guardianes no importaban... creer que el Pueblo temía la venganza humana... pensar que el poder estaba con ellos y no con quienes pertenecían a aquel lugar... Eran idiotas, los acusara de serlo o no.

—A ellos les importaba; eran sus nidos —dijo Ofelia tranquilamente. Se levantó. No podía permanecer con ellos más tiempo bajo el mismo techo.

El sello de la puerta a su espalda sonó y Ofelia dio un respingo. Eran sólo los otros dos que regresaban de dondequiera que hubiesen estado.

—Nos guiaron en una bonita carrera —dijo Ori—. Creo que tenía algo que ver con demostrar técnicas de caza, pero no estoy seguro. Estoy agotado. Hola, Sera Falfurrias... perdóneme por no saludarla primero.

—No creerán cuántas palatales son capaces de producir —dijo Bilong—. Esta vez he conseguido buenas grabaciones, con sonido muy claro. Cuando la subrutina ondular acabe, tendremos un análisis fonético completo... o casi completo.

—Tal vez por eso nuestro poderoso cazador no consiguió nada: estaba demasiado

ocupado produciendo sonidos bonitos para la caja de Bilong. —Ori parecía molesto. Si había estado siguiendo a una de las criaturas asignadas para mantenerlo apartado, había pasado un día triste y caluroso, seguro. Sería mejor esperar hasta que se le pasara el enfado.

Pero ella estaba allí, ¿y cuándo tendría una oportunidad para volver a hablar con los cuatro? Casi notaba los dedos de sus pies retorciéndose: ahora.

Permaneció en silencio. ¿De qué servía la experiencia de una guardiana de nido si la ignorabas? La experiencia le decía que no escucharían ahora, no estando uno de ellos excitado y el otro enfurruñado.

—Quizá quieran venir a cenar —dijo—. Todavía no he tenido el honor de invitarlos a mi casa.

—¿Qué? —Likisi, que parecía un poco mareado (¿qué era aquella sustancia púrpura?), abrió la boca; luego recordó sus modales—. Uh... gracias, Sera, pero no esta noche, creo. Ori está agotado y, francamente, yo también.

—¿Otro día? —preguntó Ofelia—. ¿Mañana o pasado?

Las criaturas habían dejado claro que querían la confrontación tan pronto como fuera posible. Estaban preparadas. Ofelia no comprendía todo lo que pretendían, pero confiaba en ellas.

—Mañana estará bien —dijo Kira—. ¿Nos permitirá llevar comida de la nave?

Ofelia se dio cuenta de que no se fiaban de la comida que ella cultivaba en el huerto. La furia la empecinó; se sintió más pesada, como si fuera una roca que se resiste al movimiento.

—Todo estará cuidadosamente lavado, Sera —dijo—. Llevo muchos años cocinando.

«Y sigo viva y sana», pensó.

—Por supuesto —suspiró Ori—. Nos preocupamos demasiado por esas cosas, Sera Falfurrias. Nos sentiremos muy honrados de comer con usted.

Los demás parecían aún menos entusiasmados, pero no discutieron.

—Gracias —dijo Ofelia, y escapó al sol de la tarde. Los dos consejeros estaban aún agachados junto al camión; no hacían nada, sólo hablaban. Cuando la vieron, se levantaron. El estentóreo sonrió, pero no dijo nada.

Durante todo el camino hasta su casa, la antigua voz le recriminó lo que había dicho mal y lo que tendría que haber dicho; nunca funcionaría. La voz nueva se estuvo callada, pero ella sabía que sopesaba las cosas allí donde no podía ver ni oír, sólo sentir. Mano izquierda y mano derecha. Capazul la estaba esperando, como sospechaba.

—Hoy no me han escuchado —dijo ella—. Me han asegurado que no pretenden ninguna venganza porque el Pueblo mató a los colonos. Pensaron que temíais eso.

Un solo golpe con el pie. Ofelia no tuvo que mirar para saber cuál.

—Esperan imponer las reglas para que tu pueblo y el mío se conozcan mutuamente. Piensan que aceptaréis esto —le sonrió—. Piensan que no tenéis

elección. No comprenden, pero lo harán. Mañana, les daré de comer por la noche. Es lo que se espera que hagan las ancianas: darles de comer, cuidarlos, escucharlos.

El habla de Capazul sonó aún más clara que aquella tarde. Ofelia no tuvo problemas para seguir su acento cuando le preguntó cuánto les había contado.

—No mucho —respondió ella—. Tenían hambre y calor; no escucharon bien lo que dije. Y necesito averiguar más.

Qué armas había en la lanzadera y en la nave, por ejemplo. Qué órdenes tenía el capitán. Si se decidían por la fuerza, estaban perdidos. No debían utilizar la fuerza. Había que hacerlo con persuasión.

A primeras horas del día siguiente, Ofelia recogió productos frescos del huerto. Captó divertida que varios miembros del Pueblo mantenían a los otros humanos ocupados y lejos de ella. Tuvo tiempo de sobra en los huertos: tiempo para planear qué hacer con lo que tenía, poner la mesa y preparar la comida. Había pasado tanto tiempo desde que cocinara algo que no fuera lo que ella misma quería comer. Trató de pensar en lo que atraería a estos jóvenes, estos desconocidos. Puso a hervir trozos de calabaza; haría dos tipos de pasteles: uno de calabaza y otro de frutas. Había guardado paquetes de bayas dulces en el frigorífico. Las sacó, y sacó también un cordero de la sección donde estaba la carne.

Aunque sólo había invitado al equipo, llevó una jarra de zumo de frutas a los consejeros, que ese día trabajaban en otro vehículo.

—Tengo una casa muy pequeña —dijo con la mirada gacha, como si estuviera avergonzada.

—No importa —respondió el tranquilo—. Gracias.

—Supongo que no tendrá tiempo para terminar esa historia —dijo el estentóreo, sin llegar a preguntarlo. Ofelia esperaba que hubiera sido éste el que la golpeó; era fácil de odiar. La razón le decía que el tranquilo era igual de peligroso, pero ella sentía cierta atracción por alguien que era amable sin necesidad.

—Lo siento —dijo Ofelia—. Tengo que cocinar. Más tarde puedo traer tartitas...

—También está el piloto —dijo el estentóreo—. No le importará si le doy un poco de esto...

—No... —dijo el tranquilo.

—Será un placer —repuso Ofelia.

Se marchó antes de que añadieran más. Esperaba que metieran la bebida de fruta en una de sus máquinas y se aseguraran de que no trataba de drogarlos. No sería tan tonta, pero ellos no podían saberlo. No miró atrás para ver si bebían o no.

En su casa, amasó la pasta, la enrolló y le dio forma. En cada pequeño círculo puso una cucharada de fruta dulce o calabaza hervida. Metió las tartitas en el horno, luego fue al centro en busca de una bandeja grande. De haberlo pensado con antelación, habría hecho que el fabricante le proporcionara platos más bonitos, o incluso podría haber decorado algunos. ¿Cómo pensar con antelación, con toda aquella gente molestándola?

Hizo las tartas pronto para que la casa no se caldeara demasiado. Prepararía el asado en la casa de al lado, o en el centro. Ofelia puso las tartas en las bandejas, luego las dejó en la mesa situada en el otro extremo del salón principal. Regresó al centro, y allí encontró una buena cantidad de tela azul que serviría como mantel. Sobre él, los sencillos platos tenían un aspecto casi festivo. Las flores de enredadera se marchitarían en cuanto las cortara, así que dispuso un centro con hierbas y fruta.

Tuvo el tiempo justo para correr calle abajo con una bandeja de tartitas, una de las hogazas de pan que había horneado, un bote de mermelada, un trozo de carne mechada y algo de fruta fresca antes de iniciar el último asalto en la cocina. Los consejeros y el piloto (no había visto al piloto antes) estaban haciendo algo en un tercer vehículo, pero la vieron nada más llegar. Esta vez avanzaron para recoger la bandeja.

—Gracias —dijo el tranquilo—. Es muy amable por su parte. —Cogió una de las tartas—. Espero que no le duela la cabeza... fue una desgracia que me sobresaltara de esa forma.

Ofelia le sonrió. Todavía deseaba que hubiera sido el otro, el que no le caía bien de todas formas.

—Ya no duele —dijo—. No pretendía sobresaltarlo.

—Por supuesto que no.

El hombre mordió la tarta, y su expresión cambió de amable neutralidad a sorpresa.

—Está realmente bueno —dijo, como si hubiera esperado morder una lima amarga.

—Discúlpenme. Tengo que seguir cocinando. Estoy preparando un asado...

Les dio detalles suficientes para que se sintieran celosos de los que iban a asistir a la cena. Vio la envidia y la insatisfacción alzarse en ellos como burbujas en una sopa de habichuelas. Miraron la bandeja con menos aprecio ahora que sabían lo que iban a perderse.

Cuando llegaron sus invitados, lo había puesto todo en las bandejas. Los tomates cortados y las cebollas en vinagre y aceite con romero y albahaca creando una corona alrededor. El cordero asado, cubierto de hierbas... era una pena que los trocitos de romero asado parecieran de insecto quemado, pero olía bien. Y cuando lo cortó... sus invitados contuvieron la respiración. Lo había deshuesado y luego lo había rellenado con queso, verduras y especias. Cada corte tenía su propio diseño único.

Ella no tenía apetito, y no sólo por haber picado mientras cocinaba. Pasó más tiempo de pie que sentada mientras traía nuevos platos y se llevaba los que ya habían sido consumidos.

—No tenía ni idea de que cocinara así, Sera Falfurrias —dijo Likisi, cuando vio los trozos de cordero asado relleno—. ¿Cocinaba usted para toda la colonia?

—No, Ser Likisi. Después de la primera época, antes de que tuviéramos nuestras casas, cada familia cocinaba para los suyos. Todos cocinábamos algo de más para

almacenarlo en el centro, para aquellos que podían enfermar. Usábamos las grandes cocinas para cocinar para la escuela o, en ocasiones especiales, cuando hacían falta más trabajadores en los campos.

O durante las inundaciones, o las epidemias, pero no lo dijo.

Después de los primeros bocados cautelosos, los cuatro miembros del equipo empezaron a comer como si no lo hubieran hecho en varios días. Cuando Ofelia les trajo las tartitas restantes, estaban recostados en sus sillas con la expresión adormilada de quien tiene la barriga llena. Justo lo que esperaba. Ofelia se llevó los platos y bandejas sucios. Les ofreció platitos pequeños para las tartas, luego se sentó en la silla que apenas había utilizado en toda la velada.

Le dolían las piernas y la espalda. Había trabajado demasiado y sólo ahora se daba cuenta. Los dolores nunca mataban a nadie. Las guerras sí. Sonrió a sus invitados; ellos le devolvieron la sonrisa, la boca llena de dulces. Estaban a punto. Tras ellos, en el crepúsculo, Ofelia vio a Capazul y dos criaturas más entrar en el centro.

Esta vez, cuando empezó a hablar, Ofelia obtuvo su silencio si no su atención plena. Empezó donde había empezado el día anterior: los indígenas estaban inquietos porque pensaban que los humanos no comprendían lo sucedido. El ataque a sus nidos había causado el ataque a los colonos, pero a los indígenas no les preocupaba un desquite.

—Creen que su acción fue justa. No tolerarán más intrusiones.

—¿Seguro que les dijiste que no habría más colonizaciones? —dijo Likisi, mirando a Bilong.

—Lo intenté —contestó la muchacha—. Suponía que lo habían entendido.

—Verá, Sera Falfurrias —informó Likisi—, están protegidos por nuestras leyes: nadie tratará de colonizar este lugar, pero no pueden ir por ahí matando gente porque están inquietos...

—Los colonos mataron a su gente: sus hijos y sus guardianes de nido —dijo Ofelia.

—Pero eso fue un accidente. Deben comprenderlo: los colonos cometieron un error, pero lo que ellos hicieron fue deliberado. Podemos aceptar que fue también un error... nadie pide venganza... bueno, algunos sí, pero el Gobierno no lo permitirá. Sin embargo, ellos no deben usar de nuevo la violencia contra nosotros. Nos aseguraremos de que no tengan tecnología para causarnos ningún daño real hasta que hayan madurado lo suficiente para no utilizarla.

Ofelia sintió como si alguien hubiera cosido su interior en un nudo grande y complicado. Se obligó a continuar.

—Pero por lo que usted y los otros me han dicho, tienen ciudades al norte de aquí, y barcos de vela. ¿Cómo van a impedir que aprendan por su cuenta?

Likisi se echó a reír.

—Tardarán años, siglos, en desarrollar una auténtica base industrial. Es una

desgracia que llegaran aquí y descubrieran la electricidad, pero tendrán que dilucidar cómo fabricar generadores y baterías... los humanos tardaron miles de años, y ellos no lo harán en menos. De todas formas, mientras no puedan salir del planeta, no podrán hacernos ningún daño.

Los humanos no habían tenido delante el producto terminado, pensó Ofelia. ¿Cuánto tiempo habían tardado los hombres que no inventaban nada en aprender a usar las cosas nuevas, a hacerlas y repararlas?

—No comprendo, Sera, cómo sabe usted todo eso —intervino Bilong—. No ha estudiado su lenguaje...

—He vivido con ellos más tiempo. Ellos quieren hablar conmigo.

—Sí, pero usted quizás entienda mal. Por ejemplo, esa palabra que le oído pronunciar... hice un análisis acústico y usted no la dice como ellos.

Bilong tomó aliento y emitió un «click-koo-keerrr» que a Ofelia le pareció bien.

—Así es como ellos lo dicen. Lo que usted pronuncia es «click-koo-keerrr». ¿Aprecia la diferencia?

Ofelia no la apreciaba. No estaba segura de que hubiera ninguna. Capazul la comprendía bastante bien cuando lo decía.

—Mi argumento es —dijo Bilong, apoyándose en la mesa con ambos codos—, que usted no los entiende realmente. Cree que lo hace. Y ellos llegaron cuando estaba usted sola, probablemente incluso psicótica por la soledad, y los considera amigos. No lo son. Son alienígenas. Indígenas quiero decir —añadió, con una rápida mirada a los demás.

Ofelia miró por la ventana. Estaba oscuro, el breve crepúsculo tropical se había acabado. Si sabía algo de los humanos, los dos consejeros militares y el piloto, seguros de que sus jefes estarían fuera durante horas, habrían acompañado su pequeño festín con aquella bebida ilícita que le habían ofrecido el día anterior. Si tenían algún tipo de diversión, cubos de entretenimiento o libros, ahora estarían reunidos alrededor. Era demasiado pronto para preocuparse, demasiado pronto para que «suciedera algo». Estarían más atentos después, cuando esperaran el regreso de sus jefes.

Lo que Ofelia no sabía era qué tipo de sistemas de protección había en la lanzadera misma. Había explicado a Capazul las cosas que sabía: los pequeños rayos de luz o sonido que reaccionaban al ser interrumpidos, las placas de presión, las cerraduras que requerían palmas conocidas o pautas retinales. Capazul no parecía preocupado. Y ése no era su problema ahora.

—Son muy inteligentes —dijo Ofelia—. Aprenden muy rápido, incluso siendo bebés.

—¡Bebés! ¿Qué sabe usted de sus bebés? —Kira se puso en pie y dejó la tarta que tenía en la mano.

Ésta era la parte que más asustaba a Ofelia. No había querido admitir antes que el Pueblo tenía bebés en la colonia, pero Capazul y Gurgel-click-tos habían insistido.

Tenía que hablarles de los bebés: tenían que verlos.

—Tienen unos bebés muy lindos —dijo Ofelia—. Muy afectuosos, que aprenden muy rápido.

—¿Ha visto a sus bebés? —todos ellos, prácticamente—. ¿Hay bebés aquí?

—¿Por qué no nos lo había dicho? —preguntó Kira.

—No me lo preguntaron —respondió Ofelia, con gran satisfacción. Mientras la ira fluía a partir de la sorpresa, se levantó—. Vengan conmigo, si quieren verlos.

Nada los habría detenido. Corrieron hasta el centro. Ofelia llamó a la puerta cerrada. Capazul abrió. Ella le hizo un guiño y dejó entrar a los demás. Cuando todos estuvieron dentro, cerró la puerta.

—¿Por qué cierra la puerta? —preguntó Likisi.

—No queremos que los bebés salgan corriendo por la calle —dijo Ofelia, y los condujo pasillo abajo hasta las aulas. Oyó a los otros siguiéndola. Delante, la luz escapaba por la puerta de la clase, y pudo oír las voces rechinantes de los bebés.

Ofelia no sabía exactamente qué había planeado Capazul como demostración. Lo que vio (lo que vieron todos) excedía cualquier cosa que hubiera imaginado. Uno de los bebés, encaramado en el regazo de Gurgel-click-tos, toqueteaba los controles de un ordenador de clase.

En la pantalla se agitaban pautas de colores. Dos de los adultos estaban agachados sobre un par de calabazas, manejando cables conectados con... Ofelia parpadeó. Habían conectado la mitad de las demostraciones eléctricas de la sala a sus calabazas. Los otros dos bebés jugaban en el suelo con modelos de tuercas y tornillos, construyendo algo complicado. Ofelia se preguntó qué era, y si funcionaría cuando terminaran.

—Oh... Dios... mío.

Ése era Likisi. Ofelia no había sospechado que tuviera creencias religiosas.

—Están... ¿están usando un ordenador?

Capazul se adelantó. Había cerrado la puerta tras ellos, en silencio.

—Esstá esssho.

—Pero ¿cómo aprendió...? ¿Les enseñó usted? ¿Después de que la advirtiéramos? —Likisi miró a Ofelia. Capazul se interpuso, forzando una confrontación.

—Llo keveeemoss, noosstross seemoss —dijo Capazul, agitando el brazo para abarcar todo lo que había en la sala.

—Significa —tradujo Bilong—, lo que vemos, lo hacemos. Ellos, quiere decir. Dice que pueden hacer todo lo que han visto. En realidad no es así, pero...

—¡Aakss zzzzt! —dijo Capazul, y le habló en su propia lengua a las criaturas de las calabazas. Ofelia contuvo la respiración. Apenas podía creer que funcionara otra vez. La primera ya había parecido magia suficiente.

Las luces se apagaron, y antes de que los sorprendidos humanos exclamaran nada, una cadena de bombillas más pequeñas destelló en el centro de la sala. Las luces de la habitación volvieron a encenderse, y el que estaba junto a las calabazas hinchó dos veces su buche ante los humanos; luego movió un interruptor y las luces se apagaron.

—¡Es imposible! —dijo Likisi—. Han utilizado un cable... una batería oculta...

—La batería es la calabaza —dijo Ofelia. Capazul se lo había explicado—. Producen un material que funciona como el ácido en el líquido de una batería...

—No es posible que hagan eso... no hay manera...

—Podría ser. —Kira se acercó a mirar—. Si han encontrado un ácido...

—Fabrican explosivos, ya saben —recordó Ofelia—. Aquella lanzadera...

—Zzzzt enn cielllloo —dijo Capazul—. Issma zzzzt enn egggooss, aakss lahtt, aakss fuhh, aakss veezz...

—¡Usted se lo ha dicho! —Likisi se abalanzó sobre Ofelia—. Tiene que habérselo dicho. No pueden haberlo inventado. ¡Ni siquiera tienen un gobierno...!

—Gobierno y ciencia no son mutuamente dependientes —dijo Ori secamente. Ahora parecía más divertido que alarmado, y claramente disfrutaba de la desazón de Likisi—. Francamente, no creo que Sera Falfurrias tenga la educación necesaria para preparar esta demostración —se volvió hacia Ofelia—. Dígame, Sera, ¿qué clase de «material» haría falta para generar electricidad por medios químicos? ¿Lo sabe?

—Las baterías llevan ácido —respondió ella—. Es peligroso, produce humos.

—Sí. Como pensaba. Y sospecho, Vasil, que si analizamos lo que los indígenas tienen en los recipientes no será el mismo ácido que Sera Falfurrias puede haber visto en las baterías. Como he intentado decirte varias veces desde que llegamos, estos indígenas son muy diferentes a otras culturas que he estudiado.

—¡Bueno, son alienígenas! —dijo Likisi—. Claro que son diferentes.

—Discúlpame. —Ori se volvió hacia Kira—. ¿Tienes idea de lo que hay aquí dentro?

—Esta planta... no sé lo que es, ni de dónde la han sacado. —Tendió un puñado de hojas y unas bolitas de color rojizo anaranjado más pequeñas que pasas—. No tengo ni idea de cómo obtienen el líquido...

—No importa cómo lo hagan —dijo Likisi—. Sólo importa que son alienígenas y que no tenían electricidad cuando conocieron a la abuela y ahora sí. Es culpa suya...

Ofelia retrocedió mientras él se cernía sobre ella; quizá no pretendía golpearla, pero conocía ese tono, esa actitud. Entonces, largos y duros dedos se cerraron sobre sus brazos y dos miembros del Pueblo lo sujetaron, no tanto inmovilizándolo como impidiéndole liberarse. Los otros humanos se quedaron quietos, mirando, y luego se volvieron a mirar a Ofelia.

—Capazul es el cantor de la mayoría de los guardianes de nido de las tribus cazadoras —dijo Ofelia, ignorando los esfuerzos de Likisi y la expresión de los demás. Esperaba estar usando las palabras humanas adecuadas para los conceptos que Capazul había explicado tan cuidadosamente—. Los cantores no son «juglares». —Lo dijo con una mirada cargada de intención hacia Ori—. Los cantores establecen contacto entre los guardianes de nido que acuerdan los lugares donde anidar o cazar; son lo que nosotros llamaríamos diplomáticos. Los guardianes son los únicos que pueden llegar a acuerdos en el Pueblo.

—¿Los... gobernantes? —preguntó Ori. Había que reconocerle que sentía más curiosidad por conocer la verdad que molestia por haberse equivocado.

—No. No gobernantes... exactamente. Se ocupan de los jóvenes desde el nido a la etapa en que empiezan a deambular con el Pueblo; por eso son los que deciden qué es importante, qué debe enseñarse, qué acuerdos deben mantenerse.

—No veo cómo funciona eso —dijo Kira, frunciendo el ceño—. Si se quedan atrás, en los nidos con los bebés, ¿cómo saben lo que deciden los otros?

Ofelia no tenía ni idea de cómo lo sabían, o de si lo sabían siquiera. Continuó como si Kira no la hubiera interrumpido.

—Capazul vino cuando los primeros informaron que yo era el mismo tipo de

animal que habían matado, pero también diferente. Como soy vieja y he tenido hijos, y porque me quedé atrás cuando los míos se marcharon, me consideran una guardiana de nidos para los humanos. Para mis humanos.

—Supongo que es razonable —dijo Ori—. Según sus términos, al menos... tenían que incluirla en alguna categoría.

—Y ahora soy también guardiana de nidos para ellos.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Cuando nacieron estos bebés, yo estaba allí. Me aceptaron como click-koo-keerrr.

Con esto, todos los bebés miraron a Ofelia y graznaron. Los del suelo corrieron hacia ella y se apoyaron en sus piernas. Ella se agachó lentamente, las rodillas crujiendo, y los pequeños le agarraron las manos.

Sintió el contacto, ahora familiar, de sus lenguas contra las muñecas.

—Imprimación... quemotaxis... —dijo Kira en voz baja—. Se han emparejado con ella.

—Por eso no me puedo marchar —dijo Ofelia—. Soy su click-koo-keerrr, la única que tienen. Normalmente habrían tenido varias, pero es demasiado tarde para que consigan otra...

—Pero estos otros... —empezó a decir Kira. Ofelia negó con la cabeza.

—No. Sólo las madres que ya han anidado pueden convertirse en guardianas; nadie más. Yo era la única disponible, y me lo pidieron... accedí. ¿Quién no querría cuidar de estos...?

Sonrió a los bebés de grandes ojos que la miraron con la confianza y la ansiedad que tan bien recordaba de sus propios hijos. Lo haría mejor con ellos, se lo prometió a sí misma. Y a ellos.

Miró a Likisi, enrojecido y sudoroso. Aunque ya no se debatía, cada línea de su cuerpo expresaba resentimiento y furia.

—Siento su malestar, Ser Likisi, pero comprenda que tenía que decirles esto y convencerlos. No puedo marcharme, aunque quisiera, y no quiero. Estos bebés me necesitan. Soy la única que puede hacer por ellos lo que debe hacer la click-koo-keerrr.

—Son alienígenas —dijo él roncamente—. No es usted capaz de hacer nada... no es más que una vieja molesta e ignorante.

Los que lo sujetaban hincharon el buche y trinaron. Likisi palideció.

Ofelia vio que el sudor le corría por la cara.

—Ellos respetan y confían en sus guardianas, Ser Likisi. No les gustan quienes no hacen lo mismo.

—Pero...

—¡Cállate, tío! —dijo Ori—. Estás creando problemas.

Se sentó donde estaba, junto al puñado de cables y bombillitas, y luego miró a Ofelia.

—Por favor, continúe.

Likisi no dijo nada. Ofelia sintió el cambio de poder dentro del equipo, y esperó que fuera definitivo.

A Ofelia le dolían demasiado las rodillas para seguir agachada. Se sentó; los bebés se subieron a su regazo.

—Lo que dijeron, lo que me dijo Capazul, es que me aceptan como guardiana de nido para ellos y para los humanos. Eso significa que soy la única autorizada para llegar a un acuerdo. Pero tengo que quedarme aquí.

—Supongo que eso tiene sentido —dijo Ori. Ni siquiera miró a Likisi—. Nosotros se lo explicamos a usted y usted a ellos...

Seguía sin comprender. Ofelia esperaba que conservara aquella misma calma cuando lo hiciera.

—Lo siento, Ser, pero funciona al revés. Ellos me lo explican a mí, yo se lo explico a ustedes.

—Sí, por supuesto... pero me refería a los términos del acuerdo.

—Y ellos también.

Ori la miró detenidamente, con el rostro inexpresivo, hasta que comprendió.

—Los... términos de... su acuerdo.

—Sí, Ser. —Ella trató de que no pareciera una amenaza.

—Ya... veo.

Ori miró a los otros tres, que todavía seguían de pie. Likisi continuaba sujeto por los dos miembros del Pueblo.

—Creo que tenemos que hablar sobre esto. Con todo respeto, Sera Falfurrias, sin usted. Está demasiado... implicada para tener una mente completamente abierta.

—Nnno —era Capazul, que había dejado hasta ahora que Ofelia llevara el peso.

—No sea tonto —dijo Kira, yendo hacia la puerta. Nadie la detuvo. Agarró el pomo y tiró, pero no se abrió.

—Está cerrada —dijo Ofelia, innecesariamente. Sintió una alegría malsana al ver la expresión de Kira. ¿Se habían sentido así las mujeres que ella consideraba malas? —. También lo está la puerta principal. Tendrán que discutirlo aquí.

Ellos se llevaron las manos a los bolsillos, a los cinturones, y sólo entonces recordaron que no habían traído sus herramientas de trabajo a una cena tranquila en la casita de una vieja ignorante que después de todo no podía causarles ningún daño.

El poder, advirtió Ofelia, podía en efecto engendrar maldad. Su antigua voz la reprendió tenazmente por la risa que quiso dejar escapar al ver sus expresiones cambiar, y cambiar otra vez.

—No sufrirán ningún daño. Pero tendrán que escuchar, y tendrán que decidir lo que sea necesario.

—¿Sabe usted lo que quieren? —preguntó Ori. Era práctico, y seguía tranquilo. Esperaba que lo siguiera estando más tarde.

—Quieren aprender —dijo Ofelia—. Es su mayor placer.

Empujó amablemente a los bebés que tenía en el regazo y Gurgel-click-tos les murmuró algo. Las criaturas saltaron al suelo y se abalanzaron sobre su creación abandonada.

—Mírenlos —dijo Ofelia.

—Lissstoss —dijo Capazul. Uno del Pueblo recogió el artilugio y lo colocó sobre una mesa. Los bebés graznaron. Ofelia no entendió sus palabras pero, por la forma en que escuchaban los mayores, tenían sentido. El adulto volvió a coger el aparato y lo metió en el fregadero de la sala. Capazul le ofreció el brazo a Ofelia y la ayudó a acercarse a ver. Más graznidos urgentes desde el suelo; Capazul recogió a los tres bebés. Uno se encaramó hasta su hombro; otro le tendió la mano a Ofelia, que lo cogió y lo acunó.

Cuando el adulto abrió el agua y ajustó el grifo, todos vieron que los bebés habían fabricado una máquina con ruedas que giraban más y más rápido impulsadas por el chorro.

—¡Zzzzt! —exclamó una vocecita—. ¡Aaasksss zzzzt!

—Imposible —jadeó Likisi esta vez sin furia, con asombro—. Suéntenme —dijo a las dos criaturas que le sujetaban los brazos—. Quiero ver...

Lo soltaron de inmediato y se aproximó al fregadero. Se asomó.

—No... no es ni de lejos un generador impulsado por agua... y sin embargo... podría funcionar. —Acercó un dedo, lo retiró.

—¿Los quieren como amigos, como guardianes de nido, o como enemigos? —preguntó Ofelia. Aún no comprendía qué era lo que habían construido los bebés aunque, si decían que podía generar electricidad, los creía—. Si quieren dominarlos... no podrán, sólo conseguirán ponerlos furiosos. Es elección suya.

—Pero es demasiado rápido. Son tan... tan listos... —Likisi miró a los adultos, luego a los bebés, después a ella.

Ofelia trató de no parecer impaciente.

—La elección es entre listos y amistosos, o listos y furiosos. Creen que buenos guardianes de nidos, buenos maestros, buenos amigos, ayudan a los jóvenes a crecer y aprenderlo... todo.

—Me pregunto cómo será su escala de Varinge —dijo Likisi, con envidia en cada sílaba.

—Más alta que la nuestra —respondió Kira—. Necesitaremos muestras más amplias pero, si este grupo es representativo, la media de su población estará unos buenos veinte puntos por encima de los humanos. Y han tenido estos libros de texto, estos manuales de ordenador... su desarrollo es ya explosivo, y con esto... Yo diría que dominarán el vuelo estelar en menos de cien años. Sin nuestra ayuda.

—Y son agresivos en la defensa del territorio de los nidos —reconoció Ori—. Sí. Son aterradores.

Pero no parecía asustado; parecía ansioso.

Ofelia acarició la abultada espalda del bebé.

—No tan aterradores, Ser... tome.

Le tendió el bebé. Lo habían discutido antes: Ori era el más amable de los humanos del equipo cuando trataba de observar e interactuar con el Pueblo, y el Pueblo pensaba que deberían darle la oportunidad de sostener en brazos a un bebé. Ofelia seguía opinando que no era seguro, pero... pero era difícil temer y odiar a alguien cuyo bebé has mecido. Ahora Ori se la quedó mirando... y extendió torpemente los brazos.

El bebé pasó ansiosamente a sus manos (una oportunidad de algo nuevo) y le lamió la muñeca. Luego miró a Ofelia y graznó. No era el mismo sabor. Ella no necesitó oír todos los sonidos para saber qué quería decir. La criatura enfocó aquellos notables ojos en la cara de Ori y se estiró para lamerle la barbilla. La expresión del hombre se suavizó, y Ofelia se relajó. Kira esbozó una amplia sonrisa de placer, y lo mismo hizo Bilong.

En ese momento, cuando todos estaban relajados, Likisi agarró no al bebé que Ori tenía en brazos sino al que estaba encaramado en los hombros de Capazul cuando éste se volvió a mirar a Ori. El bebé siseó y se aferró a la muñeca de Likisi, pero éste lo tenía cogido por el cuello y el bebé se estaba ahogando.

Ofelia saltó hacia él; él hombre la apartó con facilidad y retrocedió hasta la puerta.

—Tienen cola —exclamó—. Animales entrenados... lagartos listos... no puedo creer que os estéis tragando esto. Todo un mundo riquísimo, ¿para un montón de lagartos escamosos y una vieja loca que quiere gobernarlo? No lo creo.

El bebé se rebulló: las franjas se volvieron más claras, los ojos se oscurecieron.

—No se acerquen o le retorceré el cuello.

Durante un terrible instante nadie se movió. Entonces Likisi señaló a Ofelia con la mano libre.

—Usted. Acérquese y abra esta puerta... no me diga que no conoce el código. No venga caminando... arrástrese. O este bebé morirá.

Ofelia miró a Capazul, a los otros humanos, a Gurgel-click-tos y, finalmente, a Likisi y la pequeña criatura que tenía en su poder. Lentamente (sus articulaciones no lo habrían permitido de otro modo), se agachó y empezó a arrastrarse hacia él.

—Eso está mejor. Es la gente como usted la que constantemente causa problemas... nunca deberían haberles enseñado a leer.

«Deja que hable —susurró la nueva voz, surgida de su escondite—. Cuando habla, no escucha. Ni piensa.» Resultaba difícil arrastrarse; no lo había hecho en años, y al dolor de sus rodillas y cadera se añadía ahora el de sus hombros.

—¡Más rápido! —exigió Likisi; pero cualquiera podía ver que ninguna anciana era capaz de arrastrarse muy rápido, y aquella mujer era más torpe que la mayoría.

Ofelia alzó la cabeza para disculparse y vio que él echaba el pie hacia atrás para darle una patada. Agarró el pie y tiró. No era lo bastante fuerte para derribarlo pero, al cambiar de postura, aflojó su tenaza sobre el bebé. El pequeño se revolvió y le

hundió sus diminutos pero afilados dientes en la piel entre el pulgar y los otros dedos; al mismo tiempo le arañó con sus largos y afilados dedos el brazo.

Likisi aulló y abrió la mano por reflejo. El bebé escapó con un graznido triunfante. Cuatro destellos que pasaron ante la cabeza de Ofelia se convirtieron en cuatro largos cuchillos hundidos en el cuerpo del hombre.

Ofelia permaneció allí un buen rato mientras los demás se movían a su alrededor. El sufrimiento de Likisi terminó con un rápido corte en la garganta. Luego todo fue dulzura y calor: voces amistosas; alguien que la llevaba a su casa, a su cama; el olor de la comida que había preparado...

Estaba en su propia cama, envuelta en una manta, con los tres bebés acurrucados a su lado. Capazul se encontraba a la izquierda de la cama; los humanos (Kira y Ori pálidos pero tranquilos, Bilong sollozando) se hallaban al pie, y los otros miembros del Pueblo detrás. Ofelia no sabía cuánto tiempo había transcurrido, ni qué más había pasado. El olor de la muerte de Likisi le lastimaba la nariz.

Gurgel-click-tos le trajo un vaso de agua fresca. Lo bebió y la confusión de su mente remitió. Estaba a salvo. Los bebés también. Todo el mundo estaba a salvo menos Likisi, y él había sido el único en amenazar a las criaturas.

Si alguien tenía que morir, ése era el adecuado.

Antes de que los hombres armados dieran la alarma (es decir, mucho antes de medianoche), Ori había accedido a aceptar la realidad. Kira y él fueron a explicar lo sucedido (Likisi se había «vuelto loco» y amenazado a uno de los bebés y a Ofelia; las criaturas les habían defendido como era natural). Bilong interpretó el papel de llorosa amante casi demasiado bien. Ofelia empezó a preguntarse si realmente creía todo lo que dijo sobre Likisi, si sus sollozos eran genuinos.

Cuando aparecieron los consejeros, armados y peligrosos, el aparato había sido retirado. El cuerpo de Likisi, supuso Ofelia, estaba aún tendido en medio de un charco de sangre. No tuvo que verlo. Los consejeros vieron sus magulladuras y las marcas en la garganta del bebé. Comprendieron también que Ori estaba satisfecho con lo sucedido.

—Idiota —dijo uno de ellos, en la habitación principal de la casa de Ofelia, cuando se presentaron para interrogar a los miembros del equipo. No es que tuvieran autoridad para hacerlo, le murmuró Kira a Ofelia, mientras esperaba su turno. Likisi representaba la autoridad civil, que ahora había pasado a ella como ayudante del jefe del grupo, pero era mejor no molestarlos.

—Idiota —continuó el hombre. Era el estentóreo—. El viejo mandamás nunca tuvo sentido...

—¿Puedo coger a uno? —preguntó Kira, su rostro más amable ahora mientras contemplaba a los bebés dormidos.

—Sí —dijo Ofelia—. Les gusta que los acaricien así.

Hizo la demostración. Kira la imitó; el bebé abrió sus brillantes ojos, lamió a Kira y siguió durmiendo.

—Lindo es una palabra poco apropiada —dijo Kira—. Pero...

—No hay una palabra para describirlos porque no son humanos. Necesitan sus propias palabras.

—Bilong...

—Bilong es tonta —dijo Ofelia; fue más desagradable de lo que pretendía—. Puede que sea o no una entendida en su especialidad, pero como persona...

Kira le sonrió.

—Pensaba que a una mujer como usted le gustaría alguien así... Es más tradicional.

—Vaya a leer mis notas sobre Linda —dijo Ofelia. Al bebé le había gustado Kira; ella no la habría elegido, pero el bebé sí. Así que bien podría aprender a apreciarla. Kira era más lista que Rosara; tal vez la convirtiera en una especie de hija razonable—. Y no pierda su oportunidad cuando Bilong deje de hacer tanto ruido por Likisi y se dé cuenta de que todavía queda Ori.

Kira se ruborizó.

—¿Qué quiere usted decir? Yo no...

Ofelia la hizo callar con una mirada.

—Soy una vieja, pero no soy tonta, ni estúpida. Le gusta Ori...

—Bueno, sí, pero no en ese sentido.

—Él quiere quedarse. Usted se quedará. Le gustará lo suficiente para convertirse en madre de sus hijos. Ya le gusta: por eso odia a Bilong.

Sintió una alegría malvada al ver que la mandíbula de aquella mujer de fuerte voluntad se abría como si la hubieran golpeado con un ladrillo. Un placer morboso borboteó en sus venas al ver a aquella mujer descubrir lo que ella había visto, al saber que su mente estaba tan desnuda al conocimiento de una anciana sobre la naturaleza humana como el cuerpo de la anciana lo había estado para ojos extraños. Ofelia se echó hacia atrás, contemplando a Kira con los ojos entrecerrados.

—Me llamará Sera Ofelia —dijo—. Me ayudará con estos bebés, y con los siguientes, y tendrá una click-koo-keerrr para los suyos.

—Pero... pero...

No parecía tan formidable cuando tartamudeaba así, pero estaba preciosa con el color de la furia en las mejillas.

—Buenas noches —dijo Ofelia, y cerró los ojos. Pasado un rato sintió moverse el colchón cuando Kira se levantó. Oyó susurros al otro lado de la habitación. Los bebés se rebulleron felices por todo su cuerpo, y se quedó dormida.

Los deberes propios de los guardianes de nidos fueron suaves para Ofelia: se pasaba las mañanas en el huerto con los bebés correteando bajo las grandes hojas de

calabaza y cazando babosos. Más tarde los llevaba al centro, donde se unían a los mayores en el aula. A diferencia de las guardianas del Pueblo, Ofelia recibía ayuda de los otros mayores: ellos comprendían que no podía llevar sola a los tres bebés activos. Cuando necesitaba una siesta, alguien estaba siempre allí... y a veces ese alguien era Kira u Ori, que habían decidido quedarse como sus ayudantes humanos.

Si no se sentía tan libre como en su existencia solitaria, en otros aspectos era más gratificante. Lo que menos le gustaba de la vida en comunidad había desaparecido. Nadie le decía lo que tenía que hacer; nadie le decía que no importaba. Incluso la antigua voz acabó por desaparecer, frustrada por su falta de respuesta.

Todavía sentía un escalofrío de satisfacción al hablar al enlace especial de comunicaciones que llevaba su voz (eso le habían dicho) instantáneamente a los edificios del Gobierno, allá en el mundo que no había considerado su hogar desde hacía décadas. Allí donde había nacido y vivido, en la oscuridad de un apartamento en una ciudad atestada. Allí donde le habían dicho que no podía aprender, los hombres que hacían las leyes la escuchaban. Primero presentaba su informe y, días después, le llegaba una hornada de transmisiones.

Dejaba que Ori o Kira las escucharan primero. Se sentían más importantes y ella un poco protegida del tono de las primeras transmisiones, antes de que se dieran cuenta de que no tenían ningún modo posible de controlarla. Entonces superaron el pánico y disfrutaron enormemente de la compañía de los inteligentes y siempre curiosos miembros del Pueblo que venían de visita.

Perfil, El diario de la ciencia política.

La embajadora humana de la primera inteligencia no humana encontrada en el inexorable avance del hombre a través de las estrellas es una anciana bajita, de pelo gris, descalza y sin otra cualificación para el puesto que el aprecio de los alienígenas. Nacida Ofelia Damareaux (en el barrio de clase obrera de South Rock, Porter City, Esclanz), Sera Ofelia Falfurrias ocupa en la actualidad el más prestigioso (y algunos dicen que más peligroso) puesto diplomático de la historia de la humanidad. ¿Qué Gobierno pondría en este lugar a una aficionada... no, ni siquiera aficionada, a una completa nulidad?

Para responder a esa pregunta, entrevistamos al director de Asuntos Coloniales. «En mi opinión –dijo Ser Andreys Valpraiz–, fue un craso error. Mi predecesor, nombrado por la anterior Administración, carecía de la capacidad de decisión para intervenir en lo que fue, sin duda, una situación confusa. Al parecer, el contacto nombrado tuvo un desequilibrio nervioso y trató de atacar a una de las especies nativas. Yo heredé ese lío. Al menos he asegurado la sustituta adecuada para Sera Falfurrias: una profesional con las credenciales adecuadas, con una clara comprensión de las necesidades de ambos pueblos. Se acabaron las tonterías sentimentales de “guardianes de nidos” cuando se nombre a la siguiente embajadora y, desde luego, Sera Falfurrias es bastante mayor...»

Charlotte Gathers observó con recelo el grueso sobre plateado. «Silver Century Tours anuncia unas vacaciones gratis para las señoras mayores.» Lo abrió, y encontró una solicitud para el premio en cuestión. Era bastante vieja, sí, y tenía hijos y nietos. ¿Estaba dispuesta a hacer un largo viaje? Sí, después de aquella miserable semana de vacaciones en la costa, cuando sus hijas dejaron claro cuánto lamentaban tener que pagar el apartamento de dos dormitorios. ¡Eran tan egoístas, después de todo lo que había hecho por ellas! ¿Posibilidades de emigrar? Marcó el recuadro de «sí». Tal vez las cosas serían mejores en los mundos externos. Había visto algo en las noticias sobre una señora anciana que era embajadora. Por un momento se imaginó a sí misma como embajadora de una raza alienígena, aunque no solían gustarle los olores raros y los acentos curiosos. Tal vez no fuera embajadora, sino amiga de la embajadora... alguien con quien almorzar, jugar a las cartas... Si pudiera marcharse a algún lugar exótico y enseñarles a sus hijas que no las necesitaba...

Charlotte Gathers no pasó las pruebas para guardiana de nido: una mirada a su cara agria y sus ojos acuosos bastó para que la amable joven le dijera que había ganado el premio menor de una semana en White Spring. Otras consiguieron llegar más allá de la recepcionista, hasta el verdadero comité seleccionador, y algunas emigraron para convertirse en guardianas con el pasaje pagado gracias a los beneficios obtenidos con los inventos de un Pueblo muy innovador.

Lentamente, el poblado volvió a llenarse. Más de la mitad de las casas ya estaban ocupadas. Guardianas de cabello gris y blanco con crías de cuerpos a franjas; pálidas guardianas del Pueblo con los lentos niños humanos que se habían mudado allí. Los hijos de Kira y Ori, por ejemplo, que habían aprendido el lenguaje del Pueblo desde su nacimiento.

La mayoría de las mañanas Ofelia se levantaba con el sonido de voces en la calle, voces del Pueblo y humanas. Desde hacía unos cuantos años había empezado a dormir hasta más tarde; apenas veía ya salir el sol. La primera nidada de Gurgel-click-tos había crecido. Las crías no tenían franjas, ahora eran cazadores; ya no eran su responsabilidad. A Ofelia le sorprendió descubrir que las colas y las largas franjas desaparecían al mismo ritmo. Igual que los humanos, eran menos atractivos en una etapa intermedia, cuando la cola era una protuberancia chata incapaz ya de enroscarse a nada y tenían las franjas ajadas y sucias.

Uno de ellos cazaba ideas en lugar de presas: había ayudado a construir la primera máquina voladora diseñada por el Pueblo. Ofelia oyó que todas las ciudades de la costa de piedra tenían ahora electricidad, e incluso las tribus nómadas disponían de pequeños ordenadores a pilas cuyo líquido combustible se cultivaba ahora para tal propósito. No comprendía la mayor parte de las cosas; se pasaba casi todo el tiempo dormitando y muy poco enseñando.

No se preocupaba. A veces se preguntaba qué versión de su vida oirían Barto y Rosara cuando despertaran de crío al cabo de treinta años, muy lejos. ¿Les dirían que había muerto en tránsito... o sabrían que se había quedado atrás y se había hecho

famosa? Era una buena broma de cualquier forma. Aunque no murió sola, como una vez había planeado, lo hizo sonriendo.

ELIZABETH MOON (Norris de soltera) nació en 1945 en McAllen (Tejas, EE. UU.), y se educó sola con su madre divorciada. En 1968 se licenció en historia en la Rice University de Houston, y después de alistarse por tres años en los marines, estudió también biología. Durante el primer año de su estancia en los marines se casó con Richard Moon, quien obtuvo después el título de médico. Entre 1979 y 1993, el matrimonio trabajó en un centro médico rural en Tejas. En 1983 adoptaron a su hijo Michael, que padecía problemas de lenguaje. Actualmente viven en Austin (Tejas, EE. UU.).

Moon empezó a escribir como columnista para periódicos como Western Horseman, y su primer relato de ficción fue «ABCs in Zero-G» publicado en 1986 en la revista Analog. Diez de sus primeros relatos se recogieron en la antología LUNAR ACTIVITY (1990).

Su primera novela, SHEEPFARMER'S DAUGHTER, aparecida en 1988, fue el inicio de una trilogía de fantasía épica que junto a DIVIDED ALLEGIANCE (1988) y OATH OF GOLD (1989) se publicó más tarde en el volumen THE DEED OF PARSENARRION (1992). La serie ha sido traducida ya al italiano, sueco, noruego y ruso, y ha aparecido también en edición británica. Tras ese incuestionable éxito de ventas, Moon inició una nueva serie sobre aventuras anteriores a las narradas en THE DEED OF PARSENARRION (lo que en inglés se denomina «prequel»). Se trata de SURRENDER NONE (1990) y LIAR'S OATH (1992), finalmente unificadas en el volumen THE LEGACY OF GIRD (1996).

En 1993, Elizabeth Moon inició una serie de ciencia ficción de aventuras protagonizada por el capitán Heris Serrano y su empleadora lady Cecilia de Martos, en un logrado intento por ridiculizar los estereotipos machistas que infectan habitualmente ese tipo de novelas. La serie está formada ya por HUNTING PARTY (1993), SPORTING CHANCE (1994), WINNING COLORS (1995) y ONCE A HERO (1997), todas ellas con gran éxito de ventas. Todos esos títulos han estado en la lista de best-sellers de Locus y, alguno de ellos, en la más genérica del periódico USA Today.

También ha colaborado con Anne McCaffrey en la serie conocida como The Planet

Pirates, *formada por SASINAK (1990) y GENERATION WARRIORS (1991).*

RESTOS DE POBLACIÓN (1996, NOVA, número 115), *finalista del Premio Hugo de 1997, narra la aventura crepuscular de Ofelia, una anciana de setenta años que decide por su cuenta y riesgo quedarse como única pobladora humana de un planeta cuando se clausura la colonia de la que formaba parte.*